

Los Fabricantes de la Rebelión

Movimiento Popular, Chavismo y Sociedad en los años noventa

Roland Denis

A la memoria de Yulimar Reyes y Sergio Rodríguez

INDICE

Introducción

TIEMPOS DE REVUELTA

1. Las lógicas de una rebelión caótica
2. Los contenidos del 27-F
3. La encrucijada del chavismo
4. La génesis de un nuevo poder
5. Las dos almas de la rebelión
6. Diálogos inconclusos
7. La creación colectiva de Chávez
8. Algunas raíces históricas
9. La negación de la representación
10. Los príncipes de la no representación

TIEMPOS DE CONSTITUCIÓN

1. Una nueva etapa
2. La muerte de Sergio Rodríguez
3. De Yare a Coche: la moral de lealtad
4. El interacto calderista: la buhonerización de lo social
5. La diatriba de las cavernas
6. De Coche a Valencia: primera etapa
7. Política y estrategia
8. Diálogo y confrontación de estrategias
9. Los virajes del poder
10. Nuevas bullas empiezan a oirse
11. De Coche a Valencia: epílogo
12. 1998

TIEMPOS DE GOBIERNO

1. ¿Por qué hubo victoria?
2. Tres tiempos de gobierno
3. La apropiación de la plusvalía política
4. El poder contra el poder
5. Bloque Liberal, Bloque Popular
6. Entre Marcos y Chávez

“Cesar Vallejo, te odio con ternura”
Cesar Vallejo

INTRODUCCIÓN

Estas notas comenzaron a escribirse un día cualquiera en que se me ocurrió hacer una “Carta Pública a las Comunidades Luchadoras” y presentarla en una reunión de asambleas parroquiales que venía pautándose a principios del nuevo milenio. La finalidad de ese escrito era recordar a un sin fin de luchadores populares el rol fundamental que ellos mismos habían tenido en la larga década de los noventa, desde que reventó el 27. F. hasta la llegada de Hugo Chávez al poder. Era una carta dirigida al desembrujo, a que dejemos tanto colaboracionismo con las prácticas burocráticas y nos avoquemos de una vez por todas a levantar con orgullo y con total autonomía la maravillosa utopía que nos llevó a comprometernos en esta gesta inolvidable. Sin embargo, las ganas de decir no me dejaron tranquilo, provocándome la necesidad de profundizar sobre algunos temas y situaciones muy singulares dentro de lo que ha sido esta epopeya revoltosa contra el régimen representativo del “puntofijismo”. Las nuevas reflexiones me llevaron a extender las páginas de aquel escrito hasta que se transformó en lo ahora entrego para su lectura y discusión. ¿Qué es en definitiva lo que aquí se busca? Contribuir en la construcción de la “otra” historia; sólo contribuir porque las reflexiones que aquí juntamos están hechas sin ninguna rigurosidad investigativa. Solamente trato de ofrecer una mirada crítica sobre esta década de lucha desde la espina de los luchadores populares, desde las corrientes históricas que con su verbo y acción han podido fraguar los duros caminos de la liberación del pueblo latinoamericano. De la manera en que estas se entroncan con una rebelión militar protagonizada por militares patriotas cercanos mas no iguales a la cotidianidad de las luchas populares y a los nuevos idearios revolucionarios que se fueron levantando en su caminar. A constatar ese punto de tensión que cruzó toda la década y aún sigue creando situaciones realmente controversiales, cuando no explosivas. Se trata a fin de cuentas de desmitificar la historia vivida para tratar de traducirla desde adentro, desde sus puntos de conflictividad y no sólo desde sus engañosas armonías. Para que dejemos de contarnos desde los falsos romances asumiendo enteramente la tarea de construir y hacer realidad la hermosísima figura de la “revolución bolivariana”; sueño que esta muy lejos siquiera de haber comenzado en serio.

Otra cosa: personalmente me repugnan las imposturas heroicas que muchos quieren darse a la hora de contar esta historia, así como la necesidad tanto de los discursos que son meras justificaciones de lo injustificable o los terribles decretos de traición acometida por el ogro de Hugo Chávez. Abogo más bien por aclarar que sólo aspiro reflexionar desde una parte muy modesta de ella, sin decretar juicio definitivo alguno, cosa que considero trasciende mis derechos políticos e intelectuales. Reitero: esta es una mirada deliberadamente subjetiva, hecha tomando en cuenta diversos puntos cuya relevancia siempre es relativa; por ello no aspira ubicarse desde ningún centro determinante, ni desde el lugar del juicio final. Pero también es muy subjetiva porque trata de internarse en la evolución de los actores en lucha, de la permanente mutación

que fuimos viviendo como movimiento popular, como fuerzas revolucionarias, pero también y sobretodo como sociedad. Los actores de esta historia somos parte de esa “sociedad de excluidos” en que nos hemos transformado; detalle que en mi opinión es fundamental para entender los límites del presente, pero aún así para comprender toda la potencialidad liberadora que se ha internalizado dentro de los espacios populares después de la travesía revolucionaria por la que hemos pasado.

Por eso decimos: lo importante para nosotros es detectar con más claridad en la crónica, los contenidos y el sentido de lo vivido, los puntos grises que han servido para desoxigenar el proceso transformador, sugiriendo por cuál esquina es que este podría recobrar sus bríos. Esta es una historia que no comenzó en los cuarteles sino en la calle, y es desde allí, de ella como actor político principal, que vamos a intentar armar algunas pistas que permitan reconstruir el desarrollo genealógico del proceso. Por ello -y una vez más porque esto nada tiene de nuevo- no empezaremos con el 4-F., ni con los largos cuentos de la conspiración cívico-militar que lo precedió, sino con el 27-F, pero ya no como simple referente histórico de la crisis del puntofijismo, sino como el momento fundante de lo que será y quien será la forma de lucha determinante en la caída del puntofijismo y la gestación de un nuevo ideario democrático-popular. Aprovechamos una historia acontecida y vivida para reflexionar sobre ella, sus momentos más críticos, sobre sus actores principales, sus programas y sus estrategias, para recoger algunas pocas anécdotas que nos parecen significativas, muchas de ellas de índole autobiográfico, para hacer algunos comentarios y balances respecto a la corriente política en la que he militado, para entender más a fondo el fenómeno chavista, para pensar el país y la sociedad que ha venido gestándose en los últimos años; y de allí aportar nuestra colaboración a una verdadera comprensión del proceso transformador que vivimos.

Partiendo de esta última premisa, aprovechamos también para ir indagando sobre un hecho político que nos interesa seguirle la pista; sobretodo por tratarse de prácticas sociales muy propias de nuestra historia política reciente y muy recurrentes dentro de las nuevas luchas de los pueblos del mundo. Nos referimos a las modalidades populares de resistencia y rebelión, al desarrollo de los procesos populares constituyentes, a las dinámicas autónomas y de alternativa, entendidas como centros dinámicos desde los cuales se vertebran las prácticas colectivas de sobrevivencia y confrontación de los pueblos frente a los mecanismos subordinantes del sistema constituido de poder. Si hablamos de modos de resistencia, partimos de la idea que ellos se fecundan en la cotidianidad, en el día a día de la lucha por el derecho a ser, pero hay momentos en que desbordan estos límites y se convierten en una energía de intercomunicación entre los individuos que en este tránsito multiplica su fuerza de manera exponencial, haciendo que la realidad explote, reconociéndose ella misma, haciéndose constituyente y alternativa, y dando a conocer sus anhelos más profundos.

En nuestra opinión, un muy particular “modo de resistencia” obtiene su carta de nacimiento del 27-F. Ya no es una resistencia pasiva que actúa por inercia bajo simples mecanismos de autoconservación de la vida o resguardo de los derechos conquistados. Es un modo de resistir que salta de los lugares íntimos a la rebelión masiva, sellando en esta ruptura su modo extenso de ejercerse y guardando desde entonces una personalidad

descaradamente subversiva. En la medida en que se extiende a la vez amplía su visión de poder, lo que le sirve para cualificar la diversidad de matices que componen el ideario revolucionario que lo acompaña permanentemente. El entronque, arropamiento, fusión y conflictividad entre los fabricantes de esa resistencia y lo que finalmente obtendrá el nombre de "chavismo", es desde nuestro punto de vista la clave para comprender los límites de nuestra historia presente y poder desentrañar las posibilidades del futuro. Por primera vez en cincuenta años se articula una voluntad popular que superará la hegemonía histórica del populismo y construirá su "propio" programa, empezarán a tejer su propio proyecto de país, desde el único lugar donde éste se perfila posible; la acción directa, la subversión social y la construcción programática colectiva. Pero así mismo necesitará de una fuerza externa que aún no tiene para proseguir su empuje. Tomarán de la insurrección militar esa fuerza cometiendo el error de no negociar el camino, de no reconocerse como fuerza autónoma, lo que generará una metamorfosis dentro del proceso que aún le puede costar su vigencia y su sentido histórico.

Reiteramos entonces que no tiene sentido decir que aquí se ha traicionado algún "proyecto original", si por tal hablamos de algún proyecto nacido entre los muros secretos de la conspiración. Suponiendo que vale la pena hablar de "proyecto original", pues ese nació en la calle, desde allí fue construyendo su hegemonía, desde allí pudo atravesar los tiempos, y hoy se encuentra en una encrucijada que le es clave para restituir su autonomía. Si Chávez es populista, ceresoloiano, militarista, social-demócrata, proyanqui, o revolucionario y guevarista, ese es su problema o en todo caso de su gobierno. El proceso por más que sea afectado por estas definiciones, sin embargo camina por otro lado, es un otro muy distinto cuya voluntad de poder no comienza ni termina en un gobierno o en un proyecto mesiánico. Es una creación absolutamente colectiva, un hecho que le pertenece a un todo diverso y procesal que se dirime entre las expresiones concretas del protagonismo popular, y es desde allí que quisiéramos releer nuestra historia reciente. Nos encontramos entonces ante un mosaico muy complejo cruzado de intencionalidades distintas encaminadas todas ellas por una rebelión popular que hoy lucha por reactivar su ciclo vital. Queremos centrarnos en ese entrecruzamiento para comprender por donde sigue caminando el verdadero "huracán revolucionario".

El pasado, el presente y el futuro, nos gustaría ayudar a redescubrirlo desde la fuerza colectiva que es capaz de darle sentido, en medio de un mundo que tiende todos los días a vaciarse más de realidad y pasión. Nuestra maníaca insistencia por la práctica de "otra" política, o el fomento de una nueva cultura política, necesita en estos momentos nuevas miradas de nuestro ser político colectivo para poder trabajar sobre nuevas conquistas teóricas y de poder. Como obreros de la fábrica de la rebelión siento que hoy es necesario que nos reunamos para mejorar su productividad ante la dura competencia que nos vuelve a dar la política tradicional a través de los personajes que nosotros mismos dejamos que tomen vida; para ver si algún día dejamos de ser tan pendejos ante el mundo de la retórica insulsa y la opresión flagrante.

I. TIEMPOS DE REVUELTA

1. LAS LÓGICAS DE UNA REBELIÓN CAÓTICA

Hace más de once años entre los callejones de Catia (uno de los núcleos centrales de la Caracas pobre) grupos de hombres y mujeres trataban de darle coherencia a la acción desesperada que miles de personas llevaban adelante sin orden alguno. Hacía 24 horas que había comenzado una revuelta inesperada originada por el alza de las tarifas del transporte. Su signo fundamental era la de la movilización masiva de los sectores más empobrecidos y la protesta violenta, hecho que rápidamente evolucionó hacia la quema de unidades de transporte, la formación de barricadas y el saqueo de locales comerciales. Sus lugares de origen fueron los terminales de transporte ubicados en el mero centro de la ciudad (Nuevo Circo), como algunos terminales de la periferia urbana, principalmente el de Guarenas. Pero rápidamente se extendió hacia todos los barrios y rincones marginales del valle de Caracas, siguiendo una espiral que estuvo a punto de tomar características nacionales. Los cuerpos policiales se vieron totalmente desbordados desde las primeras horas, lo que permitió que la revuelta se extendiera desde el 27 hasta el día siguiente. Ya en la tarde del día 28 de Febrero es decretado el toque de queda y la suspensión de garantías; decreto que sirvió de excusa para que se desarrolle una amplia movilización de tropas militares, las cuales desencadenaron una represión violentísima e indiscriminada que en algo más de 24 horas le causó la muerte de no menos de cinco mil personas (únicamente fueron reconocidos alrededor de 380 muertos, y sólo 15 de ellos tuvieron algún tratamiento jurídico, aunque jamás han servido para hacer justicia).

En Catia, principal parroquia de Caracas, desde el 27 hasta las primeras horas del 28.F. se seguían rompiendo santamarías, se saqueaban los establecimientos comerciales, se tomaban locamente los enceres de uno u otro local y luego se corría entre un mar de balas, fogatas, gritos y movimientos de masas humanas sin destino común de ningún tipo, no faltando las arbitrariedades contra hogares y personas que cometían algunas bandas desenfundadas. Sin embargo, poco a poco los intentos de algunos pocos por conjugar una cierta coherencia en la acción y un sentido menos inmedatista a lo que se buscaba, empezaron a alcanzar sus objetivos. De pronto el cansancio frente al puro desorden motivado por la euforia expropiadora, estimuló la reunión de pequeños grupos que en minutos escogían un determinado proceder para encaminar de forma más contundente y eficiente la acción de la multitud. Bastaba con que los acuerdos rápidamente sean logrados para que la actividad masiva empiece a tomar un nuevo cariz hasta arropar con su ejemplo el movimiento de una infinidad de seres quienes, en la medida en que descubrían la posibilidad de darle un sentido constructivo a su violencia, a la vez comenzaban a producir palabras, actos concretos y puntuales, con un nivel cada vez más racional de acción y organización. Se convocaba a la acción de solidaridad con el herido, a la distribución equitativa de lo expropiado guiando la movilización hacia un destino sobradamente político (en algunas partes se balbuceaba la idea de dirigirse contra el palacio presidencial).

Tales grupos ordenadores en algunos casos tendían a disolverse entre la multitud, pero a su vez ellos mismos se multiplicaban hasta producir una cadena interminable de negociaciones de acción que en la medida en que pasaban las horas iban convirtiendo el desorden del saqueo indiscriminado en una multitud movilizada y convertida en una fuerza poderosa. Es decir, en colectividades aún fragmentadas en momentos y espacios muy dispersos debido a las características de la rebelión en curso, pero con capacidad de crear sus propios procedimientos de autorganización que les permitía darle una mayor direccionalidad estratégica a su acción, lo que necesariamente iba engendrando una cierta conciencia de su poder transformador. Llegando a esos niveles de acuerdo las banderas de Venezuela en manos de algunos manifestantes ya empezaban a recorrer las calles de Catia, y los gritos de ¡viva el pueblo! se dejaban colar en el medio de una infinidad de voces y ruidos.

Era el 28.F. en la tarde, exactamente a partir de las 4pm, cuando la réplica asesina del estado cortó de manera abrupta esa sinergia gradual de multitudes. A pesar de la resistencia que generaron algunos focos dispersos de lucha armada y redes de contrapropaganda que enfrentaron la milicia y los mensajes de gobierno, ya era muy tarde. La historia quedó rota, muertos o aterrorizados sus actores, el pueblo tuvo que replegarse, pero esta vez y desde entonces como un alguien que ha cobrado personalidad propia, que ha mesurado su fuerza descomunal y capacidad de autoordenamiento. La lógica de acción que alimentó la rebelión del 27-F dejó sembrado un código subterráneo de lucha y el germen de una comprensión radicalmente distinta del status político que habrá de jugar la mayoría popular. En los años sucesivos y a pesar de la represión, la violencia colectiva y "espontánea" se convirtió en una forma recurrente de lucha entre las comunidades (más que todo periféricas de las grandes ciudades) y grupos protestatarios (preferentemente estudiantiles). Ella fue tomando la forma de una respuesta automática ante las injusticias y arbitrariedades que se sucedían contra una población cada vez más golpeada en todos los índices de calidad de vida. La violencia de calle era su imagen, la piedra y el control momentáneo del espacio su instrumento de lucha más común, y el combate contra la pobreza su principal razón de ser.

Ningún intento de manipulación mediática pudo lograr criminalizar la virulencia de la protesta y generar un rechazo activo y efectivo hacia ella; impotencia del sistema que redundó directamente en una probada incapacidad para resquebrajar ideológicamente el proceso mediante el cual comenzara a consolidarse un nuevo ideario político centrado en el estímulo y exaltación del protagonismo colectivo por encima de cualquier otro agente político que quiera atribuirse el derecho a la representatividad popular. De esta forma, comenzó a disolverse con rapidez creciente el referente partidocrático (indistintamente de su signo ideológico) y se inicia una profunda reinterpretación del principio democrático alrededor del rescate de la soberanía popular, ya no como atributo metafísico en manos del legendario pueblo-nación, sino como principio legitimador de las prácticas políticas alternativas, de la misma protesta y de las distintas versiones programáticas sobre las cuales se concretaba el deseo de construir un nuevo orden socio-político. Esa vaga idea que empezó a girar alrededor del rescate de la soberanía popular, es el mito-fuerza que cimentó el renacimiento de la voluntad constituyente en el país.

Sin lugar a dudas que el 27-F, y gracias a las características específicas de aquella rebelión, es el punto de partida de una revolución político-cultural cuyo eco recorre toda la década de los noventa hasta llegar a nuestros días con una fuerza muy particular. Diríamos que a la vez que se ha enflaquecido en muchos aspectos que atañen a su autonomía política, al mismo tiempo ha redoblado su importancia histórica como momento de ruptura frente a lo que ha sido el papel de las clases populares dentro de los procesos transformadores. Estos altos y bajos tienen mucho que ver con las mismas particularidades de la lucha popular en la década de los noventa, de su conflictivo entronque con el chavismo, y sobretodo, esa diferencia cualitativa ante lo que fueron los movimientos de rebelión popular a lo largo del siglo veinte, estimulados básicamente por el caudillismo, el populismo y el vanguardismo de izquierda. Por primera vez aparece el pueblo-masa-nación -para emparejar los innumerables términos de definición- como sujeto político. Por primera vez podemos leer la historia en los códigos del protagonismo colectivo. Por primera vez aparece una pauta viva para reconstruir todo nuestro pasado y tratar de conquistar un futuro.

En aquellos días del 27-F la miseria se expresó de la manera más radical y destructiva hasta llegar a un punto tan extremo que fue imposible restablecer la legitimidad del orden constituido. Para los que hemos sido parte de las franjas más activas del movimiento popular y revolucionario, a partir de entonces estuvimos envueltos por una infinidad de interrogantes, de rupturas, de cuestionamientos, que en todo momento fueron resueltos, o medianamente respondidos por la acción colectiva. Hechos anteriores como la rebelión estudiantil del 87 o el encuentro de la a sí llamada "corriente histórico-social", la interacción con los movimientos emancipadores y el pensamiento crítico de otras latitudes, ya nos habían acostumbrado a reflexionar la tarea transformadora a partir del aprendizaje que recogíamos de la práctica política colectiva, aupando los valores de la "democracia de la calle" (término de la poesía libertaria barquisimetana). El cómo acercarnos a esa complejidad del quehacer de masas fue de más en más el reto de los más comprometidos, quienes, en la medida en que se iban acumulando los hechos, nos sentimos obligados a encontrar nuevos horizontes de lo posible para el respaldo de una esperanza emancipadora. Sin disipar la importancia del fin liberador que perseguimos, la realidad nos impuso la necesidad de construir una visión de la relación entre vanguardias y pueblo - allí donde se destaca la dinámica y la subjetividad de la guerra- centrada en el proceso, en el camino constructivo de la soberanía del protagonismo popular ya naciente bajo la intensidad de las luchas del 27-F, y conceptualizado más adelante como Proceso Popular Constituyente.

Obviamente fueron mucho más las sorpresas que las evidencias o la constatación de profecías, y quien se ató a marcos preestablecidos para la comprensión de la constante insubordinación de que manifestaban los movimientos de calle y el conjunto de las luchas sociales, tendió a quedar encerrado en la parálisis teórica y política. En todo caso, el curso de la última década, luego de haber quedado frustrado el primer gran intento de rebelión masiva, estuvo signada por las rebeliones parciales, por lo general truncadas en su camino inmediato pero que en suma fueron dejando una estela gruesa de movilización permanente, una subversión social continuada que fue creando el piso de la subversión política ante el régimen puntofijista; régimen forjado bajo el dominio de una partidocracia corrupta y represiva que nació a principios de los años sesenta.

El reto que ahora se nos presenta es el de acercarnos a las modalidades de resistencia que fueron la clave del desenvolvimiento político de las clases explotadas desde entonces. Se trata de rescatar la lógica del entrelazamiento de los principales actores socio-políticos de la década, los contenidos y significados de su protagonismo, en definitiva, el cómo y de qué manera ellos restituyeron y a la vez superaron el fragor intenso de las luchas que engendraron la rebelión del 27-F. Por los momentos al menos dejemos puntualizados algunos hechos y características de la subjetividad política naciente que por su singularidad nos sirven para reconstruir los modos de resistencia más característicos de estos años.

2. LOS CONTENIDOS DEL 27-F

La democracia, en sus significados universales de igualdad, justicia, identidad y libertad, desde los días de aquel febrero dejó de estar en manos de las representaciones políticas partidarias o cualquier otra corte de las noblezas intelectuales y políticas, para desparramarse por la calle, convertirse en un hecho desde el cual sólo la actividad de la resistencia civil, pacífica o violenta, de acuerdo a las maneras de cada quién, era capaz de darle contenido, lo demás era tomado como engaño y contención de los anhelos colectivos. Salvo la relativa eficacia con la cual fue presentada la candidatura de Rafael Caldera, el manto moralizante, salvador y progresista con la cual fue bien vendida, el régimen no encontró forma ni manera de evitar la expansión de esa reinterpretación abiertamente antisistema "democrático" de la misma democracia. Increíblemente pero con el paso del tiempo todos los discursos del puntofijismo no tuvieron otra salida sino buscar alguna correspondencia o empatía con los significados democráticos que brotaban de la calle hasta llegar a los colmos del ridículo -ver candidatura presidencial de Irene Saez-.

Simultáneamente estos innumerables bolsones de resistencia civil y cultural se fueron agrupando y creando sus propias estrategias de discurso y acción. En algunos casos restituyendo viejas claves de la política revolucionaria que se redistribuyeron entre los variados frentes de acción popular que se intentaron montar: frentes sindicales, alianzas electorales, iniciativas candidaturales como la de Andrés Velásquez, etc. En otros acudiendo a la comprensión del proceso mismo estableciendo todas las posibilidades de intercomunicación y entrelazamiento organizativo que iban potenciándose desde la dinámica de ese proceso. Faltan los balances específicos de cada caso, pero es muy probable que estas últimas hayan sido las que solventaron las dificultades de cada momento con mayor eficacia y dándole al conjunto del movimiento los referentes de organización y actuación alternativa que le eran imprescindibles para no morir bloqueados entre los fantasmas ideológicos de la vieja izquierda o la seducción reformista. Al igual que en las lógicas de toda rebelión callejera la acción colectiva extensiva en el tiempo se va potenciando en la medida en que se multiplican los diálogos de acuerdo e invaden otros espacios hasta concatenarse en redes de articulación estratégica que permiten metamorfosear el perfil político, la correlación de fuerzas, al interno de la realidad concreta donde ellas actúan.

La Asamblea de Barrios en Caracas, los movimientos pedagógicos, las redes culturales de base y de investigación-acción, el cooperativismo alternativo, la violencia liceísta y universitaria, los intentos comunicacionales alternativos, las ofensivas

proderechos humanos, el movimiento indígena y minero, la protesta de los jubilados, la misma interacción de agrupaciones y individuos que supuso la constante actividad conspirativa, son tan sólo algunos de los picos más simbólicos de una movilización que al menos hasta el año 94 no en pocas oportunidades se tornó incontrolable. Los años 91, 92 y 93 fueron por razones obvias los más estelares (aunque ya es hora de revisar con lupa los movimientos reales que se dieron en este período. Más adelante lo tocamos). Por ahora resaltaremos el papel fundamental que jugó la Asamblea de Barrios como centro de inauguración del poder social en el país y agente articulador de las luchas populares. Un espacio de debate y unidad de acción que finalmente elevó a un lugar hegemónico el discurso ideológico que se sustenta en la autonomía del poder popular y la necesidad de construir los espacios de soberanía donde el este se exprese como fuerza fundamental de legitimación de la nueva democracia. Igualmente el papel que juegan los movimientos pedagógicos como generadores de una nueva cultura política sustentada en la crítica a la división social del trabajo, la práctica burocrática y la reivindicación democracia del saber.

Lo más importante es que en el transcurso de los años atravesados se fueron creando los pilares de una nueva hegemonía; nace poco a poco una nueva cultura política empujada por una nueva praxis revolucionaria, en base a la cual esa democracia que reclamaba el diálogo y el protagonismo colectivo se fue tornando en programa, o mejor, en prácticas y proyectos alternativos a través de los cuales se iban vislumbrando los caminos para la construcción de una sociedad distinta. La continua lucha contra la pobreza comenzaba desde entonces a verse a sí misma como un agente lo suficientemente maduro como para imprimirle una nueva direccionalidad al curso de la historia nacional. Podemos decir que desde entonces la lucha de clases que resplandecían en forma espontánea y por todas partes, de pronto comenzó a expresarse como una lucha polarizada entre concepciones del mundo que irradiaban sus propósitos antagónicos entre todos los surcos de la sociedad. Finalmente se logró una amplia reactualización política del mandato justiciero y libertario que se sostuvieron desde la independencia hasta las luchas federalistas campesinas en el siglo pasado.

Desde el contexto de la lucha hegemónica, siempre acompañada por la reivindicación de una cultura de la horizontalidad, del repudio al representativismo y las burocracias, comienza a construirse la figura de la comunidad organizada como núcleo principal de cualquier cambio profundo (la politología reaccionaria llama a esto un triunfo de la "antipolítica", lo que preferimos asumir como el fin del predominio político-ideológico de la burguesía modernizante). De hecho, la experiencia y reflexión metodológica acumulada, sintetizada en las siglas "invedecor" (articulación estratégica y metodológica entre las prácticas de investigación, educación, comunicación y organización), nos fue indicando que dentro de los procesos efectivamente transformadores al menos debe mediar un camino que conduzca, por un lado, a la articulación de momentos desde los cuales se va produciendo un nuevo conocimiento, nacen nuevas formas de comunicación no monopólicas, se formalizan modelos de transmisión y recreación del saber ajenos a la escuela tradicional, y se fortalecen nuevas relaciones de organización no burocráticas. Y por otro, a la concentración de esta acción de articulación a partir del colectivo comunitario.

No es por juego al localismo ya que de hecho las comunidades con frecuencia cada vez mayor no son "locales" sino colectividades autocentradas en una diversidad amplísima de identidades culturales, de género, de etnia, de clase, etc. Es por la simple razón que en sociedades como la nuestra, y muy particularmente la nuestra, el cuestionamiento al orden se desarrolla básicamente a partir del trabajo concientizador y protestatario que generan las distintas vanguardias sociales forjadas alrededor de las periferias de los núcleos sociales excluidos de los sistemas de reconocimiento y ascenso social (la carta de ciudadanía que la mayoría no tiene): lugares estables de trabajo, sistema escolar y universitario, sindicatos, asociaciones civiles, ligas empresariales, gremios profesionales, federaciones agrarias, agrupaciones culturales, partidos políticos, etc, y en general de los mercados laborales y asociativos tradicionales (cuantas veces hemos repetido que nos hemos convertido en una sociedad de vendedores y revendedores de "pantaletas", y sumémosle dos coletillas desconcertantes: con el más alto índice de analfabetismo funcional del continente, y el más bajo en cuanto al desarrollo asociativo de la sociedad civil. Ellas hablan por sí solas).

Muchos, más allá incluso del lugar que ocupamos en la corta escala social que hay desde las clases pudientes hacia abajo, tendemos a juntarnos en comunidades por lo general muy arraigadas a un territorio específico, desde donde empiezan a fluir y extenderse socialmente las actitudes de desobediencia y los programas alternativos (con estos últimos es donde se dejan colar identidades que trascienden el mero sentido de lo local y empiezan a entrecruzar visiones de totalidad e incluso a absorber sin tanta resistencia la presión de las identidades culturales desterritorializadas). Es desde allí también donde los núcleos de resistencia político-cultural incubados dentro del mismo estado, empiezan a actuar con mayor libertad apoyando su disidencia interna en el empuje de la comunidad que participa del cuestionamiento al orden. La comunidad convertida en sujeto político a partir de entonces potencia los movimientos sociales de lucha reivindicativa y hegemónica, tornándose además en una diversidad laberíntica de espacios en rebeldía cuya unidad de acción en los primeros momentos no es asunto que esté a la vuelta de la esquina.

Podemos indicar que los modos de resistencia que comienzan a ordenarse adquieren las características de una actividad de subversión constante que por regla se genera desde las bases sociales, pero además, de la imprevisibilidad de sus manifestaciones, de la dispersión de sus liderazgos, de la ausencia de estrategias consensuales, de la agregación permanente de nuevos estratos sociales a las espirales protestarias, y del constante fortalecimiento y enriquecimiento de los idearios referenciales que fundamentan la actividad contrahegemónica. Estamos hablando entonces de modos de resistencia con muchas expresiones de articulación y amplitud, completamente descentradas, pero sin mayores instrumentos para la unificación política de su acción. Aunque esto último es curiosamente lo que aquí sí pudo lograrse con el avance del tiempo, nuevamente de la manera más inesperada, pero a un costo enorme.

Tomemos dos ejemplos que no son por cierto ni los más importantes ni los más "céntricos" dentro del proceder de la resistencia en aquellos años, son simplemente actividades que me dejaron una honda huella en el recuerdo. Finalizados los días de la rebelión de febrero Enrique Ochoa junto a numerosos familiares de las víctimas del

genocidio, organizan al comité de familiares y desaparecidos llamado más adelante COFAVIC. Comienzan sus actividades de denuncia, sus foros, sus iniciativas legales. Con mucha rabia pero también mucha impotencia, todo parece girar en los primeros tiempos alrededor de denuncias que no trascienden el marco tradicional de cualquier actividad reivindicativa de los derechos humanos. Me involucro dentro de ella por razones obvias y hasta muy personales (algo de mi cuerpo -y el de 16 compañeros más- había quedado un poco machacado dentro de las celdas de tortura del DIM en aquellas épocas del 27-F), viviendo por cierto la gran sorpresa de poder compartir las actividades de coordinación del comité en el mismo espacio de la Federación de Refugiados de América Latina dirigido por una boliviana que acompañó al Che en su último intento guerrillero; era una mujer maravillosa que contenía en su voz, su piel, sus palabras, toda la fuerza de aquella legendaria historia. Se inventan actividades de todo orden, se hace contacto con innumerables familias e individuos que sufrieron los embates del 27, se descubre el depósito de cadáveres de La Peste; esto a su vez incorpora un número inmenso de personas en las actividades de custodia de aquel lúgubre testimonio del genocidio; aparece el padre Matías trayendo el testimonio de los terribles hechos que se vivieron y seguían viviéndose en la zona de Petare, hasta que el comité se convierte en un lugar de articulación de innumerables colectivos surgidos en las comunidades marginales caraqueñas. A partir de allí empieza a radicalizarse la acción colectiva; de la denuncia se pasa a la organización de actividades de acción directa, se toma Miraflores por sorpresa utilizando cadenas y el ingenio de los familiares. Hay presos, a la fuerza nos toca visitar nuevamente la DISIP, pero las cosas siguen. En el año 90 las fuerzas han crecido, nace la consigna de “no hay pueblo vencido”, con pintas se llenan las paredes de la ciudad entre ellas las del CEN de AD, hasta organizarse el primer acto de conmemoración del 27-F. El acto es masivo, miles de personas llenan la plaza Caracas, hay cantos y mítines. De pronto todos los techos de la torres del Centro Simón Bolívar se colman de militares armados con ametralladoras que en cierto momento descargan haciendo huir desfavorida a la multitud concentrada. El lunes de la semana siguiente se coordina fuera del comité una acción encadenada de encapuchados por todo el país en protesta por los hechos ocurridos, con una concurrencia de estudiantes a las calles que sigue siendo masiva en ese entonces. Las actividades del comité y las sucesivas detenciones continúan, al año siguiente se hace otro gran acto con los mismos símbolos, se lee una condena por genocidio a Carlos Andrés Pérez, pero el final es casi idéntico con los mismos militares y las mismas ametralladoras. Se responde igualmente con las acciones de calle aunque esta vez decaen las universidades por la degeneración progresiva del movimiento de acción directa, pero aparece un nuevo sujeto: la rebelión de los muchachos de educación media, quienes pagaron muy caro en vidas la enorme revuelta que liderizaron aquel año 91 haciendo sin embargo un aporte maravilloso al imaginario y la cultura de lucha de aquellos años; de ellos nace la consigna “todo el poder para el pueblo”. A partir de allí la actividad del comité queda emplazada a convertirse en una actividad abiertamente política y antisistema, no hay otro hueco por donde meterse. Sin embargo no se da la talla a su interno. Las contradicciones dentro de él afloran por todas partes, Lilibian Ortega, abogada para entonces del comité se queda con los casos legales y su nombre, convirtiéndose más adelante en un ejemplo para los yanquis del liderazgo civil obediente y domesticado. Enrique nos seguirá por algún tiempo organizando la “Asamblea Yulimar Reyes”, compuesta básicamente por grupos revolucionarios de base, luego regresará a los carriles del profesionalismo politiquero.

Por nuestra parte junto a aquella asamblea y otros espacios previamente organizados, por un lado se ayudará a formar la Asamblea de Barrios, por otro se articulará a nivel de comunidades lo que habrá de ser al menos hasta el año 93 el Proyecto 92 desde donde se aupó con mucha fuerza la consigna de “desobediencia popular”.

Otro ejemplo mucho más periférico aún es un pequeña pasada por las cárceles de El Rodeo y El Junquito y La Planta, donde me tocó hacer un trabajo de facilitador cultural por algunos meses hasta que me votaron. La vida que llevan los presos es realmente pavorosa. Se come de ollas llenas de hongos, todos tienen que rendirle cuentas y dinero a los respectivos jeques de área que a su vez pagan y se someten a las autoridades de las cárceles. Cuando no hay dinero vale el cuerpo como forma de pago. La represión del gendarme ya hace parte de sus ritos de placer. El reparto de drogas y armas es un negocio personal de los directores de los planteles. Se mantienen de todas formas algunas ceremonias de “rehabilitación” y “humanización” del vivir carcelario, entre ellas los juegos deportivos, los intercambios culturales, deportivos y la formación de grupos de teatro y hasta de literatura. Todo parece llevarse entre un equilibrio perfecto entre muerte, represión, lucro y rehabilitación. Es parte de un juego interno al cual todo el mundo parece acoplarse perfectamente y donde los que ganan y los que pierden (desde la vida, hasta la dignidad mínima personal) está perfectamente delimitado. Se comienza un trabajo de contacto con algunos presos promoviendo iniciativas como la de hacer murales y periódicos dentro de las cárceles. La ingenuidad de la iniciativa deslumbra; nada llega a ser permitido o muy permitido por los directores, sin embargo sirve para profundizar la amistad con más presos. Aparecen entonces las verdades dichas por boca propia, donde me doy cuenta que el equilibrio aparente en realidad está a punto de quebrarse; un verdadero huracán se viene organizando entre las cárceles, en combinación unas con otras, sirviendo de correaje los familiares y sobretodo los grupos culturales que muy bonitos ellos, apareciéndose en conciertos de salsa con unos ridículos “paltós” grises y con corbata verde, en realidad se trata de un grupo muy politizado que utilizan sus giras por las cárceles para organizar las huelgas y rebeliones dentro de ellas. Por detrás hay viejos líderes, entre ellos un colombiano que lleva 18 años preso sin condena por un supuesto asesinato que aún no han podido probarle. Sin embargo el amigo es cercano al M.19 y posee una cultura literaria y crítica de verdad impresionante. Otros estrategas e ideólogos a la vez juegan el mismo papel, pero además dentro de los grupos de familiares hay una buena cantidad de ellos que se reúnen no sólo para hacer planes de coordinación sino para discutir “cosas de la vida” donde trajinan por la religión, la política, el marxismo, hasta la poesía de Neruda y Guillén. Son ambientes donde sabiduría, crecimiento personal y astucia subversiva se junta en una sola agenda muy bien aprovechada además por lo corto de las ocasiones para el encuentro. Soy finalmente invitado a participar en dichos colectivos que tienen formadas sus células en las tres cárceles, y de la ingenua idea de periódicos abiertos pasamos a la formación de correajes muchos más seguros donde terminarán interviniendo grupos deportivos y culturales de barrio a quienes contacto, ajenos a las cárceles pero que tienen entre sus miembros gentes con algún historial por aquellos paraísos. Se empieza a hacer un plan de rebelión (huelgas, tomas de cárceles, etc) y por otro lado se arma un programa reivindicativo que asume al “preso”, su condición humana y la de su entorno familiar y comunitario como el punto de partida la reconstrucción de una sociedad. Se avanza con los planes y los documentos empiezan a regarse por todas las cárceles,

siendo increíble la cantidad de gente que al menos se interesa por aquellos papeles. Mala suerte, algún sapo que nunca falta me denuncia a mí y sobretodo a varios de los organizadores; soy expulsado del trabajo y varios de los presos confinados a las celdas más arrinconadas de la cárcel de “sifrinos” que es el Junquito. No obstante, la cosa no muere totalmente, a los tres meses más o menos estalla una rebelión en varias cárceles del país, sin la envergadura que se pensaba y sin tener en mano el programa que comenzaba a idearse, pero con mucha fuerza y firmeza en las reivindicaciones inmediatas. Mi alegría fue inmensa, combinada además con cierto orgullo propio del egocentrismo político, cuando vi en una de las tomas televisivas de la revuelta que hicieran algunos de los noticieros en la cárcel de Maracaibo, una pancarta detrás del comité de presos que aludía a la desobediencia popular. Un poco tonto pero que sensación más soberbia. Del destino de aquellos desobedientes maracuchos, ni idea.

3. LA ENCRUCIJADA DEL CHAVISMO

El año 92 aparece en el calendario arrastrando el calor de las continuas movilizaciones que abarrotaron las calles de todo el país durante el año 91. La represión ha aumentado de manera inclemente elevando a alrededor de 25 la cifra de estudiantes asesinados en las manifestaciones del año que terminaba. Al mismo tiempo, al lado del asambleismo popular creciente, empiezan a multiplicarse los lugares de encuentro de los liderazgos nacionales que han mantenido una línea política contraria al orden constituido en las últimas décadas, manifestando posiciones en pro de la convocatoria a una asamblea constituyente (el “Frente Patriótico”, organizado desde el 89 por viejos disidentes del sistema, tuvo un lugar destacado en ese sentido). Por otro lado, la política de apertura de mercados y liberalización de precios desarrollada por el gobierno de CAP, va generando sus consecuencias lógicas en cuanto al deterioro aplastante del nivel de vida de la población. La descomposición moral del sistema sigue su curso sin detenimiento, pero son cada vez menos los que tienen el privilegio de entrar en los circuitos del clientelismo de estado y la corrupción; es otra de las consecuencias del fracaso del modelo económico rentista y una razón más para entender el desbaratamiento irreversible de la legitimidad del régimen partidocrático.

El 4 de Febrero en la madrugada se desata la rebelión militar. Dentro del contexto general de la movilización popular y la mayoría de sus liderazgos es un hecho absolutamente sorpresivo. Apenas algunos fogonazos de rebelión -de los llamados “Comacates”- se habían manifestado en años anteriores, sin mayores consecuencias, lo cierto es que el cuerpo militar no se visualizaba para nada como un agente político de alternativa. El antimilitarismo de fachada que había mantenido el régimen desde la caída de la dictadura perezjimenista y la propia vivencia de las jornadas como las del 27-F, alejaban por completo esta opción. No obstante los hilos de la conspiración para el momento de la rebelión ya se habían extendido considerablemente e inundado una buena parte de las franjas más radicalizadas del movimiento popular como de las tendencias herederas de la lucha armada. De hecho la rebelión por mucho tiempo fue concebida por sus principales mandos como una rebelión cívico-militar, y para el momento de la misma es muy grande el número de grupos que participan directa o indirectamente en sus planes. Pero no son sólo estas franjas del movimiento popular quienes son convocadas a la conspiración. En la medida en que ella toma cuerpo también invade al

menos algunas personalidades del bipartidismo, de la izquierda parlamentaria, de la iglesia, y de las élites intelectuales y culturales que había radicalizado su oposición tanto al gobierno de turno como al sistema en general.

De todas formas el principio estratégico de la alianza cívico-militar para la fecha del alzamiento es todavía muy endeble, manejada a nivel de una alianza de focos conspirativos (donde se destaca por supuesto el foco militar del ejército) unificados en la razón de ser de la operación rebelde, cual es la de derribar todo el edificio socio-político del régimen puntofijista bajo la conducción de un gobierno de reconstrucción nacional cimentado en un ideario bolivariano. Aunque a esta debilidad se añade la asunción dentro de la misma alianza de una visión mesiánica del componente militar de la misma, quien tiene entre sus principales exponentes a Hugo Chávez. Es una posición que en el proceso termina por imponerse, determinando las características "golpistas" de la rebelión. Ahora más allá de los hechos del 4-F., dicha insurrección se presenta como un hecho clave para entender los perfiles organizacionales, políticos y hasta culturales que irá adoptando el desarrollo extensivo de la subversión social que seguirá su curso luego del fracaso de la rebelión, hasta llegar a nuestros días.

Las intrincadas formas y maneras en que se van fusionando los ecos políticos y las particularidades específicas de la rebelión militar con las manifestaciones concretas de subversión social, es desde nuestra perspectiva un proceso que condiciona profundamente la modalidad de la resistencia que irá desarrollándose desde Febrero del 92 en adelante, y obviamente un hecho determinante para lo que se será el fin del bipartidismo y la fabricación tanto política como constitucional de la llamada "quinta república".

Pero no es necesario que nos metamos con los detalles de la rebelión. Simplemente reiteremos lo hartamente dicho: de pronto el odio social mil veces manifestado hacia las cúpulas del orden constituido se sitió acompañado por un factor de fuerza esencial; al menos una parte importante de las Fuerzas Armadas -y que todos entendimos que no había quedado extirpada con la caída de los alzados- estaban de nuestro lado. A pesar del fracaso militar de la operación rebelde, de un momento a otro la autoestima subversiva creció en forma exponencial. El apoyo que recibió el golpe entre los susurros de la calle se dejó sentir de inmediato, condicionando el discurso oportunista de algunos parlamentarios. Era al propio tiempo un apoyo que fortalecía el sentimiento antisistema, le daba un gran espaldarazo a la resistencia civil, y sin duda un visto bueno a los idearios políticos que comenzaba a transmitirse sin nada de televisión pero con mucha labia y mucho papel.

¿Y por qué esa empatía directa y sin necesidad de explicaciones entre golpe y subversión social? Primero porque quienes lo ejecutaron eran jóvenes oficiales. La regla básica del modo de resistencia naciente desde el 27-F se repetía; las bases, el mundo subordinado a los altos estratos deslegitimados se rebelaba, expresando con toda violencia su antagonismo hacia ellos. En segundo lugar, sus discursos no eran de defensa al orden sino de libertad; la identidad nacional constitutiva, condensada en la épica bolivariana, vuelve a emerger de manera volcánica inspirada en las palabras de los insurgentes. Y tercero, Arias, Chávez, como el resto de los comandantes golpistas eran hombres del pueblo; la identidad de clase también ayudó muchísimo en este caso. En

fin, el sentimiento generalizado era que las armas de la república volvían a ser nuestras, y detrás de ellas la imagen de un hombre fuerte que se había responsabilizado personalmente por los hechos sucedidos. Una inmensa franja de la subversión social comenzaba desde entonces a identificarlo como su líder indiscutible.

De allí en adelante pasarán innumerables acontecimientos que servirán para entretejer con mayor firmeza los hilos de la resistencia, ahora acompañada por el aliento militar. El 27-F del 92 la Asamblea de Barrios hace el primer llamado a cacerolazo en conmemoración del día de la rebelión mediante los mecanismos más rudimentarios de convocatoria. Sin embargo, la protesta toma dimensiones totalmente sorprendidas, incluso para los convocantes. Esta reacción tan positiva estimula los ánimos de movilización, ahora con el agregado insurreccional. Con las mismas características subterráneas pero potenciada con los medios electrónicos de comunicación, se hace un segundo llamado para el 10 de Marzo a un cacerolazo abiertamente insurreccional. El ruido de las cacerolas es impresionante y los focos insurreccionales no tardan en hacerse presentes en innumerables puntos sobretodo en Caracas. Pero no pasa de allí. El gobierno todavía se mantiene a la defensiva sin desatar ninguna represión significativa. En Abril se hace un segundo intento con el "pitazo". En Caracas la intensidad de la protesta baja pero en el interior del país, particularmente en Maracay, Valencia y Barquisimeto, aumenta en forma considerable. De todas maneras las cosas no pasan de la protesta puntual, dejando truncadas las ilusiones insurreccionales. Ellas renacerán meses más adelante pero ahora a la cola de la iniciativa militar. El 27-N se da el segundo golpe aunque esta vez es secundado por una participación popular mucho más visible, tanto que el flagrante fracaso militar del mismo por poco es remendado por la iniciativa armada y movilizadora de los sectores civiles. Faltó experiencia, mejor coordinación y más apoyo militar para concretar esa posibilidad.

La movilización continuó en Diciembre haciendo respetar el triunfo de Aristóbulo Isturiz a la Alcaldía de Caracas, y en Mayo del año siguiente se convierte en el factor esencial de presión para la destitución de CAP por la Corte Suprema de Justicia bajo cargos de malversación de fondos. Llegado a este punto ya es evidente que el sistema ha entrado en una crisis profunda e inmanejable por los actores políticos tradicionales. Los planes aperturistas de mercado se han venido al piso, el bipartidismo comienza su gran picada, pero en realidad todo sigue girando alrededor del gran espectáculo político; la revolución es solo una gran ilusión, lo único que ha cambiado es que ahora es una ilusión de muchos más.

Tendríamos que destacar al menos tres hechos básicos que florecen es estos meses sucesivos al 4-F. Primeramente el paso de la subversión social a la subversión abiertamente política, completa su tránsito después de abrirse camino con las rebeliones militares. Todo el desarrollo protestatario tiene ahora un tinte netamente político, enfilando sus baterías contra la presidencia de CAP. Segundo, emerge por primera vez el "chavismo". Otra vez de manera inesperada en el curso del cacerolazo de Abril el grito de todos era "Chávez, Chávez". Al que tenía que irse ya se le había encontrado un sustituto. Tercero, se hace patente la debilidad militar del movimiento popular, quien, a pesar de su fuerza de convocatoria, se ve impotente ante las exigencias insurreccionales del momento. Todos estos fenómenos empiezan a trastocar el modo de resistencia en

toda su lógica, aunque sigan reproduciéndose, al menos por un buen tiempo, casi todas sus características esenciales.

Los rasgos de ser una resistencia de la base en contra de las cúpulas se mantiene intocable, sólo que de ahora en adelante comenzará una larga conflictividad por resolver quien va a ser el espacio o el actor político con capacidad de direccionar definitivamente el proceso que hasta el 92, e incluso varios años después, parecía ser el mismo para todo el mundo. Entre tanto sus características subversivas como políticas ya son definitivas, ahora aparece la incógnita de la palanca que lo impulse en forma victoriosa. Cada quien ha dado lo que puede de manera aislada sacando de la manga sus mayores fortalezas a través de iniciativas que a veces rayaban en la ingenuidad. Se demostraba con vehemencia la fuerza acumulada en años de desarrollo abierto y subterráneo de las más diversas formas de subversión. Son además los núcleos militantes nacidos de las comunidades y los grupos revolucionarios, los rezagos de la lucha guerrillera, y los centros de conspiración militar, los sujetos políticos más activos y fortalecidos, sin embargo sus nexos internos conservan la modalidad del encuentro esporádico y la dispersión. Estos a su vez se confunden entremezclados entre intencionalidades estratégicas totalmente distintas, jalonadas por movimientos que intentan capitalizar políticamente el proceso subversivo en marcha y a quienes no le queda otra opción que intentar mestizarlas a favor de la suya propia. Conspiración, insurgencia cívico-militar, bloque electoral antisistema, profundización del poder popular, abstencionismo, son las principales estrategias que emplazan a civiles y militares, comunidades y movimientos sociales, sin que nunca se pueda resolver absolutamente nada bajo el mero estímulo del acuerdo político (agreguemos aquí un pequeño comentario y es que todas estas estrategias estaban centradas real o simbólicamente en el sujeto pueblo, en el protagonismo de la mayoría excluida; hasta entonces jamás lograron florecer estrategias policlasistas o frentes de unidad nacional) . Seguirán siendo los brotes imprevisibles de la protesta y la movilización colectiva por un buen tiempo, quizás todavía, el lugar y el momento por excelencia para conjugar momentáneamente la unidad del movimiento rebelde.

Toda esta suma de debilidades explícitas dentro del único universo socio-político con capacidad de revertir las relaciones de poder constituidas, abren el camino para que sea finalmente el chavismo quien logre direccionar las fuerzas presentes en el escenario subversivo, capitalizándolas y empujándolas hacia sus fines políticos específicos y su propia concepción del proceso. Pero esto no se da desde la misma lógica del modo de resistencia que surge el 27-F, o mejor dicho, el chavismo induce sobre este proceso un conjunto de valores, de representaciones, de concepciones de la sociedad a construir, que terminan generando una metamorfosis muy honda dentro de la modalidad de construcción y desarrollo de la resistencia. Es una historia de una altísima complejidad que probablemente esté llegando a un prematuro final por los vacíos y vicios que la maquinaria unificante del chavismo llevaba consigo desde el momento mismo en que surge, pero en cuyo proceso se armó al menos la primera alianza popular victoriosa en nuestra historia republicana. ¿Pero cómo llegamos hasta allí?

4. LA GÉNESIS DE UN NUEVO PODER

Entre los valores esenciales que venían conquistándose al menos desde el 89 estaba el de la autonomía de los procesos populares. La crisis mundial de los referentes partidarios tiene en nuestro país una versión radicalizada por la propia degeneración partidocrática del sistema. Además, el antiguo fracaso de la lucha armada no dio paso al surgimiento de frentes político-revolucionarios con peso suficiente sobre el movimiento social como para ofrecerse como alternativas válidas de poder (el allendismo jamás se asomó como una posibilidad en estas tierras). La mayoría de la vieja izquierda o se quedó enquistada en las prácticas burocráticas o se ensalsó hasta la saciedad en la rumba de la democracia representativa. Parlamentarismo y revolución fueron y siguen siendo una junta indigesta que neutralizó y neutraliza hasta los más valientes. En realidad la posición de confrontación y crítica que nace en los sesenta sigue revitalizándose más allá de la lucha armada a través de los nexos intestinos entre los grupos de resistencia cultural, de alternativa sindical, de lucha estudiantil, de comités de tierra, de trabajo comunitario, que en no pocas oportunidades se entremezclaron con los movimientos vanguardistas que siguieron aupando y practicando la lucha armada. De allí que nunca se haya desintegrado la voluntad originaria que asumía de manera principista la beligerancia total contra al sistema. Pero es una voluntad que sólo pudo sobrevivir en la medida en que se fueron haciendo hegemónicos los valores de la autonomía de clase, herederos de los viejos legados de la democracia directa de la revolución francesa, del participacionismo de la comuna, de la democracia obrera soviética, de los consejos obreros italianos, de las comunas anarquistas españolas, o del igualitarismo de la revolución zapatista. Se fue creando entonces un cortejo político-cultural muy radical y heterodoxo, absorto dentro de toda la mitología revolucionaria nustramericana; sus épicas, sus héroes, su patriotismo, su música, su constante denuncia del atropello imperialista, su llamado incesante a las gestas por la reconquista de nuestra identidad destrozada o traicionada.

Esa semilla, si acaso pequeños semilleros atravesados por la impotencia de la lucha y la competencia grupuscular, en efecto tomó vuelo y pudo crecer con la revuelta del 27-F. Hasta entonces era un proceso sin partidos, sin sindicatos, sin movimientos sociales de mayor relevancia, después de la revuelta se hizo pertinente a un actuar masivo, sumando a su lógica de resistencia todo sus bagajes de radicalidad y heterodoxia, enriqueciéndose en ella y dándole a su vez un sentido ético y una búsqueda política, sin violar para nada su autonomía constitutiva.

El chavismo no es ajeno para nada a esta historia. Hasta cierto punto y por todos los testimonios ya revelados, el movimiento insurgente que encabeza Hugo Chávez en el 92 no es más que la versión militar de la misma historia. Lo cual no tiene nada de descabellado ni de asombroso ya que los puentes entre el movimiento revolucionario y el cuerpo militar que tuvieron lugar en principios de los años sesenta, al igual que en el mundo civil, siguieron su curso, adoptando características muy distintas de acuerdo a las épocas, pero cruzados con la misma voluntad de enfrentamiento y beligerancia originales. Podemos decir por tanto que el chavismo, y en concreto la historia del MBR.200, no es más que la historia de un grupo más de los tantos bolsones de resistencia que quedaron marginados y encerrados en sus propias utopías liberadoras. Y

al igual que todos, fue sólo con la revuelta del 27-F cuando pudo tomar oxígeno y comenzar su propia ofensiva, con la misma radicalidad y heterodoxia en sus planteamientos que todos los que cruzamos la lucha dentro de las trincheras de la sociedad civil.

La diferencia por supuesto es que el lugar de encubamiento y sobrevivencia de este grupo no es la calle, no es la lucha del día a día, esa tragedia por la mínima dignificación de la vida que llevan adelante los dirigentes populares sin descanso; es el cuartel, es la práctica conspirativa pura y sin las perturbaciones de la vida real, facilitada además por la ausencia fuera de él de algún movimiento revolucionario con capacidad de absorberlo política e ideológicamente. Esto por supuesto genera una muy particular conciencia que sustituye el autonomismo propio del movimiento popular por el afianzamiento de una concepción altamente mesiánica de su papel como grupo y como cuerpo -militar- en el proceso. Por otro lado le permite centrarse en el hecho de la toma del poder sin más, sin que quepa ningún distraccionismo autogestionario, ni ninguna concepción constructivista del poder que problematice esa búsqueda central. Y para rematar, sus reglas de organización interna reproducen la jerarquía militar de la cual hacen parte sin tener que pasar por las tensiones y fugas propias del democratismo de base. Eso incrementa su eficiencia operativa, la lealtad hacia sus cadenas de mando y facilita el personalismo de sus líderes.

Entre los años 87 y 91 termina de componerse la alianza cívico-militar que hará irrupción el 4 de Febrero y que ya tiene más de diez años intentándose. Siguiendo el hilo histórico que venimos tratando, esta era una alianza que tarde o temprano habría de afianzarse, empujada por supuesto por el deterioro acelerado que vive el sistema representativo de partidos en esos años. Pero, en la medida en que ella logra materializarse y sus planes insurgentes se concretan, igualmente habrán de mutar sus estrategias y la composición de fuerzas en su interno. La concepción originaria de orden insurreccional donde las militares tendrían como papel el acompañamiento y defensa de la ofensiva popular insurrecta que manejaban los autores de la alianza, poco a poco fue sustituida por la versión golpista de la insurgencia. Dentro de una alianza cerrada donde el factor de fuerza y organización central era la milicia proveniente del cuartel, parece que no cabía otra alternativa.

Ahora, si bien este era un desenlace inevitable desde el punto de vista meramente operativo, sin embargo el haber llegado hasta allí, primero tiene sus razones de ser desde el punto de vista del desgaste político-ideológico que viven las fuerzas revolucionarias presentes dentro del círculo cerrado de la alianza desde finales de los años setenta (herederas de la vieja concepción de liberación nacional mantenida por el PRV y renovada por la creatividad intelectual de Kebler Ramírez -ex comandante de esa organización- que para el momento es el principal ideólogo de la alianza). Y segundo, dentro del propio componente militar se empezaba a gestar una fuerte tendencia en favor de la sistematización y posterior imposición de su propia personalidad político-ideológica, lo que acentuaba su inclinación natural a independizarse de la presencia civil.

Lo cierto es que el golpe estuvo saturado por la presencia y conducción operativa militar, quedando como sus únicos héroes, lo que creó las condiciones objetivas y subjetivas para que el grupo militar no sólo imponga su liderazgo dentro del proceso posterior de resistencia, sino que empiecen a absorberla dentro de sus propios códigos ideológicos y estratégicos, promoviendo el referente político-conspirativo que los agrupaba como el lugar más idóneo para la unificación orgánica del conjunto del movimiento resistente. La alianza cívico-militar se convierte a partir de allí en un espacio conducido y manejado por el principal factor de fuerza dentro del mismo, y el ideario que la inspiraba una representación del mundo y de nuestra nación cruzada de arriba abajo por las codificaciones ideológicas que fue imponiendo el chavismo, enriquecidas más adelante por los aportes teórico-políticos que le ofrecimos muchas de las vanguardias de la subversión social y la intelectualidad crítica del país.

Es por tanto al interno de este caldero de fuerzas y tendencias que la lógica extensa de la rebelión y el modo de resistencia que le era característico, habrá de entroncarse con el hegemonismo político, organizativo e ideológico, condensado en el MBR.200. Se produce a partir de allí un complejo entrecruzamiento entre la visión de mundo que traen consigo los comandantes del 4. F., su indudable anclaje dentro de una suerte de bonapartismo patriótico, más todos los derivantes del viejo "proyecto nacional" que se gesta dentro del universo político-ideológico del medinismo (proyecto de renovación capitalista liderizado por la burguesía nacional entre los años 40 y 45), perpetuándose históricamente entre los grupos de la izquierda tradicional más todo un rosario de personajes execrados por el puntofijismo -Quijada, Miquelena- que llegan hasta los bordes del uslarismo (continuidad ideológica del medinismo -ver Jorge Olavarría-), y las tendencias alternativas, populares, libertarias, que giran alrededor de la práctica de la democracia de la calle y la construcción de una nueva cultura política.

5. LAS DOS ALMAS DE LA REBELIÓN

Puestos los personajes sobre la escena, establecida su íntima correlación de fuerzas, cada quién se ve impulsado a desdoblar sobre el público nacional su propia esencia para poder garantizar su sobrevivencia en el gusto y el grito interno de las masas espectadoras. El alma del chavismo, (en todas sus versiones militaristas y civilistas que lo van engordando) empezó a lucirse en las tablas al igual que los idearios intrínsecos al modo de resistencia generado desde la conflictividad de calle. Los intrincados diálogos entre estos personajes políticos siempre fueron y han sido un intento, pero es imposible sacar de ellos alguna conclusión.

Partiendo del chavismo, este le concede al movimiento de resistencia de calle, en primer lugar, una identificación con la historia o conciencia histórica que no manejaba. Hablamos de un movimiento resistente que hasta la llegada del chavismo asumía el problema histórico como un referente de acompañamiento, de conciencia de 500 años de explotación y colonialismo cuya naturaleza opresiva nunca ha desaparecido. Por otro, suscribe la significación histórica de la gesta independentista, cuyos contenidos populares, libertarios, justicieros y americanistas, han cultivado la identidad revolucionaria por casi dos siglos, lo que le permitió sentirse parte de un esfuerzo asumido por muchas generaciones dentro del hilo histórico republicano. Sin embargo, la

historia o más bien el pasado, tiene un peso muy relativo y hasta fugaz dentro de los referentes ideológicos que alimentaban la rebelión de calle. Para ella lo más importante estaba y está centrado en la inmediatez del presente, no sólo porque es la pobreza y el reconocimiento de la vangabundería de los dirigentes del puntofijismo la causa que en todo momento mueve los hilos de la protesta, sino que en la medida en que ella ha ido tomando cuerpo, igualmente ha ido construyendo un discurso democrático propio, deslastrándose completamente del viejo patriotismo retórico, incluso de su alienante conexión con el socialismo marxista-leninista. Ha cambiado los mitos del pasado o las ortodoxias totalitarias, por la construcción de un suelo político y cultural absolutamente inédito, que no se reclama heredero de nadie sino de su propia construcción. La democracia regida por el poder popular, por sus nacientes valores civilizatorios y por el modo de resistencia que le era específico desde la mañana del 27-F, son el único manantial de su soberanía y de sus sueños emancipatorios.

El chavismo por el contrario introduce un tipo de conciencia histórica que retrocede en los tiempos para buscar allí las fuentes de sentido de su propia rebelión. Crecido dentro de los muros cuartelarios que albergan toda la mitología patria, de sus héroes y leyendas, su dedicación está centrada en rescatar nuestra condición de ser como república, el ideal primario y constitutivo hecho trizas por los conductores de lo que llamaron tercera o cuarta república. Naturalmente Bolívar tiene que ser revivido, pero ya no sólo como ejemplo o como símbolo, sino como pensamiento guía de la nueva gesta emancipatoria. Ahondando en el bolivarianismo encontrará otros dos personajes - Zamora y Rodríguez- que por sus características - el guerrero del pueblo y el maestro de las nuevas repúblicas y los nuevos republicanos- compondrán toda una arboleda ideológica que vacía de sentido fundante el presente y sacraliza la palabra como la obra de los héroes de un pasado que aún ronda dentro de la conciencia colectiva (nada comparable como el grito fervoroso de centenares de trabajadores del mercado de Coche, muchísimos de ellos analfabetas, cuando oían a Chávez hablar de Zamora, de Rodríguez y de Bolívar en un mitin relámpago hecho a los pocos días de salir de la cárcel de Yare).

Por eso dijimos en un momento que la rebelión de calle es atea, centrada en los retazos ideológicos que va armando y en sus propios esfuerzos. El chavismo se muestra más bien lleno de una sensibilidad religiosa; necesita de una trascendencia que la materialidad del presente no le da. La calle, cual nómada, centra su orgullo en sus propias conquistas, no reconoce ninguna unidad que no sea la que ella es capaz de parir en su tiempo y espacio. Trata de deducir de ella misma el modelo de sociedad que habremos de construir utilizando cualquier herramienta útil que encuentre dentro de la inmensa fábrica de esperanzas que el mundo y el pueblo latinoamericano ha inventado para sostener sus luchas. El chavismo frente a esto es más bien romántico, nostálgico, regresa a la búsqueda de una unidad perdida en los tiempos vaciados por la ignominia de los dirigentes. En el ahora le da igual aferrarse al radicalismo más extremo o a la "tercera vía". Se cree en todo caso salvacionista de la patria perdida y se percibe a sí mismo como el único puente capaz de garantizar la reconquista del pasado glorioso.

Ante esa pesadumbre de las viejas glorias en que se ve retratado el chavismo, los escenarios de la protesta de calle más bien viven absorbiendo la levedad disolvente del

mundo contemporáneo, la aborrece por supuesto pero en ningún momento la aborda con miedo o con sentido de evasión. El chavismo, tal y como hicieron los movimientos románticos del siglo pasado, denuncia el tiempo presente por su acoso destructivo hacia la nación y la nacionalidad, mientras que la rebelión de calle no "ve" el presente, lo estudia muy poco, le falta palabra escrita; más bien lo vive y lo juzga desde esa condición vital, primero como ser explotado, como objeto y sujeto de su miseria, y luego como agente social de su subversión inmediata. No le importa cuán único e indispensable sea, sino el reconocimiento y el engranaje estratégico de su laberíntica diversidad.

Por otra parte el chavismo restituye la vieja fuerza del populismo. Así como fue capaz de producir una conciencia histórica unitaria y lineal, petrificada hasta entonces en las estatuas y las narraciones insulsas de las academias, igualmente restablece la connotación unitaria y envolvente de la relación líder-masa, algo totalmente ausente dentro de la lógica del modo de resistencia en desarrollo. El populismo chavista no distingue entre nadie sino entre "pueblo" y sus grandes enemigos (corruptos, oligarcas, neoliberales), para convertirse en su legítimo vocero. Por el contrario en la calle "el pueblo" es el emisor y el receptor del circuito comunicante y agitativo, siempre un oprimido pero al mismo tiempo un agente político que invita permanentemente a sus iguales a sumarse y proseguir la lucha protagonizada por los segmentos regionales, étnicos, clasistas, que componen su propia diversidad. Nunca se establece una relación líder-pueblo fija y permanente sino una ligazón cambiante pueblo-pueblo. No se habla al pueblo sino desde la condición de tal, buscando el lenguaje apropiado para que esa autoconciencia del ser y del ser en rebelión se bifurque por todos los rincones sociales. De modo inverso el chavismo no sigue, no invita a un hermano a proseguir una lucha de iguales, sino que incita a la masa a que lo sigan en su gesta salvacionista y revolucionaria. De esta manera se restablecen los códigos fundamentales del populismo latinoamericano que habló siempre en nombre del pueblo-masa al pueblo-víctima, teniendo como proyecto la construcción de una fuerza capaz de reunirlo y llevarlo a su plena reivindicación, por lo general bajo la envoltura de un líder redentor que ponga en práctica un proyecto nacional donde las demandas sociales y políticas más sentidas sean finalmente logradas.

Evidentemente que hay características muy singulares al chavismo que lo diferencian al menos del populismo tradicional, haciéndolo progresivo pero al mismo tiempo regresivo frente a él. Es progresivo porque el chavismo se encuentra ante un reto de modernización globalizante y superación de las trabas de la democracia representativa y partidocrática que ningún populismo había tenido que asumir. Ante estos retos el chavismo toma prestado muchas de las viejas consignas izquierdistas a favor de la reivindicación de la soberanía nacional, al mismo tiempo que recoge de la calle los valores democráticos más importantes que desde ella han surgido, lo que luego terminará sellándose bajo los titulares de la democracia participativa y protagónica. Pero a sí mismo es regresivo en la medida en que magnifica el papel del líder rodeándolo de una simbología caudillesca que probablemente no tenga precedentes en nuestro país. Desprecia entonces el papel de la organización, que queda relegada a la condición de organización operativa con una cualidad básicamente conspirativa, resaltándose la fuerza y el protagonismo del personaje líder. Desde este aspecto el chavismo regresa a

los viejos códigos del caudillismo. Más adelante todo esto va a tener su propia evolución pero en todo caso en su momento de entronque con la rebelión de calle éste se presenta envuelto totalmente en esta manta.

Sería muy lógico afirmar que nos encontramos ante una gran grieta que separa los dos troncos fundamentales de la rebelión. Quizás al decirlo desde la palabra escrita corremos el riesgo de encerrar sus propias cualidades a definiciones demasiado acabadas que estamos conscientes de su fragilidad explicativa. No es sólo con palabras en todo caso que podemos describir y apreciar la personalidad político-ideológica de estos seres tan complejos y tan fuertes; su ilustración necesita de otras fuentes explicativas donde la reflexión individual sólo acompañe y no designe al sujeto y lo encierre en sus naturales apriorismos. Lo que sí es totalmente cierto es que para el momento en que las circunstancias políticas obligan al entronque entre fuerzas e idearios presentes en el tablero de la rebelión, y que no se da en medio de una reunión de dirigentes sino que se encuentra diseminado en toda la geografía social del país, podemos constatar que se trata de dos visiones de mundo que caminan sobre senderos muy distintos, indistintamente de la correlación de fuerzas que se ha establecido entre ellos y su mutua rebeldía ante el sistema.

Desde el punto de vista de lo que puede significar cada quien en ese encuentro, considero que la vertiente que representa el chavismo condensa en sus entrañas toda la nostalgia de una burguesía que jamás pudo tomar las riendas del desarrollo nacional, además de la impotencia histórica de una izquierda que siempre se enredó al intentar coincidir su propia obligación utópica con las realidades concretas que la obligaban a madurar un "proyecto nacional" con una burguesía inexistente. Esas debilidades el chavismo las convierte en fortalezas al agregar a ellas elementos de identidad histórica, valores tradicionales, religiosidad, fuerza de mando y liderazgo. Por primera vez entonces se resuelve el dilema de la impotencia aunque el "glorioso pueblo" al cual se refiere el chavismo sólo exista alrededor de cierta representación colectiva del ser nacional. Al buscarlo a su manera se encontrará más bien o con un empresariado descompuesto -arrodillado ante el capital internacional y sasonado en las corruptelas-, o con un pueblo llano disuelto y desesperado. El chavismo por tanto tendrá un único acertijo a resolver; la conversión de ese "pueblo" en su plataforma para la toma del poder. Al resolverlo con la ejemplar audacia que lo hizo, tendrá al mismo tiempo que correr con el karma de su obra.

Por su lado lo que hemos llamado la rebelión de calle no carga consigo ninguna pesadez histórica. Digámoslo así; por primera vez estamos frente a un fenómeno de "descubrimiento" que hace el pueblo de sí mismo como constructor de su propia resistencia. Su preocupación está en desarrollarla, no dejarla morir, hasta convertirla en un poder que constituye un nuevo orden, no importa como ni cuando. No le interesa tanto el poder de palacio, le importa ante todo que ese descubrimiento de autonomía se extienda por todos los rincones de su misma diversidad, continuando la aventura de un modo de resistir donde ya han comenzado a fluir los anhelos de la emancipación frente al capitalismo y su actual desarrollo globalizador.

En definitiva nos encontramos a estas alturas con el entrelazamiento de distintas voluntades y visiones de hacerse poder. La primera es una fuerza redentora que carga

consigo con todas las culpas históricas que arrastramos desde la muerte de Bolívar, y que necesita del poder para terminar la obra inconclusa del padre fundador. La otra, apenas si comienza a reconocer sus anhelos políticos; su rabia está centrada más bien sobre la vivencia de la opresión social que padece y su absoluta exclusión, aunque cuando se develan sus sueños más altos, aparece en ella la necesidad de participar del poder social que constituye nueva civilización en el mundo.

6. LOS DIÁLOGOS INCONCLUSOS

¿Qué pasa entonces cuando estos dos personajes tratan de dialogar y buscan fundirse en una misma obra de poder? La figura líder y caudillesca que se ha concentrado sobre Hugo Chávez obliga en un primer momento que el diálogo casi se borre por completo. Lo que existe en un centro único que oye sugerencias, propuestas, ideas, para luego decidir y definir a puertas cerradas lo que mejor cree, quebrando así uno de los principios más importantes de la rebelión de calle y el hacer de su modo de resistencia. Nos referimos en este caso al encerramiento dentro de los círculos de la conspiración de lo que habrán de ser las tácticas y las estrategias de lucha de la rebelión. Esto corta totalmente con ese principio casi intuitivo de la lucha de calle a través del cual nadie habrá de arrogarse el privilegio de establecer en secreto lo que serán los destinos del proceso liberador. Era un pacto de pueblo muy difícil de manejar y administrar ya que se trata de un movimiento perseguido y constantemente criminalizado. Toda la racionalidad de la nueva cultura política en nacimiento interrumpe así su desarrollo al encajonarse dentro de los círculos conspirativos que monopoliza el chavismo o en general el partido de la supuesta alianza cívico-militar.

Este quebrantamiento de la ética de la resistencia comienza a hacerse patente con el alzamiento del 27 de Noviembre del 92, acontecimiento donde se intensifica la participación insurgente del pueblo, pero atrapada en las decisiones que tomarán los "petit comité" antes y durante el golpe, fenómeno que resienten no sólo los participantes provenientes de los movimientos populares, sino incluso muchos de los oficiales medios y bajos que participaron en las rondas de la conspiración y el golpe. Más tarde, una vez que Chávez sale de cárcel y se abre el MBR.200 hacia los grupos civiles, la lógica del cogollo se impondrá con mayor fuerza y apoyo, lo que indujo directa o indirectamente a un profundo empobrecimiento de la lucha de masas entre los años 94 y 97.

Todo este proceso de encerramiento de la decisión procede de todas formas de una manera muy paradójica. Una vez que salen los comandantes de la cárcel, la figura de Hugo Chávez se convierte en un "mito suelto", generando situaciones cercanas al delirio colectivo. La calle se embriaga con su persona a quien ve como el auténtico representante de su rabia y su pasión. Así, el dolor generalizado de la derrota militar se convierte a partir de entonces en una alegría retadora concentrada en la figura-fuerza de Chávez. Todo el mundo deposita en él sus ilusiones, engordando el mito que lo envuelve a la vez que delega sobre su nuevo líder sus ánimos de rebelión. Es que al fin había aparecido el hombre que era capaz de conducirla. A su vez Chávez recoge esa fuerza y del simple militar pasa a convertirse en un inigualable agitador, eco por excelencia de la intensidad del sentimiento rebelde.

Pero no es sólo con las "masas primitivas" donde todo esto cobra fuerza. La primera explosión chavista empujará de inmediato a un inmenso número de núcleos organizados de la resistencia a reproducir esa misma conducta. La empatía que se ha generado entre líder y masa se duplica en el comportamiento entre las vanguardias sociales y Chávez. Muchos se acercan al nuevo líder bajo la ilusión de que sus expectativas políticas e ideológicas encuentren en él una vía cierta de realización. Tratarán de convencerlo de la justeza y viabilidad de las ideas y proyectos que se defienden, en algunos casos buscando un diálogo de iguales, en otros un simple acuerdo político, pero en su mayoría a hacerse oír para luego ponerse a las órdenes del que va a pasar a ser el comandante de todas las utopías. Eran momentos donde el delirio llegó tan lejos y envolvió a tantos ideales que en las calles de Caracas las manifestaciones que encabezaba el movimiento bolivariano contaban entre sus filas desde simpatizantes de ciertas sectas fascistoideas, de camisetas negras que marchaban a ritmo militar, hasta los más irreverentes de los grupos revolucionarios. Chávez se convirtió para esos momentos en el símbolo y la razón de todos.

El caudillo se confirma y se agiganta en este encuentro. Una buena incógnita a resolver por la antropología política, lo cierto es que hasta el pensamiento más avanzado que discurre entre las filigranas del movimiento rebelde de calle se rinde frente a la figura, restableciendo conductas aparentemente perdidas en la memoria de las luchas campesinas del siglo pasado. Pero al mismo tiempo estamos hablando de una etapa donde el líder, y en general una buena parte de los círculos concéntricos del chavismo, son impregnados por la fuerza que recogen de la calle. El enamoramiento es mutuo, aparentemente no hay distanciamiento, lo que conduce a una radicalización y afinamiento democrático-popular del discurso que sale directamente de la boca de Chávez. El lenguaje irredente de los revolucionarios arrinconados históricamente en sus comunidades o los círculos clandestinos, por primera vez brota hacia todos lados e impregna los espacios públicos de las ciudades y los pueblos.

El entrampamiento de la resistencia se comenzaba a tejer en forma evidente y su movimiento muy simple: se produce la ilusión de que ya no sería necesaria la acción en sí, esa acción en principio violenta y callejera, más siempre movilizadora y creadora, dialógica y constructiva, desde donde articulaba el modo de resistencia nacido del 27-F, podía ser sustituida por la convocatoria a oír al líder. Ahora la palabra sustituye a los hechos, la agitación y el mitin a la movilización. El pueblo como centro protagónico del avance de todas las luchas se convertirá en masa. Una gran mentira que irá arrojando el proceso y bajo la cual caerán seducidos infinidad de luchadores hasta el propio Chávez.

Lo paradójico de todo este movimiento de sustitución del flujo resistente y abierto por la concentración alrededor de la figura mítica del líder guerrero, es que es precisamente desde estos momentos cuando comienza a decantarse los grandes planteamientos programáticos que permitirán empezar a generar el salto cualitativo entre el movimiento de resistencia y la lucha emancipatoria. El recogimiento del diálogo entre los saberes que se han ido acumulando a lo largo de los años de confrontación, permitirá enriquecer los planteamientos y construir con ellos los primeros ordenamientos conceptuales para el desarrollo de una nueva sociedad. Es un proceso de cualificación del pensamiento resistente que seguirá su curso hasta nuestros días y que no parará hasta

tanto el espíritu de ruptura del 27-F no sea definitivamente derrotado o pruebe su inviabilidad histórica. Respecto al salario, el proceso constituyente, las fuentes de la participación y el protagonismo popular, los criterios desarrollo, los modelos de gestión, la reconstrucción de los tejidos sociales, los nuevos horizontes de la planificación, los planteamientos educativos y comunicacionales, el enfrentamiento a la globalización y la construcción de nuevos códigos civilizatorios, sobre todos estos puntos comienzan a producirse saltos cualitativos enormes.

La relativa identidad que existe para ese momento entre la figura líder, el movimiento bolivariano en desarrollo, y los movimientos de calle, permitirá entonces que se produzcan intercambios de ideas, se establezcan estrategias insurreccionales comunes, se ahonden en conceptos políticos (como fue el caso del proceso popular constituyente) que en cierta medida dan la imagen de un diálogo en curso desde donde se estaría avanzado en la desintegración de la relación unilateral caudillo-masa, dándole aire a la práctica de una nueva cultura política donde el quehacer político mismo dejará de ser un patrimonio exclusivo de las vanguardias para transformarse en una construcción colectiva y desburocratizada. El mismo MBR.200 quiere darse a ver como un movimiento "socio-político", y se viven circunstancias locales en que la convocatoria no es para oír, aplaudir y seguir, sino a hacer del MBR.200 el movimiento de todos, donde termine de sintetizarse la resistencia y se estructure definitivamente un poder popular paralelo al estado.

Eran un pasticho de ilusiones que no tomaban en cuenta que su punto de partida no eran más que palabras descontextualizadas, sin un pueblo que las ha hecho suyas, resguardadas en un envoltorio organizativo totalmente contaminado de los vicios militaristas, de élites excluidas ansiosas por asaltar el poder. Mas tarde habrá de probarse que esa síntesis sólo era y es imposible desde el movimiento real de la resistencia de las clases subalternas, porque el único movimiento que podría lograrla es aquel que sea su exacto reflejo, en su fuerza y limitaciones, que haga y hable en su nuevo lenguaje, que sepa construir un diálogo horizontal entre sí misma, que sepa entender que ningún mesianismo recogido sobre nuestra gloria nacional tiene sentido, que su épica es sólo parte de la épica de la resistencia de todos los pueblos de nuestra América y del mundo.

Es luego un diálogo inconcluso y sin realización posible; de hecho se hace sobre el terreno de una negación permanente de todos los planteamientos revolucionarios específicos que pudieron formularse fuera y dentro de ese diálogo. Lo cierto es que vendrán años en que seremos testigos del enorme empobrecimiento de la lucha concreta. Se deshilacha el proceso, pierde sinergia, los brotes expansivos de un modo de resistencia que en la medida en que se desarrollaba iba encontrando más y más formas de articularse y organizarse, empezarán ahora a distanciarse, a desconstruirse, se anarquizan y en algunos casos hasta terminan cayendo en acciones delincuenciales. Ciertamente todo esto le va a costar muy caro al conjunto de la resistencia, hecho que tendrá su mejor testimonio los días en que toda ella se vio uniformada con una boina roja, utilizada por los magnates del pequeño cogollo "patriótico", y representada por una asamblea constituyente de clásicos mantuanos tratando de no dejar pasar al menos

algunas de las aspiraciones democráticas del ser de la calle que les ofrendó un poder constituyente que no les pertenecía.

En todo caso esta es ya una segunda historia de un mismo proceso histórico, momentos donde comenzaremos a preguntarnos por lo que nos dejaron los años que hemos recorrido, por el destino de la resistencia de un sujeto social excluido de todos los privilegios de la sociedad de mercado; por cuáles fueron en definitiva sus principales logros constructivos, su evolución, sus lenguajes, sus expresiones culturales, su aproximación al hecho del poder, sus formas de continuidad y cuáles son los nuevos caminos que quedan abiertos. Pero por los momentos consideramos muy importante seguir reflexionando, ahora desde un ángulo más general, el problema del caudillismo y su relación con las luchas de resistencia, en particular su relación con una de las modalidades de resistencia que es el enfrentamiento a las formas tradicionales de la representación democrática como ya lo hemos destacado.

El problema del caudillismo es una sombra que tenemos que comenzar a despejar ya que se trata de una institución viva que ha mediatizado históricamente todas las relaciones de poder hasta en la microfísica de las mismas. No cabe duda que la figura del caudillo se presenta como un puente y a la vez un terrible obstáculo entre el despotismo primario sobre el cual fueron levantadas nuestras repúblicas y el forjamiento de una nueva cultura política contraria al despotismo representativo de la democracia transnacionalizada. Dicho con imágenes que les gusta mucho a los franceses, el caudillo popular, libertario e igualitario (que es el que nos interesa y que en principio nada tiene que ver con los despotismos impuestos) en innumerables ocasiones ha sido el gran conductor del nómada latinoamericano, de su confrontación y desobediencia a todas las intenciones que han hecho las clases ilustres y pudientes, nacionales y foráneas, por organizar la sociedad de acuerdo al marco disciplinario del capitalismo. Pero así mismo también ha sido su gran traidor, la figura pica que ha utilizado su dominio sobre la masa nómada para frustrar sus anhelos justicieros imponiendo ordenes híbridos que permitirán la convivencia entre su tiranía y el compromiso rastrero que veladamente habrá de hacer con las oligarquías enemigas.

7. LA CREACIÓN COLECTIVA DE CHAVEZ

Parte de lo que venimos narrando hasta los momentos puede ser interpretado como una historia más de las tantas donde las masas rebeldes se dejan entrapar por la seducción de un caudillo que habla en su lenguaje, que expresa su furia y su esperanza, pero además añade al juego su fuerza unificante y el fusil que la acompaña. Bolívar, Zapata, Sandino, Perón, Fidel, el Che, hasta Chávez, harían parte de esa camada de seductores que, en su fracaso o su victoria, son el testimonio de un ciclo repetitivo de deslumbramiento del individuo-masa frente al individuo-líder que obligan a la historia a reducirse a este último, a hablar desde la crónica de su destino; su pasión, su tragedia, su consecuencia o su traición.

Entre nosotros pareciera que no existiese manera de hacer historia fuera del círculo concéntrico del personaje que la encarna. Pero esto no es sólo un problema de los supuestos valorativos que asumen los encumbrados narradores de la historia. Es también

una manera de valorarnos y fortalecernos a nosotros mismos. Solos, cual masa de anónimos en estas tierras colonizadas, no somos absolutamente nada, acompañados por ese referente mesiánico al menos poseemos una identidad. Somos el pueblo de Bolívar o de Zapata. Nos recreamos contando el encuentro de todo el pueblo y el individuo maravilloso que lo hacer ser. Al perderse esa fusión mágica nos recogemos en la tristeza y empezamos a vagabundear por la historia en la búsqueda de una nueva epopeya maravillosa o al menos en el recuerdo nostálgico de nuestros héroes. Ese es el discurso de nuestra historia, una paráfrasis de relatos y sentimientos que retornan eternamente sobre la misma lógica de la fusión mágica. Sin ella sencillamente no hay historia, y sin la tragedia que habrá de acompañarla inevitablemente pues menos aún. La tragedia de Bolívar; su pasión, su gloria y su muerte, es la tragedia que funda la narración histórica de nuestros pueblos. Ellos la hicieron así y así nos hemos narrado y sentido a nosotros mismos, desde el recoge latas hasta el más insigne académico.

Obviamente que detrás de todo esto se esconde toda una "visión de mundo" o "filosofía popular" a decir de Gramsci, desde la cual construimos las representaciones y los sentidos del acto político colectivo. Por eso el 27-F es el capítulo "bárbaro", mientras que el 4-F es el capítulo sublime y heroico de una misma historia. Invertir y colectivizar al héroe es una herejía que aún no aceptamos. En el espejo de la conciencia en que nos miramos todavía no podemos estar nosotros mismos y nuestra horripilante realidad. Allí tiene que haber algo hermoso, una imagen magnífica que nos pueda representar y hablar por nosotros. Ha de ser una imagen bravía pero que a la final correrá con nuestra misma suerte; por eso la obligamos a recubrirse con ese manto trágico. Es una imagen igual y a la vez muy distinta a todos, lo que nos da la libertad de idolatrarla, o en caso de traición, de repudiarla y olvidarla. Una imagen muy divina pero a la vez muy humana. Siempre hemos hecho lo imposible por encontrar esa imagen para no quedarnos vacíos; una magnífica representación que sea el fiel espejo de nuestros deseos. Poco importa si a la actividad colectiva le sobren méritos para llenarse de flores sin necesidad de que ellas le sirvan de corona a nadie. Alguien tiene que hablar y sentir por nosotros, y cuando eso suceda, hablaremos, sentiremos y lucharemos por él.

Esta necesidad de desdoblarnos en una figura maravillosa se filtró dentro del proceder colectivo desde los primeros años de la década, lo que nos sirvió para confirmar que la gestación de una nueva hegemonía y mucho menos una nueva formación de valores o nuevas estructuras de representación, pueden asentarse liquidando por entero la espiritualidad originaria sobre la cual se fundan. Romper con las representaciones tradicionales del poder equivale a superponer una nueva corteza de valores sobre la visión de mundo que los han precedido; se trata como siempre de un movimiento de continuidad y ruptura. Durante los años noventa esta va ha ser una tensión que habremos de vivir permanentemente sin poder resolver absolutamente nada, ya que en todo momento, mientras maduraban de manera asombrosa los códigos ético-políticos que acompañan los nuevos modos de resistencia, al mismo tiempo se agigantaba sin freno la necesidad del desboblamiento en la imagen caudillesca; el sentirse parte de una masa que no es más que la extensión del cuerpo bravío del caudillo.

Los laboratorios del científicismo social se han cansado de tratar de darle alguna explicación acabada a este tipo de fenómenos desde mil perspectivas, ya sean políticas,

culturales, sociales o económicas. Pero este tipo de explicaciones externas nos parecen bastante irrelevantes, no solamente por lo insípidas que suelen ser, sino por el hecho de que siempre tienden a congelar la causa como si se tratase de una verdad escondida o de una culpa que nos acompaña. Nos interesa más bien recorrer una realidad en movimiento que no se resuelve por el hallazgo de esencias explicativas y petrificadas sino a través de los sujetos que intervienen en ella y de los significados que van descubriendo sus actos. Interesa en este particular observar como esa imagen que hemos fabricado del nosotros pueblo, multiplicada hasta el infinito por los espejos mediáticos en la figura de una suerte de vándalo ignorante y enardecido, permitimos que se desdoble sobre una fachada de fuerza que nos rescata por entero para luego recogerla en nuestros cuerpos. En otras palabras, no nos interesa tanto explicar el por qué de los hechos sino la manera en que nos hacemos partícipes de su construcción y desarrollo.

Todos estos años pudimos evidenciar que el caudillo es un personaje indispensable para enfrentar la imagen del vándalo o cualquier otro símil que esté metido en nuestro inconsciente, reforzada de manera brutal por las ondas y nervios electrónicos de los medios. La pelea hubo que darla contando con la fachada noble y fuerte que encarna el caudillo, y que sea ella la que de la cara por todos (hasta sería bueno constatar cómo desde aquellos años será la imagen del propio Chávez la que tratarán de confundir con la del vándalo estúpido y terrorista sin mucho éxito. La trampa del desdoblamiento a esos fines funcionó perfectamente). Pero también nos damos cuenta que con este jueguito del desdoblamiento se está poniendo en riesgo un serio problema de poder. De allí que nunca se deje de susurrar a escondidas que la solución se pueda revertir contra nosotros. Sin embargo la decisión estaba tomada, la imagen envolvente tenía que aparecer en cualquier momento convirtiéndose en el símbolo personalizado de la rebelión de todos. Un personaje que inconscientemente empezamos a construir desde que revienta la rebelión, y aunque el modo en que logramos resistir los embates del enemigo y la manera en que blindamos material y espiritualmente nuestra acción subversiva, nada tenga que ver con la búsqueda de esta nueva representación de todos -mas bien reniega continuamente de ella-, sin embargo la combinación entre la debilidad real y los pesados códigos de la filosofía popular, obligó a tallarla hasta hacerla nacer. Chávez es una creación colectiva y su principal expropiador.

Posteriormente aparecieron los que se han encargado de invertir los términos de la creación. Serán "los comandantes", los "dirigentes", encabezados por su gran líder, los creadores de lo que llaman una "nueva república", y comenzará la interesantísima diatriba entre los defensores y los detractores del líder y el nuevo liderazgo, entre los que defienden su creación y los que detractan de ella. Lo del protagonismo popular fue y es un señuelo para ilusos, más nunca una clave teórica para comprender los hechos; eso sí que comprometería la legitimidad de su "creación". Para todos estos señores los dioses tienen que guardar su incuestionable poder divino.

Pero poco importa, más bien por analogía podemos ver lo aleccionador de este principio del protagonismo popular. Sólo por tomar un ejemplo: sabemos que las piezas de creación barroca en tiempos de la colonia no sólo sirvieron para que los sacerdotes y encomendadores impongan a los ojos del pueblo sumiso su magnánimo poder. El escritor cubano Lezama Lima lo comenta con extraordinaria agudeza al analizar el

barroco latinoamericano. Pone como ejemplo que a la hora de construir esas enrevezadas catedrales los artesanos venidos de las comunidades indígenas dejaban colar toda la impronta de sus propias matrices culturales. "Haciéndose los locos" como diríamos, tallaban en el medio de las columnas, paredes y vitrales los símbolos de su vieja religiosidad, de sus mitos creadores y su mirada al mundo. Prueba de ello son las iglesias de San Francisco de Quito o la catedral de La Habana, donde el barroco latinoamericano expone sus mejores obras con toda la voluptuosidad de la otra América que nacía. De la misma forma, todo lo escultórico de la figura militarizada de Chávez obviamente que nos obliga a recordar el peso bestial que aún tiene sobre nosotros la figura de fuerza que nos chantajea con su horror. Al igual que las antiguas catedrales su figura en cada uno de sus trazos restituye la violencia del poder sobre nosotros de manera aplastante no dejando ningún recodo para esquivarlo o mediatizarlo. Todas las simbologías que lleva su uniforme y boina, su llamado a sumarse a ellas, son en ese sentido la recreación de un imaginario ligado exclusivamente al despotismo oligárquico. No hay un solo hilo en esas telas que nos pertenezca, ninguna ligazón -por si acaso- con el ejército bolivariano que era un ejército de guerrillas y montoneras, jamás esa máquina de horror de los ejércitos contemporáneos. Sin embargo, Chávez no sólo sale a simbolizar una fuerza, también está obligado a ser la voz de todos porque así se lo ha exigido el pueblo que lo escucha. Empezará entonces a denunciar la fuerza que él mismo simboliza y a desnudar su personalidad ante la multitud (en Catia en medio de un mitin se despoja de su pistola -como prueba de que estará desarmado- y le dice a los "sapos" del DIM y la DISIP allí presentes que vayan y le digan a Reinaldo Cervini que lo reta a agarrarse a golpes a la 1pm en la Plaza Bolívar debido a los insultos que ha hecho contra su persona en el Congreso). Así tratará de adecuarse al murmullo politizado de esa multitud y corresponderle a sus pruebas de verdadero coraje, empezando por el combate hombre a hombre, despojándose de las armas que le han regalado en los cuarteles. Sin abandonar nunca su militarizada figura que lo mantiene atrapado hasta hoy, ya no le quedará otra salida que dejarle a los artesanos de la calle que intervengan directamente en la fabricación de los contenidos de sus palabras y el significado de sus actos, incluso de sus políticas y programas. Desde ese momento al militar Chávez se le opone el loco Hugo. De allí la exuberancia barroca de su personalidad política, aunque la relación vertical con el colectivo como la arquitectura militarizada de su proyecto seguirán siendo idénticas a sí mismas.

Pero en definitiva, como ha pasado con las catedrales, el amigo ya no podrá ser el único creador de lo que ellas exponen; la artesanía colectiva de las palabras y significados -entendida más adelante como diálogo de saberes- es un presupuesto de la resistencia que ni el caudillesco Hugo Chávez ha podido violar. Y en este sentido estamos hablando de un caudillo muy distinto al caudillismo histórico; es el caudillo de unas montoneras ciudadanas que pulsán permanentemente por afianzar su autonomía colectiva y su soberanía individual. Chávez habló y habla mucho, con todos los desatinos que le da la gana, hasta el punto de desmitificar muchos de los eclesiásticos ritos del poder. Despreciar esos ritos imbéciles seguro que eso le fascina pero a la vez su imagen colectivamente creada estará obligada a hacerlo en idéntica adecuación al deseo colectivo y la evolución de sus esperanzas, de lo contrario, sencillamente se desmorona sin derecho a implorar la pena de nadie. La inevitable presencia de los fabricantes de esa imagen son su alegría y su tragedia.

Vemos que en este caso todas las razones objetivas y subjetivas que fueron determinando el nacimiento de la figura concéntrica de Chávez, no permiten que se reproduzca la relación lineal entre pueblo y mando del autoritarismo primitivo o moderno. Chávez como figura líder y como ente político es mucho más efímero de lo que las apariencias muestran, cuestión que se irá probando en la medida en que los hechos maduren y la figura mágica se vaya disolviendo entre la actitud crítica del colectivo, y la reactivación de la desobediencia social. Por supuesto que las raíces de la alienante relación que produjeron todo esto están allí vivas hasta tanto no se disemine por completo el deslumbramiento. Sin embargo, estamos en presencia del desarrollo de una conciencia colectiva que se mueve con inmensa rapidez, que no deja nada en su sitio sin removerlo y cuestionarlo, buscando algún aliviadero a los deseos de transformación que vive. Esa "filosofía popular", tampoco quedará incólume y empezarán los distanciamientos frente a las verdades que estamos acostumbrados a defender y las incertidumbres que las rodean. De nuevo toma sentido reafirmar que el proceso que se abre desde el 89 es constituyente y que todo ha nacido desde el fragor subterráneo de la resistencia, incluso las águilas que dicen volar sobre los hombres que la han llamado. Por ello, a pesar que la experiencia que sigue a estos primeros años será durísima y hasta desilusionante, la construcción colectiva de la figura de Chávez paradójicamente seguirá contribuyendo a la expansión de la matriz de resistencia más importante de todo este proceso: la confrontación desde la más intuitiva hasta las más consciente a toda forma de representación impuesta o creada por una maquinaria externa a la potencia social, desde los tradicionales modelos totalitarios hasta aquellos modos abstractos de representación creados por la democracia burguesa de vieja y nueva data.

Tratemos ahora este tema de la confrontación a la representación desde ciertas raíces históricas como el contexto general en que evoluciona ese foco fundamental de resistencia. La idea es llegar a examinar hasta que punto la figura del caudillo, en medio de la confrontación entre los códigos de desempeño democrático impuestos por parte de la "Comunidad Internacional" y los propios embates de la resistencia de calle, tiende a desaparecer por completo ya no por agonía trágica sino por descomposición. En otras palabras, ver en que medida el gran caudillo igualitario y toda esa enredadera de pequeños caudillos en que se soportan las relaciones de poder en nuestras sociedades, es un personaje en vías de extinción producto de la presión que ejerce sobre él la actual confrontación entre dos caminos totalmente contrarios de civilización.

8. ALGUNAS RAICES HISTÓRICAS

El proceso político en que madura el sentimiento de oposición al régimen democrático de representación, surge con la crisis de legitimidad que sufre el modelo partidocrático-clientelar y la base del sistema de acumulación sustentado en el proteccionismo rentario de la ganancia desde los comienzos de los años ochenta. Es todo un modelo que se articulaba a través de un sistema de reparto monopólico de las cuotas de representación reservadas a los personajes ligados o muy cercanos a los grandes partidos desde las instancias corporativas de la sociedad civil -sindicatos, ligas campesinas, colegios profesionales, corporaciones empresariales, asociaciones vecinales, iglesias cristianas, etc-, las principales empresas del estado -principalmente PDVSA y Empresas Básicas- hasta los principales poderes del estado: fuerzas armadas,

y los poderes judicial, legislativo y ejecutivo. Con algunas islas no totalmente manipuladas en su seno como lo eran los pocos sindicatos independientes, los pequeños espacios de la izquierda parlamentaria, y una cierta oligarquía propietaria de empresas, tierras, bancos y algunos medios de comunicación que sin mucha convicción en algunos momentos trató de empujar alguna alternativa derechista al sistema, liderizada por el medinismo y su extensión uslarista. Sin embargo, ninguna de ellas tenía ni la voluntad ni la fuerza para ejercer alguna resistencia significativa frente al régimen impuesto. Unos más contentos, otros con mayor piquiña pero cada quien tenía el caramelo que deseaba; todo venía a ser parte de la "paz petrolera" -llamada democrática- que logra consolidar Caldera al inicio de los años setenta. Así, la particular alianza entre el capital monopólico y el populismo bipartidista pudo mantenerse incólume hasta entonces y el sistema puntofijista termina de absorber la totalidad de los espacios de representación, incluso aquellos reservados a una "sociedad civil" teóricamente independiente del estado. Un auténtico totalitarismo liberal-democrático.

Para el momento en que el sistema empieza a dejar constancia de su agotamiento con el "Viernes Negro" de la primera devaluación (1983), en primer lugar las fuerzas revolucionarias que históricamente le habían hecho frente al modelo de dominio que se instaura desde el 58, se descuartizaban entre las secuelas de la derrota militar y el desmoronamiento del paradigma revolucionario leninista, destino compartido por los movimientos sociales y populares que se mantienen en muchos casos reducidos a una dinámica de sobrevivencia o empujados a convertirse en los nuevos batallones en busca de subsidios que más adelante engrosarán las llamadas ONG`s. Por los rincones del conservadurismo oligárquico desde los tiempos de la "Gran Venezuela" de CAP prácticamente había terminado su ciclo de fundición con el sistema, salvo algunas rarezas que más tarde saltarán al ruedo. Por otro lado, todavía se viven tiempos de bonanza petrolera que a pesar de los naturales ciclos de alzas y bajas en los precios, ella se mantendrá prácticamente hasta finales de los años ochenta gracias a la crisis del Líbano y la guerra Irán-Irak. Todo este conjunto de circunstancias le sirven de aparente aliviadero al sistema por varios años a pesar del evidente agotamiento. Pero no sólo sobrevive por inercia, también toma conciencia de la profundidad de crisis que vive y comienza a generar estrategias políticas y económicas que acolchonen las consecuencias. Empieza a diseñarse la reforma del estado a través de los procesos de descentralización política y administrativa, y a su vez, aunque en forma más tardía y con muchos más tropiezos, se hacen los primeros intentos de apertura económica empezando por la apertura de mercados, la liberalización del cambio y de precios, el recorte de subsidios, y las primeras experiencias de privatización y flexibilización laboral. Al mismo tiempo se hacen algunos intentos de democratización política y social tanto al interno de los partidos como en el impulso del "independentismo" dentro la sociedad civil, estimulando -obra que comparten con los medios de comunicación y agencias internacionales- el liderazgo naciente de algunos personeros provenientes de la clase media alta.

Obviamente nos encontramos ante una evidente estrategia de "aggiornamiento" del populismo puntofijista que intenta por vía de la descentralización y la democratización mantener la capacidad reproductiva de la legitimidad política del sistema, y por vía de la apertura económica, buscar una salida productiva a la ganancia,

poniéndose a tono con los nuevos tiempos del capitalismo global que inaugura Reagan. Para ello sigue letra a letra el recetario neoliberal reservado cariñosamente a los países tercermundistas, manteniendo así la alianza de sangre con el "mundo occidental y democrático" juramentada desde los tiempos de Betancourt y que tan buenos resultados le trajo en su momento. Sin embargo las estrategias de salvación en este caso no les funcionaron en lo absoluto. A nivel económico la crisis de la moneda de inmediato hace puente con la crisis de la deuda acentuada por la improductividad de su inversión y los métodos archicorruptos de negociación de la misma, las cuales estimulan la fuga de capitales y la consecuente agudización de la crisis fiscal, lo que detona el infernal círculo recesivo, inflacionario y devaluativo que no ha parado hasta hoy. El petróleo por tanto reducirá al mínimo su función inversora y sólo servirá para el pago de esta deuda, para el otorgamiento de subsidios enmascarados ya ni siquiera a la ganancia como resultante de la apropiación privada del ciclo de producción, distribución y consumo, sino a la riqueza por ella misma, es decir, se subsidia directamente los volúmenes de capitales y la fuga de los mismos empezando por Recadi (dólares preferenciales) hasta los TEM (títulos de estabilización macroeconómica), y finalmente para la manutención de un clientelismo estatal que seguirá creciendo, forzado a convertirse en un absurdo paleativo al desempleo, lo que empeora las tendencias corrosivas de la corrupción, el tramitismo burocrático y el deterioro abismal de los servicios públicos empezando por la salud, la seguridad social y la educación.

La falla estrepitosa de la estrategia económica les impide recoger del recetario neoliberal la única bondad que promete cual es el crecimiento económico sostenido. Por el contrario ya nos acercamos a los veinte años indetenidos de liberalísimo deterioro económico, ergo, de desvalorización continua del salario -mecanismo decimonónico para la sobrevivencia de la ganancia-, de desbaratamiento de todo el aparato productivo, de desempleo creciente, y de desinversión social, todo lo cual ha terminado por detonar un proceso de regresividad social que no pareciera tener fin y que ya prepara nuestra triunfal entrada al cuarto mundo sublunar. El neoliberalismo en este caso nos reservó igual que a todos el acrecentamiento de la explotación económica, la única diferencia es que nosotros la hemos tenido que multiplicar al cuadrado.

Pero en lo que respecta a la realidad política el recetario neoliberal tampoco les fue muy útil. Con mejores resultados desde el punto de vista funcional ya que se logra descentralizar el mando regional y comenzar la transferencia de responsabilidades administrativas, sin embargo la ilusionada "modernización política y social" es bloqueada sistemáticamente por las direcciones de los partidos tradicionales quienes se aferran a las tradicionales costumbres de aparato cogollérico. La irracionalidad de su comportamiento frente a las nuevas premisas ideológicas que ellos mismos reivindicaban, les genera incluso crisis internas que dan pie en un primer momento al surgimiento de individualidades descolgadas que hasta hoy han seguido merodeando los mercados electorales, pero convertidos en mercancías sin demanda. Por otro lado se multiplican las tribus internas que debilitan su coherencia además de los caudillismos regionales que reproducen toda la lógica del orden en sus respectivos feudos y desentonan con las líneas centrales. Las intetonas democratizantes más que relegitimar el orden finalizan con el resquebrajamiento de los dos grandes partidos, lo que de inmediato permite la revitalización de la izquierda parlamentaria como de los liderazgos de las clases medias

que ellos mismos estimularon pero que de inmediato hicieron suyas las viejas líneas disidentes del medinismo-uslarismo (de hecho la alianza coctel entre la izquierda y estos liderazgos conservadores con el calderismo avanza hasta la victoria electoral del 93, secundada por el radicalismo de la CR, y más adelante una abstención que casi llega al 60%, prueba de que el sistema ya había entrado en su quiebre político definitivo).

Uno de sus mayores pecados políticos es el haber impedido una reforma legal integral, comenzando con la reforma de las bases constitucionales de la partidocracia, que les hubiese dado las pautas positivas para emprender una adecuada depuración de los cuadros partidistas, una seria reforma de estado y una conveniente democratización de las instancias representativas de la sociedad civil. Los intentos fueron pírricos frente a las exigencias que imponía el agotamiento del sistema, mucho más después del 27-F, el 4-F, o si esta causal les hería demasiado el orgullo, luego que los indicativos mundiales que evidencian el debilitamiento representativo de los partidos les llegue a casa y el realineamiento democratizante de las mismas élites políticas y sociales del sistema como el traspaso de funciones partidistas y estatales hacia las corporaciones civiles no conflictivas se convierta en una tarea tan obligante como la de la apertura económica, siguiendo el recetario neoliberal de la "privatización" de lo político. En definitiva ni siquiera pudieron lograr un buen cambio para que nada cambie.

9. LA NEGACION DE LA REPRESENTACIÓN

Dando el sistema sus primeros índices de fracaso en sus estrategias de "aggiornamiento", desde mediados de los años ochenta comienza a surgir tímidamente un difuso movimiento social que tiene como premisa en cuestionamiento a la representación, y junto con él la organización de acciones de protesta como de prácticas sociales que responden a una cultura política absolutamente contraria a los marcos representativos del totalitarismo liberal-democrático del puntofijismo. Es entonces que empieza a dignificarse políticamente la espontaneidad de la acción violenta de calle, la reapropiación de tierras expropiadas, la reorganización horizontalizante de los pocos espacios sociales de resistencia al sistema, el estímulo para la creación de nuevos espacios nunca abordados en tanto tal como lo eran la comunicación, la educación, la ecología y las tecnologías alternativas, y el llamado a la reactivación de las prácticas de ayuda mutua y autogestionarias como lugares para la viabilización de nuevos modelos societarios. Nada especial en relación a la ola mundial de resistencia que ya se preparaba para la caída definitiva de los mitos estatistas del socialismo real y darle la bienvenida al reinado global del capital imperial con nuevos pensamientos y métodos de confrontación, reanudando al mismo tiempo la vigencia de los viejos códigos de lucha del socialismo libertario. Nuestro caso en ese sentido no es muy distinto a lo que viene pasando en el resto del mundo, sólo bajo la particularidad de que el enfrentamiento se ejerce contra un sistema que se ha quedado anquilosado en sus formas totalitarias de representación democrática, que no logra superar el tejido de representación en que se articulaba todo su modelo de dominio, lo que empieza a producirle consecuencias catastróficas desde el punto de vista político y económico como hemos visto. La convergencia entre los nuevos métodos de lucha que comienzan a tomar signos de universalidad y las realidades específicas de anquilosamiento del sistema, nos dan una primera explicación del porqué el movimiento de resistencia se volcó desde un primer

momento contra la representación política del poder soberano de todos en cuanto tal. Se empezó enfrentando algo cuyo peso civilizatorio es mucho más grande de lo que este mismo movimiento tiene plena conciencia ya que se trata del hecho político fundacional, constitutivo, del modelo burgués de dominación.

Pero a ello tenemos que ajustarle otras razones para entender algo que posee una profundidad histórica que sobrepasa largamente los límites coyunturales de la crítica en el momento de desatarse. El cuestionamiento como notamos no se da frente a un régimen que no ve lo que esta pasando y no establece estrategias para superar su agotamiento. Como empezamos a ver, entre la COPRE fundada por Lusinchi y el gabinete ministerial de CAP, se hace la relectura política y económica del recetario salvacionista neoliberal que nuestro caso lo único que logran es, por un lado, la multiplicación geométrica la explotación económica, y por otro, la distracción de la opresión política hacia los nuevos escenarios regionales y sociales de representación, controlados sino por la misma gente, sí por la misma mentalidad corrupto-aparatera de siempre. Pero además no olvidemos dos cosas. Primero: en nuestro caso no nos tocó exigir la reapertura de espacios formales de libertad democrática perdidos en alguna dictadura; gracias sobretodo al aliviadero del petróleo no sufrimos el terrible destino de casi todos los países latinoamericanos en esos años. Por supuesto, sabemos de la gran masacre y de los crímenes permanentes que se cometieron cual dictadura, pero siempre fueron rápidas y puntuales, sin tocar demasiado las vanguardias políticas y sociales como las libertades formales de manera que no afecten en nada las reglas democráticas constituidas ni la imagen externa. El comienzo del movimiento de levantamiento contra el puntofijismo no se da entonces contra un determinado modo de representación o invocando el restablecimiento formal de las libertades, sino en contra tanto de los viejos como de los nuevos sistemas de representación ofertados por el recetario privatista neoliberal. Y segundo: históricamente ya se han vivido dos grandes momentos de reivindicación del derecho a la representación democrática y la participación político-partidista, en el 45 y el 58, y sin embargo las condiciones materiales de vida como la realización de efectiva de las libertades y la conquista de los derechos ciudadanos pareciera que se hubiesen quedado estancados en el último medio siglo. De allí el radicalismo antirepresentativo en que se funda la rebelión desde sus comienzos.

Tal radicalismo genera al mismo tiempo algunas consecuencias puntuales, entre ellas está el que en Venezuela no tenga prácticamente ningún peso político la tan cacareada reivindicación de la "sociedad civil" como espacio de equilibrio del poder frente al estado -poniendo de lado por supuesto a los medios de comunicación cuyo comportamiento político no es otro que el de ser simples anexos del sistema ideológico global-. Lo de la "sociedad civil" tiene que ver con un importante intento teórico-político por superar el modelo clásico de Montesquieu quien propuso, con el nacimiento mismo de las primeras figuras del estado democrático-burgués, un equilibrio al interno del orden naciente mediante la división del estado en tres poderes autónomos (ejecutivo, legislativo y judicial); el neoliberalismo ahora le agrega un cuarto espacio que no es institucional sino funcional al mismo orden. Convierte el estado ya no sólo en una suma de sistemas ordenatorios ligados directamente a estos poderes, sino en una maquinaria mucho más totalizante que nunca deja de ser externa en todos sus puntos a los verdaderos territorios sociales, a sus relaciones y prácticas específicas, pero que ahora

incluye, mediante mecanismos de participación más flexibles y menos rituales (aunque mucho más discrecionales en su elección), a las élites "no políticas" que en la base social ayudan a consolidar las relaciones de dominio. Con los estallidos sociales que se suscitaron a lo largo del mundo entre los años sesenta y setenta, el viejo estado liberal entendió que ya no puede garantizar el consenso por sí sólo, necesita de la participación de agentes más compenetrados con las realidades de la sociedad para poder viabilizar los compromisos con ella, neutralizar sus conflictos y marginar la subversión. Por eso la democracia tiene que dejar de ser puramente representativa y pasar a ser una democracia "participativa" como versión neo-liberal de la democracia burguesa.

Claro que este recetario se ofrece con explicaciones mucho más sublimes y seductoras, encontrando una excelente demanda mundial que se amplía en la medida en que la crisis de la representación partidista tradicional se profundiza. Pero tampoco dejemos de valorar los legítimos intentos que se han hecho de reivindicar la sociedad civil como espacio horizontal y colectivo de resistencia, solo que en este caso estamos hablando simplemente de una manera nueva de denominar la antiquísima pulsión por configurar espacios de regulación, gestión y lucha autónoma por parte de las clases más oprimidas de la sociedad y no de un nuevo ente aristocrático inserto en el tejido social. Pero es allí precisamente donde podemos encontrar una importante singularidad del proceso venezolano. La transición hacia la participación en efecto se convierte en un anhelo generalizado pero sus premisas no se reducen a la participación de la sociedad civil dentro de los sistemas de articulación del orden sino el desmoronamiento del estado de representación en todas sus versiones y por tanto de la representación misma. Es que de hecho no hay ninguna sociedad civil a reivindicar porque objetivamente ella no es más que una seudoficción que tardíamente el régimen puntofijista trató de sacar de la fantasía con cualquier "muñeco e torta" -como diría una gran amiga guayanesa- que se preste, y bastó con que la crisis económica haga estragos hasta con la misma clase media para que esto se convierta en un perfecto imposible.

La "sociedad civil" en sus definiciones clásicas dentro de nosotros se limita a las relaciones de cooperación que han construido entre sí algunos grupos inmigrantes europeos, ciertos espacios de cooperación de la pequeña y mediana empresa y un regadío de individuos que han tenido suerte de montarse en los trampolines del ascenso social, básicamente a través del sistema educativo, y de beneficiarse de los otrora importantes incentivos laborales y de los diversos sistemas de créditos que aún subsisten, pero cuyo número desde hace más de una década se reduce relativamente, y cuyo destino todos los días es más incierto o decadente. Otra cosa muy distinta son los espacios de cooperación, solidaridad y resistencia que se multiplican entre las clases populares pero que no se asemejan en nada a la liga de individuos materialmente autosuficientes por su condición de propietarios, empresarios, intelectuales y gerentes con los cuales se dibuja el individuo prototípico de la sociedad civil dentro de los esquemas ideológicos de la globalización. Vivimos más bien buscando las formas más insólitas de sobrevivencia entre una "sociedad de excluidos" que en la medida en que estrecha sus lazos asociativos y cualifica su acción de resistencia casi automáticamente tiende a radicalizar sus posiciones frente al modelo representativo tradicional y a convertirse en un agente subversivo del orden constituido. A partir de allí comienza a dibujar su ideario político y diseñar sus estrategias de poder. Por eso no es de extrañar

que la acción represiva o disuasiva del estado se haya centrado en tantas ocasiones precisamente a quebrar ese potencial asociativo y autovalorizante. De hecho en la actualidad esa es una línea fija de defensa del orden global de dominación.

En conclusión lo que sí podemos afirmar perfectamente es que más que la participación de la sociedad civil dentro de las nuevas reglas de la democracia burguesa -llamadas a oxigenar la degenerada democracia del puntofijismo-, desde que comienza a ampliarse el movimiento de cuestionamiento al orden, empezaron a destacarse los discursos que reivindicaban el protagonismo directo del pueblo excluido en la construcción de un nuevo orden no representativo. Premisas que fueron ganando madurez y extensión en la medida en que los sujetos sociales de la rebelión también se fueron despertando y quitándose los "moños", hasta alcanzar un alto grado de hegemonía dentro de todo el debate político-ideológico que transcurre desde comienzos de la década de los noventa hasta hoy. Por eso de una manera tan rápida y en versiones cada vez más radicalizadas es el principio de poder constituyente quien toma relevancia como horizonte de transformación revolucionaria, dejando de lado las formulaciones participacionistas ligadas a la ideología de la "sociedad civil" que trataron de despertar una y otra vez todos los segmentos del poder hasta convertirse en un mensaje constante de las industrias cultural y comunicativa; mensajes mediados por la insistente promoción de una cierta "aristocracia civil" ligada a este nuevo conservadurismo participacionista. Por cierto que también era de esperarse que con la llegada de Chávez a la presidencia de inmediato estos fuesen convertidos en los paladines de la "defensa de la democracia", y los primeros voceros de la oposición, colándose detrás o paralelamente a ellos muchos de los restos del puntofijismo (el otro resto se pasó directo al bando patriótico del MVR; nada sorprendente). Queda desde entonces planteado el desarrollo de una nueva cultura política que descarte por completo las viejas y nuevas mistificaciones de la representatividad política. De allí nuestra insistencia en considerar este reto como el punto nodal que articula todo el modo de resistencia que toma forma desde el 27-F

10. LOS PRÍNCIPES DE LA NO REPRESENTACIÓN

El desenvolvimiento concreto de un proceso político signado por la confrontación a los modelos representativos del poder va adquiriendo un grado cada vez mayor de complejidad en la medida en que las fuerzas populares van avanzando dentro de esta corta historia. Un movimiento así no avanza sin que en su seno o a los bordes de él no se produzcan todas las intenciones posibles por "representarlo" a través de quienes aspiran a convertirse en los pequeños príncipes que eventualmente le imprimirían toda la fuerza subjetiva y material (virtud y fortuna en las palabras de Maquiavelo) que el proceso popular carecería por atributo propio. Volvemos a las dos almas que se confrontan en este recorrido rebelde sólo que ahora no nos limitaremos a contrastar la subjetividad política que subyace a los procesos de subversión social frente a la asunción de un liderazgo mesiánico, examinando las dimensiones en que se funden y separan uno y otro, sino a buscar introducirnos dentro la dinámica misma desde la cual los espacios sociales van administrando las contradicciones que generan sus propios mecanismos de autorganización y enfrentamiento. En otras palabras, interesa en estos momentos analizar los puentes que sostienen por un lado el desarrollo positivo de lo que comenzó como un rechazo a la representatividad política; desarrollo que prepara los caminos para

convertirse en programa, en un "proyecto de sociedad" que se irá construyendo progresivamente y en la medida en que la rebelión gana hegemonía y conquista espacios políticos. Por otro lado, los elementos primarios del "deslumbramiento" que posteriormente tomará forma en la figura mágica del comandante, como ya lo empezamos a ver, pero que vienen precedidos por una infinidad de pequeñas batallas por la apropiación de los principados de la no representación. En definitiva, de lo que se trata es de ir comprendiendo mejor los procesos concretos a través de los cuales emerge una nueva cultura política contraria a la representatividad burguesa.

Partamos de un axioma histórico muy utilizado en medios académicos y callejeros, y que a nuestro criterio esta lleno de verdad. Se afirma que entre la independencia y la guerra federal se generaron las condiciones históricas para que se forme entre nosotros una cultura del igualitarismo que no tiene semejanza en el resto de América Latina, y cuyas consecuencias las podemos rastrear a todo lo largo de lo que ha sido nuestra evolución política y social entre finales del siglo XIX y el siglo XX. Las dos grandes guerras de nuestra historia, por sus características eminentemente civiles y en favor de la emancipación política y social, habrían destruido por completo toda legitimación de desigualdades, creándose el piso para el desarrollo de una sociedad igualitaria en acuerdo no solamente a los paradigmas humanistas de la modernidad sino a la reivindicación de la diversidad étnico-cultural que nos es específica. Así, con las guerras de independencia y federal, superando las bases de un igualitarismo "blanco" o liberal o abstracto, empieza a visualizarse la construcción de repúblicas de "iguales" en el plano material, político y cultural. En contraposición a estas ganancias históricas, tales guerras habrían destrozado por completo el pequeño aparato productivo que empezaba a desarrollarse dentro de un país de por sí muy pobre, muy marginal dentro del conjunto del orden colonial español, y sin que se produzca una efectiva apropiación de la tierra por parte del campesinado rebelde, lo que estancó el desarrollo natural de las fuerzas productivas; problema que pudo ser solventado únicamente con el advenimiento del petróleo como fuente agregada de inyección de capital, pero que a su vez sumó elementos que distorsionaron aún más la base del desarrollo económico. La yuxtaposición entre tales ganancias y pérdidas históricas creó los pilares para el surgimiento de la figura del caudillo igualitarista como alternativa al vacío político y social que dejan las grandes victorias armadas no secundadas por la realización de un verdadero proyecto colectivo de sociedad. Nuestra historia republicana estaría desde entonces impregnada por la reaparición permanente de ese héroe central, pero no solamente en sus líneas políticas magistrales (los caudillos liberales, la asunción de los andinos al poder, los liderazgos populistas, los caudillos guerrilleros, hasta la llegada del chavismo) sino por la extensión de esta misma figura a lo largo y ancho de la geografía social y cultural del país.

Todos los caudillos de una u otra manera reposan en la memoria popular como los grandes engendradores de patria -síntoma del no ser colectivo o del ser sólo desde la estatura de estos personajes deslumbrantes-, envueltos por frases e historias que prueban no sólo su heroísmo sino su profundo compromiso con las causas nacionales de las clases subalternas. Se trata de relatos históricos contaminados como siempre de verdades y fantasías, hasta de las más descabelladas (muchos campesinos de la región montañosa de Lara y Portuguesa aseguran que Algimiro Gabaldón -comandante guerrillero de los 60-

todavía anda suelto montando un caballo), y que son parte de la “creación colectiva” de los héroes necesarios. Llenos de leyendas, heroísmos, actos milagrosos, convertidos en dioses como es el caso del Negro Felipe, la creación de estos héroes comunes permitirá que se establezca un puente directo entre el hecho político y las creencias populares, ratificando valores que en todo momento habrán de ser utilizados o rechazados por la evolución modernizante de la sociedad, la cual forzará su adecuación al patrimonio cultural del racionalismo disciplinario del capitalismo y sus ramplonas derivaciones pragmáticas y utilitaristas. En medio de esta pujanza permanente se irán moldeando verdades por todos reconocidas que sustancian los principios de la filosofía popular: las creencias, las certezas, la identidad individual y colectiva, la historia, el destino, el bien y el mal, lo bello y lo feo, la valentía, la lealtad, el respeto, la responsabilidad, los derechos propios y de todos, las pequeñas y grandes misiones, etc, por lo general ligados a los ejemplos de vida que supuestamente dejarán estos grandes personajes.

Son verdades construidas a partir de los mensajes -imaginarios o no- de estos señores cuya dotación de sentido seguirá una línea permanente de afirmación y negación, basada en una lógica absolutamente callejera -un diálogo abierto sin reglas de razón ni de protocolo que lo antecedan- y que servirán finalmente de guías para internarse en los complicados laberintos que regulan el fluir de los deseos colectivos. Ellos ayudarán mucho a que no nos deshilachemos por completo en el abismo individualista en que el mundo contemporáneo nos ha obligado a caer. Pero así mismo se irán forjando los personajes líderes, que se convertirán en las bisagras entre el movimiento desde donde se producirá toda esta subjetividad colectiva y ciertas reivindicaciones concretas (trabajo, tierra, créditos, seguridad, vivienda, servicios) que estas figuras intentarán transformar en todo momento en demandas que la colectividad personifique en ellos. Se multiplicarán entonces los candidatos a presidir los panteones menores del héroe común, para lo cual tendrán que resolver la difícil ecuación de armonizar los valores universales personificados en los héroes mayores, las creencias o verdades que se han ido forjando en la conciencia colectiva, y las reivindicaciones concretas a las que todos supuestamente aspiramos para realizar nuestros deseos individuales y colectivos. Mucho antes que una buena parte de estos personajes pudiesen convertirse en mercancías distribuidas entre los distintos estratos del mercado electoral, o los medios de comunicación hayan impuesto los suyos, las misteriosas leyes de la “selección social” se encargarán de sacrificar o consagrar los distintos candidatos al héroe común.

El caudillo igualitario como modelo central de liderazgo comienza de esta forma a reproducirse entre los distintos recodos de la sociedad a través de estos héroes menores, cuya importancia crece en la medida en que nos adentramos al interno de las capas más excluidas de las autopistas principales del mercado; capas que se han ido ensanchando de más en más, aumentando así la importancia de este sistema de liderazgos. Sin embargo, el fenómeno es sumamente complejo ya que estos, como buen reflejo de la sociedad que los ha creado, han seguido la curva por un lado de la radicalización de las demandas sociales consecuencia del empeoramiento de las condiciones de vida, pero al mismo tiempo sufren del mismo vaciamiento de valores fruto por lo menos de la destrucción de los tejidos sociales, del desbaratamiento del aparato productivo, y de la carga del simbolismo individualizante, competitivo y

violentista que infunden los medios de comunicación. De esta manera oímos como los gritos revolucionarios multiplican sus ecos en las palabras de esta vasta nobleza popular, pero al mismo tiempo somos testigos de las innumerables ocasiones en que ella misma es capaz de desprenderse de todo tipo de principios, horizontes ideológicos, coherencia en su acción, sustituyéndola por una verborrea radicalizada que no tiene correspondencia alguna con las prácticas concretas. Obviamente esto no es un problema de mera descomposición "moral"; en este caso el "vaciamiento cultural" y la "regresión material" que estamos viviendo nos conduce hacia un inevitable "desarme ideológico" que en este caso ayuda a atrofiar los valores de bondad, de consecuencia, de verdadero y cotidiano heroísmo, con que ha de estar recubierto ese pequeño caudillo igualitario.

Si a esto le sumamos el retraimiento generalizado en la formación tanto política como instrumental gracias al advenimiento del "new age" de la globalización o la paulatina desintegración de todos los sistemas formales y no formales de educación más la inigualable hambruna por la que han tenido que pasar muchos de los dirigentes menores y que no siempre ha servido ni para "tensar el acero" ni medio cable, pues de verdad que la imagen del cuadro caudillesco se nos torna bien lamentable. Una consecuencia muy temprana de este tipo de situación la veremos más adelante con el desarrollo civil del MBR.200 y mucho más con la aparición del MVR, donde habrá que destacar como la difícil ecuación de armonizar los valores universales encarnados en el gran caudillo, las formas de la conciencia colectiva, y las reivindicaciones concretas de la población, una buena porción de este nuevo reguero de pequeños caudillos lo han convertido en una ecuación mucho más compleja y hasta paradójica, la cual consiste en armonizar el radicalismo revolucionario igualitarista y antirepresentativo que el gran caudillo de hoy encarna, con sus intereses personales y grupales por conquistar los nuevos cargos de representación que se han abierto ya sea en el partido, los cuerpos deliberantes del estado, o la burocracia; se trata en fin de la recomposición en pleno de la democracia totalitaria del puntofijismo.

Pero no nos limitemos sólo al nivel fenoménico del asunto, lo cierto es que, primero, todo el entrampamiento en el que fuimos cayendo, viéndolo desde el punto de vista de una sociedad cuyas conexiones internas se parecen mucho más a la de una "sociedad de excluidos" que a las de una clásica "sociedad civil", nos permiten si no justificar sí comprender por qué el caudillismo igualitario termina enredado en este tipo de situaciones paradójicas, desvirtuando toda la obra de la rebelión colectiva. Por otra parte, es de notar que nos encontramos encerrados en un círculo vicioso que de no encontrarle una salida realmente profunda y sólida, de nada nos servirán las acusaciones externas al proceso mismo o los llamados a una nueva gesta heroica con nuevos mesías y los panteones menores saneados.

El círculo consiste en reafirmar por un lado el componente esencial del modo de resistencia en tanto enfrentamiento al régimen de representación y en el giro de vuelta se restituyen las modalidades más primitivas de la racionalidad representativa, y en general, de la manipulación autoritaria. La vigencia misma del modelo caudillista como personaje que condensa y conduce la totalidad de la voluntad colectiva y su multiplicación por todos los rincones sociales, lleva en esencia este tipo de paradojas, sean quienes sean los príncipes y sea cual sea el programa político que reivindicuen. El

gran o el pequeño caudillo por más que se esfuerce en negarse a sí mismo, siempre tenderá a verticalizar las relaciones de poder a su favor, siéndole útil el mensaje antirepresentativo e igualitarista en la medida en que le sirve para imponerse sobre la dinámica de las instituciones tradicionales del estado liberal, pero al mismo tiempo jamás podrá llevar hasta sus últimas consecuencias este arrase institucional ya que estaría aceptando la autonomía de las clases sociales no participantes ni invitadas a participar en este tipo de instituciones. Necesita por tanto negociar con ellas, establecer una relación de coexistencia más o menos conflictiva dependiendo de las circunstancias, y garantizar su propia presencia en estas instituciones a través de un aparato político obediente a él y dedicado a tales fines, extendiendo así su cuerpo y su voluntad hacia las formas institucionales. Igual pasará en la base donde los llamados a fortalecer el mandato directo de las clases más oprimidas por parte de los pequeños caudillos nunca podrá llevarse a un modelo efectivo de dinámicas de poder ya que esto le desbarataría totalmente su rol central.

No es ahora con la emergencia del chavismo que terminamos acorralados en este enredo; todos los movimientos populares han estado cruzados por disputas eternas aparentemente político-ideológicas, pero que a la vez esconden los afanes despóticos que aún se reproduce dentro de ellos. Sus disputas por tanto más que una lucha de tendencias o de la hegemonía ideológica, se han centrado en el control personal y grupal del espacio político-social que les es inmediato. Por ello el eterno bamboleo entre la unificación y potenciación de estos movimientos y su posterior debilitamiento y dispersión. Y más bajo aún, se trata de una sociedad cuya organización y cuyas relaciones sociales están inscritas dentro de esta mareja de códigos autoritarios que se asientan en el deseo de fomentar una solidaridad igualitaria para luego matarla en la práctica del mandatario único. Son códigos que recogemos de la eterna noche del subdesarrollo pero que son finalmente reforzados por la incrustación igualmente pobre de libertad pero aún más enfermos de individualismo que nos han ofrendado tanto los modelos clásicos del industrialismo monopólico capitalista como los nuevos regalitos navideños que nos han llegado a través de los Santa Claus del capitalismo postindustrial e informático. Y más abajo todavía, como efecto de las codificaciones verticalistas que subyacen a las prácticas sociales derivadas de un subdesarrollo malpreñado por el industrialismo y la globalización, nos encontramos con la constitución de un inconsciente colectivo donde se han cocinado las pautas necesarias para el desarrollo de una conducta que tiende a ser sana, afectiva y muy alegre, pero que a la vez sublima en el sometimiento al otro o el autosometimiento su propia vitalidad igualitaria y afectiva.

Pero como ya lo notamos, todos estos principados, desde el más alto hasta el más bajo, han comenzado a deteriorarse tremendamente como modelo de conducción política, ya les es muy difícil jugar el papel redignificante, heroico, frente a la totalidad de las clases desposeídas y calladas. Su gesta igualitarista se convierte de más en más en un juego de tramposerías discursivas sin ningún apego al compromiso fundamental por redimir de su miseria y la sumisión a los suyos. En la medida en que se frotan en un solo espacio societario los tiempos de la premodernidad, la modernidad, hasta la posmodernidad, en esa misma medida el caudillo igualitarista se descompone, se individualiza él también y con ello pretende autonomizarse del mundo social que lo ha creado. Algunos pocos agarran el rumbo contrario y se radicalizan regresando a los

fundamentalismos totalitarios que sustentaron la fantasía revolucionaria por décadas y así "mantener los principios" y morir sin culpa. Los casos son muy variados, pero por lo general el pequeño caudillo hoy en día es mucho más un tronco e'vivo que un verdadero guerrero. Se regodea de fraseologías de una inmensa fuerza mítica aunque en el fondo añore convertirse en un profesional dedicado a los aburguesados oficios de la representación política. Pero todavía no está preparado para asumir ese grado de soberanía individual, no tiene suficiente formación para ello ni la multitud acepta otorgarle ese derecho personal a la autonomía política. El puntofijismo como ejemplo vivo de las consecuencias que acarrearán este tipo de confianzas está demasiado cerca. En definitiva, el caudillismo igualitario es una institución en crisis. De allí que el chavismo, aún siendo una de sus más envolventes y victoriosas expresiones históricas, no escape en absoluto a las consecuencias de esta crisis.

Pero seríamos muy reductivos si le dejásemos toda la razón de la crisis a las fuerzas y representaciones ideológicas hasta cierto punto externas a las relaciones sociales desde donde se engendra la figura del caudillo. Acordémonos que la "sociedad de excluidos", ajena a las beneficencias del mercado, la seguridad social, la estabilidad laboral, etc, no se caracteriza solamente por la "pobreza" como condición empírica de su existencia, o por los sistemas de opresión que retiene en su interno, o por el mundo de la explotación que la espera cada vez que cruza sus puertas, es también un enjambre de iniciativas particulares atravesada por códigos muy propios, de relaciones sociales que van emprendiendo una evolución muy particular, no totalmente ajenas al macromundo del capital y el estado por supuesto, pero que no se subsumen enteramente en él, como sí es el caso de las sociedades con un alto grado de desarrollo capitalista y donde efectivamente se presenta el tan denunciado fenómeno de la unidimensionalidad (no-dimensionalidad ya hablan algunos) o la estéril homogeneización de la sociedad. Nuestra "heterogeneidad", sincretismo y multidimensionalidad social, será fruto de las terribles carencias, de la represión, la violencia, la expropiación sistemática que se ha ejercido sobre nosotros, o lo que se quiera, pero lo que no pueden negar es que ella existe, que resiste, que es materialmente imposible destruirla por más aparatos ideológicos o sistemas de hegemonía que la penetren por todos los costados. Hablamos entonces de una riqueza por carencia, por negación de los derechos básicos, y por ello absolutamente in-deseable, pero también por la interposición de una materia prima cultural subsistente que el mundo del mercado ha hecho mil intentos por tratar de recuperarla e incluso neutralizarla, y sobretodo, por la evolución paulatina, frágil, -muy lenta probablemente- de diversas relaciones sociales comunicantes, productivas, asociativas, que así como se quiebran e involucran en sistemas autodestructivos y muy conocidos, también permiten ir transformando los anhelos igualitarios y contrarios a toda relación de sumisión, en una práctica social que tiende a expandirse y hacerse más participativa en la medida en que son impregnados por los movimientos de rebelión política o politizante como fue el caso del 27-F. El límite infranqueable de estas relaciones está en la cuasimposibilidad de acumulación y por tanto de la expansión autónoma de un intercambio realmente productivo que permita construir una sociedad de satisfacción y no de carencia. De allí que no queda otra salida que la "revolución" o al menos los permanentes intentos por quebrantar y subvertir los órdenes de aplastamiento que imperan, así el tiro salga por la culata o degeneren en salidas desesperadas frente a la

carencia (el caso de las milicias urbanas en Colombia y su frecuente regresión hacia el narcotráfico es un ejemplo típico de todo esto).

Los grandes caudillos como Chávez fueron "creados" en ese mundo de exclusión, pero este es también el emporio de los pequeños caudillos. Allí nacen y se reproducen tratando de mantener su magnánimo poder. No hablamos de los guapetones o jefes de bandas que abundan, imponiéndose por métodos elementales de violencia y exterminio del enemigo inmediato. Este caudillo es en principio un individuo ético que encarna el deseo de todos, que intenta fabricar una epopeya de liberación colectiva al mismo tiempo que realiza sus propias ambiciones de poder. Mientras se empobrecen de las posibilidades de asociación colectiva, de intercambio y comunicación, por supuesto que su poder tiende a crecer y a la vez tiende a radicalizarse su postura política infringiéndole por lo general un altísimo grado de mesianismo a su discurso. Pero cuando aparece una motivación agregada gracias a las victorias alcanzadas por el conjunto del movimiento social, cuando se multiplica la incitación a la participación, el fortalecimiento y la expansión de esos pequeños nudos asociativos, cuando el ambiente ideológico propio empieza a ser invadido por valores libertarios y antiautoritarios, cuando empiezan a resquebrajarse los bordes del orden impuesto, entonces la figura del pequeño caudillo empieza a desvanecerse y el mismo o comienza a hablar y hacer en el lenguaje y la práctica de una nueva cultura política, pudiendo incluso convertirse en un verdadero líder de una nueva etapa de resistencia, o por el contrario, empieza a tabletear las estrategias tráfugas hacia el mundo de la representación política con lo que no solamente logra salvar su "poder" sino también ayuda a destrozarse la maduración revolucionaria del colectivo. Al menos desde el 89 esta tensión venida desde dentro de la sociedad la ha vivido toda esta nobleza caudillesca de manera bestial pero sin resultados definitivos. Lo que si podemos concluir es que la "muerte del caudillo" aunque todavía parezca lejana, es inevitable por la presión que sobre él ejercen las fuerzas de la seducción democrático-representativa como el impulso asociativo y autovalorizante de su propia gente. La segunda fuerza es todavía muy débil la primera tiende a recomponerse, por lo cual es muy difícil concluir que su muerte derive necesariamente en nuestra victoria.

Resumiendo, podemos considerar que desde el mismo comienzo de los años noventa empieza a acelerarse una transición histórica que tiende a transformar la totalidad de la sociedad, y que recorre no sólo los escenarios mayores de la confrontación política sino que se adentra dentro de toda la heterogeneidad de componentes que conforman la subjetividad colectiva y la materialidad de las prácticas sociales. La crisis del caudillismo igualitario, evidenciada desde la primera emergencia del chavismo, llega a conmocionar desde la "filosofía popular" -cuestionando nuestros principios de verdad e interpretación del mundo-, la conformación de los liderazgos colectivos, los valores que regulan el conjunto de las relaciones de poder, hasta llegar finalmente a interpelar nuestras conductas personales y el trasfondo inconsciente que determina muchas de ellas. El chavismo en ese sentido sirvió desde el comienzo para desenmascarar un agudo conflicto cultural que pervive entre nosotros a la vez que tensiona todas las contradicciones inherentes a un orden cada vez más desigual y excluyente. Ahora, el problema es si esa transición, como obra conducida por el protagonismo popular, tiene o va teniendo las fortalezas suficientes para aguantar la

contraofensiva del formalismo representativista y para marcar un punto firme de ruptura con la cultura tecnocrática, disciplinaria e individualista de la globalización. En otras palabras, es indispensable reconocer los puntos de apoyo que garantizan el avance hacia un proceso profundamente revolucionario que recoja del caudillismo igualitario su más bella herencia que son sus batallas por la igualdad y la libertad, pero a la vez lo niegue y lo extermine en la difusión de un orden revolucionario regido por el ideario de nuevo proyecto de sociedad. Ahora debemos seguir rastreando esa historia subterránea de los noventa para verificar como en la lucha de "las dos almas de la rebelión", y en las expresiones concretas del modo de resistencia antirepresentativo, en efecto se engendra la voluntad y comienza a ordenarse el proyecto para que esto sea posible, aunque también se siembran las bases para bloquear por completo los procesos constitutivos de la transición.

II. TIEMPOS DE CONSTITUCIÓN

1. UNA NUEVA ETAPA

Fueron pocos los años que pasaron los comandantes en Yare o fuera del país, sobretodo aquellos que se sublevaron el 27-N. Transcurrieron en medio de una infinidad de negociaciones y acusaciones de grandes titulares donde se evidenció desde los primeros momentos que el debilitado sistema de puntofijo ya no tenía los insumos necesarios para aguantar las embestidas cuestionadoras que se repartían entre todos los sectores del país. La crisis que desató el movimiento del 92 hasta cierto punto fue definitiva, tanto que el castigo "por mandato de ley" a los subversores del orden se hizo absolutamente inviable desde el punto de vista político. Sólo una alternativa conciliadora podía disolver la presión creciente, y sólo alguien que prometiera establecer una rápida transición entre el sistema partidocrático y un esquema democratizante de la representación que reviente los códigos políticos del sistema, podía ser recibido con buenos ánimos dentro de las capas de mayor incidencia en la opinión pública. El orden en otras palabras estaba totalmente deslegitimado, tanto que la derrota de los movimiento insurgente del 92 no significó en absoluto la restitución de la normalidad institucional de las Fuerzas Armadas. Por el contrario, las conspiraciones silenciosas siguieron su curso; Radamés Muñoz (Ministro de la Defensa) empezó a reagrupar los sectores de derecha, alineándolos en torno a la solución golpista de la crisis, paralelamente a una folclórica avanzada del terrorismo de derecha, y por otro lado, se fueron multiplicando las cabeceras "chavistas" o "bolivarianas" dentro de la oficialidad media, aunque carentes de unidad orgánica. La caída de CAP y el comienzo de su pantomímico juicio es si se quiere la conclusión lógica de esta primera etapa de la crisis donde ya no quedaban ventanas de continuidad para el orden que no significaran al menos la entrada en una etapa de demostración palmaria de la voluntad de cambio y castigo por parte del mismo. Pero además de lo inútil de este juicio como efecto de demostración, faltaba un ingrediente no institucional, ajeno a la racionalidad burocrática y más apegada a la irracionalidad del carisma como diría Weber. Y en alguna medida esto también se intentó, nuevamente sin mucho éxito.

Frente al derrumbe definitivo de la legitimidad de las instituciones puntofijistas, la búsqueda del mesías salvador se convierte en una energía que recorre toda la sociedad por todos sus puntos, y no solamente a los más excluidos, alcanza también a aquellos que más arriesgan, por lo general beneficiarios directos de las dádivas del sistema. Los arcaísmos de la cultura política caudillesca brotan libremente en la medida en que los mecanismos institucionales modernos y democráticos se quiebran y las alternativas progresistas o revolucionarias se quedan paralizadas en este corto tiempo. La conspiración permanente y las candidaturas que van emergiendo esos años, de alguna manera están forzadas a adecuarse a esta energía compulsiva que brota, y mucho más en la medida en que la figura del "comandante" del 4-F pierde peso específico, marginado por los medios de comunicación y carente de una estructura orgánica de apoyo, pero la impronta de su gesta sigue absolutamente viva. Alguien debe reemplazarlo estando a la altura de su radicalismo antisistémico, de lo contrario puede estallar todo de nuevo o sencillamente hay el riesgo de que resurja.

Siguiendo esta curva de los ánimos, las cuatro candidaturas que se levantan para las elecciones del 93 se centran en la fortaleza mesiánica del individuo-líder. Las que son impulsadas por el dúo bipartidista radicalizarán los postulados liberales democratistas en lo político y aperturistas en lo económico, siguiendo la línea de ensayo que se venían intentando sin mucho éxito desde comienzos de los años ochenta ambos partidos. Pero estos postulados no son congruentes con las batallas de la calle ni las nuevas subjetividades políticas; cualquier radicalismo tenía que superar la estrategia de la simple "modernización" de la sociedad y el sistema político guiada por un movimiento de evolución lineal del orden. Esta opción estaba cancelada. El nuevo mesías, mucho más que un simple modernizador, era necesario que sea un justiciero y un revolucionario capaz de reventar el sistema oligárquico de complicidades y el totalitarismo representativo. Eso era mucho pedirles a estas candidaturas por más que intentaron una sutil demagogia que los emparente con estas demandas y los aleje de la partidocracia que representaban. Caldera y Velásquez, sí pudieron hacerlo al menos en parte, armándose de un conjunto de mensajes, gentes y estilos que daban la apariencia de su alineamiento con este tipo de expectativas. Sin embargo, había un vacío en ellas que de hecho no dejó que estos señores se levanten como auténticos caudillos igualitarios, o que la multitud empiece a tallarlos y ponerlos a la altura de sus grandes héroes. Tal vacío tiene su raíz en su compromiso con la democracia que ambos candidatos nunca dejaron de repetir. Un error fatal para los tiempos que se vivían porque "democracia" en la semántica de la calle de entonces pasó simplemente a significar "compromiso con el sistema". La palabra democracia, si quería ser reivindicada o resignificada, debía estar emparentada con la actividad que induzca el resquebrajamiento definitivo de las instituciones, más nunca el compromiso con un orden de cosas. Fue imposible para estos llegar hasta allí, sobretodo Velásquez que ha podido ser una pieza de recambio del mesianismo militarista de Chávez por un mesianismo obrerista muchísimo más actual y potente dentro de las simbologías de la lucha popular.

La resultante de todo esto es que en efecto gana (o hicieron ganar, nunca se sabrá) la opción salvacionista y de "la carta de intención con el pueblo" de Caldera, Velásquez se raja el día de las elecciones frente a un evidente fraude, no se decide a dar la pelea, perdiendo así su gran oportunidad histórica, mientras que las candidaturas del

bipartidismo por primera vez quedan relegadas electoralmente a un segundo plano, lo que significó el derrumbe definitivo de su hegemonía política. No obstante la abstención es inmensa, ampliamente mayoritaria dentro del universo de los votantes; una abstención que en este caso tiene un clarísimo signo de desacato a las reglas del sistema. Se levantó por tanto un precario salvador pero era imposible restituir la legitimidad de las instituciones que habría de presidir. La crisis del sistema seguía intacta y el nuevo mesías ni daba ni dio la talla.

Pero la crisis no sólo corre por los intestinos del sistema, también corre por dentro de las fuerzas de la rebelión. La estadía en la cárcel Yare de los comandantes o su exilio no solamente significó el encarcelamiento o el autoexilio de los principales comandantes de los movimientos de rebelión militar del 92, también se convirtió en una retención de las luchas de calle, una contención de su ánimo, y una pérdida fatal de sus capacidades autorganizantes. La situación, viéndola desde la distancia del tiempo, era hasta cierto punto lógica. El héroe maravilloso había nacido y desde el cacerolazo la multitud lo convirtió en suyo. Ahora se encontraba encarcelado, derrotado y ensombrecido por las intenciones de reemplazo que ejercían tanto el viejo mesías que aún guardaba una importante presencia en el juego de las simbologías políticas de la lucha democrática, como uno nuevo salido directamente de las duras batallas de las fábricas y posteriormente dedicado a los juegos de la representación política.

Las demostraciones de estancamiento no tardaron en llegar. Comienzan con la movilización que acompañó la caída de CAP, que a pesar de haber sido estimulante y demostrativa de la irreverencia que había llegado a alcanzar la lucha popular, sin embargo se contuvo dentro de los linderos del centro de Caracas. Algo pasó que le fue imposible extenderse y tomar cuerpo por los arrabales de las calles, cosa que hasta hace unos meses llegó a transformarse en un movimiento natural de la revuelta espontánea u organizada. En adelante los fenómenos extensivos de la luchas seguirán presentándose en muchas ocasiones pero de manera cada vez más disgregada e inconexa en su interno, y en este caso particular, cuando se tenía la posibilidad de festejar nuestra primera gran victoria, parece que se retuvo a sí misma, que se había perdido la confianza en el movimiento horizontal de la protesta. Esa capacidad de generar sinergia colectiva, incluso en los momentos de mayor confusión, se comenzaba a perder para ser sustituida por la búsqueda incesante de una autoridad vertical que pueda conducirlos. Aunque todavía no había comenzado a organizarse la fábrica artesanal de los símbolos guerreros y patrióticos que más tarde rodearán la figura unicéntrica de Hugo Chávez, era evidente que dentro del inconsciente del movimiento colectivo ya se movía una gran expectativa por que comience su producción, y con ello, la desestimación de la construcción autónoma de los lenguajes de la calle, de los hilos de la resistencia y los estallidos de la revuelta. CAP se desmoronó producto del ajeteo de los incesantes movimientos de revuelta e insurgencia que se desataron desde el año 89, pero en el momento de caer serán los bastiones institucionales del estado quienes podrán recuperar para sí el sentido inmediato de esta lucha. La derrota de los comandantes empezaba a convertirse en inmovilismo de todos.

2. LA MUERTE DE SERGIO RODRÍGUEZ

Las historias en este sentido se repiten hasta llegar a una que quisiéramos resaltar por su profundo significado. En el mes de Septiembre de ese mismo año 93 la crisis política, institucional y económica comenzaba a tener ciertas características caóticas, muy bien representadas en el presidente de turno que pusieron para llenar el vacío. Pero así como cunde el caos también se multiplica la represión tanto selectiva como masiva. Radamés Muñoz, nuevo ministro de la defensa, encabeza una oleada de terrorismo de estado que parecía retrotraernos a los tiempos del anticomunismo betancourista; encausada no sólo por la acción represiva en sí sino el tono archireaccionario de sus declaraciones que además lo involucraban abiertamente en el debate político nacional y electoral.

Para ese mes se organizan distintas marchas, una de ellas sale muy alegre desde la plaza de la UCV incorporando música, baile de samba y una jodedera colectiva de lo más sabrosa, acompañada eso sí por una combinación de nudos secretos internos que preparaban el cuerpo alegre de la marcha para la dura y segura confrontación con los cuerpos represivos. Alegría y combate jamás se desentienden en las buenas movilizaciones populares. Pero además, había entre los actores de esa marcha un ser especialísimo que en todo momento estuvo inspirándola tanto en sus mejores demostraciones de alegría como su mayor disposición al combate. Ese ser era Sergio Rodríguez, trabajador de la UCV y luchador del 23 de Enero. Poeta, salsero, bailador, jodedor, amigo, amante, niño, desobediente, guerrillero, solidario, y de una humildad siempre risueña pero casi exasperante. Sergio era la vida misma, su creador como su producto; era lo que esa diosa maravillosa comenzaba a regalarnos como premio a toda esta pulsión libertaria e irreverente que se había detonado sin parar. Albert Camus y su Hombre Rebelde, seguro que habrían encontrado en Sergio uno de sus mejores personajes aunque ajeno a todo patetismo existencial. Sergio era nuestra tierra.

Luego de recorrer las rutas clásicas de las marchas universitarias, este gran desfile de alegría llega a la avenida México donde comienza a sentirse la presión de los cuerpos policiales concentrados en la entrada del centro de la ciudad. Los guerreros de siempre empiezan a tomar las cabeceras de la marcha aunque el ambiente de disfrute se mantiene. Los menos veteranos y otros menos aventureros pasan a la retaguardia. No obstante, todo el buen sabor de la movilización se mantiene molesto de vez en vez por la tirantez de los derrotados de siempre que hacen todo lo posible por descomponer el espíritu guerrero ya articulado. Sus prédicas disuasivas de todas formas resultaron inútiles; el combate y la alegría siguen inspirando al cuerpo masivo. Al llegar a la histórica "Esquina del Chorro" el tumulto movilizado empieza a ordenarse para la confrontación; a su vez la máquina represiva comienza el bloqueo de la calles. No se da el diálogo acostumbrado entre manifestantes y policías; llegar hasta el Congreso desde el principio se torna imposible; cada quien toma su puesto de batalla y casi de inmediato comienza la confrontación. En las primeras de cambio todo indicaba que la película de siempre habría de repetirse. Bombas lacrimógenas, perdigones, balas, piedras, cauchos quemados, molotov, desbandadas y reagrupamientos, reinicio de la batalla en otros puntos del perímetro del centro, sumatoria de algunos grupos de buhoneros a ella, solidaridad de los motorizados, hasta algunas vidrieras rotas, heridos, detenidos, y uno

que otro contingente de policía acorralado. Pero algo en este caso iba a cambiar. La estrategia represiva no sólo se dedicaría a dispersar, controlar y detener, también agregarían algunos asesinos entre las filas policiales con misiones puntuales de aniquilamiento. No estuve en ese momento puesto que me retiré velozmente del radio de la confrontación llevando a mi hija Janis hasta una zona segura. Sin embargo por el retumbar de los disparos era evidente que la violencia del enemigo en este caso se había multiplicado en intensidad y brutalidad, además de la enorme e inusual cantidad de policías que circundaban el centro caraqueño, garantizando la ampliación del círculo represivo.

Lo cierto es que en esa marcha habían condenados a muerte, escogidos mucho antes de iniciarse la confrontación. Eso se sabrá más tarde con algunos videos recogidos de los canales, nunca difundidos por supuesto, pero que evidenciaban la intromisión de algunos sicarios de la DISIP en las filas policiales que servirían de ejecutores de la matanza. En uno de esos videos se ve claramente el salto de alegría asesina de uno de ellos cuando al fin puede darle en todo el corazón a su condenado de turno. El condenado era Sergio.

Poco antes de comenzar la confrontación aún me encontraba con él acompañando la cadena de samba que había montado seguida por Naty y nuestra hija Janis. Cuando las cosas empezaron a verse duras el orden cambió y Sergio se adelantó de inmediato hacia la primera línea de la marcha. Disparos y disparos sonaban uno tras otro y la nube de gases era majestuosa. Aquello se volvió un infierno rápidamente y los niveles de confrontación brutales, cada vez más extensos y largos, tanto que la confrontación se alargó por varias horas. Luego de darse las primeras escaramuzas violentas, Sergio sintió un golpe muy fuerte entre las costillas izquierdas, retrocedió y al notar que aparentemente eran solo algunas heridas de perdigón siguió en la pelea. Pasados algunos minutos, tratando de recoger palos, piedras y hacer alguna barricada, Sergio empezó a sentir mareos; los amigos que estaban junto con él de inmediato lo ayudaron dándose cuenta que su cuerpo estaba cubierto de sangre. Era evidente que una bala o cualquier cosa metálica le había atravesado el pecho. En realidad era una tuerca que su ejecutor había introducido en el cartucho de la escopeta. Momentos después se desmayó; Nestor y otros lo recogen, lo suben a un carro pasajero, y llega muerto al hospital Vargas con el corazón destrozado. Por pura casualidad supe en la tarde de su muerte, me dirigí de inmediato al hospital y al entrar en la morgue allí estaba él, sin vida, pero cubierto de la sonrisa que siempre juró que habría de tener en el momento en que muera. "Yo me moriré riendo" llegó a decir en muchas ocasiones; y en efecto así fue, así murió, así es como su compañera Yadira se despidió cantándole a su alma amorosa, alegre, valiente, y así lo enterramos.

Con Sergio Rodríguez murió el espíritu de toda una etapa de lucha revolucionaria dedicada a refundar los paradigmas del quehacer subversivo, desde su ánimo más profundo, su estética, sus códigos de solidaridad, amistad y organización, su reencuentro con el mundo cotidiano de la vida social y comunitaria, su mística de guerra, hasta las primeras formas de racionalización de su propio proceso, su refundación ideológica y estratégica. Sin lugar a dudas un período muy duro, signado por el desmoronamiento definitivo de los descomunales equívocos engendrados por muchas de las grandes

revoluciones del siglo XX y la consolidación del imperialismo absoluto de la globalización. Pero así mismo, el renacer de nuevas luces, nuevas prácticas, nuevos sujetos, que volverán a abrir los caminos de las luchas justicieras y libertarias de los pueblos. Es también el período en que todo comienza a desmoronarse en nuestro propio terruño nacional, y al mismo tiempo, el momento en que un sol majestuoso que empieza a nacer. Sergio encarnaba a piel entera el parto y la parturienta de esa nueva escalada utópica en que andábamos implicados.

Con él moría una irreverencia que para entonces no podíamos valorar en toda su magnitud, pero con el pasar del tiempo se ha ido convirtiendo en una verdad irrefutable. Sergio, siendo absolutamente consecuente con los presupuestos ético-políticos de toda esta nueva gesta revolucionaria, jamás estuvo de acuerdo en que tengamos que seguir los pasos que imponían los movimientos militares conspirativos. Más aún, jamás estuvo de acuerdo en conformar una alianza con ellos, movido en parte por los viejos prejuicios izquierdistas hacia el mundo militar, pero sobretodo por la claridad de que era imposible establecer allí una alianza horizontal que sea capaz de proyectar la construcción de un nuevo proyecto de sociedad. Esa alianza tendía a convertirse en una junta corruptora de los procesos constructivos, articuladores y guerreros que hasta entonces habíamos podido empatar. Invertiría las prioridades, convirtiendo la llegada "al poder" en un fin en sí mismo dominado en todo momento por aquellos que tendrían en sus manos la fuerza bruta para la conquista de tal fin, y fin de la nueva cultura política. La apuesta a esta aventura era por tanto totalmente absurda; la jugada estaba perdida de antemano. Ningún odio por más descomunal que sea contra la partidocracia puntofijista justificaba para él este tipo de acercamiento con la rebelión militarista. La cara de Sergio cada vez que se hablaba de militares expresaba una especie de náusea que jamás pudo sacarse de encima. Ellos representaban un engendro político amamantado por años por los mesías derrotados de la vieja guerrilla, que en algún momento aceptamos ingerir por sentirnos parte de esa herencia, y que él no hallaba la forma de vomitar; probablemente porque jamás dejamos que lo haga y porque nunca encontró su propia vía para sacarse de las venas esa historia maldita e imponer la bendición hermosa del nuevo mundo que él mismo estaba ayudando a construir con descomunal mística. Sergio (así como Teresa, como Vanessa, como Susana, como Edgar y tantos otros de igual talla humana y combativa que él) era un cuerpo en náusea.

Pero esa náusea de Sergio no era escapista. No la utilizó de excusa para rechazar la participación en las duras confrontaciones que se vivieron. Su náusea supo congelarla y acompañar mientras tanto el torrente de los deseos colectivos más sanos y luchadores. Deseos que para nosotros siempre funcionaron como imperativos de nuestra acción; principios anteriores a toda convicción personal o grupal, con todos sus implicantes filosóficos y estratégicos. Así, el 27 de Noviembre del 92, Sergio se convirtió en el principal convocante de las decenas de personas que en su parroquia del 23 de Enero protagonizarían una de las batallas cívico-militares más espectaculares que se dieron durante los golpes, y donde él mismo estuvo a punto de perder la vida en un enfrentamiento contra la Guardia Nacional en la avenida Sucre. Se concentró un auténtico "pueblo armado"; armado por sus propios esfuerzos, inteligencia y audacia, y no por el auxilio mañanero de algún batallón militar golpista. Guiado por un plan insurreccional que cubría casi todo el oeste de Caracas, pero que igual, falló por falta de

logística y sincronización comunicativa. Por cierto un día en donde se pudo demostrar en medio de la confrontación, la inmensa distancia de mentalidad, propósitos y concepción de la lucha, que existía entre la milicia popular y los cuerpos militares. Estando urgidos de armamento y ayuda después de un esfuerzo solitario de horas, en un momento en que se podía avanzar e incluso dar la batalla ante el mismo Miraflores, relucía en su inercia e invalidez el almirante Gruber Odreman. Rodeado de soldados y armas, apostado inmóvil en el sillón principal de Museo Militar, no fue capaz ni siquiera de reconocer la batalla que se estaba dando a pocos metros de donde se encontraba. Su guerra era otra; el amigo esperaba por un ejército profesional que daría la batalla por él y lo llevaría directo al poder. Si no llegaba ese momento cualquier otra posibilidad estaba descartada de antemano. En la segunda conversación que apenas iniciamos ya era un hombre desarmado y rendido. Entonces, ¿cuál era la alianza?, preguntaba Sergio, ¿dónde queda la tan invocada memoria de Bolívar?

La muerte de Sergio significó un punto crucial de inflexión de las fuerzas populares en medio de toda esta larga rebelión. Con su desaparición comienza a tejerse una nueva etapa donde la controversial escalada utópica que vivimos tendrá que comenzar a entenderse con una dosis muy cruda de realismo político, siempre mediado por una inmensa confusión de interpretación respecto a lo real y lo posible que ha durado hasta estos días. No obstante, es necesario repetir mil veces que la posición y el ejemplo de Sergio eran y siguen siendo absolutamente correctos. En él se concentró un sentimiento de autoestima y autosuficiencia del esfuerzo colectivo transformador que ningún cálculo de poder o estrategia de oportunidades tenía derecho a sacrificar, ni siquiera a poner en riesgo. Es verdad que hicimos todo lo posible porque ese riesgo nunca aparezca; de hecho los "realistas" del momento (Carlos, El Negro, Ivan, yo mismo, y disculpen a quienes dejo de nombrar) nos movimos en todo momento hacia la búsqueda de una mediación feliz entre la batalla de la calle y la de los cuerpos militares, corroborando el deseo mesiánico que comenzaba a despertar en el colectivo. Se comienza a concebir la estrategia del "tres en uno" de la cual ya hablaremos. Salimos con las tablas en la cabeza. Peor, nos llenamos de tensiones destructivas que se interiorizaron hasta la médula de los colectivos que servían de articuladores del proceso popular hasta reventarlo en muchos casos. Con la caída de Sergio se perdió a un ser inmenso; la cara más auténtica de esta compleja rebelión. Jamás sabremos como la muerte pudo acabar con tanta vida.

En los años que vendrán se perderá en forma dramática la autonomía de alma y cuerpo de aquellos momentos, algo que ni el realismo político más inteligente permitió que se restaure a plenitud, lo que ha obligado, al menos a los que defendemos los idearios nuestroamericanos, a tener que reinventarnos por completo desde las complicadas realidades que habrán de aparecer. Un desafío todavía incumplido. Muy pronto la misma náusea de Sergio miles de cuerpos empezaron a sentirla; cuerpos que desde entonces hemos tenido que tragarnos basuras cada vez más infectas. Por alguna esquina tendrá que salir alguien que comience a vomitar sin vergüenza las pobredumbres de esta historia y recoger su verdadera luz. Si este escrito sirve para mejorar el detonador de la explosión desintoxicante, pues queda justificado.

3. DE YARE A COCHE: LA MORAL DE LEALTAD

Mucho de todo esto ya lo hemos venido tratando y recogiendo sus saldos. Pero antes de recomenzar aclaramos que de lo que se trata ahora es de puntualizar algunos elementos claves para la comprensión del período constituyente que se abre en toda su magnitud a partir de los años 97 y 98. De Yare a Coche (mitin del mercado), de Coche a Valencia, es el período en que de la derrota que sufren los comandantes con el golpe, pasando por un breve período de marginación, persecución y recomposición de fuerzas, finalmente se convierte en un realineamiento de fuerzas lo suficientemente poderoso como para reemprender la escalada hacia la toma del poder. Movimiento que además encabeza el comandante Hugo Chávez en forma casi exclusiva. Este es el período en donde se cuecen todas las habas, donde se intensifica la lucha de tendencias y se incorporan nuevos componentes político-ideológicos que más adelante jugarán un papel clave en el primer gobierno chavista. Es sin duda el momento laboratorioso de los años noventa donde el cuerpo de la rebelión de calle queda relativamente inerte, cuando mucho reitera sus intenciones de confrontación en forma inercial, repitiendo tácticas de lucha que ya para entonces han quedado totalmente desgastadas, lo que si bien le permite guardar un cierto protagonismo político-social lo hace a costa de la pérdida de su hegemonía. Pero a su vez es un período de agudización del debate, donde se elaboran los primeros programas de un supuesto gobierno bolivariano, donde comienzan a ponerse a prueba las metodologías de articulación iniciándose la construcción de algunas redes sociales, y con ellas, el amanecer del proceso popular constituyente. Y no dejemos de señalar un punto importantísimo: este es también el período en que se consolida la figura caudillesca de Chávez, y a la par de su ascendencia, la descendencia sin freno de los niveles de vida de la población.

Luego de agotarse con relativa rapidez las intenciones del sistema por encontrar su propia alternativa mesiánica, la izquierda tradicional termina rindiéndose en el momento en que ha debido probar su voluntad de poder, o sencillamente se funde en una alianza insípida seducida por la participación gubernamental que se cuele tras el "chiripero" calderista. Del otro lado, Sergio Rodríguez es asesinado, simbolizando la muerte del gran período creador de los movimientos populares. El camino para los comandantes ha quedado abierto. Sin embargo, sabemos de la terrible descomposición que el movimiento insurgente militar vive en sus primeros momentos de reclusión en Yare. Rápidamente se divide entre los seguidores de Chávez y de Arias Cárdenas por razones que no tienen ningún otro piso de fondo que la lucha por el liderazgo dentro del movimiento militar. Al mismo tiempo se deshilacha la difusa alianza con los sectores civiles que participarán directamente en el diseño de los golpes. Comienzan entre estos sectores un conjunto de acusaciones y contraacusaciones respecto a las responsabilidades incumplidas o supuestas traiciones que los termina volviendo polvo, regresándolos a su estado vanguardista o grupal inicial.

Por cierto que al respecto se han escrito muchos documentos y recogido muchos testimonios de esta etapa anterior y posterior a los golpes. En tal caso insistimos en el valor histórico que tienen las cartas con un tono hasta conmovedor que Kleber Ramírez le envía sobretodo al comandante Arias Cárdenas. Remitimos a las cartas y documentos publicados en los "Documentos del 4 de Febrero" de Kleber Ramírez ya que

transparentan la conflictividad interna del movimiento cívico-militar, dándonos la oportunidad de observar tanto la órbita programática en que se movió el golpe del 4-F como la apertura que el mismo Kebler le da a esta misma línea de razonamiento programático dentro de un futuro indefinido. Allí se sistematiza uno de los documentos de mayor carga utópica de esos años, donde podemos sentir no sólo lo paradójico de todo este proceso, no sólo la conflictividad política que crea esta armazón, sujetos, tendencias e historias diversas, no sólo los callejones estratégicos en que esta metido, sino la potencia de los idearios políticos y de sociedad que comienzan a irrumpir.

Bajo la utopía de una eventual espiral histórica que va desde la "democracia comunal", la "democracia socialista", la "democracia del conocimiento" hasta "democracia total", Kleber se convierte en una perfecta encrucijada entre la historia del movimiento revolucionario, los idearios que nacen de los bolsones de resistencia de la sociedad y las tendencias más progresivas del movimiento militar insurgente. En realidad este es un documento no sólo ilustrativo del trasfondo subjetivo que se mueve entre los rincones de la rebelión, su riqueza está en la profundidad de sus reflexiones que en algunos casos llegan a tener una enorme carga profética. Esa es la fuerza explicativa de la carta personal como testimonio del diálogo directo y apasionado frente al recuento interesado del oficialismo político. Además, supera con creces lo que desde entonces para acá, salvo contadas excepciones, ha venido siendo una publicadera de chismes sobre el épico 4-F y continuación, dirigidos ante todo al éxito editorial mas nunca a la reconstrucción de las verdades, mucho menos al enriquecimiento del pensamiento crítico.

En todo caso ya sería hora de averiguar si para entonces, con las primeras resultantes que nos dejan las situaciones históricas vividas entre los años 92, 93 y 94, comienzan a descubrirse los primeros síntomas de decadencia del sistema de rebelión que se ha ido armando en este encuentro fortuito entre los procesos de resistencia y rebelión callejera y los movimientos militares. O más lejos aún, si ya para entonces demuestra la imposibilidad de convertirse en una alianza productiva desde un punto de vista político y societario para ir degenerando paulatinamente en un sujeto salvacionista de los privilegios políticos, económicos y sociales que se han consolidado en las últimas décadas. Esa puede ser una linda aventura de interpretación que aún no estamos en posibilidad de emprender, no por falta de pruebas o argumentos suficientes para sostenerla sino por falta de devenir, es decir, porque aún quedan demasiados fogonazos históricos incubados desde el 27-F que no han terminado de desarrollarse o morir por completo. ¡Qué de azares quedan por vivir!

De todas formas un buen comienzo para una tesis de este tipo puede ser las mismas circunstancias que se dan hasta la salida de los comandantes de Yare. En cortas palabras porque la verdad es que no estamos aquí para hacerle culto al detallismo histórico y la manía rococo por florear "científicamente" circunstancias seleccionadas en todo momento a discreción del autor. En este caso es bueno recalcar que al menos la "decadencia" de ánimo y la muerte de las fortalezas espontáneas de los movimientos populares para entretejer las prácticas subversivas, rápidamente dan pie para que la primera confrontación por el liderazgo que se dan dentro del mismo Yare, se traslade de inmediato a escenarios mayores donde se confrontará el liderazgo que irradia desde la

misma cárcel con variadas intentonas de "concentración de fuerzas", siempre desde el "más arriba", que se darán fuera de la cárcel y al margen del radio decisivo de los comandantes; obviamente no exentos de intenciones por dislocar aún más la coherencia interna del movimiento militar y forzar una nueva división esta vez liderizada por agentes políticos externos al mismo, quienes, buscando revertir la correlación de fuerzas ya instaurada, esta vez se jalarían un componente sustancial del mando militar a las filas capitaneadas civilmente. Se confronta en este caso la lógica mesiánica y conspirativa que personaliza de más en más Hugo Chávez con la iniciativa estrechamente paternalista que emana desde algunos partidos y sobretodo personalidades históricas de la izquierda. Se dan los pasos entonces para superar el ya desgastado "Frente Patriótico" (liderizado por personalidades como Pedro Duno, Douglas Bravo, Alí Rodríguez, Lino Martínez, Manuel Quijada, Domingo Alberto Rangel) quien ha cobrado vida desde el año 89, reuniendo en su momento a una importante franja del pluralismo antisistema. En su lugar se intenta la formación de un "Frente de Salvación Nacional" bajo la iniciativa principalmente del partido Bandera Roja el cual termina en un estrepitoso fracaso, sin aportar otra cosa que el engrosamiento de nuevos manuales nacional-izquierdistas de culto al pueblo, a la patria, al estado, a las empresas públicas, y el recurrente odio al imperialismo. Más tarde, superada la circunstancia de Yare, se insistirá en la formación de un "Frente Constituyente"; una experiencia todavía más amarga y sin ningún picante político, el cual, bajo los aportes de una elegante holandesa -creo- reunía a los sectores del "pueblo" para darle órdenes de cómo organizarse en sus respectivos barrios y sumar masas a sus falanges. La verdad es que esta historia de los distintos "Frentes" pasó al menos de la sana lógica de las necesidades políticas de reagrupamiento a la parodia del ridículo sin aspirina de por medio. Aquí sí que tenemos un bonito retrato de la ascendencia en corto tiempo de una perfecta espiral de la decadencia.

Mientras esta historia de los padres izquierdistas se encajonaba tanto en sus propias estupideces como su evidente impotencia para disputarle el liderazgo a los comandantes, con el pasar de los meses el deslinde entre Chávez y Arias se consolida, abriendo los primeros trazados de una historia que durará hasta hoy. Sin embargo, este resquebrajamiento no se convierte en el comienzo de un desboblamiento estratégico que hubiese sido fatal para sus ambiciones de poder. De parte de Arias resalta desde un primer momento un evidente egoísmo político expresado en un tristísimo oportunismo que lo llevará en los próximos años hasta la gobernación de Zulia, pero así como avanza en el plano de las politiquerías tradicionales, mata cualquier alternativa estratégica para el componente cívico-militar que aún lo acompaña (el caso "Arias" puede ser otro buen ejemplo para sustentar la tesis de la decadencia). Pero por parte de Chávez la historia es muy distinta. Al lado de su notable carisma y la santificación de su figura en la calle, Chávez desde un principio delinea una estrategia que poco a poco va ganando coherencia y fuerza. Los contactos se hacen desde la misma cárcel y rápidamente se expanden por el territorio a través de lazos clandestinos que van armando la estructura de la nueva organización política. El mensaje de Chávez es clarísimo y acorde al menos a los sentimientos de rebelión y anhelos revolucionarios que aún mantienen toda su vitalidad. Su voluntad es la de rescatar la organización primigenia de la insurgencia militar como plataforma para una organización revolucionaria mucho más amplia que sirva de instrumento para la reactivación de una nueva arremetida contra el sistema, persistiendo en el idealismo bolivariano como fuente ideológica constitutiva. La

seducción de la tesis es inmensa y aunque los años de Yare aparentemente sólo sirven para oscurecer el liderazgo de los comandantes en beneficio de los nuevos liderazgos electorales, y el clima de descomposición en realidad nunca deja de reproducirse y ampliarse después de la caída del 27-N, la posibilidad de revertir las consecuencias de la derrota y emprender una nueva epopeya revolucionaria toman su curso a través de clara disposición que demuestra el que de ahora en adelante asumirá el denominativo de "El Comandante" (signo fundamental dentro del catastro cultural latinoamericano post 1959 y postguevarista).

La estrategia es muy sencilla: detonará desde la calle, después de un período mínimo de sincronización de voluntades, una organización que reúna la totalidad del componente revolucionario bajo un mando y liderazgo único. Verticalidad del mando, firmeza de voluntades, ninguna negociación con el enemigo, ninguna correspondencia con sus mecanismos de legitimación y negociación política, patriotismo espiritual. Las premisas sustanciales de una estrategia bolivariana por excelencia vuelven a tomar cuerpo. La viabilidad se la dan las características del momento histórico que se vive, las cuales son muy bien interpretadas por Chávez. Quedan todavía bajo el manto de la incertidumbre las alternativas de poder que han de incorporarse a la estrategia. Nada está claro al respecto, y es aquí precisamente donde se reabre el debate ideológico de fondo y donde comienzan desde el mismo Yare, entre los años 93 y 94, a rondar los personajes y tendencias ideológicas que van a ser claves para la resolución de este acertijo.

A la cárcel de Yare empiezan a llegar personajes de todo el policromatismo ideológico venezolano como de nuestra particular división del trabajo. Abogados, economistas, luchadores populares, profesores, sindicalistas, amantes, políticos, periodistas, religiosos, probablemente algún empresario, familiares, cartas, cartas, documentos y libros, agentes de infiltración, contactos militares, y sobretodo eso: una lista cada vez más amplia de agentes bisagras que juegan el papel de nudos comunicantes con la totalidad del proceso político en formación. Entre todas estas llegadas, contactos y visitas, a parte de los lazos personales, la mayoría se mueve por las curiosidades naturales por conocer aquellos superhombres tan raros en nuestra agobiada historia o la simple negociación política, pero así mismo se preparan las condiciones para madurar las disposiciones de ayuda en pro del movimiento. Se van tejiendo relaciones que comienzan por el estrechamiento afectivo, el diseño y la ejecución de la acción necesaria, hasta la construcción de algunos códigos naturales de lealtad que serán desde entonces básicos para el éxito del movimiento chavista.

Una nota particular sobre este último punto. La moral de la lealtad (entendida la moral como el sistema de valores que codifican la bondad o maldad de las acciones individuales y colectivas) para entonces ya es algo relativamente ajeno a los movimientos de calle, no porque en ellos cunda el culto a la "deslealtad" ni mucho menos, sino porque se trata de una relación interpersonal que tiende por lo general a verticalizar la relación misma. Muy pocas veces se es leal mutuamente, por lo general se es leal a alguien bajo un código tácito de no reciprocidad del sentimiento. La lealtad es hacia el jefe mas no viceversa (de allí el tan repetido estribillo de que "Chávez utiliza a todo el mundo"). Frente a esta "moral de la lealtad" en la calle más bien ha prosperado una "moral del compromiso", es decir, una relación de deberes mutuos que se consagra desde el establecimiento de la obligatoriedad horizontal entre los sujetos, igualmente

expresada a través del sentimiento del "compromiso consciente" con una causa, en otras palabras, el manejo de un deseo colectivo entendido y querido. Trasciende por tanto el ámbito de la interpersonalidad o de las costumbres morales y se convierte en un código que sirve a la constitución del nuevo sujeto social.

Pues bien, si hay algo que se consagra en Yare como una fuerza determinante es esa moral de la lealtad, asumida por una multiplicidad cada vez mayor de individuos que se salen o sencillamente evitan el vanguardismo de la moral del compromiso para convertirse en reproductores de una vieja moral de resistencia como camino para el estrechamiento de las relaciones pueblo-comandante. Un aparente anacronismo ético pero que sin duda tuvo muchísimo mérito a la hora de vislumbrar la formación de repúblicas en estas tierras des-graciadas, y que ahora retorna empujado por la ancestralidad de su fuerza y el clima de descomposición generalizado del tejido material y espiritual de la sociedad. Esta conversión del sujeto de la rebelión de la moral del compromiso hacia una moral de la lealtad, en un principio fue muy mal tomado, como un "bicho raro" que le había picado a un poco de gente (como decía: de esos que les encanta "pararse firme"), pero pasado el tiempo se fue notando que no se trataba de ningún esnobismo psicológico promovido por unos cuantos; era la fuerza cohesionadora fundamental para la constitución de un nuevo poder. No era el futurista "hombre nuevo" del Che y que tanto pregonamos por las calles lo que ahora resplandecía, era una vieja moral que sirvió en antaño para destrozarse la sumisión al colonialismo español o más adelante para resistir a los primeros embrujamientos de la sociedad disciplinaria capitalista, llamada en ese entonces "civilización". Ella reaparecía en ese movimiento de "eterno retorno" a las esencias heroicas que inspiraba Chávez. El primer debate ideológico se dirime entonces en esta opción moral, en esta cultura del trato, y no en las frías y académicas ideas. De hecho los documentos programáticos que salen de Yare para esos momentos son bastante calamitosos; lo que cohesionaba no son las ideas es la actitud, la moral, la cultura desde donde florece el hecho colectivo. La moral de la lealtad reemplaza la ideología como cemento cohesionador.

Por supuesto, este primer motor desde donde brota la energía para constituir el movimiento chavista en tanto tal, en tanto liga estructurada y más tarde institucionalizada de individuos, no pasa en vano desde un punto de vista cualitativo. La moral de obediencia de los despotismos, la moral de la culpa del cristianismo, la moral de la negociación del capitalismo, la moral del "todo vale" del postmodernismo y la globalización, la moral de lealtad del caudillismo igualitario, o la moral emancipatoria del compromiso, ninguna de ellas es intercambiable por cualquier regulación ideológica. La posibilidad de un "te cambio moral por ideología" para equilibrar los contenidos del capital subjetivo, aún no entra al mercado. Al consolidarse las relaciones de lealtad de alguna manera se le está dando la bienvenida a sus respectivos derivados ideológicos (entendida ideología no como "falsa conciencia" o como espacio superestructural del orden social, sino como aquello que dota de sentido trascendente a las prácticas sociales. Para mejor información remitimos a la "Genealogía de la moral" de Nietzsche).

No hay relación mecánica o causal entre moral e ideología, pero sin duda que los significados de los signos revolucionarios que hasta ahora habían hegemonizado el movimiento de rebelión, ahora van a ser mutados profundamente al convertirse a la

moral de la lealtad. Desde este movimiento de mutación así mismo irán mutándose los distintos personajes que harán parte del cortejo más influyente política e ideológicamente dentro del movimiento chavista. Usando una metáfora de Marx, ellos le irán poniendo el tinte ideológico a cada una de las etapas del proceso. Un retinte de los principios que a su vez rebota sobre los movimientos de calle, creando una ensalada intragable de valores, idearios, programas, donde al parecer se habla con las mismas o muy parecidas palabras pero que nunca tienen el mismo significado -o el mismo "sentido"- en un polo y otro de esta dialéctica de la rebelión. Comenzarán entonces lo que antes llamamos "los diálogos inconclusos". Se fijan palabras, maneras compartidas de nombrar lo que se quiere o lo que supuestamente todos buscamos, pero a la hora de revertirse sobre la práctica no hay homologación posible. No se está hablando el mismo idioma desde la lealtad o desde el compromiso. Y al consagrarse una relación de poder que supone en grado cada vez mayor la preexistencia de un "comandante" indiscutible, pues todo ese movimiento de mutación jugará a favor de los intereses de poder de las camarillas que irán formándose a su alrededor, potenciadas a través de la activa multiplicación de las relaciones de lealtad.

Al final que tenemos: un manantial social que es el creador indetenible de un reservorio inmenso de mitos, leyendas, palabras, teorías que difícilmente hace correr sus aguas entre las trincheras de una sociedad que las bebe y al mismo tiempo las contamina, las estanca, aunque ella misma salva y las vuelve a dejar correr por los raudales donde se limpian y vuelven a beber. Pero en este recorrido abierto hemos llegado a un punto en donde las aguas son forzadas a moverse por un empuje distinto: ya no es la gravedad heterogénea de lo social, es una energía poderosa que las obliga a mutar sus componentes químicos originales y andar por un camino más estriado como diría Deleuze. Su apariencia sigue siendo la misma, bella y cristalina, pero su bebida ya no sirve a los mismos fines, ya no acaba con la sed de los rebeldes, ya no humedece sus cuerpos, se bebe cual vicio y no por necesidad natural. La necesidad de subversión se convierte en vicio de poder, y detrás de los parales de este vicio yace la moral de lealtad. Advertimos que es una mutación progresiva mas nunca absoluta afortunadamente; eso sí, muy conflictiva y muy desgarradora para todos; en realidad, nadie sabe quien carajo es el que realmente origina semejante fuerza. El peligro mayor: que esta nueva fuerza se expanda hasta tal punto que termine por secar el manantial, porque solo hay uno y de allí emana todo. Y que lo digan los dioses o al menos los buenos sociólogos.

En adelante percibiremos con facilidad cómo se va produciendo ese movimiento de recambio de los valores, la mutación de los significados de la palabrería revolucionaria y la consecuente sucesión de los personajes que introducen el tinte ideológico al proceso. Así (por hablar al menos de los más conocidos) de Kleber Ramírez, antes Douglas Bravo, pasaremos a Domingo Alberto Rangel, de él a Leticia Barrios, más allá encontraremos a Ceresole, y finalmente nos tropezaremos con Luis Miquilena. Ojalá que después de todo esto no fuese más que una línea donde realmente podremos descifrar no un avance hacia la absoluta decadencia, sino un ciclo vital que recomienza con otros caminos y otros personajes. Vaya a saber, todavía no se sabe si la historia, o al menos esta historia, por fin es lineal, espiral o circular. De todas formas hay una conflictividad ideológica indudable detrás de esta sucesión y que además la explica y sigue su recorrido. Al final de Yare uno de los reyes de la baraja será Domingo

Alberto; un monumento dentro de los padres izquierdistas, pero que rápidamente se convierte en el puente para el ingreso de nuevas tendencias, unas muchas más anacrónicas todavía y otras de una gran frescura progresiva. La inapartable lucha de clases sigue su curso en el confin de las ideas que atraviesan los callejones de la rebelión. Entramos en lo que será la historia postYare no sólo de los "comandantes" o del chavismo sino del conjunto de movimiento de rebelión.

Al salir de la cárcel el espacio se ha vuelto a reabrir, particularmente para Chávez que ha sido el jefe más consecuente entre los comandantes. El ocaso provisional de su figura rápidamente es superado por la euforia colectiva que causa su presencia en las calles y que pone a prueba por primera vez a quien se irá convirtiendo en uno de los más sobresalientes oradores de nuestra historia. El examen lo aprueba con notas de excelencia. Así llegamos al mercado de Coche (cualquier otro lugar de ejemplo valdría por igual) sobrellevados por una confusa alegría, el nerviosismo de los guardaespaldas, y los empujones de uno con otro por ganarse el honor de acompañar al comandante al lugar del podio. El mitin como dijimos nada tuvo que ver con el presente, era un recordatorio dirigido a hacer brotar la esencia batalladora de nuestro pueblo y a potenciar en los aires la repugnancia por los liderazgos oficiales que todos sentimos. Los aplausos y gritos de aquel proletariado sin ley era abrumador. Pero, ¿cuál era el sentimiento de fondo que allí se estaba moviendo? Vaya a saber, pero ya se olía entre los participantes el mismo cemento que tuvo su lugar de nacimiento en Yare. Sujetos entrecruzados por hilos de moralidad absolutamente contradictorias, dispuestos a entrar en relaciones de negociación, de obediencia sumisa, del individualismo más extremo, incluso a interiorizar ciertos códigos de una moral de compromiso que ya han llegado hasta ellos, de pronto pareciera que en masa se disponen a reemplazarlos o al menos someterlos a los valores de la lealtad absoluta. Allí es donde encontrarán la semilla de una coherencia perdida. Ese es el mensaje íntimo que se encubre tras las figuras de Bolívar, Zamora y Rodríguez. Y es así como Chávez se ganó el favor de este pueblo.

4. INTERACTO CALDERISTA: LA BUHONERIZACION DE LO SOCIAL

Antes de seguir con nuestra historia examinemos un rato, así sea de manera superficial, un cúmulo de situaciones generales y algunas resultantes en el "modo de vida" de los venezolanos que nos va dejando este período meridional de los años noventa, regidos por el mandato del Dr. Caldera y su familia. Período calderista que va de la "Carta de Compromiso con el Pueblo" hasta la "Agenda Venezuela". Etapa que comienza con la debacle financiera y termina con el fin de las prestaciones sociales. Aprovechada para una introducción agresiva de la política de privatizaciones, de la apertura petrolera, y con ellas nuestra entrada formal dentro de la maquinaria globalizadora y el capitalismo corporativo. Es el momento en que comienza la descomposición definitiva de los mandos de los partidos tradicionales y la asunción de una risueña muñequería candidatural que por un momento tiene gran éxito a través de la figura de Irene Sáenz. Pero es también el período donde cierta violencia subversiva poco a poco se va ir lumpenizando siendo sustituida en muchos casos por una violencia autodestructiva y delincuente que le sirve de aliciente al orden para criminalizar y seguir reprimiendo lo que en definitiva no será más que el síntoma de una sociedad que estalla

sin descanso. Es el fin de la legitimidad del sistema totalitario de representación en que se ha sustentado el puntofijismo, y con él, la multiplicación al infinito de las avaricias de la corrupción, arrejuntada con el fin del estado servicial educativo-sanitario-asegurador en cuya sustitución se levanta un inútil "estado de seguridad" tan delincuente y destructivo como el enemigo que dice enfrentar; una fantasía morbosa que irá cobrando más fuerza en la medida en que la paranoia social aumenta a ritmo de la propia descomposición social e institucional.

Pero es también el período en donde los restos de la clase trabajadora organizada retoma algunos niveles de protagonismo, en algunos casos, muy bien absorbidos por las cúpulas de la CTV la cual impulsa iniciativas de huelga general para mantenerse a tono con los ánimos de protesta ante la regresividad indetenible del nivel adquisitivo del salario, o por los gremios de educadores y médicos cuyos paros llegan a poner en vilo el orden social. En otros, los movimientos sindicales independientes intentarán lo suyo, quebrando en un primer momento las ofensivas reaccionarias contra las prestaciones, siendo derrotados en la segunda vuelta a consecuencia de su debilidad, pero sobretodo, de su anacronismo argumental; es un movimiento clasista cuya visión y concepción de la clase trabajadora se ha quedado congelada dentro de los intereses del obrero con "derecho y condena" a trabajarle a un solo patrón de por vida. Los nuevos valores, las nuevas sensibilidades, las nuevas formas de lucha, la nueva composición de la clase obrera, en fin, todo este cúmulo de relaciones tan problemáticas y explosivas entre globalización y trabajo, aún no pasarán por las oficinas ni del viejo ni del nuevo sindicalismo. Aunque es también el período donde mueren los primeros intentos de fusión del asambleísmo popular pero comienzan a articularse los movimientos pedagógicos, las redes de investigación-acción (Lara, Aragua, Sucre, Zulia) y la artesanía comunicacional; semillas de lo que serán más adelante los frentes educativos y las redes por la libre comunicación y las radios comunitarias. Momento en que se fortalecen en algunos puntos aislados coordinadoras vecinales, movimientos artesanales (Sucre, Trujillo, Mérida, Miranda) y de pequeños productores con gran arraigo y autonomía. Es también el período donde estalla la rebelión de los pequeños mineros de Bolívar, donde comienza a entretorse un movimiento indígena mucho más beligerante y organizado, y el momento en que se redescubre la lucha campesina a través de la toma de las tierras de la transnacional de Smurfy en Portuguesa y el levantamiento de Guasdálito. Son los restos de una rebelión que insiste en abrirse sus propios caminos donde ya no hay camino propio.

De todas formas y más allá de la suma de hechos, si hay algo que a nuestro parecer cataloga en forma definitiva el período al que hacemos alusión es la "buhonerización" generalizada de la sociedad. De una sociedad de seudomercado pasamos a una sociedad atascada en el informalismo mercantil lo que acelerará el descuartizamiento de todo el tejido social productivo. El ciclo de realización del capital se monopoliza hasta el punto de independizarse casi por completo del mercado nacional, interesándole sólo algunos ramales de rápida y segura acumulación absorbidos por coaliciones muy desiguales entre el capital nacional y el capital transnacional. Nos referimos particularmente al mundo (muy bien llamado "mundo") de las telecomunicaciones, el comercio de importación, la banca y los radios más próximos de la industria petrolera, y las viejas industrias básicas pero sólo regaladas. Entre tanto,

queda totalmente postrada la pequeña y mediana industria, y en general, los espacios más naturales de organización del trabajo productivo, sobreviviendo a regañadientes solamente algunos enclaves de la industria nacional dominados por los rezagos oligárquicos de la economía ya sea en el campo, la industria alimentaria, la construcción, los textiles, la electricidad y todos aquellos restos de lo que fue el período de oro que nace con el perezjimenismo y muere con el delirante apogeo de la "Gran Venezuela".

La buhonerización es en primer lugar la desintegración de los espacios y tiempos de asociación del trabajo bajo la relación de explotación capital-trabajo, para ser sustituida por una nomadización individual el mismo ("compro y vendo pantaletas, y ya me las seguiré arreglando: yo y uno -una- que otro pana, un prestamista, un contrabandista, un mafioso, un policía, en fin..."). Podríamos decir incluso que el "desempleo" ya se ha hecho un dato bastante irrelevante entre nosotros ya que no tiene una contrapartida "empleadora" que represente el polo de atracción del trabajo más importante. Por el contrario, el polo de atracción se desdobra hacia la calle como espacio de sobrevivencia del que algún día fue o forzosamente quiso ser un vendedor de su fuerza de trabajo; lugar puente para un comercio marginal, donde terminan "formalizándose" relaciones sociales de lo más variadas comandadas siempre por una tríada de poder que se conforma alrededor de pequeños talleres de producción que compiten y a la vez se integran al gran contrabando, todo un aparato financiero prestamista acoplado a su vez con el narcotráfico medio, y el estado que esta vez no intervine con la elegancia del agente fiscal sino como fuerza que chantajea a través del terror represivo su participación en el negocio; aparece y se desarrolla la institución de la matraca policial-militar. Hablamos entonces de un capitalismo bastardo y sin ley aparente, que cubre todos los ramales tradicionales de este modo de producción, pero que no se asemeja en absoluto a las lejanas, violentas y heroicas historias de la "acumulación originaria". Se trata de una excrecencia directa del asombroso y admirado mundo del capitalismo postindustrial y globalizado que hoy dominan no más de veinte corporaciones multinacionales. Tan individualista, tan competitivo, tan yuppi y malandro como él. Cuán evidente se hizo a partir de estos años que detrás de los altares de la tecnología, de la sociedad informática, del comercio por Internet, de la rotación financiera y bursátil a "Tiempo 0", del neoliberalismo, yace el buhonero, la buhonería, la buhonerización como únicas alternativas de integración a esa nueva realidad. Un nómada solitario que va buscando junto a su celular qué coño puede vender por ahí, cómo y donde; concebido en los vientres artificiales de Microsoft y sin ningún derecho a las herencias de Bill Gates.

Pero la "buhonerización" (por cierto un fenómeno muy distinto al de la "maquila" -otro engendro del amigo Gates-; todavía muy angosto entre nosotros mientras se generaliza en países como México, generando consecuencias sociales, económicas y culturales muy distintas) no la leamos solamente desde el punto de vista de la multiplicación del buhonero como figura central de la sobrevivencia económica. Un país buhonerizado también es un país que ha despreciado toda utopía creadora y productiva para sustituirla por la adaptación del ser social a la condición de intercambiente de baratijas y espejismos muertos; una mentalidad, una materialización de las relaciones sociales, que se fija en todos los estratos sociales, atravesando tanto las relaciones económicas como sus propias expresiones culturales, políticas e institucionales. Por esta

vía nos encontraremos, en primer lugar, con un desinfe total del poder adquisitivo y productivo de la población mientras siguen su curso geométrico de desarrollo las catedrales del consumo (Sambil), la inflación de nuevos imperios comerciales (Grafitti), la incubación de la cultura de las franquicias (Mac Donald's); maravilloso preludio al ocaso del trabajo creador, la ampliación monopolio capitalista del saber y la técnica, y redespegue de la pedagogía bancaria en el mundo de la producción artesanal y la comercialización. Es un inmejorable intento del capitalismo corporativo por homologar en forma definitiva el technos humano en todas sus ramas de desarrollo. De verdad muy simpática esta infernal paradoja donde todos los días se nos reduce la capacidad material de producir, intercambiar y consumir, estando cada vez más distantes de esa vieja utopía moderna que nos prometía la consecución de la soberanía económica del individuo, mientras se alza sobre nosotros el frenético imperio del hiperrealismo consumista. "Ver" las mercancías en las vitrinas de los centros comerciales se convierte en el nuevo ritual de las juventudes -y no tan juventudes- excluidas de toda posibilidad de acceso concreto a ellas. Mejor aún, el llegar algún día a concretar una momentánea posibilidad de realización del sueño adquisitivo, se descubre como el "proyecto de vida" de muchos y cada vez más. Esa modernización tan aplaudida por todos hasta los tiempos de la CEPAL, el desarrollismo y la revolución cubana, desde el meridiano de los años noventa se nos revierte en la imposición un modo de vida de máxima exclusión social, de máxima dependencia tecnológica y máxima homologación cultural, en movimiento parejo al desmoronamiento de la potencia productiva y creadora de la sociedad.

Léase entonces este fenómeno de buhonerización de la sociedad como un efecto directo de nuestra abrupta entrada dentro de las leyes de la globalización capitalista, y una consecuencia lógica del régimen excluyente nacido de la involución del sistema de redistribución de la renta petrolera. No teniendo otras vías para oxigenarse económicamente, batallones sociales cada vez más numerosos irán engrosando las filas de la "sociedad de excluidos", y a la par, un sentimiento creciente de "deseo por carencia", de la improductividad como condición de ser -o "no ser", como se quiera- le abren los caminos tanto al buhonero como a los centros comerciales, los grafittis y las franquicias. Y sólo un poco más allá, no mucho, a la delincuencia y el narcotráfico como fórmulas más expeditas de salvación individual.

Extendámonos ahora hacia la necesaria continuidad de este contexto dentro de los espacios de producción cultural: el empobrecimiento de la biología creadora del ser humano continúa sin detenimiento en nuestras tierras. Tomando algunos ejemplos de sus escenarios más clásicos: el naciente cine nacional queda reducido a una ínfima expresión en el mercado y una disminuida calidad, encerrado entre historias y personajes estigmatizados y estáticos (ver "Amaneció de Golpe"). La televisión, más allá de su status dentro del coro del poder, se va deteriorando vertiginosamente, empezando por los pocos programas de factura nacional que quedan. Se paraliza el lentísimo pero progresivo mejoramiento de la calidad en la producción y contenidos de las telenovelas las cuales regresan a los lloriqueos de la niñita buena, los besos de la bruja y el varón confundido. Un juego temible de venganzas entre amargados sexuales, quienes, junto a los enlatados yanquis, los "chou" de pacotilla y el adiós a la información veraz, absorberán hasta un cuarto de la vida útil de los individuos de esta patria. Y mientras tanto los noticieros poco a poco van invirtiendo la prioridad de sus anuncios,

reduciéndose a mostrar, siguiendo las pautas del espectáculo macabro y morboso, la masacre cotidiana que vivimos. Una sensacional vuelta al racismo, la segregación social y la colación de la culpa en la supuesta psicosis asesina de los hijos de aquellos viejos obreros que algún día fueron la pieza clave para la producción de las riquezas que hoy disfrutan los mandarines de la industria mediática. Probablemente la radio salve en algo la partida gracias a su capacidad de resistencia a la muerte de toda diversidad y la conservación de una relativa libertad, lo que aún le permite abrir espacios para algunos buenos debates, la amplitud de información y al menos el recuerdo de las ferias de sonidos y poesías de los timbales latinoamericanos. Pero al mismo tiempo empieza a sufrir los procesos de monopolización de los circuitos y segmentación del público venidos a través de la banda FM, invirtiendo su secular rebeldía en una buhonerización del sonido.

Por su lado la música va sucumbiendo entre los extremos del elitismo del sistema de orquestas nacional, tan mimadas por Abreu, y los nuevos productos de rápida facturación y sustitución de las "estrellas musicales". Más allá encontraremos el declive de la iniciativa editorial, o su gigantesco encarecimiento unido a la ausencia del incentivo público o privado tanto a escritores como a lectores. Y llegamos a la decadencia de la fuerza crítica y la producción de saber de parte de las universidades. La "pragmatización" de la enseñanza se convierte en su nuevo reto ante los empujes de la sociedad informática, pero se queda atascada en las limitantes específicas de nuestra sociedad, haciendo de la "pragmatización" una "liceización" de las universidades. Por otro lado, sus núcleos críticos se enclaustran más que nunca contentándose con algunas publicaciones de autoconsumo y debates cerrados y en número decreciente, incapaces por tanto de generar ningún eco cultural dentro de la sociedad. Más bien, aparecen formidables teóricos que abogan por la "muerte del sujeto" y el relajamiento de todo compromiso como principio teórico de liberalización del pensamiento frente a los dogmas de la modernidad, mientras que a dos cuadras de sus bibliotecas y oficinas se asesina todos los días la fuerza productiva y creadora de "los sujetos" que, gracias al esfuerzo de sus cuerpos, algunos tienen el privilegio de dedicarse a pensar el mundo. La buhonerización, vista como la verdadera cara de nuestra triunfal entrada en el "new age" de la globalización y neoliberalismo, a la vez que se funde en el espejismo frustrante del consumismo reprimido y del intercambio marginal, igualmente tiende a aniquilar toda la productividad cultural de nuestra sociedad y todo compromiso del mundo intelectual con el trabajo vivo.

No es muy distinto lo que encontraremos a nivel del mundo político oficial y de las instituciones que lo rigen. En él encontraremos la proliferación de un marketing marginal de productos políticos representados en la asunción de personajes regodeados del discurso del apoliticismo, del ascepticismo ideológico y del mesianismo individualista, ensalsados con la retórica de la descentralización y la sociedad civil. En las apariencias el viejo político de la cultura adecostalinista muere, no para ser sustituido por un "político ciudadanizado", muere regalándole su espacio mediático a los consorcios del mercado buhoneril de la política, aunque detrás de cuerdas siga siendo el rey de la baraja. La sustitución de las grandes batallas ideológicas por una majestuosa tecnología de manipulación de masas que se viene implementando en las cortes dominantes del capitalismo, entre nosotros termina convirtiéndose en una subasta de

personajes organizada por los agónicos cogollos y ejecutada por las encuestadoras dedicadas al mercado electoral. La cultura política de la democracia puntofijista en la etapa calderista se degrada al mismo ritmo de la buhonerización de la sociedad, dejando de lado cualquier impulso de creatividad ideológica y programática, o de reinención de la praxis política, para subsumirse en una pobredumbre que no tiene parangón ni en el atrás de nuestra historia ni en comparación al resto de la América Latina. Posiblemente Rusia nos iguale o lleve alguna delantera; pero digámoslo con mucho cuidado ya que la tragedia nacional postsoviética y la guerra de liberación de las pequeñas naciones en su fuero, al menos debe haber creado razones para levantarle su alma política.

Todo este rosario de consecuencias que va dejando la buhonerización más adelante se amplía, por ejemplo, a través de la multiplicación de organizaciones ONG's, organizaciones que en sí mismas no poseen más que una definición muy vaga y civilista pero que en este caso se van reproduciendo como pequeñas esferas de asociación que se mimetizan a las necesidades programáticas del estado como mecanismo para la absorción de recursos que en principio han debido ir directamente hacia la población. El oportunismo social se amplía ante la debacle del estado asistencial que busca en estas organizaciones una inútil alternativa a la ineficiencia burocrática. Lo que en realidad va a pasar es que los conocimientos que han venido acumulándose por vía de la educación popular y la lucha de calle, dentro de este remolino oportunista, comienzan a "buhonerizarse", es decir, a venderse al estado cual baratijas intercambiables que a la final conducirán a la creación de un nuevo universo clientelar. Este es un fenómeno que se abrió paso durante el gobierno de Caldera pero habrá que esperar la llegada de Chávez para empezar su gran explosión. Del otro lado de la ecuación los bastiones del estado comenzarán a adecuarse a esta nueva conformación clientelar de la sociedad como vía de superación del clientelismo tradicional estrictamente partidista, pero en forma aún muy tímida para las exigencias del momento. Más adelante serán las mismas organizaciones multilaterales quienes presionarán para que se acelere este traspaso de responsabilidades hacia las ONG's, promoviendo de esta forma un claro mecanismo de privatización del quehacer y los recursos de estado. Así mismo comenzará a tomar cuerpo un cierto reformismo legal pero que no logra generalizarse (Ley de Menores, Nuevo Código de Procesamiento Penal, Ley de Ambiente, Ley de Minería); sólo con la constituyente dicho reformismo podrá destaparse por completo. Lo que sí se hace evidente para entonces es la voluntad del estado de sortear diversas alternativas de recambio frente al anacronismo de sus estructuras tradicionales de mando y asistencia social. Para ello buscará como sustituto el propio empuje de los espacios de resistencia de la sociedad, tratando de incluirlos dentro de su agenda programática y clientelar. Sin duda comenzó a lograrlo creando un nuevo modelo de entrelazamiento cómplice entre estado y sociedad pero que sólo podrá desarrollarse una vez instalado el gobierno de Hugo Chávez, esta vez definido a través de dos conceptos que en nuestro caso servirán de grandes enmascaradores de la buhonerización que se vive: la democracia participativa y la economía solidaria.

El fenómeno de la buhonerización en nuestra consideración define la sociedad calderista prolongándose hasta estos días. El ser social ya es otro, su respuesta ya no es explosiva tal y como lo demostró desde el 27-F hasta el año 93, se ata más bien a las respuestas implosivas, más individuales, derivadas y a la vez causantes de su repliegue

político, aunque guarde dentro del meollo de su existencia cortada la virtud de la imprevisibilidad, es decir, de la posibilidad latente de una explosión de rebeldía, tejida ella misma en las subterráneas redes de solidaridad y asociación que se forjan de manera fracturada pero contundente dentro de esta laberíntica realidad. Ya el 27-F lo advirtió. E igualmente crece en este individuo un curioso orgullo a no dejarse manipular por el feudalismo servil de la supexplotación a la cual nos han tenido acostumbrados las oligarquías de poder. La individualización a ratos puede jugar el papel de una redignificación individual, y por tanto, de una nueva visión del “estar en el mundo” totalmente ajena a las herencias de la colonización y la neocolonización industrial. Pero estas son conjeturas sobre las cuales es necesario trabajar mucho más a fondo. Lo cierto es que mientras las condiciones materiales parecían llevarnos directamente hacia otro caracazo y a profundizar la rebelión, la fábrica social de subjetividades ya para entonces ha cambiado su patrón de producción mientras que la insurgencia militar se ha convertido en un factor clave en el estancamiento del desarrollo autónomo de la resistencia. La sociedad se convierte en un regadío intercambiante llena se surcos invisibles sin ningún tipo de proyecto social o nacional que guíe los actos individuales, mientras que el conflicto se encarcela en el sentido más literal, limitándose a las eternas escaramuzas entre policías y población dentro de los barrios o las revueltas y consecuentes masacres dentro de las cárceles. La burguesía por su lado vivirá los mismos efectos disgregándose como clase y exportando los últimos centavos que aún mantenía invertidos hacia el etéreo mercado financiero. Las grandes corporaciones internacionales comenzarán a chuparse las mejores propiedades bancarias e industriales en manos de la vieja oligarquía, mientras el estado empieza a acelerar la privatización de las empresas públicas para el mismo beneficio transnacional. Sólo la industria petrolera se salva a medias pero a costa de hacernos aún más dependientes de sus excedentes por exportación.

Las consecuencias de este repliegue generalizado multiplica efectivamente nuestra condición de “sociedad de excluidos”, con las consecuencias que hemos visto, al mismo tiempo que prepara las condiciones para que este repliegue se exprese en forma política. Habiendo llegado hasta el punto en que llegamos ya era muy difícil mantener la continuidad del orden de representación constituido, sin embargo, en los próximos años veremos cómo la alternativa a ese orden a su vez sufre del repliegue generalizado. A la hora de manifestarse en toda su fuerza preferirá utilizar los caminos del orden constituido, encerrando la “revolución” a la diatriba electoral y representativa. Con muchas dudas en un inicio, estando Chávez en minoría en la mayoría de los escenarios de debate, sin embargo las condiciones del repliegue, facilitada por una “moral de lealtad” ya consolidada, creará las bases para que esta alternativa fuese posible.

5. LA DIATRIBA DE LAS CAVERNAS

Entre el año 94 y el año 97 terminarán de definirse las formas y los contenidos del inevitable proceso de cambio que habrá de vivir el país. Replegados los actores más beligerantes de la lucha social y una cultura del capitalismo globalizante en avanzada, veremos en estos años dirimirse una aguda controversia estratégica y programática encajonada dentro de las cavernas de las vanguardias sociales y políticas, convertidas muchas de ellas en periferias o células militantes del chavismo. Este es quizás el período

más complejo en lo que atañe a los años noventa precisamente por la poca transparencia del mismo. Vivimos un ambiente de encierro, hasta cierto punto de frustración por las derrotas que se han sufrido, los movimientos populares han quedado profundamente disgregados ante la insurgencia de los militares rebeldes, y a su vez, la alianza cívico-militar que protagonizó los golpes ha quedado seriamente dividida entre sectores que pugnan por el liderazgo y se adversan a través de toda clase de interpretaciones respecto a la actuación de cada quien. Por fuera de los círculos de vanguardia sigue perviviendo una sociedad muy confundida y empobrecida, invadida por el deber ser del "new age" buhonerizante, pero que también se resiste a seguir legitimando la representatividad de los partidos del puntofijismo, que discute el sentido mismo de la democracia representativa, que ya ha hecho de esa duda el centro mismo de toda la racionalidad de la resistencia. En consecuencia, la abstención llega a ser impresionante, Caldera no recoge ni el 15% del voto potencial, en el 95 las elecciones municipales y de gobernadores registran una abstención de más del 60% y en Caracas supera el 70% (intentando la invalidación de la elección de Ledezma a la Alcaldía de Caracas por ilegítima, muchachos, militares, amas de casa, cualquiera en la calle se prestaba a dar la firma sin el menor titubeo). Pero por dentro, primero la militarización de la rebelión, luego la misma buhonerización, nos están haciendo trizas, esta última afecta incluso el bolsillo de la militancia popular más consecuente, la cual se ve obligada a restarle de más en más tiempo a su antigua disposición luchadora para dedicárselo a ganarse la vida como pueda, la mayoría de las veces sin mucho éxito. Eso hace que la pedigueñería de subsidios aumente en el terreno social y cultural, profundizando de esta manera el desarme ideológico que comienza desde el año 93. Por su lado, los rumores conspirativos continuarán repitiéndose pero sus cuentos ya se han hecho folklóricos, pareciera más bien que se ha construido una necesidad inconsciente de que ella se haga evidente y se detone de nuevo; una suerte de psicología del repliegue que se niega a reconocerse y sólo ve en la salvación militarista una salida al ocaso de la rebelión masiva. "Viene un golpe" de ser un dato de gran credibilidad ha pasado a convertirse en una expresión típica de la psicosis subversiva.

El hecho es que todas las condiciones para que el movimiento antisistema empiece a girar alrededor del chavismo ya están dadas. El tránsito para que este fenómeno concluya por supuesto no se da del día a la mañana; además, son muchas las interpretaciones que al respecto pueden darse, cosa totalmente natural, sólo que en este caso cabe aceptar la posibilidad de relatos absolutamente contradictorios e incongruentes entre ellos mismos. Pero es precisamente la poca transparencia de la historia de estos años la que permite contar lo sucedido desde tantos y tan distintos puntos de vista, ligados siempre a vivencias muy disímiles, compartimentadas y calladas, con poca o ninguna comunicación entre ellas mismas, y una ausencia casi total de florecencia a nivel de los movimientos sociales. La centralidad política que va logrando Hugo Chávez en esos años en realidad está muy ligada a este encerramiento del movimiento subversivo que desde el año 93 ha dejado de fundirse con los sujetos sociales y materializarse en luchas de calle, para ocultarse sobre él mismo y sobre los círculos que giran alrededor de Chávez; que le son leales, que están comprometidos con su figura y la esperanza que todos ponen sobre él. Cada una de estas historias desde hace un buen tiempo que viene cruzándose con Chávez de alguna manera, en forma circunstancial o definitiva, y cada una debe tener una forma de interpretar los tiempos que se vivieron

desde entonces. Como bien se decía y sigue diciendo: "Chávez se la pasa cocinando tres liebres a la vez" (a historia por liebre cocida). Y en efecto era así, cada círculo representaba una voluntad política distinta, estrategias que caminaban sobre linderos muy variados, intereses de clase encontrados y orígenes políticos de lo más disímiles. No obstante, Chávez fue capaz de convertirse en un interlocutor válido para todas estas visiones e intereses. En principio, con todos estaba de acuerdo; se garantizaba la lealtad de todos mimetizándose con el planteamiento de cada cual, y a la final, termina de convertirse él mismo en el único interlocutor de todos o de casi todos.

Frente a esta borrascosa situación interpretativa consideramos mucho más provechoso encontrar algunos de los hilos esenciales que la guíen y de esa manera abordar con mayor certeza los escondites de estas historias. En nuestro caso quisiéramos rescatar dos posibilidades interpretativas que quisiéramos resaltar: por un lado, ya a estos niveles pareciera que la historia comienza a arrojarnos sus primeros acumulados. Los rebeldes perdidos entre la turba saqueadora del 27-F y que comenzaron a sacar de su acción toda una lógica de la resistencia, para estos años se han convertido en otra cosa; la racionalidad intercomunicante de su lucha, de los valores e idearios que han venido forjándose ha sido cabalgada por un factor político imprevisto a través de una majestuosa operación de recuperación política de la esperma rebelde. Este es un hilo esencial que va determinando las etapas cualitativas a través de las cuales se va moviendo esta historia y sobre las cuales es necesario seguir profundizando para poder percibir el sentido fundamental que ella va tomando. Pero además hay otra dimensión de este mismo cuento, algo más descriptiva y anecdótica quizás, por tanto mucho más discrecional y parcial, que es indispensable rescatar si queremos mirar todo esto desde la perspectiva de una verdad llena de vivencias extraordinarias. De esas vivencias -propias obviamente- nos interesa por encima de todo registrar al menos parte de la controversia ideológica a través de sus propios actores y las tendencias que comenzaron a expresarse por intermedio de ellos. De hecho son ellos los que van marcando y encarnando el sentido definitivo de esta historia en lo que va ser su gran desembocadura entre los años 98 y 99.

¿Qué decir a estas alturas del fondo de todo esto? Un chorrero de deseos se abrieron camino al paso de la rebelión del 27-F Desafortunadamente todavía no existe una literatura ni arte alguno que haya sabido interpretar la intensidad histórica de aquellos acontecimientos más la sumatoria de situaciones que los rodean hacia delante y hacia atrás. Solo así podríamos revivir aquello y comenzar a entenderlo a plenitud. Nosotros sólo aspiramos a una crónica interpretativa que espero aliente otras creaciones más totales. Por ello, sin muchas pretensiones, preferimos reducirnos a algunos comentarios directos. Consideramos que la gran fuerza de aquellos días y meses siguientes no está en el violento quebrantamiento que vive el orden, eso hasta cierto punto le ha podido servir para acelerar una rápida recomposición que mal que bien fue intentada. La magia del 27-F escapa a los hechos y se demuestra precisamente al ser capaz de romper el cerco holywoodense de los acontecimientos y saber perdurar. No pudo ser una revolución definitiva porque los instrumentos indispensables para que ello ocurra no estaban a la mano; las máquinas deseantes multiplicadas en el cuerpo social no tenían la maquinaria de guerra necesaria para llevar a buen fin el deseo subversivo que se colectivizaba. Sin embargo, esa misma chorrera deseante y desarmada dio pie para

que surjan rápidamente valores ciudadanos y utopías alternativas al modelo de dominio. Se trató de una nueva cultura política radicalmente enfrentada al orden de representación democrática. De una práctica asociativa desde la cual el centro despótico que todo proceso de poder tiende a crear esta vez se diluía entre redes sociales autónomas que, de haberse expandido más, hubiesen marcado el nacimiento de un poder paralelo.

De un ideal de sociedad que no necesitaba rendirle ningún tributo al oscurantismo burocrático del socialismo real, mucho menos a la vieja o nueva socialdemocracia, y cuyo centro ideológico y metodológico se desplazaba cada vez más hacia la posibilidad de liberar las necesidades, de fortalecer la conciencia productiva y creadora, de construir nuevo conocimiento, de desarrollar tecnología propia, de desplegar la libre comunicación, de desconcentrar y desestatizar todos los mandos. En otras palabras, comenzar una verdadera guerra, una guerra colectiva contra la tiranía de la ley de la explotación en todos sus frentes, sin dejar de ser absolutamente realistas respecto a los límites que nos impone la realidad totalitaria de la globalización. De allí que jamás se haya pensado en la posibilidad de consumir las metas revolucionarias dentro del espacio nacional. Desde la localidad más inmediata, hasta el acercamiento con las redes de la resistencia mundial, comenzaron a sentirse como el espacio natural de una batalla como esta, y en consecuencia se comenzó a actuar dentro del área latinoamericana. Este conjunto de cualidades colectivas, ideales societarios y valores comunitarios, en efecto se fueron socializando, tomando muchos nombres, arropándose en lenguajes e historias distintas. En nuestro caso primero tomó el nombre de "Proyecto 92" y de "Invedecor" en su versión metodológica, más adelante "Proyecto Nuestra América", siendo para entonces un polo importante de concentración de fuerzas, producción de hegemonía, y de construcción de la máquina de guerra necesaria para la revolución que nacía. ¡Cuántas calles del país no se llenaron de una candela desobediente envuelta por completo de los anhelos transformadores que despertaban!

Pero claro, como ya lo hemos reiterado no estamos hablando de un espacio social que ha quedado vacío de memoria. El nacimiento de nuevos valores y deseos siempre se da en un espacio poblado de costumbres, vicios, religiosidades, deseos contradictorios, que como bien sabemos, de una manera u otra en sociedades donde reina la desigualdad siempre se encuentran bajo el sometimiento ideológico de las clases que tienen en sus manos el dominio de los instrumentos políticos de regulación social y la propiedad sobre los medios de producción; cuando mucho los valores más profundos y arraigados de aquella memoria lograrán establecer algún sincretismo horizontal con los códigos dominantes, resistiendo a su total neutralización (recordemos lo barroco). Dentro del capitalismo contemporáneo tal sometimiento se ha hecho de menos en menos "racional" o ligado a algún dogma laico o teocrático. El "libre albedrío" del sujeto soberano que fundamentalmente la epopeya histórica del capitalismo, con el paso de los tiempos se ha ido convirtiendo en un racionalismo dirigido a una manipulación cada vez más hábil de los deseos individuales y colectivos de manera que su aparente "realización" motorice el acrecentamiento de la disciplina social, el consumo masivo y la extracción de plusvalía. Se trata de un modelo total de dominio que se actualiza de manera diferencial de acuerdo a los contextos socio-históricos en que se desarrolla; sufriendo de altas y bajas de acuerdo a las épocas de flujo o reflujo de las luchas populares en el mundo.

En lo que respecta a nuestro país, el modelo ha podido contar por muchos años con las bendiciones de un terreno muy fértil para su reproducción gracias al persistente incremento de la capacidad de consumo de la población, centrado sobretudo en los tradicionales mecanismos de distribución de la renta petrolera y no en la sobrexplotación de una clase trabajadora que ha podido convertirse en un serio adversario para el modelo de dominio, como efectivamente pasó tanto en Europa como en los países más industrializados de América Latina. Sin embargo, desde principios de los años ochenta tal bendición se esfumó por completo, dando comienzo a una caída vertiginosa en la capacidad de consumo que no ha parado hasta hoy. En tal caso la fertilidad del terreno disminuye perdiéndose la capacidad natural de reproducción, y de pronto sucede lo que hemos estado comentando tomando como referencia variadas situaciones: el orden tiene que incrementar la represión física directa para garantizar su conservación, y se invierte la fertilidad del terreno desviándose hacia la socialización de nuevos valores y la germinación de deseos alternos que antagonizan el modelo de dominio capitalista. El tejido social tiende a disgregarse abriendo posibilidades para que de él florezcan practicas sociales que adversan el mando político y económico, al tiempo que brotan casi espontáneamente viejos valores y prácticas de resistencia que empujan la aparición de figuras y movimientos salvacionistas recubiertos con los mantos mitológicos y hasta religiosos de mayor peso en la conciencia nacional. El hilo histórico que hemos venido siguiendo nos ha permitido registrar esta triple confrontación entre el modelo hegemónico de dominio, la explosión de nuevos valores y prácticas civilizatorias, así como la reaparición de simbologías y discursos que se nutren de nuestra memoria mítica. Sobre esta confrontación de fondo se dirime una abierta lucha por el poder que revienta el 27-F, discurriendo por toda una travesía histórica que aún no concluye del todo, solamente ha tendido a ordenar la relación tanto integradora como antagónica entre los modelos societales y valores comunitarios en conflicto.

Ahora bien, no podemos decir que Chávez es simplemente la encarnación de los viejos valores de resistencia y que su victorioso posicionamiento político representaría la victoria del sentido de vida y concepción del poder y la sociedad que se esconde exclusivamente tras el universo ideológico que el amigo siempre ha reivindicado, así como la definitiva derrota tanto de los idearios de mayor fuerza utópica como de los mecanismos que refuerzan el modelo de dominación. Esto sería de lo más absurdo ya que supondría la continuidad de esencias atemporales que se moverían intocables en la historia. Desear el resurgimiento del caudillo igualitario, restablecer la fuerza identificadora de la épica bolivariana, recuperar figuras emblemáticas de nuestra historia decimonónica, reivindicar la cristiandad y la cultura indígena, provocar en la simbiosis de todos estos elementos con el movimiento militarista la cristalización de una moral de lealtad entre los convencidos, no significa que la historia habrá de reencontrarse con una esencia olvidada (cuando mucho eso empezó a hacer parte de cierta retórica ideológica del chavismo). Materialmente lo que esta pasando es que la necesidad social de "romper la historia" y quebrar el mando de quienes la han encarnado en las últimas décadas, ha terminado de encontrar un derrotero significativo por donde discurrir políticamente. Será entonces la fuerza del ayer y no de la utopía, de la identidad almacenada en los viejos estratos de la conciencia y no la de los vientos que la han enriquecido, quien termine de despejar este camino. Moviéndose por este tipo de senderos el lenguaje revolucionario habrá de convertirse en un simbolismo anacrónico y no futurista, encarnado por una

conducción profundamente personalista recubierta de viejos valores libertarios, justicieros y soberanos. Fenómeno de amplia repitencia en los movimientos revolucionarios latinoamericanos, y perfectamente razonable dentro de sociedades que aún viven las seculares desgracias de las tierras colonizadas pero donde a la vez han madurado necesidades colectivas y prácticas sociales capaces de liderizar los sueños liberadores de los pueblos del mundo. Nada más majestuoso que leer a Mariátegui para entender el potencial y los particulares peligros de tan singular incongruencia.

Tenemos entonces que una vez entrados en el período silencioso y cavernario que corre entre los años 94 y 97, terminan de sincronizarse todas las condiciones para consagrar el liderazgo chavista; el fenómeno de doble confrontación entre sistemas de valores y prácticas sociales asumirá por primera vez un sólido ordenamiento que las integrará o en otros casos las alejará aún más. Ahora bien, la posibilidad de que este proceso selectivo de integración y exclusión termine de concentrarse alrededor del mando chavista hasta convertirse en un "derecho natural" del movimiento bolivariano, se dará, a nuestro parecer, gracias a dos factores:

Primero: el repliegue general que comienza a vivir el campo de la resistencia social bajo el fenómeno de la buhonerización va a ser determinante en el enfriamiento de las luchas sociales, lo cual favorece definitivamente la continuidad de la práctica subversiva dentro de los ambientes organizativos criados dentro de la mentalidad conspirativa y la monopolización de las decisiones dentro de las pequeñas cúpulas de comandantes. Nada más útil al chavismo y más inútil a la resistencia social que las políticas recesivas y fondomonetaristas de Caldera. El repliegue social a su vez se convierte en un repliegue organizativo que de inmediato realza la importancia estratégica de los mandos concentrados en cúpulas militarizadas que responden a relaciones de lealtad, mientras se debilitan cada vez más las relaciones de compromiso y la articulación autónoma desde la base. Así, el mitin sustituye la movilización, la máquina social de guerra se convierte en una masa liderizada por el caudillo y el nacionalismo salvacionista reemplaza cada vez más las mentalidades comunistas que comenzaban a expandirse desde los espacios del poder popular.

Segundo: Chávez no ha convertido sus presupuestos ideológicos en dogmas fundamentalistas y cerrados, supo por el contrario cabalgar sobre los valores más positivos que venían armándose desde las luchas sociales e integrarlos nominalmente dentro del universo programático e ideológico del bolivarianismo que a partir de esos años comienza su fase de sistematización. La convicción o no que han podido tener Chávez y los suyos de este nuevo universo ético-político que venía fraguándose, lo veremos más adelante. Lo cierto es que la reivindicación de la democracia protagónica y la confrontación declarativa con los poderes del capital nacional y transnacional, le permite recuperar y hacer suyas en un primer momento las cantatas revolucionarias que poco a poco venían convirtiéndose en un coro multitudinario. De esta forma el chavismo integra dentro de una cosmología propia los valores que le eran extraños, al menos a buena parte del movimiento militar, facilitando la conversión del movimiento militar en un movimiento socio-político. Sin embargo, la operación de recuperación lleva consigo necesariamente un paso hacia la más estricta sublimación de lo que ahora se reivindica. En adelante veremos como se sintetiza un lenguaje revolucionario realmente delirante,

muy hermoso en algunos casos, pero que no tiene una contrapartida visible en la práctica; en otras palabras, lo que se ha incluido en el discurso ahora tiende a excluirse como práctica social, abriendo de esa manera una brecha entre la teoría y la práctica que irá profundizándose en este período hasta hacer colapsar el significado profundo del ideal protagónico e igualitarista que ha venido emergiendo desde el subsuelo de las luchas sociales. Por un buen tiempo terminamos presenciando el paulatino desmontaje de toda práctica incluyente por el lado de la construcción concreta de la utopía, mientras del otro lado de este portal comienzan a funcionar variados mecanismos de conciliación dirigidos exclusivamente a la perpetuación del modelo de dominación. Amigo estrecho de la democracia de la calle y la rebeldía de masas, a medida que se sedimenta el movimiento socio-político bolivariano y logra adecuarse a la dinámica democrático-representativa del puntofijismo, este tenderá a realinear sus propósitos hacia una reforma radical del orden constituido y la perpetuación del modelo de dominación. Tomando prestado algunas cosas muy bellas del pensamiento de Carlos Fuentes, se podía afirmar que nuevamente la manipulación política de la memoria mitológica de un pueblo ha hecho que en la épica de una batalla histórica sólo sirva para desvanecer la utopía que ayudó a fundarla. He allí, a nuestro parecer, el hilo esencial de este pedazo de nuestra historia.

Pero como decíamos todo esto no se da en forma automática, se dará en medio de una conflictividad de tendencias que al menos hasta la elección de la Asamblea Constituyente no va a tener descanso, y aún hoy podemos seguir percibiéndola aunque sea de manera cada vez más perversa y justificatoria. ¿Qué es lo que queda incluido?, ¿qué es lo que queda excluido?, ¿Cómo se da ese proceso?, ¿Quiénes lo liderizan?, es lo que ahora interesa desarrollar como habíamos dicho. Vamos con eso.

6. DE COCHE A VALENCIA: PRIMERA ETAPA

Acompañar a Chávez en su periplo fuera de la cárcel de alguna manera se convirtió en un reto para muchos; estábamos hartos de la situación que vivíamos, probablemente hartos de nosotros mismos y de la falta de un derrotero definitivo que le ponga punto final a la pobredumbre gobernante. Para otros a lo mejor era todo lo contrario: estar lejos de él se convertía en una posición de principios, tratándose de un señor que había ayudado como nadie a revertir el magnetismo espontáneo de la lucha popular en una suerte de idolatría irracional cobijada en una cantidad de utensilios, mentalidades y actitudes militaristas que rodeaban en cuerpo y espíritu el mundo de los agraciados comandantes. Como siempre pasa con este tipo de personajes la relación no podía ser sino de amor u odio; cuando mucho de cierta indiferencia y burla ante semejante brinco al pasado. Pero era en realidad una burla hacia nosotros mismos; hacia nosotros como pueblo, escondida bajo el distanciamiento emocional que crean los caparazones del elitismo intelectual que ni el más ilustre de los místicos, ni el mismo Buda en persona, podrá quitarle a los faraones de la izquierda. No faltaban obviamente los que se pegaron detrás queriendo tomar la hegemonía del chavismo desenfrenado que comenzaba a tomar calle. Para ellos era la gran oportunidad para convertir sus cuerpos políticamente chiripezcos en un poderoso movimiento liderizado formalmente por un ser concebido en este caso como un simple instrumento de sus frustradas ambiciones políticas. De verdad que eran más folklóricos aún; sin nada que ofrecer a cambio

pretendían que el monstruo político que ahora se lanzaba al mundo se convirtiera en la cachifa de sus deseos altamente "revolucionarios".

Al revivir los hechos de aquellos días creo que en lo que a mí respecta deben haberse asomado muchos de estos sentimientos y deseos. Contradictorio y algo indeciso como me suele suceder, tales tonterías, idolatrías o soberbias, seguramente estuvieron presentes con gran velocidad de intercambio; pero no vale la pena tratar de describirse a sí mismo en semejantes momentos. Aunque sí hay un punto que me queda bien claro: dentro de ese reguero multitudinario que se fusionaba al lado del nuevo caudillo, por primera vez asumí una conducta política totalmente individualista. Me importaban poco las consideraciones del espacio militante al cual me debía, que dicho sea de paso era todos los días más reacto a acercarse a todo lo que giraba alrededor de Chávez, y más bien me dejé llevar por la curiosidad individual; una profunda apetencia por observar y vivir aquella euforia tan singular y verdadera. Lo que en tantas oportunidades me tocó vivir en las movilizaciones de calle, donde unos siguen, todos dialogan, muchos agitan, algunos confrontan, sin más regla que el odio al enemigo inmediato y las ansias de conquistar el más mínimo espacio, la buena pro de cualquier anónimo con el cual nos crucemos, alargar el tiempo de movilización hasta que el cuerpo se desvanezca de cansancio y el sello de la multitud quede grabado en cada centímetro de la ciudad; eso mismo ahora se convertía en una millonada de chillidos y correrías cuya mirada estaba dirigida hacia un solo cuerpo y sus oídos a escuchar una sola voz. Era un fenómeno realmente sensacional e inexplicable. Me preguntaba y me autocuestionaba: ¿hasta dónde somos capaces de alienar nuestra soberanía personal (G.Bataille), y lo más inverosímil: ¿por qué tanta alegría cuando en medio del alboroto encontramos la oportunidad de convertir nuestros actos en un estallido de desprendimiento absoluto? Era evidentemente un fenómeno de amor profundo; amar desenfadadamente una fuerza hecha persona que corre sonriente llevando consigo la esperanza que ha quedado embolsada por todos los tiempos. Era la felicidad recobrada al "hacerse esclavo de la luna" (Serrat), disponerse a entregarlo todo si es necesario para conquistarlo todo y hacernos del mundo... alzarnos con el mundo. Amor, esclavitud, felicidad y libertad, se convertían por segundos en todo único e indivisible. Bendita sea, maldita sea, la utopía ha sido robada, pero al fin se habían abierto sus caminos...

Luego de la correría venía el momento del repliegue hacia el camastro individual; momento perfecto para reencontrar un mínimo de equilibrio racional, restablecer los hilos de reflexión y averiguar por dónde encauzar nuestra acción. ¿Qué vendrá de ahora en adelante?, ¿por dónde encauzar todo esto? Incertidumbre total, segundos de silencio, y de inmediato un nuevo brote de individualismo político vuelve a conquistarme. "Dejemos de conversar con los militares desde la periferia o las reuniones ocasionales y mejor procedamos a dialogar y actuar desde su propio centro...me importa un carajo las imputaciones que me vengan por fuera y que deje la ladilla el super yo desobediente"; cosas así debieron pasar por mi mente. Comienza la historia de lo que llamamos los diálogos inconclusos. La pregunta del cómo hacerlo es la menos problemática, el lío está en averiguar primero quienes son los que están poniendo la pauta dentro del movimiento chavista en construcción y ubicar el ambiente político-ideológico que se mueve en su interno. Para toda estrategia que vaya a emprenderse debe ser básico descubrir los niveles de claridad que puedan estar existiendo en este

primer contexto. Mas tarde vendrán las respuestas pertinentes a ello y el diseño de las nuevas dinámicas de construcción popular, de edificación de la armazón guerrera, que podrían iniciarse en común.

Pero dejemos la escritura autobiográfica aunque tenga su lugar ganado en esta reflexión ya que en sí misma es parte de otro relato muy distinto. Lo importante es que estamos en medio de un momento en que se han silenciado gran parte de las batallas de calle y todo comienza a correr alrededor de la estrategia a futuro y el ideario en que habrá de inspirarse. Como ya comentamos, momento óptimo para resguardar el quehacer político dentro de los escondrijos de las cúpulas revolucionarias. Hay un acertijo que descifrar: para que la crisis de regulación que vive el sistema se transforme en una crisis de emancipación como diría el sociólogo B. de Sousa Santos, hace falta cubrir un derrotero que ha quedado bajo la incógnita para todo el mundo, ya sean militares, civiles, guerrilleros, quien sea, y desde la correlación de fuerzas que sea. Juegan entonces un papel de suma importancia los individuos que habrán de colocar sus improntas ideológicas dentro del movimiento chavista, donde estuvimos debatiéndonos hasta el final por principios que parecían tomar una hegemonía cada vez mayor en su interno pero que luego se vinieron al piso, particularmente entre los años 98 y 99. Es un debate si se quiere fascinante que sigue estando presente bajo otros contextos muy distintos, y cuya fortaleza residía y reside precisamente en las raíces en que se funda dentro de las prácticas sociales emancipatorias que fueron reproduciéndose en aquellos años, así como llegaron con rapidez aquellas respuestas netamente conservadoras inscritas en la "concepción de mundo" propia de las élites profesionales, particularmente en el área de la economía y el derecho -las ciencias "duras" del proyecto social burgués-. Cúpulas de mucha audacia intelectual y política que fueron capaces de torcer definitivamente el proceso hacia el rumbo modernizante que finalmente tomó.

¿Lucha de clases dentro del movimiento chavista, y más allá de él, dentro de la misma "revolución bolivariana"? Naturalmente que sí. Pero no es solamente un problema de confrontación explícita entre intereses de clase, se trata también de una confrontación implícita que gira alrededor de historias que aquí van a develar su sentido, de subjetividades nacientes, de prácticas sociales que en un primer momento logran cortar, quebrar, hegemonizar, para luego replegarse. Se trata incluso de niveles desiguales de consistencia entre los argumentos de unas y otras tendencias; unas abriéndose camino solas y sin muchos antepasados por el lado de las pulsiones emancipatorias, y las otras teniendo consigo toda la cuadratura de la historia nacional y universal del pensamiento moderno y su progresiva instrumentalización como saberes disciplinarios. Incluso deberíamos llegar hasta el examen de los medios de comunicación y de transmisión de valores con los cuales cada quien cuenta, un punto sobre el cual Regis Debray ha hecho mucho incapie y con mucha razón. Se trata por tanto de todo un universo complejo de confrontaciones dentro del cual nos hemos tratado de mover en este escrito, y que de ahora en adelante, al menos hasta el momento en que se cumple la convocatoria a la Asamblea Constituyente, tendrá suma importancia reconocerlo al interno del movimiento bolivariano. Aunque las diatribas a su interno no agotan, ni mucho menos, el debate general y el juego de tendencias que viene gestándose, sin lugar a dudas que va a ser el punto más relevante de la historia de esta confrontación.

La primera etapa de este proceso (pongámosla hasta comienzos del año 95) resaltan, por un lado, la entrada agresiva de las tendencias más radicales de la izquierda tradicional junto a algunos personajes que engrosan los listados de la investigación crítica universitaria. Por otro lado, comenzamos a penetrar muy pálidamente algunos voceros de las tendencias autónomas nacidas dentro del conjunto de las franjas que componen la "Corriente Histórico-Social" (ya hablaremos de eso), la articulación de los movimientos de base, el sindicalismo clasista y las batallas de la calle. Claro, hay muchos otros que también rondan las direcciones del movimiento bolivariano tratando de meter su cuña o buscar los enlaces necesarios, así como aparecen algunos personajes adinerados que llegan a dar alguna ayuda metálica y logística a los bolivarianos -muy en especial a Chávez por supuesto- guiados a mi parecer por razones básicamente de amistad y admiración más que cualquier otro interés. Pero estos vienen o a jurar su adhesión y así asumir su conformidad a una moral de lealtad hacia Chávez y la dirección militar, a husmear que hay allí dentro, o simplemente a manifestar su apoyo personal; sin que existan en esta etapa mayores pretensiones hegemónicas de parte de estos.

Anteriormente ya habíamos asomado los nombres de algunos de los "padres izquierdistas", como el de Domingo Alberto Rangel por ejemplo, que efectivamente en esta etapa van a jugar un papel estelar dentro de la construcción ideológica y estratégica del movimiento bolivariano. Se trata de relaciones muy naturales si examinamos las condiciones políticas del momento y la historia de cada quien. Por el lado de Domingo Alberto o de otros menos vistosos como Pedro Duno o el mismo Nuñez Tenorio, que ya comienza a asomarse en la escena, podemos reconocer a una vieja dirigencia que ha quedado totalmente marginada del proceso político luego de la debacle de la lucha armada y la subdivisión "ad infinitum" de la izquierda. Sin embargo, siguen siendo individuos por demás brillantes atiborrados de un voluntarismo político que ha sido el sello de su generación, particularmente activa en los años sesenta. El nuevo voluntarismo militar en esta etapa colinda perfectamente con el viejo voluntarismo revolucionario, marcados cada uno en su momento por el concepto mesiánico de la violencia antisistema. Ella se presenta como el camino no sólo de confrontación en sí sino de constitución del sujeto transformador: desde ella y en ella se construye la nueva realidad desde el punto de vista subjetivo de las luchas; ella hace al hombre que habrá de construir el nuevo orden, determina su ética, arma su organización, ordena su pensamiento, produce la lucha que habrá de liberar a los pueblos de las tiranías que lo oprimen. La historia de la lucha armada en América Latina en tal sentido se nos presenta como el principal semillero de las principales utopías sociales, o viceversa, no hay ninguna utopía social de cierta relevancia histórica que no haya estado atravesada por la reivindicación de la violencia como forma de lucha y espacio ordenador del sujeto transformador. Ningún proceso de cambio en nuestro continente desde hace dos siglos ha estado desligado de esta simbiosis natural entre utopía y violencia; caso que obviamente tiene sus determinantes muy concretas si examinamos la composición social del poder político y las características despóticas de su ejercicio, pero al mismo tiempo trasciende esta determinación convirtiéndose ella misma en el lugar por excelencia para el desencadenamiento del pensamiento y la voluntad colectiva transformadora. La violencia revolucionaria es la partera de nuestros sueños.

Sin caer en la discusión sobre los comportamientos particulares de cada quien según las etapas históricas que vivieron, que pueden ser hasta muy controversiales en el caso de Domingo Alberto o muy ambiguas en el caso de Nuñez Tenorio, lo importante a tomar en cuenta es que el alzamiento militar a su vez reactiva una vieja utopía violentista que se encuentra incrustada en el corazón de la historia de los pueblos latinoamericanos, habiendo sufrido de una larga noche entre nosotros. Ellos, y tantos otros más, son sus portadores, y por un buen tiempo sus dirigentes e intelectuales, aunque no necesariamente sus ejecutivos ni sus personajes más emblemáticos; en fin, son importantes continuadores de una tradición no sólo de lucha sino cultural. Insistimos: la violencia revolucionaria desde las primeras revueltas negras e indígenas en tiempos de la colonia, se fue convirtiendo en una cultura que ha dejado un capital mítico, artístico, legendario, de una extraordinaria valía, aunque no podamos decir lo mismo de sus resultantes estrictamente utilitarias. Y esto habría que decirlo con mucha prudencia ya que la violencia sin duda alguna que ha tenido y sigue teniendo un papel de primera importancia en la constitución y continuidad de las repúblicas latinoamericanas; fenómeno muy mal estudiado por cierto. Chávez y los militares rebeldes se presentan entonces como los nuevos mesías de esta herencia tan profunda; algo que asumen con muchísimo orgullo y de manera desafiante en esos días (al menos en Chávez esto es algo que le aflora por toda la piel), haciendo que la relación entre los viejos y los nuevos herederos de nuestra historia heroica un hecho absolutamente natural.

Partimos de esta cuestión tan subjetiva porque en esta etapa cruzada por el voluntarismo, la marginalidad política, el silencio de la calle, y las grandes incógnitas, las fortalezas interiores y su reforzamiento por parte de los sujetos externos que remarcan estas fortalezas es algo absolutamente primordial. Y no hay duda que la violencia, la legendaria disposición a su ejercicio, juega un papel de primer orden en esta etapa. Aunque también exista una importante contrapartida a esta actitud; de hecho ya son muchos los militares y civiles que para este momento no son capaces de mantener este tipo de fortalezas tan básicas para un proceso político tan complejo y radical; más bien se han replegado, se mantienen a la espera, o sencillamente negociado su futuro con las autoridades del poder constituido o se han deslizado hacia proyectos más civilistas y pacifistas como el de la Causa R. El caso de la derecha militar bolivariana que se mantuvo -y mantiene- es también un caso a notar, pero eso lo veremos más adelante.

Ahora, hay otras cosas a tomar en cuenta muy importantes. Esta vieja izquierda se ha quedado con la leyenda mas no con un programa. En su momento fue muy importante su aporte desde el punto de vista de la ruptura con la ortodoxia socialista engendrada por el PC de la URSS o con el populismo reformista que luego se convierte en el mejor aliado de los yanquis. Acogiendo muchos de los postulados del "salto histórico al socialismo" que propone el ventarrón revolucionario cubano e inaugurados por Mariátegui en los años veinte, sin duda que fue mucha su contribución al pensamiento revolucionario. Pero ahora estamos dentro de un contexto histórico distinto marcado por la eufórica expansión del capitalismo imperial luego de su victoria absoluta en la guerra fría. Algo que convierte en un absurdo teórico y un suicidio político la reivindicación tal cual de un gobierno cuyo propósito sea decretar aisladamente la organización de un régimen socialista de producción. Los militares por su lado están muy lejos de pertenecer a estas tradiciones socialistas, aunque algunos se acerquen a

ellas. Su izquierdismo, cuando lo hay, es más bien premoderno (¿posmoderno? -preguntar a Juan Barreto-), romántico, nacionalista, y a la vez democrático. Son dos heterodoxias que a la hora de buscar un lenguaje común más bien van a terminar por demostrar su mutuo anquilosamiento programático, aunque sean completamente pertinentes al espíritu del momento. A través de hombres como Domingo Alberto, reforzado por la continua participación de asesores como Jorge Giordani y el conjunto de intelectuales universitarios que se fueron acercando, en un primer momento no se ven resultantes inmediatas desde el punto de la construcción programática, reservada al menos hasta el año 95-96 a algunas cartas conocidas que reflejan más bien una postura patriótica, democratista y antisistema muy vaga desde el punto de vista del programa. Tendremos que esperar la llegada de la "Agenda Bolivariana" para constatar la impronta ideológica que han venido dejando los "padres izquierdistas" continuada por la influyente presencia de personajes como Leticia Barrios, al menos hasta esos años. En ella se nota claramente la rehabilitación de las viejas utopías del "Proyecto Nacional" inauguradas por allí en los años cuarenta con el gobierno de Medina Angarita, centradas fundamentalmente en la formación de un capitalismo equitativo liderizado por una fuerte burguesía nacional, y la herencia programática que nos ha dejado la "Teoría de la Dependencia" aunado a sus posturas desarrollistas y antimperialistas.

Tomando como parámetro de referencia los problemas crónicos de la monoproducción petrolera, la deuda, las privatizaciones, la crisis social y del estado, la "Agenda" describe un conjunto de medidas de corte nacionalista, desarrollista, de justicia social, saneamiento del estado, en función de la constitución de una nueva institucionalidad democrática, pero disueltas en un todo absolutamente abstracto, donde nunca hay contexto ni sujeto, ni proceso ni objetivos finales, sino medidas y más medidas desde la defensa de la industria nacional, el no pago de la deuda, la reforma agraria, hasta la reestructuración del estado y la conformación de un nuevo "ideario nacional" reservado al llamado "árbol de las tres raíces" (Bolívar, Rodríguez, Zamora). El norte ideológico de aquel programa no se sabe cual es; cuál es en definitiva el proyecto de sociedad, la concepción de poder que se defiende jamás aparece, es más bien un programa defensivo de nuestra soberanía política y productiva, y alternativo frente a la partidocracia puntofijista, lo cual es positivo en principio, el problema es que el único sujeto de este programa pareciera ser el "consejo de ministros". Todos los malos vicios del socialismo burocrático y del capitalismo de estado, de los "proyectos nacionales" y el viejo jacobinismo burgués, vuelven a repetirse en el primer texto guía de la "revolución bolivariana".

En todo caso, lo importante de aquel programa no está a mi modo de ver en la sociedad que promete, sino en la síntesis subyacente a él. En primer lugar, se trata de hecho del primer "libro rojo" de la revolución venezolana después de muchos años de ausencia de un referente programático que al menos supere en su radio de influencia los círculos militantes y de convencidos. Una síntesis donde están presentes tanto la herencia izquierdista en sus últimas versiones históricas tendientes a revalorar el papel de la "superestructura" jurídico-política como fuente de transformación y participación social, el nacionalismo justiciero de los militares, como algunas de las reivindicaciones populares más sentidas de los últimos años. Incluso las posturas que venían de los movimientos autónomos en algo se reflejaron en él a través de la propuesta de la

“democracia protagónica”. Y en segundo lugar, estamos ante una expresión genuina de la utopía violentista que tanta fuerza tenía hasta aquel entonces cruzando todos los estratos de la sociedad desde 1989 en forma de querencia, de deseo de violentar todas las estructuras del poder constituido. Estela de deseos que a su vez han ayudado a formar espiritualidad nueva y a la vez muy vieja (recuerdo que cuando se produce el atentado contra Cesar Gil, presidente de la CTV, en las calles del centro la gente se notaba alegre. Una de estas personas decía con sonrisa de oreja a oreja: “Los ñángaras como que están sacando de nuevo las armas”). La “moral de lealtad” que es sin duda alguna una de las primeras manifestaciones de la cultura ligada a la utopía violentista en todas las épocas, ya para estos momentos comienza a convertirse en un discurso que se despliega por todos los rincones del país sustituyendo, o al menos haciéndole una fuertísima competencia, al lenguaje ligado a la “moral de compromiso”, el autonomismo y la rebelión de calle (la “con-fusión” y la “ad-versión” que comienzan a vivir estas dos subjetividades tan intensamente posicionadas dentro de la cultura popular de vanguardia empieza desde entonces a ser enorme). De ella nacen una cantidad enorme de volantes, folletines, periódicos, manifiestos de juventudes y nuevos movimientos populares, campesinos, obreros, (al menos en su intención), absorbidos por completo dentro del simbolismo bolivariano. Un simbolismo cruzado en todo momento por la tríada sagrada: patria-pueblo-violencia contra los traidores. Algo que por cierto, si vemos las cosas en términos más materiales, nos lleva a constatar el nacimiento de una tremenda batería de medios que comienza a producirse sin recursos y sin control organizativo ni ideológico de nadie, y que poco a poco va a probarse como una de las armas más importantes de esta guerra. Siguiendo este espíritu, la redacción y estilo de la “Agenda” también se diluye en esta utopía; sus líneas están sesgadas por un voluntarismo épico mediatizado por una versión mítica y legendaria de la nación popular que hace de ella una genuina síntesis de la subjetividad naciente y re-naciente.

Ahora, en base a la somera evaluación que aquí hacemos respecto a las fortalezas subjetivas de aquella etapa y su confusa -y aún así presente- conclusión programática, igualmente podemos concluir que tanto política como ideológicamente en realidad el debate más importante de esta primera etapa, y probablemente el más importante hasta hoy, sea el debate de orden estratégico. El “¿Cómo?” de todo este proceso de alguna manera contiene en forma mucho más explícita el verdadero “¿Qué?” que se anda buscando. Volvemos a encontrarnos con los viejos paradigmas de los “padres izquierdistas” y su cara influencia al menos en la persona de Chávez. Aunque esta vez el camino no va a estar tan libre para ellos. Al hablar del “Como” empieza a hacerse patente la presencia de la “otra historia” de la “Corriente Histórico-Social”, quien ya ha abierto camino fuera de los partidos tradicionales de la izquierda, cortando al menos en forma muy significativa con toda la concepción de mundo y cultura política que nos han dejado nuestro padres directos. Los ideales protagónicos e igualitaristas vertidos en las luchas de la calle, haciendo suya la resistencia popular a toda forma de representación, de ahora en adelante empezarán a construir su propia versión estratégica del proceso revolucionario.

7. LA POLÍTICA Y LA ESTRATEGIA

Como veníamos diciendo, el debate estratégico sirve para verificar definitivamente la existencia de distintas concepciones políticas que se venían moviendo en aquellos años. Pero antes hay algunas cosas que me gustaría decir. En efecto, puede ser que la política sea "el arte de lo posible", y por tanto tenga reglas que se mueven como imperativos absolutos a la hora de la confrontación y afianzamiento de poderes. Maquiavelo en ese sentido dejó fundada la política. Sin embargo, desde nuestro punto de vista el viejo sabio estuvo muy lejos de llegar a agotarla; ella como voluntad de poder que se organiza y ratifica en la acción colectiva es al mismo tiempo "el lugar que junta todos los deseos", donde estos dejan de expresarse en forma individualizada para convertirse en el magma de la subjetividad colectiva, donde tal subjetividad empieza a superar los temores de la sobrevivencia personal, inclinándose hacia la reivindicación de un presente que sirva para la realización de los sueños consensuales alcanzados por una colectividad. Pero además agregaríamos, que ella es también "el mejor lugar para la provocación del azar histórico" ya que la política o el desenvolvimiento colectivo alrededor de lo que le es posible realizar a partir de los deseos que se añoran concretar, producen un efecto expansivo que es imposible detener si el movimiento de las colectividades pertenece activo y vigoroso. En otras palabras, el movimiento del conjunto desplaza en todo momento las fronteras de lo posible, al tiempo que cualifica los contenidos del deseo común, forzando la ruptura con los determinismos de la "realidad necesaria" que nos impone la ineludible herencia histórica, abriendo por tanto los portales del azar y lo imprevisible. Es entonces que cualquier fuerza naciente o establecida ha de probarse como "poder"; poder para provocar la manifestación del azar histórico.

Esto último nos lleva hacia nuevas consecuencias: no cabe la menor duda que la política, en la medida en que provoca lo in-necesario, igualmente tiende a ser "la nueva excusa para la invocación del milagro" como lo sugiere el Prof. (amigo) Jorge Rivadeneira, en tanto realización de lo que nunca pareció factible ni permisivo alcanzar para una colectividad en particular o al ser humano en general. Ella también provoca la im-posible. De allí en adelante la política pasa a convertirse en el piso sobre el que se soporta la nueva religión; espacio síntesis de la subjetividad moderna; sitio donde decantamos nuestros sueños más preciados en tanto seres sociales para jugarlos el todo por el todo contra la realidad que nos condena a la infinita repetencia del dolor o el hastío. Es por tanto el lugar que ha de permitir liberar la "irracionalidad" humana frente al agotamiento de las explicaciones y predicciones "racionales". "Razones" que por lo general serán los argumentos al servicio de quienes imponen la repetencia sobre la realidad y de allí continuar su dominación sobre ella; de los que ya no tienen "política", cuando mucho se escudan en el llamado "realismo político" para sostener sus vulgares ansias de permanecer en la posición de poder que el azar les ha dado. La mejor ciencia siempre estará invadida por las pulsiones más irracionales del hombre, reafirma el profesor. Por tanto no hay política sin ciencia, y por ello mismo, no habrá acción política que valga sin una inmensa utopía capaz de motorizarla. Dicho de esta manera la política se convierte también en la acción colectiva por excelencia, dirigida a reactualizar los principios éticos ligados directamente a la lucha por la vida y la permanente resurrección del ser social; pero así mismo, se trata de una práctica social condenada a ser desviada

por quienes tendrán en sus manos las herramientas suficientes para encajonar al mundo dentro de la tortura de la inmovilidad. En conclusión, tenemos en nuestras manos un nuevo camino para la consecución de los grandes deseos, de lo innecesario, de lo imposible, y así, de nuestra resurrección social; pero que yace al filo de los abismos que ofrecen las peores pobredumbres humanas; la política es una práctica social envuelta de arriba abajo por el ciclo de la tragedia como lo evidencia toda historia; pero gracias a ella también se nos presenta como el único sitio desde el cual la irrealizable liberación se convierte en un milagro posible.

Siguiendo este camino de definición cualquier estrategia política que a nuestro criterio aspire tener la connotación de tal tendrá que diseñarse partiendo de los componentes antagónicos consustanciales al movimiento político de las colectividades: el antagonismo que la práctica política tensiona entre querencia y sumisión, necesidad y azar, posibilidad y ruptura, destino y milagro. Evaluando el movimiento real de tales antagonismos, su manera de manifestarse dentro de una situación histórica determinada, cualquier estrategia podrá convertirse en un camino pertinente a la historia en desarrollo, una racionalidad de la acción que empuja y organiza la voluntad colectiva de poder, o pasar a ser una simple maniobra de oportunidades. Esta parte de todo diseño estratégico es lo más interesante, donde este prueba su agudeza y capacidad de comprender las tensiones y aspiraciones que se va generando al interno del hecho político. Pero hay otro componente que se descubre en toda estrategia. Al mismo tiempo ella guardará escondida entre sus mangas las intencionalidades ocultas que se esconden bajo la bandera de quienes la impulsan. Ninguna estrategia es inocente, o puro movimiento necesario ante las condiciones que la realidad impone; al contrario, siempre tratará de hacer congruente el diseño estratégico como tal con los intereses de clase que confluyen en su diseño. En consecuencia, cualquier estrategia dejará aflorar la concepción de mundo de estos mismos sujetos. Un movimiento estratégico en tal u otro sentido, apelando a tal u otra fuerza, estableciendo tal u otro método de lucha, y buscando tal u otra conquista, evidentemente que transparenta toda la concepción de sociedad, el papel de sus agentes fundamentales y, en definitiva, la sociedad -las relaciones de poder- que se aspira ayudar a construir. Incluso en el diseño de una estrategia de guerra pasa exactamente lo mismo; sin duda que ella es una extensión de la política por otros medios, y nos bastó de sobra para probar y vivir este principio a la hora de mezclarnos con los levantamientos cívico-militares del 92.

Ahora bien, una estrategia revolucionaria en este caso se presenta, a nuestro modo de ver, como la estrategia política por excelencia. Ella es una estrategia del abismo, ligada inexorablemente al movimiento trágico de la historia. Sube sobre sus hombros no solamente la conducción de un determinado proceso transformador, tomando en cuenta todos los elementos antagónicos que irrumpen en el seno de una realidad determinada, sino que además tendrá que impulsar el hecho político en toda su complejidad; allí donde este se presenta como ciencia del poder, como acción desde lo posible, pero así también como estrategia que marcará todo su acento en la política como utopía, como valor ligado al deseo de liberación, como acción para el logro de lo imposible y milagroso ("Ilegaremos al poder antes de que finalice el siglo", frase repetida por Chávez una y otra vez luego de salir de la cárcel. ¿No es esto una manera de apelar al milagro?). Desde esta perspectiva el debate estratégico que se presenta en esta primera

etapa cumple perfectamente con los mandatos de una estrategia revolucionaria. Si examinamos cada una de las estrategias planteadas, ellas establecen un parámetro muy claro: su íntimo entrelazamiento con la rebelión de los excluidos, de los explotados, de los verdaderos fabricantes de la esperanza revolucionaria que se ha levantado en los últimos años. Una y otra vez se apela a su protagonismo para sostener las distintas estrategias y caminos tácticos de acción. Sin embargo, si detallamos las cosas con mejor lupa, no era lo mismo actuar desde una estrategia que de otra. Las clases subalternas en realidad no juegan el mismo papel en las distintas versiones estratégicas que habrán de defenderse, lo que nos permite advertir que en el fondo de este debate, y a pesar de las apariencias, se están confrontando posiciones de clase totalmente distintas. Diríamos que en una de ellas el papel de las clases explotadas es más bien declarativo y simbólico; una suerte de relanzamiento del lenguaje ligado al misticismo populista propio de una imaginación política muy involucrada con el rescate de las glorias pasadas -algo de lo cual ya hemos hablado un poco- pero que al traducirlo en estrategia, tendrá que girar permanentemente hacia la búsqueda de un gran acto victorioso, un hecho que este en la capacidad de rescatar toda la épica libertaria que inspiran nuestros principales héroes libertadores y populares, y que el 4-F supuestamente estuvo a punto de lograr. Epica, caudillismo igualitario, lealtad, violentismo, milagro, buscarán en estos años su lógica apropiada desde el punto de vista estratégico. Otra cosa pasa con las posiciones que habrán de ir puliendo sus propias concepciones estratégicas hasta los momentos inexistentes o muy borrosas. En este caso el acento no estará puesto en el acto sino en el proceso de irrupción de la voluntad popular transformadora. En una visión revolucionaria que permita cualificar las fuerzas orgánicas presentes en el movimiento real de las comunidades en lucha, y que finalmente permita construir las bases de un mundo que en principio pareciera imposible conquistar. Rebelión, horizontalismo, autonomía, compromiso, utopía, en tanto valores que fundan esta otra tendencia del proceso revolucionario, también buscarán su propia versión del quehacer estratégico.

8. DIÁLOGO Y CONFRONTACIÓN DE ESTRATEGIAS

Dos o tres años atrás, y sin ser la única dicotomía que podríamos resaltar, se presentaron los primeros chispazos de la confrontación en el debate estratégico que vendrá a continuación: unos tomarán e insistirán en la solidez y pertinencia de la estrategia centrada en la alianza cívico-militar. Otros, en movimiento paralelo a la extensión y fuerza que va ganando esta alianza, empezamos a reivindicar una consigna cuyo rezo decía: "a organizar la desobediencia popular", y cuya penetración en el espíritu del momento de la misma manera no paró de ganar fuerza por un buen tiempo. Tal dicotomía, como muchas otras que llegaron a develarse entre los papeles y las paredes donde se alza la voz de los "sin voz", anunciaban en pequeño lo que más tarde habrá de ser una amplia y profunda controversia entre visiones estratégicas.

Al igual que en el caso de la elaboración programática no podemos hablar de estrategias que desde el primer momento aparecieron dentro de la escena redondas y acabadas. Poco a poco ellas fueron surgiendo y tomando consistencia, ayudadas por supuesto por el empuje intelectual y organizativo de los distintos sujetos que ganaban presencia dentro del movimiento en su conjunto. La tendencia, en estos primeros momentos hegemónica, que representaban los "padres izquierdistas" en realidad se

siguió moviendo en el plano del voluntarismo, aportando su larga experiencia histórica y sus conocimientos de los fenómenos políticos acaecidos al menos en la última mitad de siglo. Decimos voluntarismo porque en realidad toda su atención se centraba en el fortalecimiento de un espacio político que logre aglutinar el mayor número de voluntades descontentas con el sistema y dispuestas a confrontarlo, siguiendo en este aspecto la larga tradición "frentista" -la formación de frentes populares- que la izquierda tradicional venía arrastrando por décadas. Su conocimiento de un sin fin de personas y grupos que en antaño rondaron los pateaderos de la izquierda revolucionaria o con muchas inquietudes de orden "nacionalista" y "progresista", por ponerles algún calificativo, sin duda que era enorme y de gran necesidad para los anónimos golpistas. Acordémonos que los agentes políticos fundamentales para esta etapa eran los propios militares quienes todavía tendían a encerrarse en sus pequeños claustros de comandancia ya sea por la confianza que se tenían entre sí, por la desconfianza hacia el mundo civil, pero sobretodo, por el total desconocimiento del mundo extracuartelario que para ellos seguía siendo una incógnita. De hecho la derecha militar presente dentro del movimiento bolivariano -Dávila, Madriz Bustamante, entre otros- no hizo sino cobijarse en estos claustros aportando sus estrechas relaciones de índole estrictamente político, militar o económico, y allí se mantuvo agazapada sin abrir mucho la boca por un largo período. Su tarea estratégica era simplemente instintiva y, por supuesto, policial: meter la paja y la paja hasta donde se pueda para que el "frente popular" se revierta hacia un "frente nacional" sin ningún colorido clasista, con un máximo de liberalismo económico, y adscrito al anticomunismo histórico. Más tarde vendrá el fascista argentino Ceresole para oxigenarles sus inspiraciones teórico-políticas. Allí siguen y muy bien. De todas formas, ese conocimiento de mundo, de historia, de teoría política, de los "padres izquierdistas" fue muy importante en esta etapa, y aunque no lograron dibujar una estrategia como tal, cuando mucho reforzaron o reactualizaron sus viejos sueños político-organizativos, probando al mismo tiempo la vigencia de su principismo violentista, sin embargo le abrieron las puertas a aquellos que sí terminaron de hacerlo.

Por razones muy curiosas (nuevamente el azar se antepone al destino) y muy propias de nuestro caribeño mundo político, o de la impronta que aún tienen en nuestras sociedades las relaciones de filiación familiar, generacional, corporativa y regionalista, los más radicales, entre los cuales podemos contar al mismo Douglas Bravo -ya ausente políticamente- a Lino Martínez a Pedro Duno, etc, ayudan a darle el pase dentro de los salones del movimiento bolivariano a otros personajes que representan la esencia viva de lo que hemos venido denominando como la tendencia "Medinista" dentro del universo político venezolano, por su vieja insistencia en la reanimación de un "proyecto nacional" liderizado por las élites democráticas y nacionalistas del país. Luis Miquilena, Manuel Quijada, más tarde será José Vicente Rangel, antiguos militantes de URD y Copei (en el caso de Quijada), poco a poco irán metiendo una cuña muy importante dentro de la estrategia del movimiento bolivariano. El radicalismo político, natural a Chávez y la mayoría del cuerpo militar rebelde, más la junta mágica que este radicalismo tenía con las querencias de líder, de insurrección, de renacimiento, que, como hemos venido comentando, empiezan a desbordar por la calle; con la aparición de estos personajes y sus muchos seguidores, terminan de establecer una suerte de cuadrado estratégico muy incierto al principio pero cada vez más efectivo en la medida que pasaba el tiempo. Los cuatro elementos de ese cuadrado serían: pueblo-nación (elemento mítico

indispensable), organización (espacio síntesis de la logística social del proceso), insurgencia (sin mucha precisión en su carácter pero muy pertinente en su lectura de los deseos políticos que cada día ganan más consenso) líder (encarnación final y necesaria de todo el proceso en una sola figura conductora). El lenguaje, la imágenes que se ofrecían en los discursos y volantes, los escritos, y toda la retórica que le irá dando vida al movimiento bolivariano, estará montada sobre este cuadrado. El nacionalismo revolucionario y bolivariano en que se inspiraron los líderes del 4-F terminaba de encontrar en este cuadrado su propia síntesis retórica, garantizándoles la posibilidad de fortalecer el sentimiento de nostalgia por una gloria perdida y a partir de allí construir una racionalidad de la acción que pueda moverse absorbiendo todas las tensiones y oportunidades del momento sin perder su propia identidad.

Este cuadrado no quedó establecido en ningún escrito o congreso, diría incluso que los personajes que ayudaron a armarlo siempre han sido reacios a este tipo de sistematización; más bien prefieren guiarse por su instinto, pragmatismo y zorrería política; costumbre acorde a su generación, clase y cultura política. Él fue apareciendo en la medida en que la práctica colectiva y los intereses de poder presentes iban limpiando el camino por andar: se evaluaba la realidad política, los elementos de debilidad y fortaleza que se desprendían de ella, se aclaraban y consensuaban los deseos colectivos, se provocaban situaciones que rompían la "normalidad" del desenvolvimiento político del país, y el milagro de una nueva república, de la "refundación de la patria" empieza a ser un hecho apetecible, legible y esperado por grandes franjas de la población. El cuadrado en este caso no fue más que una lectura, desde los hechos, desde la práctica colectiva, desde la inteligencia activa, de un fenómeno político de masas que iba cobrando cuerpo y alma. Diría que comenzó con el famoso "por ahora" del 4-F, constituyó su propio sujeto en la moral de lealtad que surge en la congeladora de la cárcel, y se consagró algún día donde imagino a Miquilena o cualquiera de ellos diciéndole a Chávez: "tu eres el hombre" y el hombre convencido empezó a actuar en consecuencia declarando la eminente toma del poder antes de fin de siglo. Si aquello no fue así de todas maneras y en mil formas se lo dijimos todos.

Ahora, el gran genio para darle viabilidad táctica y concreción estratégica a este diseño sin duda que fue el mismo Chávez; fue quien supo moldear, sobretudo en lo que respecta al punto de la insurgencia, su significado estratégico a la rotación de oportunidades políticas que irían presentándose. Chávez cocina todas las liebres a la vez y con cada grupo va preparando el cocido de la que más le gusta, y en el caso de este cuadrado estratégico supo hacerlo muy bien. Es una ambigüedad consustancial a su liderazgo, a lo cual nos referiremos más adelante. La insurgencia durante esta primera etapa se leyó como insurrección popular, golpe y finalmente a través del hecho más inesperado. Junto a Miquilena, y otros que fueron ganando presencia o se reintrodujeron dentro del movimiento (hablo de William Izarra, Nuñez Tenorio, y otros más pichones como Juan Barreto, Nicolás Maduro, Alberto Alvarenga, y vaya a saber cuantos más), la insurgencia terminó por adoptar la forma de una insurgencia electoral, realineando a sus implicaciones los otros tres elementos del cuadrado: el lugar del pueblo y sus espacios de organización, mutarán sus formas y función al sentido de la insurgencia electoral. El violentísimo originario terminó resolviéndose en un decidido electoralismo. Hasta la misma base programática en que se inspiraba el movimiento bolivariano se adaptará a

esta nueva situación. De una “Agenda Bolivariana” cerradamente nacionalista y antimperialista, se pasará a un programa de equilibrio entre participación y representación, estado y mercado, nación y globalización, centro y periferia, espacio público y espacio de mercado, acumulación privada y socialización de la riqueza. La insurgencia se acopla de esta manera a los condicionamientos e intereses del viejo orden mostrándole una salida pacífica a su propia crisis. En este sentido el punto más claro que aflora una vez decidida la insurgencia electoral es la vieja propuesta de la Asamblea Constituyente, la cual tomará forma y hasta contenido a través de la influencia decisiva que habrá de ejercer Germán Escarrá en este aspecto, absorbiendo los elementos míticos de pueblo y nación presentes en la estrategia dentro de ella.

Pero toda esta voltereta como sabemos se dará más adelante, entre finales del 96 y el 97, siendo, a nuestro modo de ver las cosas, la única salida plausible del cuadro estratégico al que nos referimos. Esta era una estrategia que necesitaba probarse en un hecho épico, puntual y definitivo, que alimente todo el resto del proceso siguiendo las características marcadas por el 4-F., y una vez descartadas las posibilidades reales de rearmar un golpe o articular en el corto plazo las fuerzas necesarias para producir una insurrección popular, a buena hora llegó este giro sorpresivo de Chávez, y que nadie, ni él mismo, esperaba las consecuencias que habría de tener. Un año antes de terminar el siglo el poder -o al menos el gobierno- efectivamente estará en sus manos.

Del otro lado de la tarima se venía armando otra estrategia distinta. Agotado gran parte del movimiento de calle que en forma relativamente espontánea mantuvo viva la rebelión en curso, el espíritu del 27-F tendría que comenzar a tomar nuevos rumbos. La interacción entre los colectivos comunitarios, la lucha por los espacios urbanos, las reivindicaciones expuestas en todo tipo de manifestaciones, la recreación permanente de los movimientos sociales que de manera más genuina organizaron la resistencia frente al sistema político dominante, todo ello tenía que comenzar a pensar su propio proceso de una manera diversa, sin dejar de tomar en cuenta una situación donde los militares rebeldes necesariamente habrían de estar presentes. El silencio temporal de la calle en este aspecto no dejó de ser importante para los movimientos populares y su avance cualitativo desde el punto de vista programático y estratégico. En ese sentido el silencio también ayudó a pensar. Permitió por un lado que se reconozca con mayor agudeza que el problema del poder era un elemento que al menos se tenía que resolver, que ya no valía solamente el ejercicio permanente de la acción directa o la autoorganización de los movimientos autónomos de base, sin el establecimiento de un norte político y estratégico mucho más claro. Por otro lado, se empezaron a experimentar saltos cualitativos desde el punto de vista de los espacios de resistencia y lucha de hegemonía que habrían de promoverse.

Desafortunadamente, al menos para los que estábamos situados en Caracas, la Asamblea de Barrios desapareció por completo producto de sus limitaciones internas, la poca madurez en el manejo de la confrontación de tendencias, y la acción disecante que produjo la Alcaldía gobernada por la Causa R, haciendo todo lo posible por descuartizarla y mediatizarla a través de la captación de sus espacios sociales y militantes. Su desmembramiento le restó al movimiento popular un espacio de debate, organización y movilización, realmente fabuloso. De todas formas nuevos espacios

comenzaban a abrirse, unidos a una reflexión si se quiere distinta donde todo el acento ya no estará centrado solamente en la acción directa o en los programas alternativos como elementos germinadores de los procesos sociales de resistencia, sino en el crecimiento personal, político y colectivo del actor social en tanto trabajador y conector de los procesos sociales. El trabajo que comenzaba abría de centrarse por un buen tiempo en la lucha hegemónica. En este aspecto Carlos Lanz y todo el equipo de trabajo que fue organizándose en Lara, particularmente el grupo Caleb y más adelante los educadores populares de Sanare, llevaron adelante una actividad en el plano del movimiento social y educativo realmente extraordinaria. Lo que venía tomando cuerpo como movimiento pedagógico y, paralelamente a este, la Red de Investigación-Acción, jugaron un papel cualificador muy importante en el desarrollo de las metodologías de construcción social (metodología Invedecor) y la articulación de las primeras redes sociales cuyo desarrollo se haya asumido conscientemente.

Estos pasos como muchas otras pequeñas experiencias que avanzaban calladamente a lo largo del país, sirvieron de plataforma inmediata para la definición y escritura de dos instrumentos estratégicos que en mi consideración juegan un papel central en el avance de los movimientos de resistencia. En lo que a nosotros respecta en el año 95 terminan de ordenarse los elementos que le darán forma al "Proyecto Nuestra América", concluyendo así una larga fase de reflexión y comunidad de esfuerzos entre una porción bastante significativa de la Corriente Histórico-Social; denominación que acuñaron en un primer momento un conjunto de luchadores, muchos de ellos víctimas de la masacre de Yumare (1987), y que más adelante le fue dado a la reunión de las tendencias surgidas del marxismo crítico latinoamericano, del bolivarianismo revolucionario, del cristianismo liberador, de la resistencia negra e indígena, dentro de un mismo horizonte de liberación.

Las o la Corriente Histórico-Social se estructura a partir de estos cinco pilares ideológicos originales: pilares que al mismo tiempo proyectan el entorno ético y político más importante de quienes han mantenido un apego directo con las luchas populares en todos sus planos sin claudicar frente a los instrumentos tradicionales de mediatización y representación política del orden instalado en nuestras tierras continentales. En mi consideración la importancia de este concepto político se centra en el raciocinio a través del cual se llega a defender determinada opción ideológica. Partimos en este caso del contexto histórico-social en que los pueblos han construido su propio pensamiento revolucionario. Se defiende no un trabuco de verdades que se consideran más racionales o "verdades" que otras, sino la materialidad social de su origen, su pertinencia a la realidad histórica que les dio vigencia histórica y fortaleza social, su capacidad de inspirar los contenidos de la acción colectiva transformadora, y por supuesto su capacidad explicativa y totalizadora. De esta forma terminamos por hacer nuestras todas aquellas propuestas revolucionarias que realmente han tenido un desarrollo consistente en el movimiento de masas, aceptando la lucha de tendencias que pueda darse entre ellas y el apego particular que cada quien pueda tener hacia alguna de estas corrientes. En esa relación de diálogo y confrontación entre universos sociales de pensamiento, consideramos que es posible seguir construyendo una verdad emancipatoria endógena a nuestros pueblos que pueda seguir evolucionando y enriqueciéndose en su relación directa con las prácticas sociales que la reproducen. Sobre el "Proyecto Nuestra

América" lo que sí quisiéramos subrayar ahora es que se trató y si se trata a nuestro juicio de un esquema programático y metodológico inserto enteramente dentro del espíritu de la corriente histórico-social y de la nueva cultura política que nace a finales de los años ochenta, y que tuvo al menos la modestia de no caer en el mesianismo típico de las "nuevas teorías revolucionarias" que se reservan para sí el monopolio luminoso de la libertad sin reconocer ninguna diversidad fundante o en desarrollo más allá de su genio.

Esa otra estrategia revolucionaria se estructuró a partir de dos propuestas estratégicas paralelas y complementarias que harán puente con el conjunto del movimiento bolivariano. Desde el punto de vista de la construcción socio-política del proceso revolucionario se desarrolla la propuesta del Proceso Popular Constituyente, visto como proceso de construcción y afirmación del poder constituyente a partir de la acción social organizada y no de su representación constitucionalista. Y desde el punto de vista de los mecanismos estratégicos que sirven para darle forma y cuerpo a la insurgencia popular -punto, en principio, en el que todo el mundo está de acuerdo- se arma la tesis del "Tres en Uno", es decir, de la insurgencia entendida como interacción estratégica entre las fuerzas militares rebeldes, los núcleos guerrilleros aún organizados y la milicia popular en construcción. El cuadrado estratégico que los factores de la vieja izquierda, del medinismo, y de la mayoría de la comandancia militar, tendrá a partir de entonces que confrontarse con esta otra propuesta de orden constituyente e insurreccional venida de los movimientos populares que nutren la Corriente Histórico-Social. Se trata de una posición que si bien atraviesa por momentos de profundo debilitamiento producto de la propia descomposición de la resistencia social organizada y de la recreación del fenómeno caudillista como ya hemos visto, sin embargo, se trató de una propuesta estratégica indiscutible a la hora de garantizar la legitimación social del movimiento rebelde.

Eran dos toletes, dos formulaciones estratégicas que se confrontaban, dos maneras de pensar la política necesaria y de invocar el milagro o la utopía posible. Allí estábamos presentes día a día confundiéndonos en una cantidad de actos y manifestaciones, de congresos y reuniones, aunque sin una clara distinción de las posiciones que estaban expuestas. En general no se lograba ver con claridad el fondo de este debate, lo que hubiese servido de mucho para predecir con mayor certeza los acontecimientos que habrán de darse en el futuro. En mi consideración los juicios que se hicieron en el conjunto de la opinión pública y no tan pública respecto al fenómeno bolivariano, el chavismo y la confrontación de tendencias que estaban presentes fuera y dentro de él, se mantuvieron a un nivel muy superficial y hasta despreciativo. Eran lagunas que también salpicaban por estos lados. Recuerdo que una de las primeras conferencias de organización del MBR.200 en la sala de conferencias de CADAPE de El Marquez, siendo yo mismo uno de los que había redactado una buena parte del material que allí se presentó, no hacía más que salir y entrar de la sala, hablando con gente adentro y afuera, pero sin saber muy bien dónde estar política y espacialmente, y sin prestar atención al fondo del debate que allí se estaba dando. Aunque son tiempos que ya han pasado, donde muchas de las lagunas se han superado y los actores obviamente se han multiplicado por millares, no hay duda que se trató de una confrontación de

posiciones que va a jugar y sigue jugando un papel clave dentro de este complejo proceso.

En cuanto al desarrollo del “Tres en Uno”, este tuvo una breve historia que no pasó de algunos intentos importantes de reagrupamiento de las fuerzas militares y político-militares en desarrollo. Varias conversaciones con Hugo Chávez y un conjunto de oficiales permitieron por un momento dado revivir la escuela de milicias que desde el año 91 veníamos formando. Se establecieron canales de comunicación, se prepararon y se dieron encuentros algunos de ellos muy importantes y significativos; un cuadro que permitía confirmar la factibilidad de preparar una fuerza insurreccional de gran magnitud. Sin embargo, la ambigüedad de posiciones en el seno de las dirigencias militares, la influencia de los sectores derechistas en su seno, además del peso de los factores provenientes de las distintas vertientes de la izquierda tradicional, habría de dejar este cuento hasta donde llegó. Naturalmente el impulso por construir esta fuerza permaneció en el tiempo a través de la militancia que logró reagrupar el MBR.200, donde efectivamente se llegaron a constituir una gran cantidad de núcleos premilicianos con cierta capacidad operativa. Por otro lado, fuerzas civiles organizadas y militares siguieron guardando un nivel importante de interrelación que en cualquier momento podía retomar el camino de la reconstrucción de un piso insurreccional realmente importante. Fuimos invitados incluso a hacer parte de la dirección político-militar del movimiento bajo el compromiso de darle continuidad a la línea estratégica planteada en el “tres en uno”, algo a lo cual nos negamos por tratarse de un espacio de dirección que en su conjunto no garantizaba ninguna consistencia política; este tipo de propuestas eran más bien iniciativas tardías de buena fe y convicción, manifestadas básicamente por Hugo Chávez y otros oficiales de menor rango, quienes -al menos esa es mi impresión- comenzaban para ese entonces a abrirse mucho más, a oír argumentos y aprender de un conjunto muy heterogéneo de tendencias y distintas corrientes, pero sin ninguna correspondencia dentro del espíritu cruzado por un cerrado militarismo que aún conservaba el grueso de la dirigencia militar. Entre tanto se fue estructurando la dirigencia abierta del MBR.200, muy impregnada ella también por este debate que gira alrededor del hecho insurreccional, pero igualmente confusa a la hora de establecer las líneas concretas de acción, cuando no neutralizada por los factores reaccionarios presentes en ella. El tiempo pasó y la insurrección se la llevó el viento. Sin embargo los soplos de rebeldía insurrecta no murieron ni morirán con su desaparición; además, aún quedaba otro punto dentro del debate estratégico que habrá de jugar un papel a nuestro parecer central dentro de la totalidad del debate político-ideológico; desde entonces hasta hoy.

El debate constituyente en los años 94 y 95 vuelve a tomar cuerpo empujado por la necesidad de integrar una propuesta programática que acompañe al movimiento rebelde. Entre tanto y por iniciativa si se quiere espontánea, junto a la profesora Maignalida Barrera organizamos lo se llamó el “Colectivo La Guacamaya”. Nos propusimos para entonces colaborar con la formación ideológica y metodológica del movimiento bolivariano, inspirados por el empuje del mismo y la ilusión de convertirlo en una verdadera organización político-social, como tanto se insinuaba; una vanguardia colectiva suscrita a la práctica de una nueva cultura política. Tal intersección entre la necesidad de una propuesta programática y la acción formativa que empezamos e

generar, nos empujó hacia una discusión muy rica y creadora. Si se quería generar una ruptura de fondo con los viejos paradigmas de la izquierda, tan impregnados todos ellos del modelo racionalista de conocimiento como de la teleología determinista del “progreso”, necesariamente estábamos obligados a producir un modelo teórico al servicio de la acción colectiva desde el cual la distancia con estos paradigmas quede definitivamente establecida, sin renunciar en absoluto a la reivindicación de una alternativa radical frente al capitalismo. Para una búsqueda tan compleja la verdad es que vino “al pelo” toda esta bulla que se había generado alrededor de la necesidad de convocar a una Asamblea Constituyente y que poco a poco se fue adquiriendo una centralidad determinante dentro de la agenda política del movimiento bolivariano. Notamos que detrás de la Asamblea Constituyente se movían conceptos centrales en lo que ha sido la curva histórica por la que ha pasado la revolución democrática en el mundo desde que aparecieron las primeras repúblicas renacentistas. Los conceptos de soberanía, poder constituyente, legitimidad, legalidad, gobernabilidad, participación, derechos humanos, sociedad y estado, en efecto cruzaban por todos lados la discusión constituyente. Esto nos dio la oportunidad de retroceder hacia los conceptos primigenios, establecer un consenso colectivo respecto a la necesidad de romper con los viejos paradigmas, y de esa forma proceder a problematizar todo el sentido leguleyo, representativista e instrumental que hasta entonces había tenido el debate constitucional.

El resultado que buscábamos se situó, en primer lugar, en la necesidad de construir un vínculo estrecho entre sujeto colectivo y propuesta constituyente; vínculo fundamentado en el principio universal del “poder constituyente” y muy influenciado por supuesto por todas aquellas reflexiones respecto al “poder popular” que se han generado desde el pensamiento crítico latinoamericano y las corrientes histórico-sociales (por cierto más adelante recibiríamos con inmensa alegría la “mágica comunicación” que tendrá toda esta búsqueda con las tesis respecto al poder constituyente que estaría adelantando por su lado Toni Negri; teórico comunista italiano, miembro de la “Autonomía Proletaria” a quien había reivindicado personalmente desde hace varios años). Y en segundo lugar, en el diseño de una propuesta metodológica centrada en la investigación-acción y en lo que ya para entonces habría de tomar el nombre de “método o estrategia Invedecor”, dirigida a la facilitación del proceso a través del cual habría de hacerse posible la constitución de un sujeto colectivo con la legitimidad y la fuerza suficiente para crear un “nuevo orden” o una “nueva república”.

Ubicadas las zonas conceptuales y metodológicas a atacar, a continuación se fueron sacando varios folletos desde donde se ordenaban las ideas básicas de lo que desde entonces para acá habrá de llamarse “Proceso Popular Constituyente”. Junto a la producción de tales materiales se realizaron una gran cantidad de reuniones y talleres que permitieron reunir a un número importante de activistas del movimiento popular y miembros del MBR.200, dándole mucha riqueza al debate y el accionar del “Colectivo La Guacamaya”. Fue un trabajo realmente hermoso, lleno de un bello simbolismo volador y coloreado como el pájaro que representaba al colectivo, y de un voluntarismo indetenible, donde nos encontramos con una variedad enorme de puntos de vista, experiencias y sensibilidades que buscaban encontrar sus caminos convergentes. Militares, profesores, líderes de barrio, dirigentes estudiantiles, activistas del movimiento cultural, Arturo, Carlos Carles, Fredy Bernal, llenaban nuestras discusiones,

hasta convertirlas en un punto de referencia muy sólido dentro de la discusión ideológica y la construcción popular del movimiento bolivariano. Desde entonces nace la necesidad de darle al ideario constituyente un cuerpo colectivo, un sujeto ligado a la “razón de todos” que supere todas las trabas tanto del viejo representativismo constitucional como del iluminismo racionalizante de la izquierda tradicional. La “Constituyente” a partir de allí comenzará a entenderse como “proceso”, como un proceso constitutivo guiado por el protagonismo de las bases populares cuyo punto de partida histórico no podía ser otro que la rebelión del 27 de Febrero. Este nuevo horizonte se convierte de hecho en un momento central dentro de la comprensión del proceso revolucionario que habría de generarse. Insurgencia y proceso popular constituyente empezarán a verse como un movimiento simultáneo donde se expresa radicalmente la “originalidad” rodriguiana del accionar colectivo en curso y de la propuesta revolucionaria que ese accionar habría de llevarle al país. Aquel “modo de resistencia”, centrado desde la gran revuelta popular en el enfrentamiento a la representación, empezaba a encontrar los caminos que le permitieron vislumbrarse como una propuesta radicalmente original y alternativa.

No sé hasta qué punto esta primera hola de creación ideológica fue capaz de arropar al conjunto de los actores sociales que hacían y harán parte del movimiento bolivariano y al resto de las corrientes histórico-sociales que fueron engrosando el movimiento rebelde. Sinceramente creo que todavía a estas alturas esa comprensión no está resuelta teóricamente, ni se ha ganado totalmente la hegemonía dentro del conjunto de las vanguardias políticas y sociales que protagonizarán los procesos de cambio en el país. Los hechos que vendrán habrán de confirmarlo. De lo que sí estoy convencido es que allí se creó un auténtico mito político, en el mejor sentido mariateguista; mito que será capaz de ir dándole un sentido “original” y “originario” tanto al colectivo revolucionario como a la comunidad participante del proceso transformador. A partir de esas múltiples jornadas empezamos a convencernos de que es posible iniciar la fragua de un poder constituyente indelegable que poco a poco nos irá dando las pautas para que podamos avanzar en la gesta de un proceso revolucionario permanente, sin límites de tiempo ni espacio, sin etapas y territorios predeterminados, muy próximo por cierto a la “democracia infinita” que reclama Toni Negri al hablar de la praxis política del “Obrero Social”. Un mito que más adelante permitirá nombrar a nuestra democracia como “participativa y protagónica”, además de añadir al nuevo texto constitucional que habrá de hacerse un conjunto de temas alrededor de la participación muy interesantes y radicales, pero sobretodo porque se irá creando la matriz necesaria para comenzar a burlar el monopolio institucional sobre la acción colectiva transformadora. La “institución de estado”, ni del más revolucionario de los estados, en tanto espacio que impone y administra los movimientos y las reglas de la voluntad colectiva, de ahora en adelante no podrá ser el único lugar con derecho a establecer los horizontes de construcción de un nuevo orden; por el contrario, permanentemente tenderá a ser desbordado por la irrupción de un poder popular que se despliega en la base de la sociedad. Políticamente tales preceptos de la acción colectiva nada tendrán que ver con la matemática de lo necesario, pero estratégicamente y en forma constante, buscarán movilizar la realidad hasta obligarla a romper con las determinaciones que se imponen sobre ella de manera que los deseos de libertad que han logrado colectivizarse jueguen a favor de la concreción del postulado utópico principal dentro de las luchas populares de

los años noventa: la superación definitiva de todo sistema de representación o de apropiación de la soberanía política del colectivo.

La razón vital del explotado confronta y busca superar la razón burocrática de cualquier poder constituido, punto clave para darle pleno sentido de libertad y autodeterminación al poder constituyente. La dualidad de poderes empezará a emerger desde entonces multiplicándose en esferas cada vez más vastas de la realidad socio-política del país, antes y después de la toma del triunfo electoral. Así, los momentos fueron pasando, la Guacamaya terminó de agarrar vuelo, trascendió a nuestras manos, se multiplicaron por centenares los “Círculos Constituyentes” los “Comités Constituyentes de Base”, permitiendo que el principio del proceso popular constituyente avance atravesado por lecturas de lo más disímiles y controversiales como veremos más adelante.

Sin embargo, como todo mito es imposible que este no caiga dentro del hoyo de las “mistificaciones” que son intrínsecas a su propia naturaleza. Así como este actúa como deseo inmaterial que le da forma y sentido al empuje liberador de las fuerzas sociales que caen en su embrujo, así mismo éste servirá para revertir esta pulsión emancipadora en una acción meramente reproductora, liderizada por los agentes que sí buscan el monopolio institucional del proceso transformador en curso. “La” y “las” constituyentes, todos los espacios sociales e institucionales donde tomará cuerpo el poder constituyente, estarán tensionados por esta ambigüedad del mito; fenómeno que al fin de cuentas terminará por aclarar el choque brutal no sólo de interpretaciones sino de verdaderos posicionamientos ideológicos, políticos y de clase que habrán de intervenir en todo este complejo proceso.

Para lograr la extensión de este mito y sus respectivas “mistificaciones” fueron muy importantes los encuentros que se dieron con Hugo Chávez. La no resolución de una estrategia insurreccional bien organizada y definida, aún tratándose de una pata imprescindible, de todas formas no impidió que podamos avanzar en otros tópicos de discusión, algunas veces muy ligados a asuntos coyunturales y de movimientos de fuerzas, pero ante todo sobre este temario de orden constituyente que fue volviéndose un asunto cada vez más fascinante para todos. Por razones evidentes me tocó asumir de lleno en estos encuentros, la mayoría de las veces en compañía de Maigualida, cuestión que me involucró muchísimo y por un buen tiempo tanto en la dinámica interna del movimiento bolivariano como al mundo que rodeaba a su líder. Se intercambiaban ideas, formas de entender la revolución necesaria, se explicaba la historia que nos había llevado a todo esto, la particularidad de los golpes, su papel en el conjunto de la rebelión, y una y otra vez se le daba vuelta a esta idea del proceso popular constituyente. Diálogos sin conclusión como dijimos anteriormente, pero que al menos sirvieron para compartir algunas de las pautas comunes en la comprensión de las tareas político-revolucionarias que habrían de emprenderse. Eran sueños, maneras de expresar una voluntad de poder que conversaban sin saber muy bien cómo entenderse; algo que jamás había vivido puesto que esta vez no se trataba de establecer alguna alianza o acuerdo circunstancial, como fue el caso de nuestros encuentros con las dirigencias militares en los años anteriores, sino de considerar la pertinencia de una tesis que en principio debía convertirse en el eje estratégico que rijan la dinámica de la actividad insurrecta en la que

todos estábamos de acuerdo. Entre casas con excelentes espacios y cuartuchos de escondido arrimados en alguna quinta capitalina, se daban aquellas conversas, matizadas por el humor del hombre y el rodeo de un sin fin de anécdotas, interrogantes y autoexplicaciones que llegaron a crear un ambiente de diálogo muy sabroso y fluido. Las palabras se fueron encontrando mejor -al menos eso es lo que creo-, se llega a compartir la centralidad estratégica del concepto de “Proceso Popular Constituyente”, o “Proceso Constituyente” sin más, lo que permite ampliar los escenarios de ese mismo debate hasta llegar al seno de la dirección estratégica militar que había reunido Chávez en aquellos años. Mas adelante los caminos volverán a separarse; será a Maigualida, y a toda una tendencia que se logró abrir dentro del movimiento bolivariano, a quien le tocará proseguir con la obra emprendida desde el seno de la dirección del MBR.200 de la cual hizo parte; por mi lado retomaré el rumbo de las trochas y los riachuelos desobedientes, manteniéndome en permanente contacto con algunos núcleos de dirección y la base del movimiento bolivariano.

Seguramente existieron otros escenarios donde se evidenció esta confrontación de estrategias, con tendencias que matizaron estas estrategias de manera distinta, incluso dentro de espacios más locales y precisos, llevados por situaciones de coyuntura que permitían evidenciar la existencia de esta permanente confrontación. He tomado la historia del “Tres en Uno” como de “La Guacamaya”, en su controversia con el cuadrilátero estratégico que se monta con los sujetos más “oficiales” del movimiento bolivariano, porque sin duda jugaron un papel muy importante en esta confrontación y por la vivencia íntima que tengo de ellas. Mi conclusión personal es que, luego de haberse vivido una primera confrontación de visiones estratégicas en medio de la preparación de los golpes de estado del 92 y en la dicotomía que se dio entre la rebelión de los cuarteles y la rebelión de calle ese mismo año, lo que hemos definido como “las dos almas de la rebelión” reabren de nuevo este choque de visiones en su más alto grado de definición y su más intenso nivel de enfrentamiento. Pero esta vez ya no serán las definiciones que habrán de darse en el trajín de una conspiración que no espera, o “in situ” expresadas de manera explosiva en los múltiples escenarios de la calle, promovidas de los impulsos sinérgicos y movilizadores que en ella se dan. De ahora en adelante nos encontramos con una trama que corre por dentro, que se mueve a través de las argumentaciones, los simbolismos y las retóricas de cada quién; creando pequeños círculos concéntricos de agentes políticos que se aferran a sus verdades e intereses, los cuales terminarán de emprender todo tipo de movimientos desde los más silenciosos hasta las campañas más bulliciosas.

La confrontación de estrategias correrá impulsada por las estrategias de posicionamiento que cada quién emprenda, no siempre con la mayor conciencia de lo que estaba haciendo, ni al tanto del fondo de lo que estaba en juego. Mas bien lo que prevalece es la heterogeneidad de ambientes socio-políticos por donde corre dicha confrontación. De allí que nos encontraremos, en lo alto del movimiento -hablo particularmente del movimiento bolivariano- de personajes por lo general bien definidos ideológicamente con una actividad política muy lineal, monoconductual y monoambiental, enclavada entre personajes hechos a la medida del “tipo ideal” de la individualidad moderna y burguesa, acostumbrados a compartir en ambientes sociales muy estrechos en su ritualidad y diversidad (por algo Chávez siempre será “el loco” de

la partida; el que nunca se acostumbró ni a estas costumbres ni a estos ambientes) lo que no desdice de las nobles intenciones y experiencias que muchos han podido tener, ni de su compromiso incluso con las posiciones más radicales y revolucionarias. O con una derecha encorbatada que sólo asiste a reuniones de “alto calibre” dirigencial o aquellas donde están de por medio jugosos beneficios político-financieros. Mientras que en la base nos encontraremos más bien con un enorme sincretismo de tendencias, simbologías y comportamientos, donde todo se revuelve en unas ensaladas ideológicas y ambientales increíbles, muy propias de la irreverencia cultural como del nomadismo territorial de los pueblos, o al menos de aquellos que les gustó dejar de ser los siervos de “una palabra, una ley, un espacio y un patrón” (recuerdo de nuevo a Sergio). Donde se rompen las distancias entre las dos almas de la misma rebelión y los límites entre los que están dentro y fuera “del movimiento”, a favor de una u otra estrategia; son límites que se distinguen por su movilidad e imprecisión; comunicados por una identidad de clase que hasta esos momentos siguió siendo mucho más fuerte que cualquier identidad corporativa o de partido. Hilos comunicantes atravesados por un diálogo invisible y muy problematizante entre el sentido común tradicional y la conciencia crítica en gestación. Más adelante las nuevas dirigencias que vendrán harán lo imposible por blindar esos límites y cortar el fluido diálogo de ideas, de saberes, de valores; del compartimiento de ambientes socio-políticos que hasta estos momentos pudo darse. Entendamos entonces que esa controversia “hacia adentro” que se vivió en aquellos años tuvo lecturas y vivencias muy distintas, comandadas por los que jugaron el rol de conductores intelectuales y políticos del proceso, pero extendidas en la realidad social por canales donde era imposible que se imponga una línea monolítica y una lectura unidimensional del proceso; mucho menos por la imposición de aquellas que quisieron congelar el rol constituyente de la acción colectiva en un mero retrato mistificador y sin autodeterminación propia.

Pienso que desde estos momentos Chávez intuyó perfectamente al menos dos cosas: en primer lugar que en todo este movimiento de rebelión, y dentro del suyo propio, se movían no sólo tendencias unas más moderadas otras más radicales, ligadas a tales u otros intereses, sino que existía una confrontación estratégica mucho más profunda enraizada en debates y procesos socio-políticos de larga data y que a las alturas en que nos encontrábamos (fin de siglo, fin de la estática de la guerra fría) esa confrontación empezaba a soportarse sobre elementos que realmente empezaban a pisar fondo, no solamente a nivel de los esquemas ideológicos o programáticos propios del costumbrismo político del siglo, sino sobre el piso de los valores, los deseos, las utopías, las identidades concretas, de los sujetos que constituían el mosaico de su propio liderazgo. Era evidente que las corrientes histórico-sociales empezaban a hurgar dentro del espacio del chavismo, quebrando su aparente monolitismo original. En segundo lugar, me parece que el amigo en su “aprendiendo a aprender”, al captar la radicalidad de esta confrontación, también entendió que el “campo de maniobra” al interior de ella podía quedarle muy corto si tan sólo jugaba a la preeminencia de su mando, a utilizar arbitrariamente y a su sólo favor el fervor colectivo por la figura del “caudillo igualitario”. Sin abandonar nunca sus parámetros ideológicos originales, ni sus ambiciones propias, Chávez empieza a entretejer un discurso mucho más “complejo”; tratando de ofrecer aunque sea una síntesis precaria y tambaleante entre ellos. El nuevo campo de maniobra estaba allí y sólo desde allí podía aspirar mover las piezas

necesarias del ajedrez político futuro; además, no me cabe duda que sus encuentros con esa realidad tan distinta a la acostumbrada en los medios militaristas o de la izquierda tradicional, terminaron de impregnarlo a él mismo, generando convicciones que hasta entonces no estuvieron muy aplomadas en su pensamiento. Esto no quiere decir que de ahora en adelante Chávez se haya colocado en un papel mediador o neutral dentro del juego de confrontaciones; su genio estuvo precisamente en la gelatinosa síntesis que pudo lograr hacer personalmente de ellas, al menos en el plano de las ideas y en los perfiles estratégicos por donde llevó al movimiento bolivariano, aunque en el plano de las relaciones de fuerza siempre haya optado a favor de los que le garantizaran el cumplimiento del “milagro” anhelado: la llegada al poder antes del año 2000.

Diríamos entonces que de ahora en adelante el comandante terminó de hacer suyos muchos de los valores y propósitos que marcaban los idearios de las corrientes histórico-sociales y los nuevos movimientos populares, pero también aprendió a jugar con la ambigüedad de los fines, el sincretismo de las estrategias y la imprecisión de políticas; y es desde este juego confuso de equilibrios que termina de arraigar su propio liderazgo. El día en que el choque de correlación de fuerzas ya no permita la continuidad de este juego, o da un nuevo salto genial (para adelante para atrás, ya veremos) o sencillamente su liderazgo se habrá perdido. Colocado sobre ese juego confuso de equilibrios se abre el segundo momento de este intenso período que ahora abordaremos, pero sobretodo, termina de crearse la norma que definiría la constitución de la quinta república. La quinta república se configurará como un marco de transición entre el neopopulismo o la nueva revolución.

9. LOS VIRAJES ESTRATÉGICOS DEL PODER

Entre los años 95 y 97 terminarán de definirse los caminos que marcarán el fin de la cuarta república. Estos caminos logran abrirse gracias a la existencia una sociedad agobiada, completamente harta de seguir oyendo y aceptando los mandatos de una oligarquía de poder completamente decadente y cínica. El viejito Caldera que tan bien comenzó, amenazando a sus compadres políticos con golpes bruscos de timón, con enfrentamientos sin contemplaciones al mando de la corrupción, rápidamente se convirtió en el más grande alcahueta de todos estos bandidos. Pero no contento con su nueva alcahuetería, él mismo le abrió las puertas a los mismos que tanto denunció en sus incendiarios discursos electorales. Petroleros, banqueros, especuladores, mafias de agroproducción y de la importación, empezarán a hacer de las suyas, aupados por la “Agenda Venezuela”. Teodoro Petkoff y algunos otros le servirán para montar el tramado ideológico de la nueva pirueta; dándole algunos correctivos de índole gerencial y manejo monetario que le permitirán encontrar un cierto centro racional que le funcionó por algunos meses, al menos mientras el precio del petróleo se mantuvo a niveles rentables. “Estamos mal pero vamos bien”, famosa frase de Teodoro, actuó de alucinógeno para despistar la crítica complaciente y atemperar el calvario que se vivía.

Pero en realidad estábamos en presencia de una traición mucho más profunda, y donde todavía no están muy claros todos los actores que estaban detrás de esta abismal voltereta, estimulada y negociada por los agentes del FMI. Estos son años en que los sectores del capitalismo venezolano y transnacional logran al fin convencer a la totalidad de la clase política de la inevitabilidad de un viraje sin aspirina hacia el neoliberalismo más bestial. Un viraje mucho más profundo y comprometedor al intentado por CAP

quien sólo pudo avanzar en sus maquillajes más superficiales. Con las luces y las constancias que nos da el tiempo, hoy podemos afirmar que en estos años se intentaron crear las condiciones para que el estado venezolano pase a ser un aliado incondicional del capitalismo corporativo transnacional y de su principal cabecera de gobierno: los Estados Unidos. Un viraje de corte argentino, siguiendo la ruta del formidable vendepatria de Menem, estuvo preparándose hasta alcanzar altos niveles de compromiso, particularmente en lo que respecta a los destinos de la industria petrolera, bajo la gerencia de Luis Giusti. Las reminiscencias que todavía han podido quedar de los viejos discursos populistas y tercermundistas, tendrían que dejarse completamente de lado para darle paso a una política de alianza abierta en el plano político y económico con los centros mundiales del capitalismo. Tales pasos se daban dentro del marco de una negociación que finalizaría con la entrada de una cantidad enorme de inversiones extranjeras que pondrían a Venezuela en los laureles mundiales del crecimiento económico. PDVSA, el gas, la petroquímica, toda la industria ferrominera, el aluminio, los bosques del sur y las minas de oro, diamante, uranio y titanio, la industria energética, las principales tierras productivas, la industria de telecomunicaciones, estaban en el centro de este paquete, junto a una torrentera de compromisos de largo plazo que cubrían el fortalecimiento del libre comercio con el norte y la definitiva promoción de la “Zona Libre de las Américas” como unidad geopolítica y geoeconómica. Compromisos no exentos de consecuencias militares, cuyos primeros saldos rápidamente se vieron con el montaje de los “Teatros de Operaciones” en toda la frontera con Colombia, actuando en combinación con la escalada militarista e intervencionista que empezaba a generarse dentro de ese país (génesis del “Plan Colombia”).

En la medida en que procedía este brusco recambio estratégico del estado venezolano, necesariamente también tenían que ir moviéndose otras piezas internas ligadas a la estructura institucional y legal del estado, la institucionalidad social, llegándose a promocionar una nueva retórica del poder. La flexibilización de las relaciones laborales, el estrechamiento del gasto público interno, la privatización progresiva de la actividad del estado, la invención artificial de una nueva “sociedad civil” -otra vez las ONG’s-, la reforma del andamiaje legal del país, la introducción acelerada de una cultura ligada a la “sociedad de competencia”, son aspectos sobre los cuales se estaría trabajando sin descanso aunque a ritmos muy distintos. En todo caso desde los Ministerios de Minas y Defensa hasta los Ministerios de Justicia, Educación y del Trabajo, los pasos se daban cada quien a su ritmo pero en forma continua; tratando de no forzar la barra en algunos aspectos y dejando que se mantengan en su sitio algunas castas tradicionales, especialmente en las regiones culturales y tribalísticas del país. Las consecuencias no podían ser otras: las violencias intrínsecas a la actividad estatal empezaron a agudizarse creándose zonas de alta tensión social en la medida en que el estado avanzaba en su acoplamiento al orden de la mal llamada “globalización”. No teniendo aún un plan integral y estratégico acabado, el gobierno fue actuando por partes, comenzando con las medidas de privatización de la industria básica y apertura de la industria petrolera; movimientos a partir de los cuales rápidamente comienza a cantarse victoria, acompañados por una regadía de felicitaciones provenientes de todas las fracciones burguesas del país; contundente ganancia que se les vendrá al suelo tan pronto los precios petroleros se desmoronen y la verdadera maniobra

imperial que estaba detrás de la gran conversión geoestratégica del estado empezó a mostrar su verdadera cara y lo excelente que era para los “intereses nacionales”.

Alimentadas por el mismo espíritu de recambio estratégico, comenzarán las batallas por la reforma a la ley del trabajo y el movimiento general de reforma legal. Procesos más latosos por tener que vérselas con la oposición de algunos sectores críticos y la presión de ciertos movimientos sociales, pero que fueron burlados rápidamente contando con la complicidad de la CTV y el silencio militante de las universidades; tan influyentes y críticas ayer, tan recatadas y amoldaditas hoy en día. Las avanzadas prosiguieron hasta empezar con la apertura minera y el famoso decreto respecto a la utilización de la zona selvática de Imataca, donde hombres como Américo Martí jugarán un lucrativo y glorioso papel.

En definitiva, estamos hablando de un viraje con resonancias contundentes en el tiempo ya que en este caso no es sólo un realineamiento particular de la clase dirigente frente a una nueva situación de la correlación de fuerzas a nivel mundial. Lo que empezamos a vivir y sufrir es una tendencia natural al proceso de globalización determinada por la absorción de todos los contextos nacionales al mando único de la confederación mundial de organismos y corporaciones transnacionales. Un proceso inevitable dentro de la lógica expansionista del capital, al cual habíamos entrado con mucho retardo respecto al resto de los países latinoamericanos; era una presión desoxigenante que ya comenzaban a sentir en sus gargantas nuestros dirigentes. La resonancia por tanto tenderá a trascender el momento temporal en que estas decisiones son tomadas y a los actores políticos involucrados directamente en estas decisiones, invadiendo hasta médula las políticas que más adelante habrá que tomar el gobierno de Hugo Chávez (la temprana firma en su gobierno del tratado de doble tributación es la mejor prueba que tenemos a la mano, pero incluso en el texto de la nueva constitución podemos leer perfectamente la presencia imponente de esta nueva realidad). Ella se convertirá en una realidad aplastante que marcará el contexto estratégico desde el cual el estado-nación llamado Venezuela tendrá que someterse sin pataleos y sin ningún tipo de posibilidades de salirse si cuenta únicamente con sus propias fuerzas. Y más allá de esto, estamos convencidos que cualquier alternativa significativa de rebelión frente al nuevo imperio global ha dejado de ser una tarea o una posibilidad de los estados nacionales, incluso de los bloques económicos regionales que por lógica nacen subsumidos a sus reglas. Esta es una misión liberadora que ha pasado a manos de las regiones sociales inmanentes a los procesos de integración comunicacional, asociativa y política que se comienzan a dar en el mundo en forma de redes policéntricas e integradas en base a consensos estratégicos de resistencia. Es la única realidad sobre la cual puede y de hecho sobrevive el sujeto revolucionario dentro de un mundo determinado globalmente por la totalidad del mercado.

Y regresando al punto, como era de esperar esa “sociedad de excluidos” en que nos habíamos transformado rápidamente empezó a sentir las consecuencias (por primera vez se oye hablar del 80% de pobreza y de nuestro descenso en picada dentro de los análisis comparativos de índices sociales que se hacen en relación con el resto de América Latina), sobrecargándose el clima de violencia que de por sí ya se ha depositado sobre ella en forma indiscriminada. La delincuencia se alza a niveles nunca

vistos, pero al mismo tiempo, indígenas, mineros, pensionados, buhoneros, profesionales, trabajadores petroleros, y más adelante los sin tierra y campesinos; revueltas sociales en Portuguesa, Cumana, Maracay, Guasdalito, San Cristóbal, empezarán a recalentar el ambiente socio-político del país haciendo que se multipliquen los pequeños levantamientos sociales y las movilizaciones, impulsadas en su inmensa mayoría por núcleos espontáneos de organización, nuevos liderazgos y nuevos esquemas de organización del movimiento social. Prosigue el modo de resistencia.

10. NUEVAS BULLAS EMPIEZAN A OIRSE

Por debajo de cuerdas, guiados por una lógica que nada tiene que ver con los ritmos del capital y el estado, comienza en esos años un proceso que tomará una forma más clara finalizando la década, en el trascurso que se vive entre el antes y el después de la “Constituyente”, pero que estamos seguros irá incrementándose a lo largo de esta década convirtiéndose en uno de los fenómenos políticos más importantes de estos años. La rebelión extensa de principios de la década tomará ahora otros rasgos donde empieza a evidenciarse la maduración del proceso popular en nuestro país. No contará con la fuerza subversiva y de espontánea articulación que llegó a tener entre el 89 y el 93, sin embargo, tenderá a revisar con muchísima más precisión sus horizontes programáticos como los modelos de organización, mando y representación, que se están generando en su seno. El movimiento popular comenzará desde entonces a incrementar sus niveles de autoconciencia respecto a las ganancias cualitativas que él mismo logró en los hechos aupando y encabezando la rebelión callejera contra el régimen, aunque su fuerza de arrastre haya disminuido considerablemente. A contrapelo del fenómeno político-cultural que encarna Chávez como figura caudillesca, aunque con su ayuda personal a la hora de promover él mismo niveles básicos de organización popular -comienza la paradoja bolivariana-, allí donde se logran empujar movimientos sociales de cierta envergadura, o donde estos revientan sin previo aviso, de inmediato se empezarán a demandar niveles de participación y de horizontalidad, exigiendo creatividad y alternatividad en sus programas; algo que no hará sino consolidar el nuevo paradigma democrático que ha venido gestándose.

Reflexionando sobre aquellos hechos creo que vale la pena considerar que el fenómeno de cualificación de las luchas sociales que empieza a vivirse desde entonces nos permite concluir que el “modo de resistencia” que nace con el 27-F hacia el final de la década empezará a convertirse en una nueva cultura política sin vuelta atrás dentro de los espacios movilizados de la “sociedad de excluidos”. Si bien hasta hoy en día, la posibilidad de masificarse ha sido muy escasa dada la situación de desesperación permanente, fragmentación y violencia que vive una sociedad así, en todo caso allí donde éste logra soltarse de las amarras de la “necesidad” apegándose al deseo transformador que ha venido sembrándose en todos estos años, la tendencia a consolidarse fue y es definitiva.

Tal fenómeno de autoconciencia a su vez permite que comience a crearse un puente mucho más inmediato entre las corrientes histórico-sociales y el sentido común masivo, enfrentando los arcaísmos de las culturas patriarcales tradicionales y los autoritarismos e individualismo perversos del “new age” global. Empieza a crearse un

fenómeno que tendría que esperar todavía unos dos años para poder palparlo en magnitudes mayores: nos referimos a la síntesis entre la sociedad de masas y los movimientos sociales. Para explicarnos mejor, no se trata simplemente que los movimientos sociales de rebelión se expandan y multipliquen o que logren niveles de articulación más permanentes y efectivos, como era lo acostumbrado, nos referimos a la progresiva apropiación por parte del hombre común de los legados que nos ha ido dejando la construcción de una nueva cultura política basada en la participación directa y el enfrentamiento a toda fórmula de intermediación representativa del poder. Todavía reducido a regiones sociales muy pequeñas, de repente comenzamos a constatar que no era necesaria la presencia previa de ningún tipo de vanguardia tradicional para que aflore con fuerza, primero, una acción legítima y decidida de resistencia frente a los poderes dominantes, y luego, que ésta esté acompañada por un conjunto de valores, expresados principalmente en su retórica política y modos de organización, que nos dejan una clara señal del brinco cualitativo que se viene efectuando calladamente dentro de la cultura política que rige dentro de la sociedad. Lo que desde el 27-F era un movimiento de correspondencias y entrelazamiento que sólo podía verse en la acción misma, tendiendo a desaparecer con ella o en todo caso a consolidarse sólo dentro de los núcleos y colectivos de viejo compromiso que empujaban todos los intentos de subversión, esta vez nos encontramos con algo que ha trascendido estos límites germinales para convertirse en valores concientes de la acción social en su conjunto.

Hablamos de un fenómeno que en prospectiva nos permite adelantar una primera conclusión: la década del 2000 estará signada por la masificación paulatina de este derrotero del “modo de resistencia” convertido en cultura política. Y de una vez aprovechemos para reconocer por primera vez en lo que va de este escrito uno de los aspectos que más nos interesa recoger de esta extraordinaria experiencia de lucha que fueron los años noventa: la continuidad, al menos dentro de la singularidad del proceso venezolano, entre los modos de resistencia, la gestación de nuevas culturas políticas y la formación de un poder constituyente que va multiplicándose entre las clases subalternas. En otras palabras, donde no había “sujeto de emancipación”, a menos que lo imponíamos en forma idealista como tanto le ocurrió a las ortodoxias marxistas, ahora empezará a emerger sin pedirle permiso ni a sociólogos ni a revolucionarios. Masas oprimidas que primero resisten y se revelan como pueden, más adelante comienzan a hacer suyos valores que han quedado reservados para el manejo de las corrientes históricas que han preservado y cualificado el pensamiento crítico de un pueblo. La reforma intelectual y moral de la cual hablaba Gramsci, avanza callada atada a una rabia colectiva que aún no tiene por donde desparramarse. En aquellos días empezarán a reunirse las condiciones políticas necesarias para que se desprenda de tal accionar colectivo un poder constituyente nutrido del empuje contestatario de las bases populares, de los nuevos valores que en ella se han incubado, como de la necesidad de construir una sociedad totalmente distinta. Esto nos permite abrir una segunda conclusión de carácter más bien hipotético: si las banderas que vaya levantando la “revolución bolivariana” logran colorearse de más en más con estos tintes político-culturales, si en vez de mediatizar esta maravillosa semilla lo que hacemos es apoyarla y acompañarla en toda su dinámica, estamos seguros que podrá consolidarse un poder constituyente en el país con la capacidad de crear las instituciones sociales necesarias para afianzar la masificación de esa nueva cultura política. Ya no será solamente un “modo de resistir”

sino un “modo de ejercer el poder popular” a través de los instrumentos directos de participación lo que veremos levantarse; creciendo y desarrollándose niveles de soberanía y autonomía respecto al orden imperial, el estado liberal y el modo de producción capitalista, cada vez mayores. De las condiciones para tal victoria no hablemos por ahora.

Dentro del movimiento minero, por tomar un ejemplo, desde el año 95 empieza a gestarse un movimiento de rebelión que revienta el primero de Mayo de ese mismo año. Se toman grandes extensiones de tierra que le habían sido concedidas a grandes empresas transnacionales con el fin de abrir las ricas tierras de Guayana a la explotación indiscriminada de la gran minería. La situación se había tornado insoportable; los mineros se han ido convirtiendo en peones de estas grandes empresas, sin derechos de ningún tipo, sufriendo un régimen de explotación que incluía cárceles dentro de las mismas minas y todo un sistema de obediencia obligada garantizado por las guardias privadas de las empresas y la complicidad de la Guardia Nacional con ellas. Para el minero que ha guardado su condición de “nómada del mundo”, igualmente la situación se hacía cada vez más desesperante en la medida en que la monopolización de los territorios mineros ya no deja huecos fértiles en oro para su explotación artesanal, y la persecución constante -combinada con la eterna “matraca”- de la Guardia Nacional empieza a dejar los primeros saldos criminales. Nadie había tomado conciencia de semejante fenómeno, por el contrario, el minero que huye de la miseria de las ciudades sencillamente es confundido con los “garimpeiros” y descalificado como tal. Al tomarse por la fuerza en una jornada masiva que se extiende por una semana entera, una buena parte de las tierras ocupadas por las transnacionales, de inmediato se produce un movimiento de asociación minera radicalmente democrático que es acompañado por el grueso de las poblaciones de El Callao, Tumeremo y El Dorado. Al menos hasta el año 97 se oyen voces que no admiten burocracia alguna dentro de sus espacios de organización, renegando de los que vienen a “enseñarles” desde las universidades, mucho menos la presencia de la adecocracia en su seno. Viejos mineros con la piel incrustada de memorias legendarias, mujeres de una extraordinaria calidad humana y conciencia de pueblo, dirigentes que parecen brotados de la tierra -los hijos de todas las violencias soportadas por los pueblos- se aferran a sus valores y reivindican no sólo sus derechos como trabajadores sino además a la pequeña minería como alternativa ecológica y societal. Valores de libertad e igualdad total, propuestas autogestionarias basadas en sus propias prácticas de producción, horizontalismo en su organización, son las herramientas que intentarán utilizar para imponer una alternativa completa a la devastación de la gran minería transnacional. Se intenta desarrollar alternativas tecnológicas perfectamente viables al uso del mercurio, se abren propuestas de escuela de minería, se agiliza el diálogo con todas las comunidades indígenas. Un movimiento que a la final queda sólo, todos reniegan de él, y en gran parte es carcomido por sus propias limitaciones: la droga infecta que distribuyen los narcos dentro de las minas, el manejo individualista de algunos líderes, las relaciones de desigualdad que siguieron imperando dentro de las minas, la manipulación de los entes partidarios y las corporaciones nacionales, los traficantes de mineral, el incremento permanente de la represión y la depresión económica, comienzan a hacer estragos. El movimiento se debilita y pierde el empuje inicial. Sin embargo allí está todavía, es el otro corazón rebelde que acompaña el despertar indígena y la insurgencia de los Pemones. Estamos

en definitiva dentro de una tierra llena de nuevos valores, confrontada por dentro con sus propios antivalores, pero sobretodo a las maquinarias de poder nacionales y transnacionales; es el comienzo de una dura vivencia que sin duda no se quedará adormecida y sometida; de una historia que la memoria de los pueblos irá convirtiéndola en “su” historia pero que necesita ser acompañada por la historia y el accionar de la totalidad de los nichos rebeldes que han fecundado en estas tierras.

La rebelión minera y todo el proceso posterior a ella deja enseñanzas realmente interesantes. Ojalá hombres como Nestor Perlaza, como Luis Herrera, personas que acompañaron por mucho tiempo toda esta gesta, se avoquen a analizar a fondo este fenómeno social, recogiendo sus enseñanzas y aportando a sus salidas. En todo caso, allí están incubados valores de libertad, de congruencia entre el individuo y el colectivo de una gran riqueza, muy cercanas tengo la sensación al punto de vista de la formación de una moral sin códigos (moral sin imperativos que la rijan aunque de un gran compromiso con el momento de vida, como diría el polaco Kolawuoski). Hay una experiencia de libre asociación laboral e igualdad absoluta en la formación de los grupos de trabajo (brigadas mineras) que es sorprendente, más que todo por su movilidad y apertura permanente, su capacidad de hacerse y disolverse siguiendo el ritmo de las necesidades, por su negativa a incrustar dentro de sí cualquier forma de división social o sexual del trabajo. La organización social que brota de los procesos de rebelión es igualmente interesante por su desapego -al menos en los primeros años- a dejarse penetrar por las dinámicas de representación; los dirigentes son trabajadores como cualquier otro, personas que podían amanecer en una mina y luego asumían los trabajos gerenciales de dirección. Su controversial sentido de la relación entre hombre y naturaleza, algo que desgraciadamente no han dejado que se desarrolle ni el ecologismo pendejo y ciudadano, ni mucho menos las maquinarias corporativas. De una minería devastadora centrada en la producción por métodos de aluvión, los pequeños mineros empezaron e profundizar formas de extracción y tratamiento del oro que dejaban intacto el gran bosque y las cabeceras de río, se abandonarían definitivamente el mercurio y se aproximan a combinar la minería con la siembra de autosubsistencia. Aparece entonces un modelo autogestionario integral. Se desarrollan igualmente espacios para el desarrollo de un derecho alternativo, el cual, utilizando el análisis crítico que hace Buenaventura Dos Santos en las comunidades de moradores en el Rio de Janeiro, nos dejaría extraordinarias enseñanzas. Todo el sistema de trabajo dentro del complejo espacio de una mina está mediado por un esquema normativo propio, que rompe totalmente con los cánones de rigidez, del monopolio lingüístico y división clasista del derecho burgués. Otro aspecto muy interesante e igualmente bloqueado por agentes internos y externos ligados a las maquinarias de poder, es la relación que comienza a darse entre las comunidades mineras e indígenas. Un verdadero diálogo cultural, lleno de presiones y de intereses encontrados por supuesto, pero que empezaba a crear las bases para la reunión de los pueblos oprimidos del sur en base a sus propias cosmogonías y propuestas de construcción de una nueva sociedad.

De todos estos elementos tenemos el germen de un poder popular que empieza a proponerse a sí mismo ser el protagonista en la creación de un nuevo orden, nacido del ejercicio de la resistencia y la rebelión, y rodeado de un conjunto de nuevos valores, nuevas relaciones sociales de poder que denotan la formación de una nueva cultura política. Las prácticas sociales que emergen de estos procesos se convierten en una

fuerza constituyente que va inundando el quehacer diario de los individuos: le va dando nuevos rumbos, nuevos terrenos de dignificación de la existencia, nuevas alternativas materiales de vida. Obviamente que no son prácticas “puras” e ideales, por el contrario, ellas mismas se confrontan con la tendencia a reproducir modelos tradicionales de vida por lo general resistentes a todo cambio, con los antivalores que emergen de la sociedad buhonerizada y excluida, y sobretodo con las relaciones de poder que en ella se han constituido y ante las cuales muchos persisten en ser obedientes. Es una tensión permanente que vive la colectividad y los mismos individuos que defienden el movimiento resistente o rebelde pero también son temerosos a perderlo todo en su acto de insubordinación.

Además de los mineros cabría recordar muchas otras experiencias colectivas con vastas enseñanzas en el terreno de la educación, la salud, la artesanía, las comunicaciones, el derecho, la organización social y la ecología. Dejemos claro por ahora que ninguna de ellas vive por sí sola, necesita de un ambiente socio-político, de una integración mutua y dinámica, sin la cual tarde o temprano tenderá a desvanecerse o quedar paralizada. La unidad popular en ese sentido sigue siendo el prurito fundamental de la victoria. De todas maneras son años que aún estando envueltos por el silencio en que se precipitó el movimiento popular después de la caída de CAP, este se ha vuelto turbio, hay una resonancia que regresa desde el pasado inmediato, un río vigoroso que poco a poco retoma su cause y por donde comienza a moverse algo cualitativamente distinto. Revientan otra vez las pequeñas revueltas pero también es muy seguro que en cualquier esquina de Caracas o alguna escuela arrinconada en algún pueblo, aparezcan individuos destellando un discurso que deja pasmado hasta el más pintado en materia de formación revolucionaria. Algo que también debe tener que ver Internet y el libre asociacionismo mundial, con las redes mundiales de comunicación, con las enredaderas espontáneas que se dan en este nuevo mundo cibernético desde donde corre una nueva rebelión global; pero eso es mejor dejarlo para una investigación más apropiada a sabiendas que los descubrimientos serán enormes. De lo que sí estamos seguros es que ninguna historia que se quiera a sí misma se queda arrinconada en el pasado.

En Rubio, por ejemplo, unos muchachos sin ningunos antecedentes izquierdistas inventan por sí solos la tecnología apropiada para sacar la primera televisora comunitaria en Venezuela contando sólo con sus propios recursos. Se fortalecen las redes afrovenezolanas y algo raro empieza a moverse con la renovación de los cantos a la cruz de Mayo dentro de los barrios caraqueños. Se va derrumbando el cooperativismo tradicional convertido en un simple gerentismo capitalista, soltándose al menos algunas de las amarras que castran el desarrollo de una economía popular y alternativa. Desde Amazonas se organiza una venida multitudinaria a Caracas para la venta de artesanía indígena que comprende la participación de casi todos los pueblos amazonenses. Se tienen planificados foros, movilizaciones que marcarán una clara negativa a asumir las directrices del poder central, particularmente en lo que tiene que ver con la división territorial del estado. La movilización es impresionante, en Caracas se habla de un Chiapas venezolano; desgraciadamente se atraviesan en el camino las zapas de la izquierda tradicional quienes juegan un magnífico papel de delatores, destrozando todo el esfuerzo de Guillermo y muchos otros compañeros ligados al movimiento de indígenas y de artesanos. La KGB calderista montada por Pompeyo Marquez y Alvaro

Carrera empieza a dar excelentes resultados. Sin embargo, ha quedado claro que existe otro movimiento indígena; un movimiento que con el tiempo lo iremos conociendo mejor y aprendiendo de su radical autonomía.

Para empezar a concluir con esta difícil etapa que cruza metafóricamente lo que hemos llamado “de Coche a Valencia”, tenemos entonces que justo antes de que Hugo Chávez comience a avisar sus intenciones de lanzarse al ruedo electoral, ya han comenzado a moverse cosas realmente interesantes y desde las cuales podemos juzgar con muchísima más objetividad aquel “viraje de Abril” (recordemos a Lenin) con lo cual el comandante sorprende a más de uno, se enfrenta frontalmente con otros, y prepara su entrada a Miraflores. Por un lado se ha despejado un debate programático y estratégico que ha permitido pasar a papel escrito la nueva poética revolucionaria, incrustándose en las diversas dinámicas que mueven a los militantes más comprometidos con el movimiento rebelde lo que se encontraba aún disuelto en el camino; utopías irredentes y feroces guiadas hasta los momentos por palabras sueltas que se recogía como piedras en el camino. Ahora nos ha invadido una polémica de fondo que ha empezado a crear referentes de comprensión muy distintos en lo que se refiere a los horizontes del movimiento revolucionario que se ha destapado en el país. Son referentes que estarán latentes de ahora en adelante frente a todas las circunstancias que comienzan a generarse en el país y que servirán para afrontar con mayor disciplina ideológica y un entendimiento mucho más depurado tanto de las posibilidades reales de un movimiento revolucionario en nuestro país como de los aportes que podemos dar a la experiencia revolucionaria mundial.

Para bien o para mal, la palabra escrita y la retórica sistemática han ordenado en algo los sentidos de la confrontación real que se vive dentro del movimiento rebelde además de alumbrar algunos de los caminos posibles. Esta confrontación a su vez se ve emplazada por un proceso que se rota entre el silencio y la bullicia, siempre muy puntual, de cualificación de las prácticas de resistencia como hemos visto; procesos que anuncian la incrustación dentro de los modos de resistencia de nuevas culturas políticas y espacios constituyentes que están próximos a venir. Por último, nos encontraremos con un recambio acelerado de las estrategias de estado, tendientes esta vez a compenetrarse definitivamente con el bloque unipolar que comanda la globalización. Un movimiento que se venía venir desde hace muchos años pero que esta vez está dispuesto a violentar lo que se sea por hacerse viable; preparándose el camino para despejar las resistencias de los conservatismos anacrónicos que aún subsisten, pero sobretodo, al bloque social ya excluido de cualquiera de los beneficios que en algún momento ha podido otorgarle el estado populista. Un ser que sigue siendo una incógnita a temer para los regentes del poder gracias a las rebeliones sociales y militares que ha sido capaz provocar, pero que habría que aprovechar ahora y rápido dadas las muestras de debilidad que ha evidenciado en los últimos tiempos. Algún día seguro tendremos las pruebas a mano, de lo que estoy seguro es que este tipo de análisis respecto a las oportunidades del recambio estratégico fueron ampliamente esbozados y expuestos a las autoridades competentes por parte de la CIA y el FMI. En el “new age” ninguna decisión de este tipo se toma sin la anuencia de estos entes; aunque el pelón que cometieron en este caso fue de padre y señor nuestro.

Son estos tres elementos (el debate ideológico, el renacer de los procesos de resistencia, y la avanzada neoliberal) los que nos servirán como plataforma de juicio a los hechos que se sumarán a partir del 97; hechos que van a llenar el ambiente político de una pasión que se había adormecido y que ahora en adelante habrán de redoblar, pero también de una inmensa confusión política por las consecuencias que habría de acarrear las decisiones de Valencia, la campaña electoral, la organización del MVR y la llegada al poder.

11. DE COCHE A VALENCIA: EPÍLOGO

Entre finales del 96 y principios del 97 Chávez comienza a dar muestras claras del viraje estratégico que viene proponiéndose. Al comienzo son tan solo palabras dejadas al viento, interrogantes que sugieren respuestas evidentes pero que él mismo no se atreve a dar. Más adelante las afirmaciones se darán con mayor seguridad y aplomo. El terreno de la confrontación interna ha sido tanteado con suficiente detalle, lo que le permite cometer el atrevimiento de abandonar el desafiante lenguaje del violentismo, de la amenaza permanente al poder constituido, por un moderado discurso tendiente a respetar las formas y procedimientos de la democracia representativa y participar dentro de ellas. Es un corto trayecto que sorprende a muchos y que puso en tensión a todo el movimiento bolivariano. Cosas que se veían venir pero que al convertirse en realidad terminaron por desatar una polémica interna que casi lleva a la división total del movimiento, con el agravante de que esta vez parecía ser el mismo Chávez quien se encontraba en minoría frente a una mayoría que se mantenía apegada a los principios del violentismo y aún soñaba con desatar la insurrección popular y patriótica con la cual han soñado desde el año 92.

Una cantidad de circunstancias se dan en aquel entonces, todas matizadas por las consecuencias de un viraje de tal tamaño y por una clara lucha por el liderazgo del movimiento, llegando a su mayor punto de intensidad en aquel famoso congreso de Valencia. Son acontecimientos sobre los cuales no se ha dicho mucho o quizás nada, y de los cuales tampoco me creo su mejor cronista o intérprete ya que mi vinculación con el movimiento bolivariano desde mediados del 96 era muy indirecta, centrada más bien en la mutua solidaridad con los perseguidos políticos -que para ese entonces no paraban de multiplicarse- y la comunidad de esfuerzos con las tendencias más allegadas al movimiento popular. De todas formas me parece importante recordarlos ya que se trata de un nuevo punto de inflexión en este andar que no solamente pone a prueba el liderazgo de Hugo Chávez sino que permite reconocer en los hechos las controversias que han venido suscitándose dentro y fuera del movimiento bolivariano y que hemos venido recogiendo. En definitiva, Valencia es el punto en que habrán de verse y contarse por primera vez las dos alas principales de la rebelión en curso. Pero así mismo es un escenario que nos permite formular un primer criterio respecto a los horizontes posibles de la “revolución bolivariana”.

¿Cuál es el ambiente político que se respira para ese entonces? Efectivamente la sociedad venezolana parece estar harta por todos sus costados de la decadencia social y económica que se vive y que pareciera no tener punto de fondo. Sin embargo, el liderazgo de Hugo Chávez tampoco vive sus mejores momentos. Es verdad que él ha

venido haciendo un trabajo incesante en el interior del país reuniendo el mayor número de adherentes a su causa con cierta efectividad y con un manejo astuto de los medios regionales de comunicación. Además ha mantenido en primer plano las denuncias respecto a las persecuciones políticas continuas, con una salida muy inteligente de su parte como fue la de emplazar permanentemente a los cuerpos policiales -y al presidente directamente- de que no sean los más inocentes a quienes se le persiga y encarcele. -¡que se atrevan a detenerme a mí mismo!- repetía una y otra vez. Era una prueba de valentía nunca desdeñable en la consolidación de un liderazgo, e igualmente una constancia del temor que aún le tenían dentro de los círculos del poder. De todas formas creo que para el amigo había otros planes un poco más macabros y definitivos. Temor y crimen son los principios de una ecuación que por siglos ha podido probar su validez en lo que a leyes del poder se refiere; una salida matemática que nuevamente rondaba en el ambiente y que seguirá estándolo al menos hasta hoy.

Pero efectivamente las cosas no están de perla para el comandante. La magnitud social de su liderazgo ha venido perdiéndose y el éxtasis callejero de su presencia va francamente en descenso. Lo escuálido de los últimos mitines en Caracas permitió confirmar algo de esto. Pero así mismo el ánimo interno ya no es el mismo; un movimiento acostumbrado al menos en su accionar público a inflar por todos los medios la presencia de su líder (recordemos nada más lo de la supergandola con la cara de Chávez en ambos costados, para reconocer la importancia monumental de su figura) sin más retórica que la denuncia frontal a los actos de gobierno pero muy ambiguo respecto a las alternativas concretas que ofrece, en realidad era un movimiento que comenzaba a sufrir de la ausencia de una política ajustada a las realidades, deseos y utopías en marcha. Por otro lado, muchos se quejaban internamente de la falta de una línea de formación de la militancia y de la centralidad que había cobrado la mera organización del aparato político del MBR.200. Sin embargo, éstas eran más consecuencias que causas. En realidad, aunque por debajo son muy intensas las polémicas que se desarrollan, hacia fuera no hay otra cosa que la reiteración discursiva y el activismo. Era una maquinaria que rondaba entre los dos mil y tres mil activistas, tratando de mantener viva la alternativa insurrecta, haciendo algunos movimientos cerrados en función de ello pero sin mayor crecimiento, y por otro lado, un grueso de personas repitiendo campañas de denuncia e inflación caudillesca, donde ya se sentía que aquello así como estaba no iba para ningún lado. La fertilidad política de un movimiento político construido bajo estas reglas de acción, empezaba a agotarse por completo. De hecho las iniciativas en el orden del proceso popular constituyente ya eran casi inexistentes en lo que se refiere al movimiento bolivariano, y como decíamos, era un proceso que empezaba a correr por las vías más concretas y naturales de la conflictividad social o por las iniciativas grupales que asomaban los movimientos autónomos, muy lejanos en aquellos momentos de los núcleos organizados del movimiento bolivariano. El punto más bajo de esta corta decadencia se sucede con la salida de Leticia Barrios de la dirección del MBR.200; ocasión que es aprovechada por algunos para llenar Caracas de pintas que acusaban a Chávez de traidor.

Es en medio de este reflujo interno que Chávez toma la decisión de romper con el perfil de lo que había identificado a su movimiento, cueste lo que cueste, y aflora la alternativa electoral. Los bandos inmediatamente se alinean en pro o en contra de esta

salida. Los susurros de la calle se multiplican, siendo para muchos muy lógico lo que se está haciendo, algunos simplemente expresaban su desacuerdo, y para otros la confirmación de que Chávez finalmente tomaría el rumbo de un político tradicional; ante el desinflar de su figura no le quedaba otra si no quería desaparecer por completo. Pero allá dentro -me refiero fundamentalmente al militante bolivariano de base- aún se conservaba completamente vivo el mito de caudillo igualitario, de la gesta épica que habría de emprender el pueblo, del renacimiento de la patria a través del acto heroico que habrán de hacer sus hijos más dignos. Era el sueño de un accionar indescansable y valiente que no podía conciliar ni un ápice con los intereses y las reglas del enemigo; sueño vivido y ejercido por personas acostumbradas a juzgar de traidor o de vulgar conciliador al primero que se atreviera a sugerir cualquier moderación que implicara acuerdos con el odiado enemigo. Ahora imaginémosnos ¿qué podía sentir una persona así el día que le anuncian que su líder ha decidido emprender el camino de la candidatura electoral? Evidentemente que mucha frustración.

Un día en La Pastora siendo invitado a dar un taller sobre periódicos populares me encontré con una apasionada militante del chavismo que antes de comenzar el taller me llamó aparte para preguntarme lo que pensaba sobre la decisión de Chávez. Le respondí que nunca había creído en elecciones y que esos caminos no me interesaban para nada. Mi sorpresa fue que, después de oírme, a la negra se le han llenado los ojos de lágrimas y me sincera la rabia que carga por dentro, su confusión, su no se qué, que Hugo es un coño e' madre, que esto no puede ser, que esto es una traición... y dale por ahí. Lo que para unos era parte de un juego de definiciones que poco a poco iría marcando los tintes de cada uno de los personajes y tendencias más emblemáticas de la rebelión, para otros era realmente un problema existencial; momentos personales desastrosos que pusieron a temblar toda la fortaleza de la "moral de lealtad" que había permitido moldear las conductas individuales dentro del universo del chavismo. De todas maneras sabemos que la sangre no llegó al río; la lealtad fue más fuerte que la rabia. Más bien diría que para algunos la cosa terminó en el traspaso de una frustración por otra más tardía; unos meses más tarde la negra repartía no menos de veinte kilos de propaganda electoral por día, pero hasta hoy no hay nadie que le de trabajo en el gobierno bolivariano.

En el "climax" de Valencia la cosa terminó como era previsible. De lo que se cuenta de aquella asamblea resalta sobretudo la confrontación que se dio entre la tendencia que liderizaba Chávez, aupando al participacionismo electoral, y la tendencia que encabezó Fredy Bernal -junto a otros como Maigualida Barrera y Nayib Ayaab- quienes confrontaron abiertamente esta posibilidad. La cosa llegó a ponerse negra cuando se constata que la mayoría no respaldaría la línea de Hugo Chávez, lo que ponía en juego no sólo su posición política sino su liderazgo interno. Ante semejante cuadro Chávez amenaza con abandonar el movimiento, negándose a capitular ante la mayoría. Un terremoto que significaría la muerte de un movimiento que había crecido bajo el amparo de un liderazgo absolutamente personalizado. Es entonces que aparecen los agentes mediadores que a la final logran evitar la catástrofe. Según me cuenta Nicolás Maduro, a pesar de haber apoyado la posición de Bernal en un principio, a la final él y otros hacen todo lo posible para negociar los votos a favor de Chávez. La decisión última respecto a la opción electoral se trasladaría formalmente a otra asamblea pero

Chávez seguiría siendo el máximo líder del movimiento bolivariano. Desde entonces la línea electoral era ya un hecho; y el que fue visto como el nuevo Piar, baluarte circunstancial del sentir de los más oprimidos, nuevamente ha sido derrotado por la actitud indoblegable del nuevo Bolívar. También sería inmisericorde la ofensiva contra el liderazgo de Fredy Bernal; por supuesto que sin violencias de orden físico, pero vendrían tiempos políticamente muy grises para él y sus más allegados, además de larga y difícil la ruta para la reconciliación entre los dos líderes de Valencia.

Aquella no será la primera vez ni la última que sucedan este tipo de cosas dentro del movimiento, aunque ésta ha sido una de las más críticas por las decisiones que estaban en juego. El movimiento resuelve finalmente confiar en su líder, cuestión que en un primer momento muchos la viven en forma traumática. Sin embargo, como sabemos, una vez superada esta breve herida, el alineamiento conjunto es total; todos se avocarán a construir el movimiento electoral que era necesario armar, redoblándose el conjunto de mecanismos culturales y psicológicos que le habían dado vida al liderazgo de Hugo Chávez. Los principios de lealtad, la idolatría frente al liderazgo, el mesianismo que ha cubierto la obra política emprendida, en este caso no hará sino fortalecerse; actitud que fue fundamental primero para que el movimiento bolivariano se convierta en un movimiento masivo -masificación que jamás habría sucedido si no se relegitiman y refuerzan estos códigos primigenios que constituían la principal fortaleza del movimiento-, y segundo, para que el movimiento de masas que se volcó hacia la candidatura de Chávez finalmente se mimetice con tales códigos.

Aunque también agregaríamos que era mucho más fácil que este tipo de mecanismos subjetivos funcionen dentro de la nueva misión política planteada que dentro del cuadro de una estrategia insurreccional. Esta última esta plagada de un tal número de incertidumbres y exigencias tanto en el plano teórico como práctico que tarde o temprano funcionan como alicientes para la crítica y el distanciamiento ante tales mecanismos. Un movimiento de confrontación abierta al poder para sobrevivir y crecer necesita incentivar hasta tal punto las relaciones de solidaridad, de trabajo en equipo, de compromiso conciente, de cualificación del componente humano, de revisión constante de sus propias prácticas y teorías, que por lógica termina por cuestionar su propia formación genética. Si esto no sucede, o muere por inanición espiritual o se convierte en un flanco fácil de destruir como lo comprueba toda la larga historia del movimiento armado latinoamericano. Por el contrario, dentro de un panorama de lucha política electoral todo tiende a simplificarse hasta lo más elemental. La acción colectiva desde entonces se organizará de acuerdo a un conjunto de reglas y códigos muy fáciles de entender, la vía clara y pacífica, y hasta se demarca un tiempo preestablecido para la pelea. Todo se reduce entonces a acoplar la actividad colectiva a las reglas que le son externas e impuestas por el poder constituido, y que además todo el mundo conoce. Por ello, a pesar del trauma inicial y las pequeñas rebeliones que le sucedieron, lo que vino a continuación dentro y más allá del movimiento bolivariano, fue más bien un sentimiento de tranquilidad; se rebajan las exigencias aunque se sabe que es arduo el trabajo que vendrá en adelante. Las incertidumbres cesan, dando paso a un caminar forzado pero sin dudas ni cuestionamientos. Lo que habrá que hacer ahora es amoldar los sentimientos, el lenguaje, los mecanismos de liderazgo que subyacen a la acción épica y heroica que tipifica al movimiento bolivariano a la guerra electoral. El violentismo como fantasía y

motivación colectiva en efecto se transforma en electoralismo, pero “seguimos en guerra” dirá una y otra vez el comandante; metáfora fundamental que guiará la acción de Hugo Chávez y facilitará la continuidad de su liderazgo y el aura que lo seguirá acompañando.

Superados los traumas de Valencia, entramos definitivamente en una nueva etapa del proceso político que vivió el país durante la década pasada. Una etapa que no se percibe de inmediato ya que fue duro para el mismo Chávez volver a levantar un liderazgo que hasta finales del año 97 aún estaba de muy de capa caída. Tanto así que las primeras reacciones al anuncio de su candidatura fueron de una relativa indiferencia, ya sea en los movimientos populares como a nivel de masas. Una reacción colectiva que sólo logra superarse en forma paulatina y en la medida en que las candidaturas enemigas empiezan a demostrar su mediocridad y total ausencia de carisma, paralelamente al levantamiento de un personaje que rápidamente descubre sus armas naturales para potenciar su comunicación con el colectivo. Un acertijo que logra descodificar Hugo Chávez desmitificando por completo al político tradicional, sus conductas, sus ritos, sus sonrisas estúpidas y sus costumbres burocrático-mercantiles, imponiendo en contrapartida la soltura, la firmeza y el humor propio de las mejores tradiciones del liderazgo popular; algo que más adelante seguirá haciendo ya instalado en Miraflores pero con los mismos ritos del poder, convirtiéndose en una suerte de personificación del antipoder, y que constituye por cierto uno de los hechos más “inaceptables” del quehacer gubernamental de Hugo Chávez para las clases pudientes. Pareciera que esas cosas demasiado humanas como el atreverse a quebrar los ritos y las formas equivale a desvanecer los contenidos y las finalidades de la acción que se practica; principio que se hace cada vez más rígido en la medida en que subimos en las escalas de autoridad y riqueza. Por eso es que Chávez termina siendo un “maldito” por todo el cañón. En otras palabras, tanto el nuevo candidato como el nuevo presidente empezarán por desinflar la figura del petrificado liderazgo tradicional, superando incluso a los elocuentes y brillantes discursos de los viejos líderes de la generación del 28, utilizando una acción discursiva que combina la postura heroica y caudillesca ya consolidada con una humorística permanente. Es una verdadera bomba comunicacional la que se va formando y desde la cual podríamos explicarnos al menos la mitad de las razones de su liderazgo, y aún las motivaciones ideológicas que están detrás del mismo. No es por tanto un toque superficial de toda esta historia lo que estamos tratando; hasta me atrevería a afirmar que alrededor de la acción comunicativa, o más específicamente, de la transparencia comunicativa que logra aflorar desde el candidato que es la voz y el deseo colectivo, donde se ubican la mitad de los límites y las posibilidades de la revolución de Hugo Chávez. A Habermas no le falta razón cuando centra en la liberación de los lenguajes y de las relaciones comunicacionales la constancia concreta de un proceso de emancipación de las relaciones de producción. El único problema es que en este caso estamos hablando de una liberación hipostasiada en el quehacer comunicacional del líder, algo que paradójicamente más adelante creará el silencio acrílico y cobardón de las nuevas burocracias del poder.

De todas formas, ninguna acción comunicativa se genera sin los instrumentos y medios para lograr ejercerla. Y no serán los medios de la gran industria comunicacional la que en este caso le servirán de instrumentos para ello, al menos en un principio; en

esta ocasión será la misma movilización popular y el aparato político que se formó para facilitarla: el MVR. De ahora en adelante este será un problema medular que marcará en sus significaciones la vida o la muerte del proceso transformador en curso. Pero antes de entrar de lleno en este tema, vale la pena detenernos un rato al menos en algunas de las implicaciones que hasta los momentos va tomando este paso hacia el escenario de lucha electoral (interpretación que siempre será parcial porque considero que ninguna historia es posible analizar y entender a fondo hasta que no termine de explayar todas sus implicaciones por más grande o pequeña que fuese. De los ciclos grandiosos como los que recorren la modernidad y la gran historia del capitalismo podemos hablar con toda tranquilidad pasando por su génesis, etapas y significados, más no en una pequeña historia como esta que no se sabe si apenas comienza o está por terminar).

En primer lugar creo que no vale la pena discutir en forma principista la decisión política en sí. Como ya dijimos aquí no había otra salida; una vez agotado el influjo estratégico y motivacional de orden insurreccional que permitió la creación del movimiento bolivariano en la calle, la única ventana que quedaba abierta era la de la candidatura; el “milagro” de la llegada al poder antes del año 2000 no tenía otro lugar de realización que ese. Aunque es bueno recordar que la misma candidatura no tenía -al menos en los ánimos de muchos dirigentes- ningún propósito de victoria, algo que en un primer momento parecía imposible, “aspiramos a un tercer lugar”-me decía Maduro-, se trataba tan sólo de ganar alguna cuota de participación parlamentaria para poder equilibrar fuerzas y afianzar el espacio político conquistado. Más bien la posibilidad del milagro reaparece “milagrosamente” cuando se destapa la euforia colectiva por la candidatura de Chávez, sin que eso esté muy advertido en el menú del plan original. Es evidente que desde el punto de vista del realismo político esta es una decisión que sigue los mismos cánones de conducta que han aplicado las izquierdas tradicionales -desde las más reformistas hasta las más radicalizadas- cuando olfatean el fin de los períodos de alto tenor protestario, viéndose emplazadas a mantener la continuidad de su presencia política utilizando los artificios de la representatividad parlamentaria. Desde este plano -acordémonos de quiénes son los que han tomado la hegemonía política a estas alturas dentro del movimiento bolivariano- la decisión tomada no tiene discusión alguna.

Pero tampoco la tiene si vemos la política en lo correspondiente a los deseos inmediatos que se han hecho consensuales en los ambientes sociales más politizados. El gran actor social siempre es muy pragmático en cuanto a política se refiere y si en este caso no cabía otra, pues bien por allí será y así fue. El deseo de deslastrarse de la carroña partidocrática imperante no tenía muchos pruritos en cuanto a los medios para lograrlo, sólo existían algunas intuiciones sin mucho peso de convicción respecto a las consecuencias que implicaba la utilización de uno u otro medio, como lo demuestra el paso sin conflictos finales entre la frustración inicial por la decisión tomada y el desenfrenado activismo electoral que luego se genera. Hasta los movimientos del azar, tan presentes y determinantes en la política, en este caso se pusieron a favor de la disposición electoral. La entropía que comienza a generalizarse dentro del liderazgo de la llamada cuarta república súbitamente se convertirá en una imbecilidad generalizada para tomar las decisiones políticas pertinentes a la situación electoral que se vive.

Pero otra cosa pasa si vemos la política como utopía concreta, como proyecto de sociedad que ha de acompañar los deseos profundos de liberación que se han desparramado poco a poco entre las clases subalternas, y que comienza a hacer parte de los códigos que organizan las prácticas sociales de resistencia. Observando las definiciones que habrán de colorear el proceso que ha de comenzar, el paso de la “salvación nacional” por medio de la confrontación abierta al sistema, a una “táctica electoral” que luego se convertirá en estrategia de todo el proceso de recambio político, necesariamente implicará la creación de una tesis de “revolución pacífica”; en realidad no había otra forma de resolver semánticamente la continuidad del hilo de la rebelión. Una revolución pacífica que en el mejor de los casos implicará la formulación de un proyecto de equilibrio de fuerzas que pasará por aceptar la cohabitación entre las instituciones del poder constituido y los espacios de participación que surjan del empuje del poder constituyente, ergo: una propuesta de cohabitación de intereses y culturas políticas que implicará un cambio radical de los personeros y las reglas del poder acompañado por un proceso paulatino de democratización de las relaciones de poder ya constituidas entre el estado y la sociedad como al interno de las relaciones de producción. Por más que quiera forzarse una interpretación “revolucionaria” de la propuesta pacífica que empieza a hacerse desde entonces, a lo único que podemos llegar tratando de desplazar la comprensión de este proceso hacia un paradigma de mayor complejidad, es la formulación de una clásica tesis de “transición”, de lo contrario no nos queda otra salida que la de refugiarnos en una versión meramente liberal del hecho revolucionario; una revolución regulada y limitada a la transformación de los formatos normativos condensados en las superestructuras de la sociedad. Lo otro sería disfrutar posmodernamente del circo subliminal de las palabras y medir su éxito dentro del espectáculo político nacional sin buscar ningún tipo de trascendencia o de victoria material. Es una posibilidad que va a ser muy frecuentada en los tiempos que vendrán.

En todo caso el problema para nuestro interés es que la “transición” al no hacerse explícita y plantearse oficialmente como tal sea cual sea su interpretación, (más adelante el término “transición” sólo va a ser utilizado para identificar el paso de un sistema constitucional a otro sin ninguna implicancia desde el punto de vista de la modificación de la constitución material de nada), sino que es completamente omitido dentro del hecho político a emprender, ella terminará confundándose con la finalidad misma del proceso. Nadie sabrá entonces de que revolución se trata, ya que el término ha quedado totalmente mistificado y oculto; caben por tanto cualquier tipo de interpretaciones: desde una revolución dirigida a acabar con la corrupción, a modernizar el estado y la economía, a democratizar las instituciones sociales y políticas, hasta los que consideran que nos dirigimos hacia una nueva versión de la revolución proletaria mundial. Igualmente se hará muy difícil establecer cuales son las finalidades consensuales de esa transición, cuyo reconocimiento es sólo formal; por tanto, cada quien inventará la transición que más le conviene o la que más se adapta a los intereses y las utopías por las que anda luchando; siempre en el mejor de los casos. Será entonces una transición leída desde la dinámica de una democracia más plena, o de un renovado régimen de justicia social, o de una sociedad más correcta y ordenada, o de todas ellas. Las finalidades revolucionarias que una y otra vez intentará Hugo Chávez del proceso de cambio que empezará a liderizar enteramente (lo que muchos asumen como el “proyecto” de Hugo Chávez y al cual se adscriben en vieja clave caudillista) no ayudarán mucho en este caso

ya que ellas adolecen de las mismas confusiones y posibilidades de interpretación (¿quién puede describir lo que significa un capitalismo más humano?). Para el caso, Bolívar y la inspiración bolivariana de la revolución, sólo servirán de cascarón para avalar cualquiera de ellas; fenómeno que Chávez tratará de revertir al ubicar en el ideario bolivariano las fuentes fundamentales que le darán direccionalidad de sentido al proceso, algo que en nuestra consideración es totalmente inútil viéndolo desde ese punto de vista. Bolívar está muy lejos en el tiempo y su viejo iluminismo glorioso y voluntarista es absolutamente impertinente al mundo que hoy vivimos. El bolivarianismo revolucionario como corriente histórico-social, como ideología integradora, tal y como la plantea Althusser, probablemente sea imprescindible, lo que es totalmente incorrecto es convertir a Bolívar y su pensamiento en una matriz omnipresente y omnicomprensiva del nuevo programa revolucionario.

Al esbozar estos criterios respecto a la mistificación del propósito revolucionario no estamos acusando al pluralismo interpretativo de ser un hecho perjudicial en sí, entiendo que es más bien una constante inevitable dentro de todo proceso transformador. De hecho sobre él se decantan dos virtudes interesantes, una que remite a la transparencia de la heterogeneidad de sentidos del proceso político que comienza desde entonces y que tienden a enriquecer las prácticas políticas. El otro, de orden más táctico, hace de la heterogeneidad una herramienta útil para reunir intereses muy variados sobre un mismo proyecto de cambio. Lo que queremos decir es que en nuestro caso estas dos virtudes serán contrareastadas por la imposibilidad de concretar un proyecto político que demarque firmemente el camino histórico a recorrer lo que abre las puertas para su futura mistificación. No existiendo forma ni manera de explicitar dicho proyecto de ahora en adelante entraremos en una lucha subterránea de tendencias que se neutralizan unas a otras -algo que subyace a la propia diversidad de interpretaciones-, tendiendo a degenerar poco a poco en una lucha entre fracciones centradas en sus intereses políticos particulares, cuya libertad y tiempo de confrontación no es tan largo como suponen muchos. Por eso se repite con tanta frecuencia que esto que comenzó en el 97 con la tesis electoral o termina de definirse y actuar en consecuencia a la firmeza de esa decisión para bien o para mal de quien sea (algo que necesariamente tendrá que debilitar el principismo pacífico del proceso), o sencillamente terminará de degenerar en una lucha fratricida entre feudos de gobierno que marcarán el fin de la añorada “V República”.

En lo que a nosotros respecta, abogamos por una lectura del problema de la transición completamente ajeno a todo utopismo vacío o a los viejos esquemas etapistas y telúricos de la revolución. Habiendo estado en total desacuerdo con la decisión electoral tomada, entendemos que fue una decisión que supo interpretar deseos sociales de un gran potencial liberador aunque en forma mistificada, lo que nos obliga a hundir nuestra propia comprensión del proceso dentro del nudo complejo de este deseo, y a entender que la transición hacia un orden político y social totalmente distinto se abre una vez que esa decisión ha sido consensuada socialmente. Como cualquier otra se tratará de un tránsito que tenderá a desnudar los antagonismos inherentes a este proceso, donde lo que interesa no es tanto la manera en que nos representemos el fin último a perseguir (aunque en ese sentido no tendríamos ningún recato en reafirmar nuestra adscripción como corriente al marxismo -autónomo y crítico- y por tanto a la propuesta universal del

comunismo), lo importante es que constituye una magnífica oportunidad para los movimientos populares de potenciar las prácticas de lucha que han venido sedimentándose, codificándose y articulándose desde hace una década (es decir, convirtiéndose en nueva cultura política). Aún sin tener a la mano ningún fin explícito, el problema político de la transición se convierte nuevamente en un movimiento de fuerzas que tiene que ser manejado con astucia y con una correcta lectura de los procesos de transformación que vienen tomando cuerpo. Una astucia dirigida fundamentalmente hacia la construcción de nuevos espacios institucionales entrelazados por redes sociales (en localidades, escuelas, contextos comunitarios, laborales, cooperativos, etc) que permitan dinamizar el protagonismo popular, cualificar los potenciales creativos y asociativos de los individuos, y tiendan a potenciar el trabajo productivo autonomizándolo cada vez más de las prisiones que representan el modelo petrolero rentista como del imperio capitalista global. ¿Con qué fin?: el de comenzar la difícil tarea de desmontaje de las principales instituciones del poder constituido, pero sobretodo, el de intensificar en todas las dimensiones y espacios posibles los procesos de acumulación de fuerzas, de fuerzas que sean capaces en el mediano plazo de romper los espantosos diques políticos, sociales y hasta culturales desde donde ha comenzado a caminar este proceso de transición.

En resumen: lo que nos interesa políticamente es aprovechar esta oportunidad histórica para ayudar a abrir nuevos espacios de construcción hegemónica -desde y fuera del gobierno- que faciliten el desarrollo del poder popular y permitan acelerar la constitución de los espacios socio-políticos que serán el pilar básico desde el cual emerja una nueva sociedad. Asumimos algo parecido a los que algunos autores han denominado una “moral de riesgo” (como subconjunto de la misma moral de compromiso) , que en este caso no es otra que el asumir plenamente el riesgo de la plena participación dentro de un proceso político que ha sido muy contradictorio pero a la vez determinante en lo que respecta a las características que ha venido tomando las dinámicas reales de transformación de las relaciones de poder que se han emprendido dentro de la sociedad motorizadas por el fragor de la lucha de clases. Mirar esta transición desde afuera no es más que pura charlatanería sectaria que la mayoría de las veces utiliza argumentos justificatorios con una carga mesiánica e iluminista muchísimo más acentuados y reaccionarios de los que suelen utilizar en el seno del chavismo. Si esto nació desde la creatividad, la autonomía y las limitaciones de los luchadores de la calle (una singularidad del proceso venezolano que hemos tratado de recoger en este escrito), ese es nuestro gran triunfo y es allí donde nos quedamos. Desde el año 98 la transición que quedó abierta se ha convertido para nosotros en un gran reto, el reto de hacer triunfar una tendencia que permita abrir un proyecto revolucionario allí donde no existe teniendo el sustrato subjetivo y las condiciones objetivas para hacerlo; en definitiva se trata de saber si somos capaces de ayudar a convertir en un hecho político y factual lo que existe como potencia social, como deseo de liberación, y que hasta ahora sólo se ha movido como simple mistificación. Pero ahora pasemos a examinar un poco la dinámica de este proceso en el año 98 que en ese sentido será profundamente aleccionadora respecto a los potenciales que esta difícil historia nos va dejando.

12. 1998

El año electoral fue un período de intensa movilización de masas. En un comienzo las cosas se movieron a través de papelitos y conversaciones cara a cara que fueron dejando los primeros saldos organizados, primero como Comités de Amigos de Hugo Chávez, luego como Círculos Patrióticos; bases desde las cuales se fue levantando la estructura orgánica del MVR. Era un movimiento parido de las entrañas de un majestuoso circo electoral cuyas gradas se fueron llenando de espectadores ansiosos por presenciar una pelea de gladiadores como ninguna otra vista, sin tener muy claro hacia donde se iba a mover su favoritismo personal. Ante la premura de los hechos la movilización interna se intensifica corriendo como una ola desmedida y sin ninguna lógica apriori. Los diseños organizativos se montaban pero de inmediato era rebasados por la aparición de nuevos gérmenes organizativos surgidos de cualquier rincón de las comunidades, liderizados por pequeños caciques que de inmediato se arrogaban la jefatura del movimiento en su zona, lo que provocaba un choque abierto con otros grupos paralelos que demostraban las mismas ambiciones. Observándolo desde un punto más aéreo, lo que estaríamos viendo es a una gran masa humana que se preparaba a jugar su tradicional papel de espectador pasivo, pero a diferencia de otros momentos se mostraba muy ansiosa de oír, entender y tomar una opción propia frente a lo que estaba en juego; actitud que le permitió tomar una distancia crítica frente a la producción mediática de mensajes electorales que fueron tomando un tono cada vez más drástico, violento y chantajista. Si en algún momento se consideró que tales masas no era más que bancos encefálicos para depósito de cualquier provocación simbólica de conducta, ahora tendrán que vérselas con gentes que sabrán recuperar una mínima soberanía personal, que han sabido tejer una distancia de libertad lo suficientemente ancha y larga como para provocar la multiplicación indetenible de espacios de diálogo desde donde se iban creando códigos comunes que renovaban permanentemente la comprensión y las posiciones individuales respecto a la pugna política que se había desatado. Aunque si afinamos mejor el lente también observaríamos dentro de esa gran masa crítica pequeños punticos rojos que iban brotando como burbujas desde cualquier rincón del paisaje, convirtiéndose en núcleos concéntricos de otras enredaderas de puntos nacientes que trataban de ahogar a los núcleos rivales y absorber sus respectivos satélites; puntos que en su conjunto no sólo comenzaban a superar en número los viejos y conocidos puntos blancos y verdes que inexplicablemente iban perdiendo movilidad y capacidad de reproducción precisamente en los momentos en que más lo hacían, sino que eran capaces de provocar en estos últimos el trastorno de sus colores naturales hasta asumir tonalidades cada vez más cercanas al rojo, convirtiéndose finalmente en nuevos núcleos concéntricos y competitivos. Así es como, al llenarse las graderías del circo, terminará pasando lo que parecía inexplicable: las masas mayoritarias apostadas en las gradas que en un inicio se llenaban de júbilo cada vez que el gladiador oficialista demostraba su poderío y avanzaba hacia la victoria, de pronto empezaron a silenciarse replegadas en conversatorios que muy pocos entendían, y en un acto súbito y progresivo a la vez, cambiarán sus banderas otorgando su fanatismo al gladiador contrario; aplausos que por supuesto lo llenaría de inspiración y voluntad de triunfo. Mientras esto sucedía por medio de los altavoces del circo, aumentando al máximo sus decibeles, se advertía una y otra vez al público sobre la locura que se estaba cometiendo; el circo, el imperio, sus

propias vidas estaban en juego si ganaba el enemigo del oficialismo. Pero ya nada pudieron hacer... Hugo Chávez barrió en las elecciones.

Lo importante de aquel año fueron las vías por medio de las cuales se produjo la victoria del 3 de Diciembre; un milagro que nadie esperaba en los comienzos de la contienda, cuya comprensión sólo es posible si rescatamos lo que fue la historia del movimiento popular a lo largo de la última década. Tratándose precisamente de un momento síntesis de un largo período de luchas, hallaremos en él todos los componentes de su propia naturaleza: el desarrollo de una nueva subjetividad revolucionaria, la agregación de nuevas culturas políticas y de formas alternativas de articulación, la reafirmación de una visión democrática profundamente radical e integral, la ética del compromiso, hasta la reaparición de los hilos que organizaron la actividad subversiva de aquellos años, pero así mismo reencontraremos muchos de los saltos regresivos que en ella se dan: la idolatría caudillesca, el pragmatismo político, la dinámica autoritaria del militarismo, las herencias burocráticas de la izquierda tradicional, la ciega moral de lealtades, la hegemonía programática de lo que hemos denominado “el medinismo”; componentes que encontrarán dentro del terreno de la lucha electoral el momento propicio para ir imponiéndose en forma aplastante a pesar de la fuerza que retoman las prácticas articuladoras forjadas desde la base de la sociedad. El cariz partidocrático que asume la alianza del “Polo Patriótico” y la vuelta al intragable cogollismo bajo el cual se organiza el MVR, es un testimonio por demás demostrativo de la capacidad que tienen las estructuras externas a la acción colectiva para moldearlas y recuperarlas en un sentido contrario a la lógica de sentido desde la cual se constituyen, pero también son envolturas que han quedado muy bien advertidas del potencial que tienen estas prácticas colectivas de salvar su nudos más creadores, autónomos y subversivos.

En concreto, la aparición desde los últimos meses del año 97 y los comienzos del año 98 de los gérmenes iniciales del MVR, está cruzada por una inmensa inventiva que puso a prueba toda la sabiduría y capacidad de sacrificio acumulada en una década. La multiplicación de esos “punticos rojos” en un primer momento se debe al afianzamiento de nuevas prácticas políticas que fueron cualificándose en la medida en que se desarrollaban modalidades de la resistencia completamente ajenas a los patrones tradicionales de la lucha gremial o partidista (incluso foquista) a la cual estábamos acostumbrados. De allí la aparente espontaneidad y libertad de movimiento con la cual se conforma el principal frente de lucha dentro de la batalla electoral. Se restablecen en esos momentos los hilos de comunicación que se habían perdido en la medida en que el movimiento bolivariano se iba cerrando sobre sus propias fronteras, sometido a enfrentamientos internos y prácticas autoritarias que ahogaban el despliegue de los núcleos de base, y sobretodo la fresca comunicación que mantenían con el resto de los movimientos populares. Independientemente de nuestra inscripción formal o no dentro de las filas del MVR, en un principio fue muy fácil entender que nos encontrábamos frente a una lucha histórica que necesitaba de los esfuerzos de todos en el terreno que sea, y que era imprescindible reabrir los canales de solidaridad y entendimiento que habían quedado tan debilitados. Una energía renaciente que se hace sentir inmediatamente en la calle produciendo la figura de un elector de más en más politizado que habría de interpelarse a sí mismo, a su existencia como individuo social, a su derecho de optar por una realidad distinta, creándose un criterio mucho más auténtico y

crítico respecto a la problemática política que vive el país. Las encuestas iban anunciando los saldos matemáticos que dejaba esta progresiva metamorfosis de la conciencia social, demostrándose la fuerza que tomaría una candidatura que según sus datos había comenzado con el 3% de preferencias electorales. Restablecidos los espacios informales del diálogo social, rápidamente estos superarían en poderío la coacción del aparataje mediático que hasta esos momentos mantenía un comportamiento muy tradicional, promoviendo los códigos éticos y civilistas que ordenan a la ideología dominante, y por debajo de cuerdas, la sumisión de la población a las opciones candidaturales promovidas por la partidocracia que aún no tomaban una forma definitiva y que no la tendrán sino a última hora al entrar en crisis todas sus opciones gracias al empuje de la candidatura de Hugo Chávez.

Era muy corriente para ese entonces encontrarse con cualquier célula de organización del MVR o cualquier otra que rondaba alrededor de la candidatura de Chávez y comenzar a establecer planes comunes que permitían perfilar mejor la actividad política que estaba planteada, donde siempre se mezclaban propósitos de índole táctico referidos casi exclusivamente a las tareas de orden electoral y los que se remitían a objetivos de orden más estratégico que en ese entonces, y para la felicidad de muchos de los que sentimos habernos quedado a mitad de camino en esa lucha, retomaban el sentido de una lucha por la construcción de un poder popular constituyente. Sinergia inigualable de deseos que nos hacían revivir aquellos tiempos en donde la subversión social que iba generalizándose tomaría la forma y el contenido de una auténtica subversión política y de masas. Algunos se mantenían muy incrédulos (por no hablar de los que lo rechazaron abiertamente y se quedaron anclados allí) ante el activismo político desenfrenado que empezaba a propagarse. En principio con mucha razón por tratarse de iniciativas previamente cercadas por los límites electorales que determinaban muy claramente su potencial transformador, pero equivocados en cuanto a la importancia que podía tener en ese momento el renacimiento a gran escala del accionar articulador y organizativo de base que había decaído tanto. Era una apuesta a la posibilidad de burlar los límites preestablecidos partiendo de la creatividad que iba dejando el mismo proceso rearticulador y subterráneo que se vivía, reabriendo por completo el universo utópico desde donde había florecido toda la poética emancipadora que se fue almacenado en todos aquellos años.

Y efectivamente, cuando comenzamos los talleres dedicados a restablecer las dinámicas de comprensión y desarrollo del proceso popular constituyente, de inmediato se palpaba en que medida la imaginación colectiva podía saltar por encima de cualquier enjaulamiento predispuesto por el sistema y la lógica del representativismo electoral; indagando desde su propia realidad, desde los intereses que se estaban defendiendo, la alternativa al miserable poder de las cúpulas económicas y políticas dominantes. Por largos años se había resistido y enfrentado con odio acumulado el totalitarismo representativo del populismo, pero había llegado la hora para que cada quién ponga sobre las tablas la alternativa de liberación que creía más justa, rescatando toda la dimensión social y política de su estar en el mundo. No eran sesiones donde un banquero de conocimientos con semblante de dirigente político hablaba a unos supuestos ignorantes respecto a los nuevos cometidos programáticos que tendría el gobierno de Hugo Chávez y cuáles eran las tareas políticas a emprender (sabemos que ese fue el

primer enjaulamiento que practicaron sobretodo los autodeclarados dirigentes del MVR y muchos ayudantes espontáneos que en ese momento sobraron, a través de talleres y foros que por cierto giraban en muchos casos alrededor de “La Constituyente”... un cinismo de calidad hay que admitir), eran trabajadores de la calle, asalariados, campesinos, dirigentes vecinales, profesionales, educadores, médicos, con quienes compartimos no menos de cien talleres aquel año, que terminaban convirtiéndose con el paso de las horas o a veces de días que duraban estos ajetreos, en debates abiertos donde se decidía la constitución de asambleas populares, frentes de lucha, coordinadoras civiles, movimientos sociales, a veces de nuevos núcleos del MVR, alimentados por una visión transformadora que lograba niveles de síntesis muy variados y desiguales pero siempre muy superiores al arrinconamiento que determinaba la visión electorera y enteramente oportunista de ese proceso.

Los resultados de este esfuerzo (acompañado a su manera y método por Anís Arismendi, Rafael Irribarren, Angel Prieto, entre tantos otros) no se hicieron esperar. En Caracas comenzaba la formación de las primeras Asambleas Parroquiales Constituyentes en el El Valle, Coche, La Pastora y San Juan, se multiplicaban algunas redes populares en Antímano y Caricuao, en Catia se organizaba uno de los núcleos más beligerantes y politizados del MVR, (cuyo enfrentamiento con las cúpulas regionales de la organización tampoco se hizo esperar). En ese sentido lo que empezaba a revivirse en Caracas no era otra cosa que la herencia que en su momento dejó la Asamblea de Barrios; era la memoria viva del ideario revolucionario de la “democracia de la calle” que para ese entonces armó los pilares de una vuelta al poder popular y a la capacidad constituyente que este es capaz de desprender en el seno de las comunidades más pobres y excluidas. En otros lugares donde el ensamblamiento de los movimientos populares y clasistas es menos vigoroso, los resultados fueron más puntuales pero no menos interesantes. En Bolívar por ejemplo se estableció un diálogo extraordinario con el Frente de Profesionales de Puerto Ordaz que para entonces venía conformándose. Recordaba viejas experiencias de investigación-acción con colectivos de trabajadores de Sidor (año 91). En esta nueva experiencia se fue reconstruyendo la memoria laboral de una clase trabajadora profesionalizada que nunca se había reconocido como tal; más bien se había mantenido segmentada en los roles que le imponía el sistema de división social del trabajo, y ellos como supuestos “privilegiados” dentro del mismo. Cada quién armó su propia carta de vida, su experiencia como trabajador cualificado, sus saberes, la relación alienante que mantenían con las pirámides gerenciales de sus empresas y la sumisión al mercado tecnológico controlado por Europa, Japón y los EUA (ni hablar de su podridos gremios). De allí se fue indagando el papel constitutivo que podía jugar un frente de profesionales en lo que sería la reestructuración de las empresas básicas sostenidas en la producción colectiva de saberes y una ingeniería organizativa fundada en el control social y la participación igualitaria de todos los trabajadores. Para cada uno fue una experiencia fascinante ver como se disparaban hasta el infinito las posibilidades de crear una sociedad nueva partiendo de los acumulados preservados en su experiencia de vida...una experiencia estupenda de verdad. Igual pasaba con algunas coordinadoras campesinas que en la zona del municipio Caroní no sólo tenían una inmensa capacidad de autoconvocatoria sino un proyecto alternativo muy claro respecto al futuro de la producción agropecuaria en la zona; pasando siempre por una transformación profunda tanto de los agobiantes sistemas de propiedad imperantes como de los sistemas

crediticios y de dotación de tecnologías del campo. Dada la calidad de los preámbulos, el trabajo del taller se centró en el diseño de las redes campesinas que fomentarían ese proyecto, ordenado de manera más lógica y estratégica. Esos eran talleres de la tierra porque se hacían, con muchachos jugando con sus gallinas y cochinos, compartiendo con seres para quienes nunca es suficiente la relación formal de la palabra y el diálogo. Si la palabra logra sus frutos, entonces ha habido cosecha, y toda cosecha se celebra con comida y festejo, y todo festejo debe terminar en una formidable borrachera...una maravilla.

Mas abajo, en la zona minera e indígena, también se tomaron algunas iniciativas pero donde ya se notaba la descomposición que generaba la conversión de sujetos sociales -individuos que han debido tener una relación orgánica con las luchas populares- en fracciones a la caza de algún puesto relevante y jefeante dentro de la estructura partidaria naciente. En El Callao era un pecado decir “compañero”, estaba escrito en una pared que la nueva norma lingüística obligaba a todos a llamarse “compatriotas”. Ridiculeces como esas no eran sólo zoquetadas de jefecillo, empezaban a establecer relaciones disciplinarias y jerárquicas mediante las cuales se comprimía hasta al grado cero cualquier pulsión transformadora y materialmente revolucionaria que podía estar fraguándose en aquella colectividad. De hecho al sentarme a hablar con el grupo de “compatriotas” acompañado por el jefecito, las caras del resto de los participantes se parecían a las de niños obligados a sentarse en sus pupitres para oír la fastidiosa lección de la maestra de turno. Imposible establecer una relación de diálogo con aquellas personas, ya estaban amoldaditos a esa relación de silencio castrante y con toda seguridad ya habían pasado por la manos de algún Omar Meza y cuanto jefesote iba y venía por todos los puntos del país dando sus “lecciones” revolucionarias. Algo parecido me pasó en La Guaira donde además me dio mucha rabia porque se trataba de grupos de jóvenes muy entusiasmados por la labor proselitista que estaban cumpliendo y de su futuro como “juventud revolucionaria”, pero estaban comandados por un grupo de exmilitares -y algunos “civiles” como ellos nos llaman- quienes, para comenzar la sesión ponían a cantar a todo el mundo el himno nacional, y al terminar lo mismo. Después, habían organizado a los muchachos -un grupo de alrededor de sesenta u ochenta- en una dirección acompañada por diecisiete subdirectores con sus respectivos suplentes. Todos se presentaban antes de comenzar. En verdad no sabía ni que decir ante tamaña locura autoritaria, sintiendo como se imponía sobre un deseo de trabajo y participación tan genuino e inocente; lo único que me salió del alma fue el balbuceo del viejo mitin desobediente, oído por muchachos que se sentían contentísimos con esas palabras, de los militares no sé...tiempos después creo que la tal “juventud revolucionaria” terminó partiéndose en diecisiete pedazos más. De todas formas, en lo que respecta a Guayana, meses más tarde y recogiendo los saldos que fueron dejando el esfuerzo de personas como Enrique, Soraya y Nestor, se logró armar un espacio de acción común en todo el sur del estado hasta la misma Santa Elena que tuvo el nombre de “Frente Patriótico”. No conozco los detalles de esa experiencia pero si sé que desbordó por un buen rato cualquier otro referente partidista, incluido el MVR. La unidad de acción, de libre y horizontal participación, como el despliegue del quehacer constituyente, fue su inspiración; tanto que ya se proponían armar una asamblea popular con delegados de todo el estado. Las tensiones de dos años de electoralismo terminaron desintegrándolo.

Desde los primeros meses del año, hacia la zona occidental del país, también comenzaron a moverse cosas muy interesantes en todo el eje que atraviesa Mérida, Trujillo, Portuguesa, Lara, hasta Yaracuy. Era poco lo que había avanzado organizativamente el MVR, pero quizás por eso mismo la disposición de la gente en respaldar la candidatura de Hugo Chávez, incluso con la intención de sumarse eventualmente al MVR, respondía por supuesto a los nutrientes caudillistas ya examinados, pero sobretudo a la necesidad de potenciar sus propios espacios de lucha y de ajustar sus idearios y proyectos a la realidad revolucionaria que parecía tomar cuerpo en el país, sin ningún sometimiento a los lineamientos de jefes que muchas veces ni siquiera sabían quienes eran o simplemente no les interesaba quiénes fueran. Así se desarrollan debates y se profundiza en elementos con colectivos de larga data de lucha como es el caso del movimiento campesino Jirajara en Yaracuy, retomándose puntos de unidad de lucha que iban desde ese estado hasta los límites con Trujillo. Un diálogo que más adelante fue debilitado por la presión que recibían sus dirigentes ya dentro del MVR gracias a la aparición dentro de la dirección regional de unos verdaderos zánganos, pero que al menos hasta mediados del año 99 fue creando las condiciones para iniciar un proceso de tomas de tierras y de transformación rotunda de la realidad agraria en esa zona que desgraciadamente se quedó congelado en el tiempo. Desde Lara, donde venía creciendo el movimiento pedagógico, se terminó de articular unos de los movimientos sociales que ha sido capaz de atravesar todas las eventualidades por las cuales ha pasado este proceso hasta los días de hoy e imponerse como uno de los polos hegemónicos con mayor capacidad transformadora de la realidad pertinente a su causa, sin abandonar su dinámica democrática y de base e irradiando su enorme potencia sobre otras realidades comunitarias que son aledañas al sistema educativo u otras más lejanas pero que hacen parte de las agendas de lucha de las clases explotadas.

Hablando con Carlos Lanz, quien se mantenía hasta entonces muy escéptico respecto a lo que venía sucediendo, hacemos un balance del proceso en curso poniendo de lado los elementos relegitimantes de la dominación que pueden estar implicados y que eran obvios, centrando el acento más bien en los potenciales protagónicos que se han abierto bajo el influjo de la candidatura de Hugo Chávez. Por ese lado y examinando la dinámica concreta que viene desarrollándose en diversos lados del país, las cosas empezaban a tener un tinte muy distinto. Un boquete enorme se abría en el cielo donde se podía ver a futuro una densa multiplicación de espacios que abrían todos los dispositivos de movilización necesarios para crear una verdadera situación revolucionaria en el país. Se estaban quebrando las capacidades de contención que disponía el poder para frenar la masiva voluntad de cambio, y por otro lado, las burocracias viejas o nuevas podían ser sobrepasadas si efectivamente se burlaban sus capacidades de control arrolladas por amplios espacios de autorganización popular ricos en planteamientos, decididos en voluntad y prestos a jugar un verdadero papel constituyente. Los sueños evidentemente que fueron demasiado lejos, esa “Asamblea Constituyente” repleta de delegaciones venidas directamente de esos espacios, jamás se dio. Admitamos que tampoco hicimos un verdadero diseño táctico y estratégico que nos permitiese avanzar con más raciocinio hasta los límites de ese maravilloso boquete; demasiado fue lo que se dejó al espontaneísmo y la capacidad de cada quien, reconociendo además que nosotros como corriente estábamos demasiado diseminados, dispersos en una geografía enorme fruto de una historia reciente en donde al final

éramos nosotros los que habíamos quedado sobrepasados. Sin embargo, en medio de estos intercambios que se extendieron hacia muchos otros maestros y maestras, más otras razones que él sabrá explicar mejor, el desarrollo del movimiento pedagógico a través de los frentes constituyentes de educadores, en su área empezaron a jugar ese papel de arrollamiento de una manera espléndida; curva que se inicia desde ese entonces (mediados del año 98), cubre el año 98 en medio de una intensa batalla de tendencias dentro de los movimientos de educadores, hasta que finalmente logran abrir el espacio de la llamada “Constituyente Educativa”; instancia por medio de la cual se concluye lo que es en estos momentos el nuevo Proyecto Educativo Nacional. Precioso esfuerzo participativo donde los nuevos paradigmas de racionalidad y conocimiento, de organización y producción de políticas, logran deslizarse por una compleja realidad la mayoría de las veces adversa, hasta concluir al menos la primera etapa de lo que es un auténtico proceso constituyente protagonizado por actores sociales que nunca han detentado soberanía alguna.

Un proceso parecido estaba pendiente en Caracas, a través de las asambleas parroquiales constituyentes que hacia finales de año ya lograban sumar más de doce, incluso en Catia donde empieza a tomar la forma de un proceso organizado en distintas dimensiones: una donde se logra la unidad de distintas vanguardias sociales que son claves para el empuje de un proyecto tan ambicioso dentro de un territorio que se acerca al millón de habitantes; formándose la base de una poderosa vanguardia colectiva donde estarán presentes sectores bolivarianos, cristianos y de base. Y la otra -el gran dolor de cabeza de Iván Martínez y Deyanira González-, nada menos que el ensamblaje y coordinación de una cantidad de pequeñas asambleas populares, delimitadas territorialmente, suficientes como para darle plena legitimidad al montaje de la asamblea parroquial que estaba planteada. Eran bases sociales y políticas en gestación que prefiguraban la generación de un poder constituyente en Caracas capaz de realizar el sueño de una ciudad comandada por la dinámica de una gran comuna revolucionaria que trabajaría transversalmente con el conjunto de espacios constituyentes que venían abriéndose. Pero nuestra Comuna de París no pudo lograrse. Los últimos intentos fallidos se dieron en las postrimerías de las elecciones a la Asamblea Constituyente, ya sin mucha vida. “El fracaso de los poderes populares”, (documento distribuido en cuatro artículos en el diario El Mundo) más que un balance fueron una catarsis para la decepción que cargaba. No obstante, del conjunto de estas iniciativas surgieron otros papeles, folletos, largos artículos, hasta lo que es hoy la propuesta de Redes Sociales, o en el caso concreto de Caracas, el “Modelo de Gestión” propuesto para la nueva Alcaldía, que han servido para sistematizar gran parte de esta inolvidable experiencia y seguir adelante en el proceso de rearme ideológico produciendo nuevos niveles de razonamiento político que puedan ganar hegemonía y convertirse en prácticas concretas de resistencia y participación protagónica.

En un comienzo estas iniciativas que venimos comentando, al menos en la teoría, trabajan en conexión casi perfecta con las tesis de índole táctico y estratégico que se habían adelantado dentro de ciertas tendencias presentes en la dirección del MVR. Se entendía que el movimiento naciente no era más que un frente de unidad popular cuyo papel era absolutamente instrumental: un aparato dedicado a las tareas electorales pendientes, y allí moría. Paralelamente se estarían organizando los “Frentes

Constituyentes” y en general una cantidad de espacios sociales desde donde se estaría fabricando un tejido de participación estratégico muy grande y muy plural que sería en definitiva el espacio socio-político alrededor del cual se desarrollaría la propuesta constituyente, cuya síntesis estaba pendiente tan pronto se convoque a la Asamblea Nacional Constituyente. Era un planteamiento idílico desde el cual trató de reactivarse las adormecidas tesis del movimiento socio-político y constituyente que quedaron flotando entre los años 95 y 96. Su mentor fundamental para el momento fue William Izarra, quien detentó una alta autoridad político-ideológica dentro del chavismo al menos hasta mediados del año 98. Otros, entre ellos Nuñez Tenorio, de alguna manera parecían acompañar tales tesis, matizadas por una ortodoxia que más tarde hará puente con quienes abrían de adueñarse del aparato político. Para Nuñez tanto la propuesta táctico-electoral como la propuesta estratégica de participación, debían estar en función de la creación de una pirámide política presidida por el líder (Hugo Chávez), un partido político que sería el resultado de todo el trabajo participacionista en desarrollo y las masas; vertiente final y legitimante de la escala de autoridad establecida. Una “Idea Zuche” criollizada y que no pretendemos juzgar por respeto al personaje, pero que le cayó de perla a una derecha militarista y vagamente ceresoliana que sin teorizar mucho trabajó y sigue trabajando con esta misma tesis, sólo que con una imagen de partido desdoblada en la presencia políticamente hegemónica de las fuerzas armadas. Para los sectores más burocráticos y reformistas -y en principio antimilitaristas-, igualmente fueron ideas muy útiles para empezar a forzar el reconocimiento del MVR como “partido de la revolución” o en forma más franca y menos mesiánica como “partido de gobierno”. Tesis liderizada por Luis Miquilena que poco a poco termina imponiéndose haciéndole el juego al folklor político nacional, hasta concluir con una admirable clonación de la aborrecida Acción Democrática (aunque sin cuadros y sin programa).

Pero más allá de las teorías y del juego estratégico que fue estableciéndose en el papel, está el proceso real: una lucha tendencial muy concreta que se fue abriendo en todos los linderos por donde se abría paso la necesidad de aprovechar el momento para forzar la caída del sistema partidocrático imperante. Es muy difícil decir cuando y como, ya que se trata de una suma de momentos, tensiones y controversias muy compleja que aún no ha terminado, aunque a estas alturas de ellas han nacido aparatos de poder que comienzan a delinearse perfectamente tanto en las alturas del estado como dentro de la sociedad. Lo cierto es que en la medida en que se fortalecía la candidatura de Hugo Chávez ciertamente la alegría en la calle se hacía inmensa y el temor al menos de la mayoría de los poderosos, algo delirante. Pero subterráneamente otras cosas no tan felices empezaron a cargar de pesadez el ambiente político y militante. Recordando: en Julio o Agosto del 98 se llama a una gran asamblea convocada para la sala de eventos del Centro Comercial Propatria. Sus convocantes son militantes del MVR (básicamente Bernal e Izarra) pero rápidamente esta se convierte en una gran asamblea unitaria del movimiento popular del oeste de Caracas. La sala estaba repleta, por allí pasaron no menos de dos mil personas absorbidas por un entusiasmo desbordante. Además, me llamaba mucho la atención que las consignas que a cada rato se gritaban rara vez se quedaban repitiendo vítores a Hugo Chávez. Por el contrario, lo que más se oía eran consignas alusivas al poder de la base, a la asamblea y la revolución popular. Era un canto a los sueños insurrectos que despertaron hacía casi diez años y que todos sentían que llegaba la hora de realizarlos. Pues bien, esta asamblea fue denunciada por la

dirección de Caracas del MVR como conspirativa y antipartido, responsabilizando a sus convocantes de alzarse contra las “legítimas” autoridades de la organización. Al final todo el mundo se cayó la boca, -”aquí no ha pasado nada”- pero lo cierto es que fue la última gran asamblea libre y abierta en aquella década del movimiento popular caraqueño. En adelante todo pasaría por el filtro de las boinas rojas y sus autoridades.

En la medida en que pasaban los meses, y efectivamente la alegría de la muchedumbre crecía, por debajo comenzaba un proceso de serialización de la masa militante que la irían despojando poco a poco de sus energías revolucionarias más auténticas. Hugo Chávez, dedicado a su campaña, parecía un cometa divino que cada vez que pasaba cerca su presencia le servía a todos para volver a levantar sus sueños, detonar sus cantos, traer sus teatros, pintarse, revivir el entusiasmo colectivo de gritar juntos el deseo de una patria buena, libre y justa. Pero, una vez terminado el mitin, pasado el fervor de la relación directa entre líder y pueblo, algo muy desagradable y muy comentado por todos lados pasaba. El MVR se estaba llenando de viejos militantes de la “IV República” e imponiéndose como sus nuevos jefes, con la conchupancia de la mayoría de las autoridades. Antiguos perseguidores de los bolivarianos ahora eran sus líderes. Por otro lado, empezaba un proceso selectivo y excluyente entre el “boina roja” y el que no lo es; eran bienvenidos sólo los aliados de otros partidos de izquierda o allegados al “Polo Patriótico”. Nuevamente el diálogo fresco y abierto entre militantes de base era forzado a quebrarse, habiendo sido la fuerza casi exclusiva para la fabricación de toda rebeldía que ya vibraba por todas las calles y campos del país. Esto redundaba por supuesto en un proceso de cooptación casi obligante que comenzó a hacerse insoportable para muchos pero que finalmente lo aceptaban dada la trascendentalidad de la lucha. Buena parte de los movimientos populares y sociales se fueron vaciando poco a poco de todo espacio propio de autorganización, de toda visión específica e independiente del proceso transformador, le fueron quitando a lo que ya comenzaba a tener una historia de lucha propia de su capital más precioso: su memoria viva, sus ideales, sus símbolos, sus redes de contacto, su autoridad en medio de los espacios sociales en que se desenvuelven, hasta de sus equipos de trabajo, de los instrumentos y rudimentarias tecnologías con las cuales contaban para arraigarse en sus zonas, estos pasarían al servicio de los muchos sinvergüenzas a quienes se le otorgó una “merecida” candidatura. Era realmente duro observar como el difícil proceso de construcción de un terreno de auténtica autonomía de clase, de una autonomía radical y sin mistificaciones partidarias de ningún tipo, empezaba a desmoronarse en manos de una juerga de oportunistas, representantes del “comandante”, peleados los unos a los otros por liderizar el pedazo de partido que les correspondía, y en cuyos rostros se veía perfectamente el total desapego a las causas de justicia que decían defender. Y muy triste también oír a un Hugo Chávez aludir a los símbolos y claves políticas elaboradas sólo y solamente en las fábricas artesanales de esperanzas de aquellos que sus “representantes” estaban destrozando.

Pero dejemos de lamentaciones que ellas no sirven para nada, además aquí nada está perdido. Lo cierto es que el giro hacia la cooptación y serialización de la militancia que se genera le va quitando progresivamente gran parte de su autonomía al movimiento de base sobre el cual se soportaba la candidatura de Chávez. Habrán todos los días más militantes, venidos de todos los sectores de las clases trabajadoras y medias, pero

adheridos a un aparato donde empezaba a reproducirse por entero la vieja cultura política centrada en el verticalismo burocrático y partidista (aunque es bueno aclarar desde ahora y por justicia que muchos militantes del MVR, guardando plenamente el apego a la radicalidad de la propuesta revolucionaria que se ha venido levantando, trataron y siguen tratando de enarbolar esos valores dentro de la estructura en que están sumergidos. En nuestra consideración por los miedos políticos, el ambiente de persecución que rodea a muchos de ellos y la falta de un diálogo más sincero, estos no han querido hacer tendencia -pública y abierta- dentro del MVR, lo que neutraliza completamente cualquier esfuerzo político que hagan). De esta manera lo que en un momento parecía volver a inundarse del ideario constituyente, pleno de los valores y símbolos propios de una nueva cultura política fundada en la autonomía del sujeto revolucionario (lo que Marx representaba en la figura del individuo social), nuevamente se desdibuja en el panorama procediendo a hacer lo que ya vivimos en años anteriores en menor escala: alienar sobre el comandante los anhelos que son de todos y producidos por todos, llenándolo de poderes proféticos que sin duda alimentará su liderazgo, pero al mismo tiempo servirán de mecanismo para castrar la intencionalidad revolucionaria presente en el espacio político que él lideriza. La cultura religiosa y profética que alimenta en un primer momento la figura del “caudillo igualitario”, ahora secundado por una jerarquía politiquera de más en más decadente, nuevamente se irá imponiendo sobre el intenso proceso de politización que se vivió y no deja de querer seguir viviendo. Lo que parece que nos quitaron de las manos, por medio de los mecanismos espectrales del inconsciente, otra vez será concedido a una voluntad política individual e idealizada. Se repite el 93, se repite el 96, ahora de manera extensísima y arrojando a más de la mitad del país. La politización pasa a ser una forma de religiosidad secularizada, no teniendo forma ni vías para escapar de este laberinto. Las bullas de rebelión que nuevamente despertaban en los años 97, callarán esperando ser servidas y correspondidas en sus esperanzas por la voluntad de un ser magnificado. Lo que vendrá a continuación será la insistencia repetida una y otra vez por parte de una mayoría de la población que reproducirá este comportamiento estimulada por los sucesivos escenarios electorales que serán montados y un aparato político que ahora puede servirse de los medios de gobierno para reproducir esta locura. Un juego infernal ya que empieza a tocar la totalidad del proceso político nacional, donde calladamente renace una derecha militar y civil bien estructurada, frente a la cual hay un pueblo que sólo cuenta con estos mecanismos alienantes para enfrentarla. Esto, si sigue linealmente así, será la crónica de una guerra perdida y una hermosa revolución completamente fracasada.

Los últimos toques antes de llegar a las elecciones que marcaron todo esto viraje, se dan en primer lugar con las elecciones regionales y legislativas adelantadas, donde muchas de las candidaturas propuestas por el “Polo Patriótico” sorprenden a muchos por su desarraigo y mediocridad, además de los mecanismos absolutamente impositivos que son utilizados para la elección de los candidatos. Pero todo esto ya comienza a ser pan de todos los días para los que llevan la cruz de la militancia “patriótica”. Un fenómeno muy importante que da el toque final al asunto es lo sucedido a nivel del proyecto constituyente. Aún se mantenía una gran esperanza de que este siga abierto hacia una expresión absolutamente singular y genuina, fuera de toda tesis ligada al constitucionalismo conservador. De hecho “el partido” todavía no se metía mucho con ella. Pero de pronto vemos como se promueven figuras como la de Hermán Escarrá que

de la nada aparecen cercenando la vitalidad y radicalidad interpretativa de un conjunto de léxicos y de códigos que se socializaban en forma muy rica alrededor de la figura de la constituyente. Con un barroquismo leguleyo indigesto, propio de cualquier abogado de la godarria de mitad del siglo pasado (cuya personalidad y “look” de pañuelo lo confirman plenamente), el amigo pasa a ser reconocido como la única cabeza pensante de las tesis revolucionarias constituyentes. Todos nos convertimos en unos idiotas sin remedio ante semejante lumbrera venida de la expertocracia constitucionalista. Una decisión de la que algunos se lamentarán una vez que el mal estuvo hecho, aunque estoy seguro de que jamás han visto el fondo de la maldad. Hermán Escarrá será el primer encargado de redondear el proyecto constituyente encerrándolo a una versión grotescamente representativista sin ninguna posibilidad de ser oxigenado por fórmulas de participación alguna. “La Constituyente”, arma fundamental de la revolución pacífica y no pacífica, pasará a convertirse en una asamblea de políticos que discuten una nueva constitución siguiendo los formularios tradicionales del liberalismo burgués en cuanto a relegitimación de los ordenes de estado se refiere. El hombre, acompañando a Chávez en travesías y discursos, irá metiendo por contrabando las categorías necesarias para despojar a dicha asamblea de todo poderío revolucionario, en especial, la irá cercando de tal manera que quede perfectamente tácito que dentro de la constituyente no entrará jamás ninguna expresión de participación directa (aquel hombre de Mamera quien después de afirmar que la constituyente servía para “darle más poder al comandante” y que luego de un largo debate colectivo terminará de sugerir que era un instrumento para fortalecer el poder del pueblo, desde entonces sabrá que al menos en esa constituyente ya no tenía nada que buscar). Por otra parte, la misión de la asamblea quedará reducida a hacer una nueva constitución a imagen y semejanza de lo que suceda en la cabeza de los constituyentistas (la verdad es que fueron de un tal ridículo aquellas “jornadas de participación”, como los buzones para depositar sugerencias). Regresamos a las teorías más anquilosadas del contrato social, a Rousseau, a Locke, y a toda una tradición liberal tan remachada en esos días, algo que el mismo Rawls, gran teórico del liberalismo político del siglo XX, ya había cuestionado y puesto en duda. La versión propia de un viejo idealismo prekantiano que sustituye al hecho por la idea, al sujeto por la cosa escrita, renacerá en pleno fervor revolucionario, despojando al proceso de su arma estratégica más importante ¡Vaya paradoja! Todo en “La Constituyente” quedará cercado dentro de estos límites: su tiempo, su espacio, su misión, sus sujetos, sus temarios, sus agendas, sus poderes, incluso la letra final de la nueva constitución, a pesar de algunos justificados aplausos, también tendrá muchísimo del insulso “look” ideológico de nuestro connotado constitucionalista. Después vendrán los Olavarría, Brewer Carías y demás juristas, para finalizar las pinceladas del nuevo cuadro ideológico constitucionalista. En algún momento, poco antes de su muerte, le pregunté a Nuñez Tenorio cuáles eran las razones que justificaban la presencia de un individuo como Hermán Escarrá, la respuesta fue tan absurda y desagradable que no sabía si llorar o reirme.

Hacia finales del año 98, establecido el cuadro tan desfavorable de correlación de fuerzas para los integrantes de las corrientes autónomas que respaldamos la candidatura de Chávez, las cosas simplemente siguieron un rumbo mecánico. Llegué hasta tener una confrontación pública con Nicolás Maduro en la plaza El Valle luego de inaugurarse formalmente la Asamblea Parroquial de la zona. Me tocó dirigir aquel evento donde lo

primero que le pedí a todos es que se despojaron de las boinas de cualquier color ya que se trataba de una asamblea libre, abierta y autónoma, donde lo pertinente no era discutir el problema electoral sino la organización y el futuro de esa comunidad. Luego tomó la palabra Nicolás y lo único que hizo fue desmentirme totalmente, invitando a todo el mundo a cerrarse sobre el plan y los símbolos del partido más las tareas electorales pendientes (habrían unos cien del MVR, del PPT y del MAS entre los más o menos trescientos presentes).

Pero mucho más allá de cualquier diatriba interna dentro del movimiento revolucionario, el gran aplauso se lo debe llevar un pueblo que se llenó de convicción propia y sacó de la manga un triunfo que creyó suyo, y que fue suyo, no sólo por los votos que le dio a Chávez sino por la hábil e incesante movilización que fue capaz de protagonizar contra todos los pronósticos, contra todos los miedos que intentaron meterle hasta por los tuétanos, contra las amenazas de despidos y demás chantajes que llegaban de todos los lados. Y entremezclado con ese pueblo hay que reconocerle a los mismos militantes de base, inscritos o no dentro del MVR, el valor y el fervor revolucionario con que asumieron las tareas de organización sin contar muchas veces con un sólo centavo para llevarlas adelante, ni trabajo para sostenerse en lo personal. Fue sin lugar a dudas una tarea de titanes donde ningún otro sino el movimiento popular supo emplearse a fondo sacando de su cajón mágico de saberes, voluntades y solidaridades el milagro que nadie esperaba, y lo logró. Muchas, muchas historias triunfales se contarán en adelante sobre este fenómeno del chavismo y su victoria del 98, y el desagrado político e intelectual hacia los que fabricaron esta victoria sigue siendo algo pasmoso.

Cuando recuerdo el 3 de Diciembre, día de las elecciones, la verdad es que lo siento con mucha nostalgia y cariño. Me encontraba junto a muchos otros en el único sitio que la burocracia jamás podrá expropiarle a los movimientos populares. Todo el día fueron idas y vueltas entre las redes de autodefensa o subversivas -como quiera llamárselas- por donde tantas veces hubo que pasearse en todos estos años. Las informaciones sobre golpes y contragolpes iban y venían desde la madrugada, por lo que había que montar a toda prisa una cantidad de redes de comunicación, de recursos, de gentes, de casas, de vehículos, hacer los planes respectivos hasta situarse en el lugar debido para cualquier eventualidad. No soy ningún héroe ni experto en estos oficios, pero siempre están los momentos en que hay que asumirlos. Así pasamos todo el día hasta que comenzaron los primeros festejos, y con ellos nuestra calma. Con Inmer y Alejandro nos mirábamos las caras que se tornaban cada vez más alegres y ansiosas por salir de allí y unirnos al festejo. Sólo a las nueve de la noche llegó el permiso para salir del sitio. Pero al llegar a la calle algo raro me pasó, me sentí más bien tranquilo y lleno de una soledad muy plena. Luego de hacer unas llamadas, seguí caminando por las calles del oeste, siguiendo la ruta de la avenida Sucre y me senté frente a la entrada del 23 de Enero. Veía el tumulto como festejaba en medio de la avenida, oía a “los locos del 23” como gastaban sus últimos cartuchos sacando sus ametralladoras y demás artefactos guerreros. La gente estaba desbordada de alegría bailando y tomando. Algunos me reconocían y de inmediato me llenaban de ron, cargándonos en brazos mutuamente; el cuerpo de uno era el cuerpo de todos y no había taima. Luego me dispuse a mirar la ciudad desde un punto más alto cerca de Montepiedad. La ciudad estaba bellísima, llena

de luces, cornetas y música; alegre como nunca. Me acordé de Nicaragua, de su alegría insurrecta, de sus niños tomando las avenidas y cuidando las calles fusil en mano, y de inmediato apareció en memoria la figura de Sergio, subí hasta el bloque de su casa y le dediqué un beso a su memoria...Esa noche finalizaría un largo combate por la libertad, por los sueños que nos han hecho pueblo, y pese a todo habíamos salido victoriosos. Finalmente entendí que al salir de la concha en que me encontraba en realidad me estaba despidiendo de una pequeña, dura, entrecortada, maravillosa historia; sin razones para poder acompañar el festejo con la misma alegría, pero tranquilo y muy pleno.

III. TIEMPOS DE GOBIERNO

1. ¿POR QUÉ HUBO VICTORIA?

¿Cuál victoria?, ¿cuál es esa nueva historia que habría de comenzar? Toca tratar de despejar algunos elementos que podrían ayudar a responder estas difíciles preguntas. Comencemos con algunas notas que aclaren nuestro punto de vista respecto a la relación entre victoria y revolución universalmente. El sentido de la victoria dentro de la historia revolucionaria que comienza a tomar forma desde finales del siglo XVIII, se centra en dos puntos invariables: el primero nos invita a juzgar el hecho revolucionario desde la perspectiva de la toma del poder. Hay victoria siempre y cuando las antiguas elites dirigentes son desplazadas del poder político y sustituidas por una nueva elite revolucionaria que se apodera del mismo. Desde allí comenzará la etapa constructiva de la revolución, viabilizada a través de las medidas que el nuevo gobierno revolucionario empezará a dictar, acompañándose de los sectores sociales y bases político-militares que le han permitido concluir la gesta revolucionaria. El segundo punto hunde su mirada en la significación transformadora de las medidas adoptadas por el nuevo gobierno revolucionario. Empieza la diatriba alrededor de los juicios de orden trascendental, amparado sus horizontes críticos alrededor del carácter de clase o de reivindicación nacional o universal que dichas medidas encierran y por tanto del destino de la revolución. Para los más radicales habrá victoria revolucionaria siempre y cuando las medidas adoptadas se correspondan con los intereses de las clases emergentes que en un momento histórico determinado representan en su más alto grado los ideales liberadores de la humanidad entera. Los más moderados sólo esperarán de una revolución su correspondencia con las reivindicaciones más sentidas por las clases menos favorecidas (entre nosotros la “revolución” del 45 será revolución porque respondió a la exigencia del voto universal de las clases medias y trabajadoras).

Partiendo de este esquema de juicio proceden históricamente un conjunto de discusiones inauguradas por la Primera Internacional entre los más dialécticos y los más mesiánicos. Para los primeros -jacobinos en esencia, más adelante llamados “marxistas”- la revolución tendrá que destruir el viejo aparato de dominio y construir uno nuevo, dirigido por los voceros directos de las clases emergentes (clase obrera en este caso) e imponer una dictadura sobre las antiguas clases dominantes que paradójicamente permita desarrollar hasta niveles insospechados los valores democráticos e igualitaristas reivindicados formalmente por las burguesías vencidas; un aparato de estado que dejará de existir el día que ya no existan razones de fuerza -o clase enemiga- que lo justifique.

Paro los segundos -autodenominados proudonianos o “anarquistas”- la misión de la revolución es acabar con todo poder, procediendo de inmediato a la destrucción de cualquier aparato de dominio que se ha impuesto sobre la sociedad y a construir una sociedad plenamente libre y autogestionada. Entrado el siglo veinte las cosas comienzan a complicarse aún más, aparecen dentro del escenario de la Segunda Internacional los “revisionistas” que defenderán la tesis de un evolucionismo progresivo de las instituciones democrático-burguesas hacia la construcción de una sociedad democrática pero de signo socialista. Una revolución sin revolución y sin destrucción del aparato de estado. Más adelante, el desarrollo de los movimientos anticoloniales obligará la formalización de una tipología revolucionaria que le quitará universalismo a unas y se las dejará a otras. Los movimientos anticoloniales y antiimperialistas se quedarán enmarcados dentro de los límites de las revoluciones de “liberación nacional” (más no de clase), a otras más avanzadas y universales se les dará el denominativo de “democrático populares” cuya misión se centraría en forzar el equilibrio de fuerzas entre capital y trabajo; revoluciones susceptibles a ser emprendidas por países periféricos pero con cierto desarrollo industrial. Y por último, quedarán instaladas en su trono universal las “revoluciones socialistas” capitaneadas en principio por la URSS, cuyo papel no será otro que la derrota definitiva del capital y el imperialismo junto a la edificación de una nueva sociedad que creará las bases para el pase de la humanidad al comunismo.

La complicación seguirá avanzando cuando, después de muchas denuncias desoídas (el asesinato de Trotski casi que fue aplaudido mundialmente, y de Rosa Luxemburgo no se acordaban ni sus compatriotas) y algunas advertencias que parecían avisos macabros y de muy mal gusto, se entretijeron las evidencias suficientes para convencer hasta los más insensatos de que los tales “países socialistas”, con muy pocas excepciones o situaciones excusables, entre los años treinta y setenta se habían dado la tarea no sólo de reventar a las antiguas clases burguesas y a los aliados del imperialismo sino de levantar un régimen despótico que en muchos aspectos más que “un salto adelante” retrocedió la humanidad a los tiempos de las antiguas teocracias bajo la forma de “ideocracias” que conjugaron la idolatría al jefe con el dogma ideológico ceremonializado (Regis Debray). Así la más “universal” y heroica de todas las revoluciones se permitió, en medio de un discurso de liberación del trabajo, la esclavización de las masas obreras, en medio de una gesta que permitiría la desaparición del estado, el levantamiento de una burocracia parasitaria y policíaca como nunca había conocido la humanidad, en medio de un democratismo radical y soviético, la total inculcación de las libertades y derechos civiles (Lenin morirá admitiendo que junto a la “Cheka” y demás aparatos burocráticos de la URSS había levantado un monstruo represivo peor que el estado zarista). Más adelante vendrán las respectivas denuncias hacia las revoluciones de “liberación nacional” y “democrático populares”, las cuales en su mayoría irán degenerado en fórmulas dictatoriales aliadas a sus antiguos enemigos. Mientras tanto los “revisionistas” pasarán a convertirse en simples gestores del poder sin otro cometido que el de salvaguardar los privilegios de sus electores inmediatos: las clases trabajadoras más acomodadas. Por su lado los “anarquistas” en su mayoría terminaron reduciéndose a sectas autocentradas sin ninguna expansión política. Así, las mitologías revolucionarias comenzarían a desmoronarse, abriendo la oportunidad de oro para el contraataque furioso y “con pruebas en mano” de las dirigencias políticas y mediáticas del mundo capitalista. Siguiendo por esa línea, añadido el fin de la

revolución cultural china y la caída del bloque soviético, la “historia revolucionaria” del siglo XX, debería haber dejado completamente muda toda intencionalidad revolucionaria en el mundo y arrasado con los idearios fundantes que le dieron vida hace más de dos siglos.

Efectivamente se había producido una hecatombe en los criterios de victoria que sirvieron para legitimar en sus distintos tonos y variantes las distintas revoluciones, cuando en realidad “la victoria”, después de la fiesta y los sacrificios voluntarios que la mayoría de las clases trabajadoras harían por levantar la nueva sociedad, serviría para hacer de ella una imagen-discurso eternamente triunfalista que serviría para perpetuar de la manera más perversa distintas fórmulas de opresión política y explotación económica de las mismas clases que protagonizaron aquellas revoluciones. La inmensa mayoría de las revoluciones empezaron por servirse de sus padres hasta deglutir a sus hijos por completo. Después de victorias sucesivas y por décadas, la “otra” humanidad capitalista -en especial sus intelectuales y bases obreras organizadas- en muchos casos idealizará (aunque no esté dispuesta a tales sacrificios y por tanto no hará suyo dicho cometido) estas otras sociedades donde el pueblo es el que manda y con su libre y abnegado esfuerzo estaría edificando un mundo y un hombre nuevo. Al desbaratarse la idolatría interna y externa moriría el sueño y con él cualquier criterio que conjugue las condiciones de victoria de una gesta revolucionaria. Se desata la crisis del movimiento revolucionario apareciendo fundamentalismos folklóricos por todos lados, capitulaciones de toda índole y una tendencia generalizada hacia un pragmatismo que terminará en los más bestiales oportunismos, de los que no nos escapamos en absoluto. El trauma siguió y continúa, sin embargo, en raro movimiento de astucia razonable y desde el único sitio desde donde florecen los ideales revolucionarios que es la praxis, la experiencia concreta de la resistencia y la rebelión, empiezan a reestablecerse otros criterios de victoria que nos asombran, no sólo porque obligan a reescribir de nuevo la “historia de la revolución”, sino que ayudan a rediseñar nuestro propio futuro.

Los movimientos sociales que aparecen en la escena desde los años sesenta, hijos benditos de los movimientos obreros y populares que habían torpedeado los grandes centros del poder capitalista a lo largo del siglo, se dan la tarea de trascender los lugares clásicos de la crítica (el salario, las condiciones de trabajo, el derecho al trabajo, las libertades de asociación y la democracia) y llevarlos hacia terrenos insospechados que pondrían en tela de juicio el conjunto de las relaciones de dominación dentro del mundo del capital y la mercancía. Jóvenes estudiantes y obreros, mujeres, homosexuales, habitantes de suburbios, más tarde indígenas, comunidades negras, campesinas, movimientos nacionales, culturales y ciudadanos de todo tipo, reflejarán en su crítica (no siempre muy pacífica por cierto) una nueva cultura de confrontación cuyo énfasis pasaría al terreno del enfrentamiento al dominio y la utilización de las conciencias, del cuerpo, del tiempo y el espacio vital de los individuos, de la expropiación del conocimiento, de los valores étnicos, del espacio nacional, hasta llegar al nudo gordiano de las relaciones valor y la crítica a la mercantilización de la sociedad y la consecuente instrumentalización de sus individuos. Bajo las consignas de la liberación femenina contra la falocracia, el rechazo a todo racismo y a cualquier etnicismo, el enfrentamiento a los ecocidios mas la denuncia de la tecnocracia y la violencia nuclear y mediática, la impugnación a la dictadura del hambre o de los capataces de los feudos fabriles, la

clásica crítica a la explotación del trabajo y el dominio imperialista pasará a convertirse en una confrontación a la totalidad de las relaciones sociales amparadas por el dominio de las maquinarias culturales, políticas y económicas del mundo capitalista, cada quien insistiendo en el lugar donde más le duelen. Movimientos que además ejercen métodos de lucha absolutamente innovadores que se pasean entre la denuncia civilista, los conciertos, el performance cultural, el ridículo escenográfico, la ocupación, la movilización, la barricada, hasta la utilización extrema del terrorismo. Construyen nuevos paradigmas de organización que apuntan hacia las redes de solidaridad y cooperación militante que logran superar con creces la viejas maquinarias leninistas; dejarán atrás el ideologismo dogmatizado y tratarán de acercar entre sí “visiones de mundo” en otro momento incapaces de dialogar como es el caso de las posturas materialistas y las concepciones religiosas de la liberación.

Mientras un mundo idealizado agonizaba podrido entre sus mentiras, su corrupción y su infinita represión, despertaba entre los suburbios olvidados de la sociedad un nuevo “sujeto revolucionario” con colores de arcoiris pero con armas en mano. “La imaginación al poder” toma poder y no precisamente dentro de las oficinas de las burocracias estatales, corporativas o partidistas, sino en el terreno mismo de la calle y la intimidad afectiva de los cuerpos y las conciencias. Una bomba inesperada que se multiplicaría bajo la forma de bolsones de resistencia con áureas hegemónicas tan grandes en algunos casos que llenarían de candela los barrios negros de Nueva York, o serán capaces de poner en huelga a toda la Polonia stalinista, o en los barrios de Jamaica donde un Bob Marley hará de su música un veneno libertario con la fuerza de inundar de nueva sensibilidad a la mitad del globo terráqueo. Serán pequeñas repúblicas renacentistas pero sin príncipes ni mercaderes; un verdadero movimiento civilizatorio puesto en marcha desde los rincones más olvidados del mundo subsumido al capital. El comunismo nuevamente reaparece como “movimiento real” liderizado no por los partidos “marxistas” y sus respectivas iglesias sino por prácticas sociales repletas de una ética combatiente y constructiva que le devolverá toda su fuerza sustantiva.

Evidentemente, luego vendrán los contragolpes, la segmentación y compresión de estos movimientos, cuando no la simple y llana desaparición forzada. Sus limitaciones quedarán evidenciadas (su vanguardismo, su marginalismo, su falta de política, sus flaquezas de organización, su ausencia de estrategia), y se impone sin pararle a la llorantina de nadie el imperio neoliberal, fortaleciendo la capacidad recuperativa que nunca ha perdido la astucia capitalista, la cual termina por debilitar, dislocar y comprimir estos movimientos en pequeñas comarcas desarmadas que en algunos casos negociarán sus ganancias con la industria cultural y los imperios tecnológicos, o en otros se pacificarán bajo la forma de obedientes ONG’s bien pagadas y tratando de llevar el bien y la felicidad al mundo que ha quedado en desgracia. Por su lado los mequetrefes de la ilustración vendrán a hacer lo suyo promoviendo las teorías de las “diferencias” sin reconocer desigualdades, de la “implosión social” como destino último de la humanidad capitalizada, o del fin del ciudadano y el “neoetnicismo de los nuevos agenciamientos sociales segmentarizados y desuniversalizados” (mejor está el “Manual para Reaccionarios” de Otrova Gomas). Pero esto es parte del movimiento mismo, de su realidad como proceso material y socialmente vivo, no es su fin ni su principio, sino una dialéctica interna de tensión y distensión a través de la cual se van

generando los aprendizajes necesarios para ir formando la memoria y los destinos de la renaciente subjetividad revolucionaria. Esta acaba de destaparse de nuevo como movimiento global de resistencia inaugurado en Seattle y consagrado en Praga, pero allí sólo se expresa la faz espectacular de un proceso armado por pequeñas filigranas de organización generadoras de experiencias, sensibilidades, conocimientos que puedan estar a la altura de una lucha de rango global. Un reto descomunal facilitado tan sólo por la inteligencia colectiva que ha ido acumulando datos, sistematizando experiencias, determinando estrategias, estableciendo grandes redes de comunicación, con el fin de posicionarse de mejor manera, afilando suficientemente las espuelas como para confrontar al nuevo Goliat con mejor suerte.

Una de las grandes lecciones que nos dejan los movimientos sociales es la capacidad de restablecer la vieja y perdida “autonomía de clase”, bajo la forma de la “autonomía de las prácticas revolucionarias”. El principio autónomo de clase se amplía como una metáfora que desbordará todo obrerismo cerrado hasta alcanzar al conjunto de los sectores sociales excluidos o sometidos a nuevas o antiguas prácticas de explotación, siguiendo el curso del desarrollo de un capitalismo que tiende a salarizar al conjunto de la masa trabajadora, e invadir todas las realidades públicas y privadas -hasta las más íntimas-, y en esa misma medida a convertir en “ejército de reserva” a inmensos contingentes sociales, sin dejar a ninguno fuera. “La clase obrera somos todos y todas”, repetirán las feministas mexicanas, dándole un rango mucho más abarcante y significativo a la tesis de la liberación del trabajo. Esta nueva autonomía para comenzar hace reventar las tesis leninistas del partido, siendo imposible justificar una organización de elite que fuese capaz de sintetizar (si algún día lo hizo) la conciencia, los intereses y el programa de liberación de una “clase obrera” tan amorfa y diseminada, pero que además ha sobresaltado los límites históricos del propio programa leninista. Nuevas opciones de partido se intentarán sin duda, llevados en muchos casos por una gran honestidad, una gran decisión de lucha. Es el caso por ejemplo del PT brasileño, del Partido de Trabajadores de México, o de algunos de los “partidos verdes” de Europa (al menos en su primera etapa), confirmándose la dificultad de arropar una diversidad tan amplia y explosiva, junto a unas reglas del juego mundialmente vigiladas que le dan tan poca cancha de beligerancia a estos nuevos actores políticos. Lo cierto es que se ha acabado la “era de los partidos” y con ellos también se acaba la “era de los revolucionarios” perfectos e imprescindibles, de unos señores con postura de profetas, caudillos de su clase, que sin ellos nada avanzaría en este mundo ya que concentran toda la voluntad y todo el poder y todo el saber revolucionario. Al morir los profetas de la tierra prometida su mito se desinflará junto con el de los autoproclamados revolucionarios que por un don de autonomasia adquirida lo eran desde el principio hasta el fin de sus días, a menos que abjuren de su antiguo credo.

¿Qué queda entonces?, algo mucho más real y sustancial al hecho transformador como tal: queda la práctica concreta, la practica teórica, la práctica social, la práctica revolucionaria al fin, no como sujeto que vive la plenitud de su trascendencia sino como espacio colectivo desde donde y de manera efectiva se constituyen las relaciones de organización, comunicación, transmisión y producción de saberes, necesarias para encauzar el acto transformador y garantizar el proceso de confrontación a la dominación y sus notables agentes. Nos encontramos frente a las nuevas canteras productoras de

una subjetividad (subjetividad entendida como modalidad de ser: un modo de sentir, un modo de convivir, un modo de conocer, un modo de producir) plural y en movimiento que crece en la medida en que se prueba como fabricante de nuevas opciones de libre asociación social. Son prácticas por definición autónomas frente a cualquier maquinaria tradicional de dominio (Estado, Capital), lo que no quita que en algún momento establezcan vínculos de negociación o alianzas tácticas con agentes del poder establecido que en muchos pueden llegar hasta los predios de algunos partidos, instituciones privadas o de estado. El problema no es de orden principista sino de principio fundante; por ello, tratándose de prácticas ligadas a un interés estrictamente emancipatorio, sus principios de lucha son y han sido innegociables: son innegociables sus conceptos, sus metodologías, sus fines, y por supuesto sus ideales. Negociarlos no es más que el fin de la práctica misma aunque perduren nominalmente los espacios que le dieron vida. Ellas se constituyen por voluntad de los propios agentes sociales que cualifican el quehacer diario de la sobrevivencia y la resistencia, en su interrelación con otros espacios que pasan a jugar el papel de vanguardias sociales, o de grandes redes o instituciones donde proceden a organizarse de manera a priori espacios de lucha por medio de los cuales se apuntala la autonomía de la práctica revolucionaria. Cada espacio vive su propio proceso particular que por lo general pasa por la solidificación del conjunto de núcleos que lo conforman, integrándose mediante una lógica de redes que a su vez se entrelazan de manera multidimensional a otras redes hasta formar tejidos de más en más densos que como sabemos han llegado a tener un alto potencial subversivo. Sus campos de desarrollo han sido tantos como la necesidad lo establece, la estrategia lo pide, y la correlación de fuerzas lo posibilita.

Quizás pareciera que estuviésemos hablando de un nuevo ethos político que tiende a cerrarse sobre su propia lógica y finalmente a automarginarse. La experiencia en ese sentido ha sido muy contradictoria porque en efecto eso ha pasado y nos ha pasado, sin embargo, el principio de la práctica transformadora, su espacio, su autonomía, es al menos uno de los grandes legados que nos han dejado toda esta infinidad de movimientos que lograron cambiar el “sensorium” del mundo y que hoy no dejan de reproducirse “aunque usted no lo crea”... Entre nosotros los productos de estas prácticas los hemos codificado bajo la fórmula de espacios del poder popular (y de los cuales hemos tratado de hablar algo en este escrito circunscribiéndonos a nuestro terruño nacional), aclarándose más adelante que estos poderes llevan la virtud de ser “constituyentes”; se sostienen sobre una realidad política e institucional aún muy gelatinosa, siempre en proceso de recreación, pero distinta, alternativa y frontal ante las prácticas despóticas del “establishment” constituido.

Pero, ¿y los revolucionarios qué?, pues allí estaremos los que deseamos y si queremos llevar semejante apellido aunque sea de hermoso recuerdo, saliendo y entrando probablemente, y en ese sentido “siendo y no siendo” revolucionarios, sin ser imprescindibles para nada, muy necesarios pero “en última instancia”, tratando de aportar en lo que se pueda, facilitar lo que esté en nuestras manos, buscando la construcción una nueva ética revolucionaria despojada de las ansias de poder que carcomió hasta los más probados, revirtiéndola sobre todo lo que enriquezca la vida colectiva e individual a partir de los valores de solidaridad y amor a la humanidad que hemos defendido con pasión (no se porqué pero no hay manera de apartar la imagen del

Che en todo esto). ¿Y qué hay de la organización revolucionaria? Obviamente que la expansión de todo esto “es” la organización revolucionaria por excelencia, ahora, como siempre es necesario quien ponga la primera piedra y ayude a prender la chispa. No hay peor impotencia que la quietud del espontaneismo. La organización militante (la maquinaria revolucionaria) en este aspecto sigue siendo una experiencia inacabada pero muy necesaria; algo que ya nada tiene que ver con la vieja fórmula de los partidos sometidos a las órdenes de sus respectivos “burós”, pero que sigue teniendo las características de un espacio con la solvencia moral, experiencia práctica y la cualificación intelectual suficiente como para darle una direccionalidad política coherente a una diversidad que, aunque no tiene nada de caótica, al menos hasta ahora sigue demostrando una enorme ineficiencia unitaria. Su relación con esa diversidad no es en absoluto instrumental sino motivante y solidaria. En definitiva, la nueva organización revolucionaria no es más que una experiencia que apenas comienza, muy frágil aún como lo demuestran una cantidad de experiencias mundiales, todavía atascada en terribles situaciones guerra como el caso colombiano, de palestina, del kurdistán, o el de euskadi, pero además, penetrada por los efectos de una memoria fatal; un edipo culposo que acomplejiza a cualquiera, todavía repleto de pesadísimos dogmatismos ideologizantes o de pérdidas en el camino que han dejado paralizado a más de uno (nos anotamos en la lista). Pero atención, esperemos que nunca jamás tengamos que vernos con esos gigantes vacíos que portaban la autoridad de vigilar y comandar burocráticamente la lucha de los pueblos. Más de medio siglo se perdió haciéndole caso a semejante bestialidad.

Retomando el tema de los criterios de victoria, pareciera que comienza a aclararse una vía para refundarlos de una manera más sólida. Fin de “la historia sagrada de las grandes revoluciones”, ahora tendremos que ver cuáles son los momentos, los espacios, los campos de lucha, las iniciativas creadoras, donde efectivamente se avanzó y se logró victoria en aquellas experiencias, lo que implica partirlas en mil pedazos, tomar una buena lupa, y volverlas a contar (seguro que la calentera será madre cuando veamos a detalle -mucho más de lo que hoy sabemos- de que manera destrozaron esas pequeñas victorias los mandarines de la revolución). Igual tendremos que hacer allí donde “no hubo revolución”, y donde quizás nos encontremos con revoluciones mucho más profundas que las oficiales que nunca fueron reconocidas y menos idealizadas. Y hacia delante, los criterios originarios pueden seguir siendo buenas brújulas para el juicio, aunque pueden añadirse otras: la “toma del poder”, los “alcances de clase” de las medidas adoptadas, es bueno mantenerlas sólo que en este caso hay que precisar mejor de qué poder estamos hablando y desde dónde y desde quién es que toman las dichas medidas.

No sé hasta dónde este sea un criterio totalmente compartido, creo que aún tiene muchas resistencias con argumentos perfectamente respetables, pero en todo caso el “bay bay” al poder del Estado Nacional, es un hecho cada vez más palpable dentro de las prácticas revolucionarias que venimos recogiendo. No es que por milagro ahora todos se han convertido al anarquismo, en absoluto, el problema es que los tales estados se deshacen como centros del poder; el estado ya no es un espacio susceptible de “vaciar” a través de un acto revolucionario y ser sustituido por esquemas estatales alternativos, y no fuimos ni los marxistas ni los anarquistas quienes acabamos -o

venimos acabando- con su fabulosa majestad, fue el mismísimo capital que desde hace por lo menos tres décadas viene rompiendo las alianzas con estas maquinarias de poder mantenida desde los tiempos de los estados absolutistas (sobre esto remitimos al trabajo de Enzo Del Búfalo “El Sujeto Encadenado”), convirtiéndolas posteriormente en estados burgueses sujetos a las reglas del contrato liberal, pero que en realidad pertenecen a un tiempo histórico mucho más arcaico que el capital y la majestad de la mercancía (los estados fueron un engendro de los regímenes teocráticos, de los imperios paganos, y sobretudo, de las iglesias monoteístas). No son lógicas de poder que pueden emparejarse eternamente, y donde más se ha tratado y se han dado las condiciones para lograrlo que son los Estados Unidos, poco a poco empieza a aflorar una distancia sin tensión que ha obligado a sus gobernantes a convertirse en cuidadosos defensores de los intereses más pueriles de las corporaciones transnacionales que aún siguen trayendo sus ganancias hacia el espacio nacional norteamericano. Una pequeña diferencia perfil frente a un Roosevelt o un Kennedy pero muy significativa de los cambios que se dan en el mundo. Por supuesto todavía le quedan años de esplendor a algunos estados, claro que siguen siendo una maquinaria prodigiosa para sintetizar y organizar las formas más tradicionales del poder, sobretudo si nos referimos a las siete superpotencias; sabemos además cuanto poder ha tenido Clinton, tendrá Bush, el mismo Chávez a su nivel, ni se diga de los jefes chinos. Pero entre las políticas de “descentralización acelerada” y el imperio de una “Comunidad Internacional” conformada por un representativismo interestatal completamente sometido a las reglas del más fuerte y del más rico, donde no cabe la interpelación ni menos la libre elección por parte de soberano alguno, poco a poco se viene disolviendo el otrora temido y anhelado poder de estado, pasando a convertirse en pequeños consulados que administran el poder autorregulado (fin del “contrato social”) que se concentra cada vez más en estos pulpos multilaterales diseminados entre las redes de la microfísica social para quienes no existe ni derecho ni razón que los obliga a respetar soberanía nacional alguna (lo de las “Comunidades Regionales” digamos que elevan su status a nivel de embajadas algunas muy connotadas como la europea, pero su rescatada “soberanía” es puro cuento chino; allí está Kosovo para demostrarlo).

Lo cierto es que los estados, y todo ese mito que se creó alrededor de los “estados revolucionarios” de las “democracias populares” o del “socialismo en un solo país” es un sueño pasado y sin retorno, una utopía demostradamente inútil y dolorosa que obliga a situar el acto de la “toma del poder” dentro de un campo mucho más indeterminado y móvil que pasa por tomar el poder en espacios específicos de orden territorial y social (comunicacionales, escolares, vecinales, productivos, gremiales, espacios públicos o privatizados, tierras productivas destrozadas por el monocultivo, territorios a salvar frente al ecosidio, etc), más la “construcción” de nuevos poderes no estatizados ni privatizados (donde nos encontramos en su más alto grado importantes discusiones que vienen haciéndose a nivel de las luchas por la autodeterminación social y nacional en algunos casos), y la correcta alianza, si se puede dar el caso, con regiones particulares del poder que aún detienen los moribundos estados nacionales, incluida la interminable negociación por el reconocimiento de los derechos humanos y posiblemente la participación electoral de algunos aventureros a ver qué pueden aportar directamente desde allí. En definitiva del desarrollo efectivo del “poder de rebelión” y de su manifestación constituyente se abre la posibilidad de ir mapeando un nuevo

laberinto político cocido por sistemas alternativos de gobernabilidad popular cuyas proyecciones territoriales pasan sin privilegios ni escalas jerárquicas, de la localidad y la cotidianidad de los modos de vida, hasta la inmensa envergadura de las redes planetarias de lucha. Al fin y al cabo, ellas son una respuesta en sus distintas escalas a los actuales flujos del despotismo globalizado establecidos bajo “capitalismo tardío” como lo ha llamado Ernest Mandel. Y adelantándonos a una de las objeciones de rigor, en ningún momento estamos afirmando que ha llegado el fin de las naciones o de toda “identidad cultural” como algunos han querido interpretar; detrás de estos procesos se mueve de manera sorprendente un renacimiento de las identidades (no ligadas a “esencias metafísicas” u “orígenes míticos” ni al “neoetnicismo fragmentario” sino a prácticas concretas de resistencia cultural que han sabido sobrevivir en esta endemoniada guerra) que intentan liberarse del control o la sumisión a las formas despóticas tradicionales, lo que ha llevado a fundir en grado cada vez mayor las dimensiones civilistas, clasistas y culturales de las luchas emancipatorias.

No es esta una estrategia de “victoria final”, se trata de recomenzar la experiencia fallida de la toma y la construcción del poder desde una lógica absolutamente distinta, negando cualquier autonomía a la “forma estado” y tratando de fundir en todo lo posible la dimensión social, cultural y política que encierra la problemática del poder. Una lógica que no sólo pasa por las neuronas racionales, es ante todo y como bien lo establecieron Negri o Guattari al delimitar el concepto de la “biopolítica” en su dimensión revolucionaria, una nueva sensibilidad que hace de la “victoria” un acto de reafirmación de la singularidad frente a la castrante homologación del alma humana que viene barriendo con regiones sociales enteras y frente a lo cual nuestros estados se mantienen como borreguitos a las órdenes de la Mac Donald’s (desde Cuba hasta Dinamarca, y no porque sean unos “vendidos al imperialismo” -los que tampoco faltan-, es que sólo acatando sus reglas lograrán sobrevivir). Pero aún así hay que admitir que se trata de una estrategia todavía muy limitada en sus horizontes inmediatos, ya que, por un lado, no da respuesta definitiva al siempre presente poder militar que tiende a concentrarse en nuevos medallones militaristas tipo OTAN, pero allí sigue estando, ni al problema del ¿qué hacer? frente a la consolidación del imperio globalizado; un imperio “intomable” a menos que nos hagamos tan fascistas y tan abstractos como ellos. Lo que nos lleva al gran problema de nuestro vivir diario (la realidad de nuestro propio problema “meridional” ya planteado por Gramsci) y que venimos arrastrando con todos los colonialismos que han pasado por estas tierras: ¿cómo enfrentar el hambre y la exclusión?, ¿cómo acabar con aquello que nos fragmenta, nos llena de violencia y nos empobrece hasta hundirnos en el vacío más triste y desesperante?, ¿cómo nos convertimos en generadores de riqueza sin doblegarnos a poderes tan absolutos y desterritorializados?, ¿es posible una red globalizada o al menos continentalizada de espacios y sistemas alternativos de poder que empiecen a trabajar en alianzas productivas directas sin pasar por las alcabalas de los mercados monopólicos?.

Se trata de incertidumbres que no podemos responder encerrados dentro de los parámetros de la “toma del poder”. Éste ha dejado de ser un acto único que le roba el verdadero protagonismo que tienen los difíciles procesos de construcción de una sociedad distinta. Nada garantiza el “quién” está en el poder (y dejemos esa imagen del “poder” en su estadio más indeterminado, sin restringirlo al “poder de estado”) sino las

dinámicas reales que somos capaces de desatar en la medida en que ellas invierten totalmente las formas de dominación liberando las relaciones que lo constituían. Entramos en un mundo mediado particularmente por el problema de la conceptualización, la planificación y la gerencia de las dinámicas alternativas sostenidas en la participación activa de los distintos agentes sociales dentro de ellas, que no es más que el protagonismo inmediato que lograrán alcanzar las clases subalternas en el control de estos elementos funcionales de la construcción. Cualquier victoria o triunfo depende en última instancia de la eficacia con la cual se pueda avanzar en el desempeño de estas funciones naturales a todo proceso. Pero el juego del proceso no sólo habla en idioma positivo, de manera reiterada, al empezarse a desarrollar formas de control social y popular alargadas sobre todo lo ancho y largo del radio de los poderes que se ha venido tomando y construyendo, se suman otro conjunto de mediaciones, como efectivamente ha pasado entre nosotros, donde nos encontramos con las interminables batallas que tendrán que darse contra un universo de actitudes resistentes a todo cambio, que inundan de complejidad todo estos procesos, estando concientes que en ningún momento serán liderizados por sujetos puros ni por ideas que trascienden a la experiencia inmediata o a las memorias prácticas, por el contrario, encontraremos lo atados que aún estamos a viejos reflejos de comportamiento que por lo general tienden a traicionar los “ideales”. Pero además, cualquiera sea la dimensión de poder en que nos encontremos, siempre habrá que contar con la presencia de cuerpos oligárquicos, de macros y micropoderes profundamente contrarrevolucionarios, que se reproducen como criaturas malditas, recordándonos que ninguna realidad muere por decreto, que el pasado continuamente se reintroyecta sobre los presentes progresivos haciéndolos estallar en una infinidad de casos. Y no estamos refiriéndonos sólo a la representación clásica de toda oligarquía retardataria, tampoco a algún sujeto productivo, más bien estos parecen ser la improductividad convertida en agente parasitario del poder; de hecho son como el camaleón humanizado: hablan cualquier idioma, adoran cualquier ídolo, abrazan cualquier ideal, se someten a cualquier regla, porque su misión es simplemente posicionarse de los lugares claves que les permita manejar a conveniencia relaciones y espacios de decisión allí donde ellos se constituyen, y su deseo máspreciado: mantener las dinámicas acumulativas de control y riqueza particular desmantelando cualquier posibilidad de desarrollo de las bases materiales y culturales que tenderán a quebrar tales modelos de acumulación. Son los grandes expropiadores de la plusvalía política que produce la dinámica de lucha de los movimientos populares.

El “humus” que rodea todo proceso transformador se va formando al menos sobre estos momentos: positivamente se trata de abordar con eficiencia el conjunto de funciones propias de todo proceso, mientras que en polo negativo nos encontraremos con un campo minado desde dentro y desde sus entornos que tiende a ahogarlo o a partirlo en pedazos. Ahora, victoria en la batalla pero también en la actitud: si estas mediaciones no son transparentadas en forma explícita y abierta, predominarán en todo momento, como lo atestigua la corta historia del socialismo, las guerras y las adversidades políticas y verbales ante el enemigo externo, pero el campo antagónico sobre el cual se crecen estas experiencias será silenciado justificándose en la presencia del enemigo externo. La muerte del debate y de la transparencia comunicativa, cruza la crónica de todas las revoluciones del siglo XX y explica en gran parte el momento en

que estas dejaron de producir “hombres nuevos” para convertirse en máquinas generadoras de idólatras, hasta terminar en la más profunda desesperanza.

¿Qué tiene que ver esto con el “carácter de clase” -ver transformadoras- de las medidas a adoptar? Pues que ninguna medida, política, programa, proyecto, etc, tiene “en sí” carácter de clase alguno. “El camino al infierno está hecho de buenas intenciones”, reza el dicho. Y en efecto, no se trata sólo de tomar medidas o definir políticas, con ellas solamente estaremos viendo en un buen espejo las intencionalidades que mueven los nortes de la acción. Pero la acción misma, como vimos cuando tratamos el asunto de la estrategia, es penetrada por un conjunto de tensiones, o de condiciones de posibilidad, de condiciones de “triunfo” (entendido desde el punto de vista de la liberación efectiva de las relaciones de dominación constituidas) que se instalan como agentes, momentos, retos o enemigos del accionar transformador. El carácter de la medida tendremos que verlo entonces desde la perspectiva de sus propias mediaciones: de los niveles de participación y eficacia en sus fases de conceptualización, divulgación, planificación y gerencia o ejecución, desde la voluntad de confrontar sus debilidades intrínsecas ya apostadas en la subjetividad de su protagonistas, desde la capacidad que tengan de anular la acción de las oligarquías endógenas a los procesos de cambio, y finalmente, la transparencia comunicacional con que se asuman todo este cúmulo de situaciones.

Pero no alarguemos demasiado este asunto que de hecho amerita de cien páginas más. Para sintetizar, la emergencia de los movimientos sociales como espacios y prácticas de luchas alternativas al “paradigma soviético”, en nuestra consideración se ubica tanto en las nuevas esferas y sujetos de lucha que se desprenden de su accionar, como sobretudo la nueva lógica de construcción a través de la cual impregnan al conjunto de los movimientos resistentes y revolucionarios en el mundo. Mientras el leninismo, y a posteriori, el radio hegemónico que se desprendía de los distintos “socialismos reales” (y en su ausencia la social-democracia), segmentaron la multitud entre cuerpos “dirigentes” (sintetizados en la forma partido) y “masas dirigidas” (representadas por sus distintos órganos corporativos) que eran llevadas de la manito por el sendero de la libertad, los movimientos sociales recobraron el sentido de unidad y de diversidad de las luchas proletarias. Rompiendo con la “recuperación” que hizo el leninismo y la social-democracia de los esquemas de división de poderes que la burguesía hábilmente fue introduciendo en la misma medida en que se iba expandiendo como mercado mundial, los movimientos sociales se centraron desde un primer momento en la superación de esta lógica, devolviéndole al colectivo el papel de “mesías” de su propia liberación. Es una premisa que aún se bambolea entre la forma utópica vacía y el movimiento real, cruzada por muchos problemas a la hora de su implementación práctica dentro de los procesos reales (las alcabalas de la mediatización y la representación siguen reapareciendo de manera casi inevitable), pero en todo caso mucho más sana y mucho más “política” que el idealismo de un “socialismo científico” que se anunciaba a sí mismo como la escalera infalible de llegada al cielo.

De manera casi definitiva, una vez asentados dentro de las distintas sinergias de lucha, los movimientos sociales han ido extendiendo su hegemonía sobre el conjunto de los movimientos de lucha, tanto que en estos momentos cualquier proceso de confrontación si no quiere morir ahogado dentro de las camisas de fuerza que supone la

visión corporativa y segmentada de la lucha popular, no hay otro camino sino el de verse a sí mismo como un espacio más dentro de la enorme heterogeneidad que ha marcado siempre a los movimientos sociales. Actualmente esto de los “movimientos sociales” ha dejado de ser un fenómeno juvenil y un tanto folklórico dentro de los escenarios de la conflictividad social para transformarse en una lógica de lucha; en un modelo abstracto (muy indeterminado afortunadamente) desde donde se intenta regularizar el desenvolvimiento concreto de cualquier espacio de lucha, llámese sindical, agrario, cultural, hasta alargarse al interior de las de la maquinaria de las estructuras de acción revolucionaria (un nivel de abstracción que se acopla en ese sentido a la nueva dinámica del capital como agente imperial de regularización del orden político y social). Se rompen los segmentos, las corporaciones, las barreras que dividían de manera teoricista y a priori al mundo proletarizado, restableciéndose canales de unidad que habían desaparecido prácticamente desde los años cincuenta; última gran época del internacionalismo decimonónico. Hoy en día, gracias a este nuevo espíritu de “reunión” encauzada en la lógica de los movimientos sociales, podemos constatar el resurgimiento del clima “internacionalista”. Después de Seattle, luego de los grandes encuentros de Chiapas y Barcelona, se reúnen en estos días en Porto Alegre delegaciones del mundo entero que vienen a ofrecer “sus piedras” y encauzarlas en una sola lucha contra el demonio de la globalización, del neoliberalismo, y a favor de la construcción de un espacio societal alternativo al imperio mundial constituido. No hay verdades infalibles en quien sostenerse sino metas políticas que cumplir; grandes necesidades, grandes sueños que a todos nos pertenecen y que nos reúnen por igual bajo una bandera policromática y absolutamente autónoma frente a la institucionalidad del orden mundializado.

Uno de los grandes descubrimientos de Antonio Negri, y en general del autonomismo europeo como de las corrientes históricas en latinoamérica, ha sido precisamente el de identificar la línea del “poder constituyente” como la matriz fundamental que se mueve detrás de este nuevo internacionalismo. De la “toma del poder” como mito que movió al movimiento revolucionario desde hace casi dos siglos, poco a poco emerge una nueva cara de una misma pulsión libertaria hacia un horizonte de lucha mucho más plural y efectivo desde el punto de vista de la construcción política de nuevo orden. La “toma”, como norte racional de la acción, ya no dirige su estrategia hacia el uso de un poder externo a su dinámica, sino a la constitución de una nueva organización de las relaciones sociales y de producción fuera o dentro de los espacios “tomados”. Si se “toma” una tierra, un sindicato, un sistema de salud o educativo, los espacios de un poder local, se recupera el derecho a la autodeterminación de una nación sometida, o simplemente se inicia la construcción de una red de comunicación alternativa, poco importa el mandato que allí se tenga, el problema se centra en desbaratar la lógica de poder allí establecida e iniciar el proceso de institutivo de un orden no teocrático, no represivo, no representativo, no salarial, no ajustado al despotismo de la división social del trabajo. Los muros ideológicos y prácticos que ordenaban la explotación dentro de cada uno de ellos tendrán que ser derribado y abierto a la difícil aventura de la participación y la socialización de la riqueza. Para ello no hay fronteras ni ataduras corporales absolutas; se trata de un movimiento único y de múltiples dimensiones que va desde lo más local hasta la proliferación extensa de espacios constituyentes que se mueven globalmente. Es la apuesta de los “proyectos

alternativos”: un mundo sin ciencias infalibles y de máxima incertidumbre de donde aprendemos y aprenderemos cada vez más emplazados por el deseo de abrazar una frontera que no deja de moverse hacia el infinito y de manera circular, topándose siempre con nuestras limitaciones naturales porque definitivamente no somos dioses ni el universo es nuestro. Un mundo sin llegada donde a la final siempre estará esperándonos la constancia de nuestra chiquita y animalísima humanidad.

Ciertamente habrá victorias, habrá derrotas, y el único criterio de avance no puede ser otro que el fomento efectivo de un nuevo tejido de relaciones sociales a partir de las cuales se pueda ir quebrando la lógica de poder suscrita al imperio supranacional que hoy reina. La revolución mundial espera por la organización de su “tercer estado”, de un espacio mundializante y dinámico que permita unificar las luchas y articular los flujos de emancipación. Mientras tanto estaremos presenciando la “vuelta a la calle” de los movimientos populares y el estallido de mil intifadas, que tendrán que vérselas con la complejidad de sus propias entornos nacionales y sociales. Memorias variadísimas, culturas que lo atraviesan todo, necesidades aplastantes, y dinámicas políticas encerradas dentro de una correlación de fuerzas específica, que irán determinando en su forma y contenido la aparición de una inmensa heterogeneidad de formas de resistir y confrontar el orden de explotación...y nosotros parece que también comenzamos.

¿Qué hay entonces de nuestra victoria en aquel Diciembre del 98? Programa y vida, la alegría y la pasión de un momento confrontada con los grandes idearios que siguen inspirando lo que hacemos entre los rincones del mundo. La realidad no había caminado por los rieles de nuestros deseos o de nuestras utopías, pero efectivamente nos daba por primera vez un guiño de esperanza; ahora todo dependía de nosotros. Ese gentío en las calles era lo fundamental, era una multitud que se aplaudía a sí misma, aún incrédula de lo que había pasado. Fluía por primera vez después de muchos años un gran sentimiento de “reunión popular” sobre el cual era posible que empecemos a construir al menos pedazos de realidad ajenas al yugo y la colonización de las relaciones sociales que ya tiene algunos años por estas tierras. La “revolución bolivariana” era y es un mar interminable de contradicciones y mistificaciones que se fueron sumando a largo de estos años; un mundo gótico que para cualquier tribunal de buena conducta revolucionaria luce como una gran mentira donde en el fondo lo único que está buscando es relegitimar las destagastadas instituciones del estado burgués. Eso puede o no ser verdad, de todas formas sería una afirmación que no tendría manera de “falsearse” y por tanto inútil como argumento, empezando porque ninguna realidad es verificable por las intencionalidades personales o grupales de sus principales “vedettes”, sino por el devenir concreto de los hechos que la van transformando.

Pero de todas maneras eso es lo que menos nos interesa. Lo que importa en este caso es que se ha conseguido un triunfo de los valores democráticos más genuinos, nacidos no de los cuarteles, ni de las reuniones de restaurant de los líderes de la “V República”, sino de un accionar colectivo aún informal que gestó sus primeras cadenas interactuantes a finales de los años ochenta y que fue desplazando precisamente la incesante búsqueda de relegitimación institucional que buscaron los principales personeros del estado burgués (criterio de acto). La resistencia ejercida en todas sus modalidades había comenzado a practicar una nueva cultura política sobre la cual era y

es posible levantar una sociedad que confronte sin tregua las relaciones de explotación y despotismo incrustadas por todos sus poros. No era la revolución proletaria ni nada que se le parezca; esa revolución aún estaba depositada en el cuerpo de su caudillo como agente monopólico de los deseos colectivos, sin ningún espacio de autonomía clasista con una identidad reconocida y suficiente hegemonía que permita convertirla de inmediato de una gesta de liberación realmente profunda. Faltará por tanto la dura tarea de construir los hilos orgánicos, los espacios institucionales y productivos que permitan regresar a tierra los valores conquistados hasta convertirlos en una vivencia materializada del cuerpo social. Hay por tanto “otra” revolución pendiente, no contra “Chávez” como símbolo de este proceso, sino en contra de los terribles enemigos de estos valores y que de ahora en adelante tendrán una buena oportunidad de imponerse políticamente a través de las aparatos de cooptación y mediatización de cualquier brote de autonomía social que desde el año 98 empezaron a sacar las uñas. Las “dos almas de la rebelión” de ahora en adelante estarán incrustadas dentro del “proceso” en cada una de sus etapas y momentos, en cada una de las discusiones y decisiones a tomar, en cada uno de sus proyectos y estrategias, desde las grandes alternativas frente a los nuevos cuadros planetarios hasta las iniciativas más locales y urgentes. Eso, como decíamos, tiene un tiempo limitado, las definiciones esperan, pero al fin ese 3 de Diciembre apareció el escenario desde el cual una confrontación situada dentro del corazón del proyecto revolucionario era posible sin esperar la caída de ninguna oligarquía política.

Una autopista muy frágil y llena de esporas, la del chavismo, será el camino de los derroteros de esperanza. La calle del 3 de Diciembre antes de ser revolucionaria, era fundamentalmente chavista; la fe dispuesta en un hombre ahora tenía la bendición del cielo; los votos depositados por el dios soberano hicieron explotar la maquinaria puntofijista poniendo por delante la figura de un caudillo revolucionario que nos devolvía el placer de revivir uno los sueños más queridos en nuestra memoria vernácula: un pueblo reunido, un líder bravío, un enemigo vencido, una gran esperanza por delante. Evidentemente la mísera realidad se encargará de decimos, no lo engañados que estábamos ni lo falso de aquella creencia -pueblo que no cree no vive-, sino que esta es sólo una creencia, un motor de vida extraordinario pero incapaz de hacer mundo por sí sólo. Lo cierto es que el recurrente misticismo por héroe necesario quebró la secular racionalidad del enemigo y se impuso dentro de una realidad desbordada por una religiosidad bastarda que se guarda y se reproduce como niño obstinado y malcriado.

Pero la victoria no estaba adornada únicamente de religiosidad. Decíamos que su mayor valía estaba en la memoria de lucha que habrá de sintetizarse sobre ella y en los valores democráticos que en ella se fueron depositando. Una síntesis de recuerdo tan brava que de inmediato empezó a rescatar ya no sólo su memoria inmediata, lo que ha podido recoger desde el 27-F y el 4-F, o la memoria legendaria del heroísmo independentista, sobre la que se sostiene el bolivarianismo; también aparecen en escena los guerrilleros del sesenta y toda esa “otra” memoria que después de haberse hundido en la derrota y muerto entre las hablaturías de la memoria colectiva, ahora retomará vuelo reintroduciéndose dentro de las crónicas oficiales de la “Venezuela heroica”. En otras palabras, la victoria del 3 de Diciembre (no sabemos si por primera vez, aunque sería bueno preguntarle a alguien de la generación del 23 de Enero cuáles son los parecidos en este aspecto entre una fecha y otra) fue rápidamente reconocida como la

victoria de todos los ancestros que aún registra nuestra historia revolucionaria. El carácter “refundador” de patria que le dio Hugo Chávez a la gesta que él liderizaba quedó expresamente legitimado en esta invocación a todo lo que gira en torno a esa memoria: el 3 de Diciembre había triunfado la “Patria Buena”; dentro de sus tumbas Aquiles Nazoa lloraba de felicidad y Cabrujas se mordía la cola de su genial incredulidad. Una invocación tan espléndida de la memoria popular de lucha, también le daría al 3 de Diciembre un velo de victoria clasista y popular innegable. Algo que muchos líderes bolivarianos empezaron por restringir tratando de absorberla dentro de una memoria o al menos un sentimiento más institucionalizado y con menos sabor a pimienta negra. Era evidente el miedo que muchos sintieron ante la avalancha proletaria que podía venir; y obvio que no eran sus intenciones. Al menos hasta ahora no lo han logrado, a estas alturas lo único que quedaría es que el colectivo reniegue de aquella victoria y la tire al cesto de la basura historiográfica, manteniendo el común denominador de muchas de las gestas de victoria que luego se transformaron en razón para una nueva desesperanza. En todo caso, por criterio de acto (los actores que la hicieron posible) como por criterio de recuerdo (la memoria que fue capaz de destapar), sin duda que la victoria del 3 de Diciembre fue una gran victoria popular.

Prosiguiendo con lo más sustancial, apreciamos dentro del 3 de Diciembre una victoria de los valores que permitieron al movimiento revolucionario salirse del entrampamiento en que lo había dejado la catastrófica historia del socialismo real. Dentro de aquella masa movilizadora por su alegría se movía en forma simultánea una corte plena de religiosidad pero a la vez la más profunda racionalidad revolucionaria. Muchas ganas de venganza contra un enemigo que comenzaba a ser odiado pero a la vez muchísima claridad en cuanto a la canalización constructiva, libertaria, justiciera, que habrían de tener aquellos deseos. Nada más lejano al odio fascista que las rondas de ron y baile que se manifestaron por la avenida Sucre, e igual, nada de esto tenía que ver con la “naturaleza” democrática del pueblo venezolano. Eran valores de libertad conquistados y profundizados a través de un permanente repudio a los partidos del status y al sistema totalitario de representación que jamás dio pie para la invocación masiva al autoritarismo ni el deseo fascista de exterminio. Y no faltaron intenciones hacia ello: desde arriba con los cruces militaristas que muchas veces traslucían por las filas bolivarianas por su ala de derecha, como por parte desde las oligarquías que nunca desaprovecharon la ocasión para meter la cuña autoritaria, y por debajo, con los repetidos y vejuzcos cuentos de cuando éramos felices y perezjimenistas. Pero el ciclo valorativo no se estancaba en un simple democratismo. La “proyección” de futuro (criterio de mañana) borrosamente se movía alrededor de la asunción del poder popular a un sitio determinante dentro del nuevo orden; principio que se fue estabilizando alrededor del principio de participación, y más adelante en el principio de soberanía (por cierto que siempre me ha llamado mucho la atención, primero, que desde entonces, salvo el presidente y los cenáculos de gobierno, aquí nadie hable de revolución sino de “proceso” a secas, pidiendo compromiso con él sin referirse a ninguna revolución. En su color crítico se trata de un claro rechazo a la retórica revolucionarista y en su lado positivo un salto por encima del mesianismo vanguardista; -”dentro de un proceso nos hemos embarcado, el mar está abierto pero los límites invisibles”-. Y luego, que no sean las ídolas bolivarianas a quien se invoque a cada momento: “ahora el pueblo es el

soberano”, es la suma invocatoria que se repite una y otra vez, destacando la importancia constitutiva que tendrá el “proceso” dentro de la conciencia colectiva).

Participación, proceso, soberanía popular, eran valores en movimiento y en construcción desde hace diez años, sin adecuación aún a ninguna práctica autónoma que haya podido expandir su radio sobre un amplio espectro social (las cuales sólo han podido guardar la facultad de oscurecerse y revivir en espacios de lucha popular muy concretos), pero son estos principios, convertidos en parte de la semántica de la calle, los que estarán fabricando los puentes con la racionalidad de lucha que inauguraron los movimientos sociales.

No nos estamos refiriendo ni a correlación de fuerzas ni a programa alguno, sabemos lo que ha pasado al interno de los núcleos dirigentes con las tendencias más progresivas y autónomas y lo mal paradas que han quedado, nos referimos al clima de calle, al actor real de este proceso tan intensamente vivido durante el año 98. Allí se ha despedazado el conservadurismo popular y se han puesto sobre el tapete valores políticos que son parte sustancial de la lucha revolucionaria de hoy en el mundo. La “res extensa” del movimiento rebelde al menos ha podido penetrar el lenguaje colectivo, dando las pautas para que se convierta en un regulador de las nuevas relaciones sociales por construir. Una poética colectiva de este orden es un arma sustancial de victoria, y es en nuestro criterio, la condición misma para sostener un camino materialmente transformador. El futuro quedó abierto.

Resumiendo, es sobre la base de estos tres criterios mencionados: sobre el criterio de actor o protagonista, sobre el criterio de recuerdo o memoria, y sobre el criterio de futuro o proyección, en los que nos basamos para sostener que aquel 3 de Diciembre hubo victoria popular. La “toma del poder” (vista con la misma indeterminación en que la hemos comentado anteriormente) ha quedado por verse; los escenarios de “toma” esperan por la decisión colectiva. Por ahora no hay otra toma que la que yace tanto en el cuerpo del caudillo y en el sustrato profundamente religioso que ha movido esta gesta de rebelión, como en las enseñanzas de autonomía, de orgullo por la soberanía indelegable del accionar colectivo, que discretamente se han ido colando a lo largo de diez años de variadas y duras luchas populares y que ya tienen sus sinónimos en el vocablo de la calle. Es un juicio que no tiene ningún interés en saber si nos hemos “tomado el estado” o si nos hemos enfilado por la senda del socialismo científico o de la democracia popular. Muerta cualquier premisa sobre la cual sostener la validez histórica de dichos proyectos, ahora nos toca ver por dentro, por la anatomía, la circulación y el alma del movimiento de masas, por el desarrollo de las prácticas autónomas, por la verdadera situación de victoria o derrota en que nos encontremos en cada uno de los puntos de realidad donde habrá que dar la batalla. Seguirá habiendo victoria, y sin embargo habrá derrota en puntos que duelen muchísimo (sobrevivencia de la partidocracia, de las mafias bancarias, de los oligopolios de la tierra, de las políticas monetaristas, y pare de contar). De todas maneras suponemos que la primera gran victoria atribuible a todos y no a una dirigencia revolucionaria en particular, sólo puede ser aquella que anuncie el fin del hambre, de la exclusión social, de la buhonerización de nuestro mundo productivo, de la desaparición del estado de corrupción y el advenimiento de una nueva institucionalidad plenamente participativa; a esa aún le

queda mucho tiempo por delante, y una cuantas rebeliones quizás. Rebeliones que tendrán que tomar una forma de mundo, de continente, y no sólo de nación; articuladas a estrategias mundializadas de lucha so pena de morir por inanición. Pero de lo que sí estamos seguros es que lo único que nos asegura ese primer gran triunfo ha comenzado a correr entre los nuevos tejidos de asociación que los nuevos valores políticos nos han dejado. Era en Catia, un 27-F, arrinconados por un ejército asesino donde empezamos a ver este fenómeno entre rapidísimos movimientos de cooperación y politización de la actividad de rebelión; ahora, viviendo la alegría del 3 de Diciembre, parecía que le había llegado la hora para potenciar su expansión más allá de toda imaginación, llévase quien tenga que llevarse por el medio.

2. TRES TIEMPOS DE GOBIERNO

Antes de comenzar aclaremos que no es nuestro objetivo hacer un análisis del gobierno de Hugo Chávez, ni siquiera del movimiento de fuerzas que se han dado en estos dos últimos años. Lo que nos interesa constatar son las ventanas que quedaron abiertas después de diez años de lucha popular y la victoria del 3 de Diciembre dentro del nuevo gobierno bolivariano, recogiendo algunos hechos que nos parecen claves y puntualizando ciertos límites que consideramos infranqueables dentro de la historia en curso.

Las sucesivas etapas por las cuales va pasando la lucha popular a lo largo de estos años (tiempo de rebelión, tiempo de constitución, ahora tiempo de gobierno) suman probablemente una de las experiencias políticas más importantes por las que hayan pasado los movimientos populares en nuestro país, al menos desde los tiempos de las guerras federales y campesinas. Desgraciadamente todavía estamos metidos en el movimiento puro de todo esto y es difícil percibirlo en su más vasta dimensión. Cuando Chávez, luego de ser nombrado oficialmente presidente electo del país, ante una multitud que lo aclamaba en la plaza Caracas dice: “Yo seré el presidente de la república, pero el gobierno lo ejercerá el pueblo”, estaba decretando nuestro cuarto intento de “revolución francesa”. Habíamos tomado nuevamente La Bastilla, derrocado al Rey, y decretada la soberanía del pueblo. Más adelante vendrá la oportunidad de componer nuestra constitución soberana, definidos los derechos ciudadanos y establecidas las bases para generar un orden formal de soberanía popular. La ideología “bolivariana” que la nueva dirigencia del país promoverá para sostener la legitimidad del proceso cambiante, le dará los elementos para cubrir su ejercicio concreto de poder con un revestimiento que toca directamente el principio de soberanía como factor heurístico general del proceso en curso. Cualquier acto de gobierno tendrá que ser filtrado por el principio de soberanía para armarse de la legitimidad que necesita y ser entendido como tal.

Fallido el intento independentista de levantar un orden soberano, derrotada la revolución federalista por sus propios gestores, reducidos los populismos a una visión sometida de soberanía, reaparece en todo su esplendor la vieja utopía de la burguesía revolucionaria de levantar un orden sellado por el privilegio dado a los derechos populares sobre cualquier otro motivo de obligación que sujete al ciudadano a los mandatos de la autoridad establecida. Cualquier razón para juzgar el acto político tendrá

que amoldarse a este criterio. El “mandato del pueblo”, garantizado por la presencia protectora del caudillo igualitario, será en ese sentido un hecho absolutamente cierto dentro del universo de comprensión bajo el cual se establece el gobierno chavista. La revolución nunca realizada, y que ha sido motivo para arrastrar una permanente frustración histórica, nuevamente se actualiza con una fuerza inaudita. Regresar a lo más sublime y heroico del pasado para construir nuestro futuro, será el léxico omnipresente que le dará sentido al discurso de la revolución bolivariana y significación a sus actos. Una auténtica ideología revolucionaria que recoge del pensamiento iluminista sus más sagrados principios, es el acta a la cual se acude para llenar de sentido la nueva historia que acaba de inaugurarse con la llegada al poder de Hugo Chávez. Casi de inmediato la misma revolución se verá tensionada por el radicalismo de sus “sin camisas” y del jacobinismo de su líder, frente a la moderación reformadora de sus alerones girondinos (encabezados por el civilismo de Miquilena y el militarismo derechista promovido por Dávila), además de la conspiración sostenida de los sectores monárquicos que buscarán la restauración (fedecamaras, iglesia, vieja comandancia militar, partidocracia conservadora).

El privilegio que tendrá este nuevo intento de “revolución francesa” sobre los anteriores para demostrar la posibilidad de levantar un orden soberano, no lo recogerá de sus ideales sino de la correspondencia que tendrán con una realidad política difusa que dejaron tras de sí los años noventa. No nos referimos al polo representativo y partidocrático de la política, sino al desenvolvimiento callejero de esta, inundada en este caso por una visión de soberanía que muy probablemente no existía en la independencia y jamás pudo desplegarse entre las masas campesinas de la federación o los sectores de la pequeña burguesía que auparon el populismo más allá de sus círculos dirigentes. Como veíamos, las características eminentemente populares del protagonismo político que desplegó el encuentro entre los movimientos populares y la rebelión militar en los años noventa, produjo un nuevo imaginario político suscrito al principio de soberanía popular y ratificado en las prácticas concretas de resistencia y constitución de nuevos espacios de ordenamiento social y comunitario. No estamos hablando entonces de una mera “ideología burguesa” que prende entre las masas para confundirlas, sino de un nivel de idealización de las prácticas políticas de resistencia que logra impregnar el vocablo popular hasta convertirlo en el preámbulo de una cultura política en gestación.

El “pueblo soberano” el “somos el soberano” establece en ese sentido, toda una “episteme” de la revolución cuyo lugar de origen no está propiamente ni en los discursos de los revolucionarios ni en el reflejo automático del “desarrollo contradictorio entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción” (ellas más bien lo único que han hecho es involucionar en los últimos años creando situaciones de inaudita degradación de las condiciones sociales de vida), sino en prácticas autónomas mucho más locales y concretas que lograron niveles tímidos pero muy intensos de concatenación hasta producir auténticos “bolsones” de nueva sociedad; envoltorios que protegieron la crianza de una subjetividad rebelde que recogió del universo semántico que la fue rodeando la “palabrería” con la cual habría de darle sentido a su obra transformadora.

Ahora bien, no sólo de Robespierre y Bolívar se rodea una revolución, también se verá emplazada por un presente imperial y por quienes abrirán su mirada más allá de

los límites del principio político de “soberanía”. En primer lugar, la ascendencia de patriotismo y soberanía se verán contrarrestados por un presente imperial que depositará sobre ellos la impronta de la más absoluta negación. Frente al redescubrimiento de un pasado frustrado que soñó la constitución de un orden de soberanía popular rige un presente imperial que ya no se manifiesta simplemente como “imperialismo” de las naciones más poderosas del mundo capitalista. Como vimos, rige más bien una ley supraestatal que se impone como marco único de regulación de todos los flujos de intercambio y ordenes de derecho que corren fuera y dentro de los espacios nacionales, poniendo límites a todo impulso de soberanía y estableciendo una cuadratura rígida a la conflictividad que emana de las injusticias y abismales desigualdades que él mismo ayuda a profundizar. El “estado consular” que estamos obligados a ser tendrá que vérselas de frente con esta realidad sin ninguna posibilidad de “salirse” de ella, ya que en este caso no estamos hablando de la sumisión o no a un orden despótico externo, presente bajo las clásicas tenazas del colonialismo, la intervención o la dependencia, sino de un orden que se ha ido apoderando de todas las relaciones entre actores nacionales y sociales desde la comunidad más retirada de Madagascar hasta los grandes centros de intercambio mundial de valores. Moviéndose no como orden externo (nación opresora, estado imperialista, etc) sino como mercado mundial centralizado, todo orden que se constituye de inmediato tenderá a ser absorbido por la lógica de este macrodespotismo, quiéranlo o no los agentes políticos de ese nuevo orden (lo que viene pasando en Cuba y la relevancia que están tomando no sólo los grandes capitales hoteleros sino sobretodo la economía del dólar nos ilustra en gran parte estas afirmaciones). Por ley explícita nadie está obligado a mantenerse dentro de él, el problema es que bajo las posibilidades propias de un estado nacional es imposible encontrar un espacio alternativo al imperio mundial; y cuidado si se hace mucho incapie en ello ya que se trata de orden protegido financiera y militarmente por todos sus bordes y dimensiones. La sumisión pero también la alternativa hoy en día se sitúa dentro de una realidad no estatal, al menos en su sentido jurídico original.

¿Qué queda entonces para una revolución o un proceso nacional de cambio que reclama la constitución de un orden de soberanía? Como estado muy poco en realidad, moverse quizás por algunos eslabones débiles de ese orden y establecer un punto de playa que le permita respirar por un tiempo y demostrar al menos alguna altivez retórica ante semejante maquinaria global. Es lo que tratará de hacer el gobierno chavista desde su primer día básicamente a través de su política pro OPEP y los múltiples mensajes integracionistas y latinoamericanistas que enviará, pero que están bloqueados de antemano por las propias limitaciones del orden estatal que preside. Limitaciones que se demuestran muy claramente, por ejemplo, a la hora de promover la idea de una OTAN latinoamericana que lo más que podría ser es la armada sureña de un militarismo global comandado por una Comunidad Internacional ordenada por una ley implícita (y que no es precisamente la ley “bolivariana”). Lo mismo pasará con la OPEP que a pesar de lo acertadas de las iniciativas emprendidas a la final ya no quedará campo de maniobra para recubrir de mayor soberanía sus actos; finalmente, una vez reunificados los criterios del cartel petrolero, sólo quedó la posibilidad de negociar una banda adecuada a las necesidades monopólicas del “mercado internacional” de energía. Ni se diga de los acuerdos de “doble tributación” que rápidamente fueron aprobados por el primer congreso post 3 de Diciembre o la política de estímulo a las inversiones extranjeras,

siguiendo el curso del viraje estratégico ya comenzado en los tiempos del gobierno calderista. De esta manera veremos como a la final el gobierno venezolano tratará de jugar al equilibrio entre su papel consular obligante y un poco de dignidad nacional, con un balance a favor del primer polo, y aún así de inmediato se convertirá en un blanco de ataque permanente que, a través de la propaganda sucia, el sabotaje a las inversiones y el juego con el incentivo a las conspiraciones de pasillo, tratará por el chantaje sutil o abierto de calmar al cónsul malcriado, poniéndole entre manos algunas concesiones menores que no tienen la más mínima importancia estratégica (negocios, inversiones menores, apoyos, etc). De todas maneras, y para cuidarse las espaldas por sus lados flacos, el “Plan Colombia” vale para allá pero también vale para acá; es un enclave militar geoestratégico dirigido a desmembrar de inmediato cualquier generalización continental que pueda provocar la estrategia de integración continental que viene siendo acompañada por un universo cada vez más denso de movimientos latinoamericanistas dentro y fuera del mundo civil.

Un presente que ahoga para siempre las utopías de soberanía del estado nacional, no quiere decir que las naciones hayan muerto ni que los pueblos estén definitivamente derrotados; ni siquiera que el papel de los estados esté definitivamente anulado. La lógica de nuestro presente pide de cualquier estado que quiera jugar un papel progresivo establecer los puentes estratégicos necesarios con los núcleos de acción más avanzados en lo que respecta al trabajo asociativo y militante (local, regional, mundial) desde donde se vienen ejecutando diseños concretos de órdenes alternativos. Nos referimos al campo de iniciativas que saltan por encima de cualquier realidad estatal y de derecho tradicional (no “soberanas” por tanto) pero que vienen fomentando los órdenes necesarios para instituir la organización de las prácticas autónomas en el mundo entero, por fuera completamente de las intenciones exclusivas de ganancia y control social que comandan el “establishment” internacional. La soberanía popular de esa manera se trasciende a ella misma constituyéndose en un “nuevo modo de producción” de realidades simbólicas, de bienes materiales, de tecnologías y saberes, de espacios de comunicación, formación, organización que penetran por todos los poros del despotismo global hasta constituirse ella misma en un nuevo “poder”; un poder paralelo cuyas primeras fachadas han comenzado a mostrarse desde los puntos más variados de la geografía planetaria. De esa asociación estratégica puede provocarse una oleada mucho más masiva y multitudinaria de participación directa de la ciudadanía dentro de la construcción de este “nuevo orden de producción” cuyas consecuencias obviamente escapan a un manejo o una “utilidad” de orden estatal. Invitar a un gobierno o a sus “tomistas” a comprometerse con el desarrollo de un campo estratégico que es extraño a su lógica de dominio, y donde -advertido está- no hay plusvalía política para este, es sin lugar a dudas un difícil camino más no imposible.

Una sinfonía a tres tiempos es por tanto la que definirá la nueva realidad que se abre durante los “tiempos de gobierno”. Un tiempo revolucionario y legendario, ligado a las tradiciones más democráticas de la “razón de estado” sostenido en el principio de soberanía y la protección del caudillo, marcará la posibilidad de introyectar nuestra memoria heroica dentro del presente, partiendo de las prácticas concretas de participación y justicia social iniciadas por bajo el caudal de las luchas populares. Un tiempo unificado alrededor lógica imperial de mercado, que podrá cortapisas imposibles

de burlar para cualquier estado que busque desde sí mismo restablecer un orden nacional y social de soberanía, independientemente de sus filiaciones ideológicas y sus cuadraturas estratégicas. Y finalmente, este “nuevo tiempo”, una suerte de mesianismo nómada y colectivo lleno de dinámicas autónomas, expuesto él mismo a una lucha permanente de resistencia y movilización, pero que a su vez emplazará a las elites políticas más progresivas a establecer una alianza estratégica que permita fortalecer el dinamismo de un orden democrático hundido dentro del protagonismo popular. Y es precisamente aquí donde se le enredará el papagayo al gobierno de Hugo Chávez, demostrando una limitación que probablemente ya sea infranqueable dentro del orden de la “V República”, al menos mientras esto no defina a ciencia cierta quien es el ganador y quien es el gran perdedor de esta “revolución”.

La polémica de índole estratégico y programático que se presentó hacia mediados de los años noventa nos aclaró perfectamente hasta que punto la confrontación ideológica estaba sostenida sobre pilares que a la larga no podrán servir para soportar la misma platabanda. Eran las bases de dos construcciones distintas que respondían no sólo a visiones programáticas distintas o a intereses de clases contrapuestos, sino a elementos prácticos completamente heterogéneos. Ahora, reafirmada la “revolución” desde su sitio de gobierno, esa misma confrontación tomará un cariz mucho más concreto a la luz de los retos políticos que van surgiendo dentro del “proceso”. Decíamos, un estado nacional dirigido por una elite progresista puede perfectamente ayudar a empujar el dinamismo constitutivo de los frontales más avanzados en la medida en que se disponga a abandonar su tradicional papel de explotador de la plusvalía política que se produce y multiplica desde los espacios donde se organizan y articulan las prácticas autónomas. Sin embargo esto tiene una condicionante ya fijada en aquellas polémicas de mediados de década: es posible si y solo si el voluntarismo político de estas elites “tomistas” sea sustituido por un orden de participación que vaya quebrando la racionalidad burocrática del estado tradicional y de sus ramales más genuinos, empezando por los partidos políticos. Estamos hablando de la constitución “en común” de nuevo orden socio-político ajustado a las premisas del control social sobre el espacio público, el ejercicio directo del gobierno popular sobre los recursos de capital en manos del estado (información, maquinaria, recursos técnicos, recursos financieros), y la planificación participativa del desarrollo productivo y comunitario. Esta dinámica, que en su momento llamamos de cogobernabilidad y de gobernabilidad popular, es lo único que puede acercar un comunismo en marcha pero aún muy frágil y diseminado, con el voluntarismo frustrado por el orden global de las izquierdas tradicionales en el poder. Una dinámica cuyo producto no es otro que el levantamiento progresivo de nuevos órdenes de gobernabilidad no estatales (no inscritos en el mito del “estado soberano” ni reducidos a la utopía de la “soberanía popular”) que se permitan así mismos establecer una correspondencia de relaciones mucho más libres, abarcantes y polivalentes (locales, nacionales, mundiales) que las acostumbradas por las arboledas burocráticas de las “instancias” del estado burgués en todos sus niveles. Nueva realidad de gobernabilidad cuyo papel en la superación de la exclusión y la construcción de una nueva sociedad es absolutamente insuperable e insustituible. Aquí nos colocamos al borde del sentido que aún le pueda quedar tanto al ejercicio clásico de la “toma del poder” como a la dialéctica que aun puede seguir registrándose y suscribiéndose entre poder y subversión (recogemos en ello la absurda pero asombrosa afirmación que hizo el ministro de

educación Hector Navarro en un foro en el Ateneo de Caracas al hablar de la necesidad de construir un “Estado Subversivo”).

La posibilidad de sintetizar en una nueva visión de país e incluso de estado (en los términos más amplios y menos reducidos al representativismo excluyente del estado liberal) los tiempos legendarios del reivindicativismo soberano con el dinamismo futurista de las prácticas autónomas era y es en nuestra consideración el principal compuesto estratégico oculto tras de la victoria del 3 de Diciembre. De allí el potencial “inédito” de la revolución en curso callejero y no palaciego. Una síntesis que pulsa hacia la realización de un programa ciertamente revolucionario donde estaríamos haciendo un ensayo integral de constitución de orden no estatal (no o no sólo “soberano” en ese sentido) junto al ensanchamiento inédito de la democracia hacia todos los rincones de la vida social y política. Una síntesis que actuaría directamente sobre los efectos nefastos de la pobreza, la exclusión, la buhonerización acumulada, partiendo no del asistencialismo reaccionario o la “inversión social” hecha desde los márgenes del presupuesto nacional hacia un sujeto social definido de plano como marginal -a gusto del neoliberalismo-, sino desde un principio de “multitud productiva”, de la vida constituida fuera de los arrabales opresivos de un privatismo que quiebra y separa en mil pedazos nuestra existencia partiendo de nuestros cuerpos, nuestras formas identitarias, hasta nuestras comunidades y nuestras formas de producir sociedad; superando de este modo los prejuicios canónicos de la mirada burguesa del mundo. Una síntesis que naturalmente tendría que golpear donde duele y donde es fundamental, haciendo de la tierra un verdadero “valor de uso social”, de los bienes comunicacionales un laberinto de experiencias expresivas, asociativas, informativas, generadoras de conocimiento y cultura en provecho del colectivo, y del tan bendito capital financiero (que en nuestro país proviene al menos en un 50% de los dineros públicos) una herramienta a disposición inmediata de la inversión socialmente productiva. Una síntesis que en definitiva también se pegaría por antagonismo sobre el tiempo imperial de la globalización en la medida en que el espacio nacional venezolano y no su “estado soberano” pueda convertirse en una catapulta absolutamente inédita de relaciones con fluidos multiplicadores por América y en el mundo entero, tendientes a la producción social de este “nuevo orden”. No es el fin del capital, de la propiedad privada, del trabajo asalariado y de las clases sociales, ni siquiera de la totalidad de las estructuras estatales, ni mucho menos, es simplemente una voluntad política que se devuelve hacia su fabricante para que sea este quien tome algunas de riendas de la producción de una nueva democracia y empiece a tomar el mando de la navegación histórica.

3. LA APROPIACIÓN DE LA PLUSVALIA POLÍTICA

Pero mientras la calle da para todos los sueños, dentro de los palacios los cuadros ya están puestos y nuestra mente sólo imagina a partir de ellos. La izquierda que se monta en Miraflores (salvo algunas excepciones y en delicada situación) secundada por un conservadurismo (militar o civil) que se sitúa a la derecha del populismo, primero no entenderán nada de esto; la reacción mecánica (antes de aparecer los gustos por el uso indiscreto de los suculentos presupuestos públicos y de las conchupancias con los intereses de clase que los rodean), es la de reforzar los mecanismos de apropiación de la plusvalía política del proceso a favor de la imposición de un liderazgo importado y

artificial (o sencillamente exadeco) comandado por el oscurantismo del pensamiento constituyente que liderizan en su momento Hermán Escarrá, Manuel Quijada, Jorge Olavarria, Alejandro Armas, Omar Mezza, y toda la franja iluminista y archielitesca que proceden a darle forma al camino constitutivo de la “V República”. Enfermos por su ala izquierda a un culto al estado que ni siquiera existe entre nosotros (ya la “IV República” se encargó de acabar con todo desenvolvimiento “institucional e impersonal” de todas las instancias adscritas al estado) y en su ala derecha por la sacralización del orden, la privacidad de los medios productivos que ya sólo le pertenecen a unos cuantos, y una sociedad civil (muy, muy, entre comillas) que luego se devolverá contra ellos, no entenderán para nada, o no les interesará entender el enorme poder de transformación que sintetizó el 3 de Diciembre. Estúpidamente, o por las razones socio-psicológicas que sean, en vez de convocar a la movilización, a la participación, a la organización inmediata de los primeros gérmenes de una institucionalidad alternativa que sustituya por entero los componentes concretos del viejo orden, se dedican a reforzar la nada: el papel, la palabrería que corre tras la sublimación de un estado de una “republica” que ya no existe, a trazar el camino hacia una nueva asamblea representativa espejo de ellos mismos, y a cometer la peor falla de este gobierno: convertir lo que era un vertarrón de ánimos revolucionarios en nuevas promesas del estado hacia la población. La lucha por la “refundación de la república” asumirá desde entonces el cariz de la impotencia, del “ayúdanos Chávez que creemos en ti”. Lo que queda de estado nuevamente se llenará de responsabilidades incumplibles. Curiosamente en un primer momento sólo el “Plan Bolívar 2000” (la fraternidad entre soldados y civiles en función de la reconstrucción inmediata del habitat social), recogerá, al menos en su diseño, el potencial transformador acumulado; pero bastó con que no se promueva un proceso de orden constituyente dentro de las mismas fuerzas armadas para quebrarle de inmediato el poder feudal del generalato, para que este plan tome el derrotero de los manejos asistencialistas y corruptos. Chávez será recalcitrante en sus discursos revolucionarios y un verdadero paladín del verbo soberano que se desparramó hasta el 98, pero su desafortunado gusto por el ceremonial (lo jocoso y lo informal no le quita lo ritual) y los “paradigmas” que utilizará para la comprensión del juego de fuerzas (el bamboleo de fuerzas de constitución aritmética sobre espacios planos y no orgánicos que utilizan en sus análisis situacionales) obligará a la “revolución” a centrarse dentro de un voluntarismo que no tiene otros instrumentos para la realización de dicha voluntad que las del orden constituido, es decir, el espacio completamente desinstitucionalizado, anárquico, y tremendamente despótico que dejó la vieja república.

Este reflejo inicial en definitiva lo que hará es reforzar el punto más débil de las luchas de rebelión de los años noventa: la sublimación sobre el “cuerpo del caudillo” de la actividad transformadora que ha debido a colocarse de inmediato sobre una voluntad colectiva que mal que bien se encontraba en situación de movilización y a disponer una importante cuota de sudor en favor del bien colectivo. La “organización popular” será sustituida por un trabajo proselitista de orden partidista, la revolución se sustituye por la cooptación y la integración de la masa dentro del cuerpo colectivo del caudillo, mientras el “partido” pedirá en todos lados su cuota hegemónica del botín político, y es allí donde el papagayo de verdad terminará de enredarse, sobretudo a la hora de promover el quehacer participacionista y buscarle alguna solución concreta a la delincuencia que rige sobre nuestro estado real. Renace la derecha, los miedos por la conspiración real o no

serán excusa para un mayor conservadurismo, vuelve a enrarecerse el clima social que por su descomposición original no aguantará ningún enfriamiento para reiniciar e incrementar el clima de la endoviolenencia, vuelve la represión social, regresa la soledad del hambre vivida como exclusión, y ciertamente las energías transformadoras comenzarán a atascarse por todos lados, mientras los altavoces de la retórica infundada siguen anunciando que la revolución avanza “a paso de vencedores”.

Los tres tiempos que circundan el proceso en la medida en que se vuelve a concentrar sobre las castas políticas de recambio también cambiarán la intensidad de su presencia. El tiempo de “soberanía” quedará vivo aunque su presencia se destacará fundamentalmente en la reivindicación individualizada que hará cada quien de la “soberanía popular”. En otras palabras, salvo casos muy aislados y ejemplares, la “soberanía” seguirá estando presente como retórica de la calle sin la oportunidad de potenciarse al menos en la formación efectiva y generalizada de nuevas instituciones que ciertamente se alimenten del ánimo soberano. Hay un atascamiento general en lo que respecta al desarrollo de instituciones de defensoría ciudadana, de poderes locales, de espacios de economía social, de comunidades educativas, de prácticas integrales de la salud, del desarrollo de medio comunitarios, de experiencias cooperativas alternativas, etc, ni hablar de las consecuencias que esto tendrá desde el punto de vista del incremento de la pobreza y lo saturado e impotente que se verá la anquilosada y corrupta maquinaria de estado para hacer frente a este monstruo que no deja de engordar. Observamos una situación equivalente en lo que respecta a la soberanía de la nación y su relación con el tiempo del imperio de la globalización. Ciertamente la posición venezolana ha cambiado el juego estratégico latinoamericano, metiendo una puya en función de un mayor equilibrio de fuerzas dentro del juego norte-sur que ha sido admirada por muchos sectores progresistas en el mundo, pero esto no tiene ninguna contrapartida concreta más allá del juego diplomático. Por decir algo, frente a la declaración de “neutralidad” en el caso colombiano, el estado venezolano ha sido incapaz siquiera de poner un hospital en la frontera donde se atiendan indistintamente soldados o guerrilla, y no ha fomentado ningún colaboracionismo solidario con las comunidades campesinas afectadas por la guerra y el paramilitarismo, las cuales más bien vuelven a ser arrojadas como ganado indeseado a tierra colombiana. Ni hablar de la posibilidad de hacer de Venezuela un lugar de convocatoria permanente al intercambio material y espiritual de los pueblos latinoamericanos. Esto ha dado la oportunidad para que el cerco sobre la malcriadez venezolana se vaya cerrando con mucha velocidad sin dolientes externos y con muy pocos internos que realmente tengan conciencia de ello. La diplomacia aristocrática del gran burgués sigue campeante, jugando como siempre a la apropiación parasitaria de la plusvalía política que genera la discursiva soberana que ha sido fabricada desde los callejones de la lucha popular. Y en lo que respecta a los tiempos alternativos de las prácticas autónomas, desgraciadamente hemos vivido dos años donde la relación inquebrantable entre movilización, construcción y subversión que le es específico a estas prácticas ha sido motivo para su incautación y conversión en “proyectos” que giran alrededor de un profunda burocratización de la práctica misma; ahora convertida en ONG’s. Problema no sólo de gobierno sino de muchos movimientos populares, étnicos y clasistas que hacen de su debilidad orgánica una capacidad inaudita para quebrantar lo más fundamental de su propio aprendizaje histórico -nacional y mundialmente hablando- cual es su total autonomía frente a las formas del dominio y el poder, y por parte de este

último, la bendita manía de perfecta herencia puntofijista de acusar de conspirador a cualquiera que se le pare de frente. Lo sucedido con el caso del tendido eléctrico y la posición absolutamente irrespetuosa y amenazante de Chávez hacia las comunidades pemonas que se han opuesto al tendido, es realmente emblemático. Prácticas, movilizaciones, impugnaciones directas al poder, reducidas a proyectos engavetados y neutralizados en su formulación política no nos va a conducir hacia ningún lado. Y nuevamente, una mentalidad de gobierno donde no cabe nada que no sea ganancia particular, es, en el caso del gobierno de Hugo Chávez como producto de un verdadero movimiento popular de rebelión, un auténtico suicidio.

El año 99 sirvió en ese sentido para poner en tensión todos los elementos que han venido acumulándose en el transcurso de estos años, hasta que lograron ser canalizados en gran medida bajo la lógica de apropiación de la plusvalía política a la que nos hemos estado refiriendo. Apenas fue electo Hugo Chávez un remolino de movilización se destapó tanto en las ciudades como en el campo, poniendo en tensión el país en su conjunto, llevando la pulsión revolucionaria que ha venido creciendo con los años hacia un punto límite. La movilización popular que se desarrolla a comienzos de año empieza por concentrar sus esfuerzos de confrontación sobre dos de las instituciones que, tanto en el mundo social como en el político, nos han ofrecido la caricatura más fiel del orden constituido. Nos referimos tanto al parlamento como al régimen de tenencia y explotación de la tierra. Desde los primeros días del año, mientras se iba acercando la fecha del 23 de Enero, empiezan a multiplicarse reuniones en distintas comunidades caraqueñas cuyo único punto de agenda es la necesidad de concentrar todas las fuerzas posibles y revertirlas sobre el odiado congreso. Ya para ese entonces vienen funcionando 12 asambleas parroquiales “constituyentes” que sirven en su mayoría como lugar de encuentro y debate. El sectarismo de la “boina roja” (o azul) por unos días es nuevamente superado, reaparece el diálogo horizontal entre los que se han identificado tradicionalmente con las causas de lucha del movimiento popular, y finalmente se decide emprender una movilización de toma para el 23 de Enero; día tradicional de instalación del congreso. El que allí se encuentre una cuantiosa representación de diputados “bolivarianos” no es problema para nadie, al contrario, muchos conservan la ilusión de poder contar con aquellos diputados para que sirvan de puente entre la movilización y los pasillos del palacio legislativo. Había que llegar hasta dentro y leerle al país por primera vez un manifiesto creado desde los arrabales de la calle, de manera que queden selladas dentro del registro institucional del país las añoranzas populares de la “revolución bolivariana”. Era hora de hacerlo, y el carácter pacífico de la revolución no tenía por qué limitar a nadie; lo de “buena gente” (revolución “light” como diría Rigoberto Lanz) no la hace necesariamente pendeja.

En forma inédita, las reuniones que se suceden en las distintas parroquias tratan el mismo punto y sacan las mismas conclusiones sin mucho acuerdo ni manipulación de por medio. El 23 de Enero del 99 avanza desde todos los puntos de Caracas una movilización que llegó a concentrar cerca de diez mil personas entre las cercanías del congreso y las distintas avenidas que circundan las instalaciones del palacio. Al llegar frente al congreso la petición de orden no se hace esperar: se exige a los nuevos diputados y senadores identificados históricamente con las causas revolucionarias que abran los portales del congreso y dejen que una delegación de manifestantes tomen la

palabra dentro de sus recintos. Más por azar que por derecho me toca personalmente tomar la palabra frente a los portones del congreso y hacer la petición en nombre de todos, mientras continuaba la agitación y el forcejeo con la tropa policial y militar apostada en los alrededores del congreso. Pero la sorpresa mayor no tardó en presentarse. Mientras se continuaba con el mitineo y los ánimos se caldeaban aparecía la esperada delegación de diputados “bolivarianos” con quienes esperábamos contar para cumplir con los objetivos de la jornada de movilización. Carlos Mello, William Lara, entre otros, se colocan sobre mi derecha e izquierda respectivamente y de inmediato empiezan a dirigirse a la multitud. Yo mismo les presto el megáfono para que lo hagan con mayor comodidad. Comienza Carlos Mello y de lo único que habla es de saboteadores y “anarquistas” que intentan escamotear los logros de la revolución liderizada por el comandante Hugo Chávez, pidiéndole a la multitud concentrada que tenga confianza en los nuevos diputados identificados con la “revolución”; que ellos sabrán llevar la palabra del pueblo hasta los recintos legislativos (un año más tarde el mismo diputado “revolucionario” se pasará a las filas políticas del alcalde exadeco Antonio Ledezma, apoyará la candidatura ultraderechista de Arias Cárdenas, y empezará la formación de los comités de resistencia contra la “dictadura” de Hugo Chávez). William Lara lo sigue en la palabra recurriendo a un discurso muy parecido pero cada vez más difícil de entender por el bullicio de la gente que se sentía burlada y traicionada por la actitud de sus diputados. Le pido el megáfono al amigo William Lara y veo que me lo niega, más bien lo único que siento recibir es la proximidad cada vez más cercana de todos los agentes de seguridad que desde las puertas del congreso ahora empiezan a rodearme con anteojitos negros y todo. Nunca falta el desespero en aquellos momentos y procedo a quitarle el megáfono (propiedad de los manifestantes) al señor William Lara. Tan pronto ocurre el hecho la probada bestia de Carlos Mello se me lanza encima junto a los esbirros que me rodeaban. El circo de golpes comienza, aunque esta vez al diputado Mello no le esperará un final muy macho y heroico que digamos...cae Mello hacia la calle pero los esbirros insisten conmigo, me salvo gracias a la excelente tela del nuevo “flux” de Nicolás Maduro del cual me sujeto hasta que finalmente me puedo meter hasta los corredores de entrada del congreso, donde me topo con el amistoso recibimiento de Fredy Bernal y William Izarra. En cuanto a la multitud de inmediato es dispersada en la última acción represiva que se dan el lujo de promover las tropas al mando de Rafael Caldera; siendo de hecho la última gran movilización popular que se desarrolla antes de la entrada de Hugo Chávez a Miraflores, y la que guarda por entero el espíritu de confrontación al estado que se mantuvo vivo en toda esta década de luchas.

La virginidad de uso que conservaban las instalaciones del odiado congreso nuevamente será salvada gracias -vuelve la paradoja- a la acción conservadora de los diputados revolucionarios, mientras un pueblo perplejo terminará retirándose de las esquinas que bordean el recinto legislativo con un claro mandato de desarme emanado por quienes le impondrán su liderazgo en los próximos años. Desde ahora la línea esta clara: para poder hacer la revolución habrá que preservar por entero el formato de poder instituido y el ceremonial excluyente de toda presencia efectiva del colectivo dentro de sus laberintos internos. Línea de “comportamiento político” que sin duda abrirá una gran brecha de disgusto y distanciamiento entre comunidad revolucionaria y la dirigencia bolivariana, sin tener aún ningún desenlace concreto, pero que tarde o temprano terminará por destaparse, como lo han demostrado todos los hechos históricos donde han

estado implicadas grandes pulsiones colectivas de transformación, aunque los resultados finales pocas veces se hayan mostrado favorables hacia los “buenos”. Se tratará de un gran encontronazo llevado casi por la fatalidad que hasta los momentos ha podido ser neutralizado por la reproducción al interno del aparataje político bolivariano de prácticas ciento por ciento reproductivas de la vieja cultura adeco-copeyana. Cada quien a desgastarse dentro de un juego de víboras que buscarán imponer su presencia personal dentro del nuevo sistema de escalafones mecánicos ascendentes que sabrá crear la revolución bolivariana; puestos representativos que esperarán ser llenados por esta nueva novatería política de vicios “cuartorepublicanos”. Luego de aquellas movilizaciones, vendrán dos años de continuas elecciones para probar quien es el más vivo y el más hábil; la condición sinecuanum para encontrar un puesto dentro de la reserva política en formación será la de mantener una actitud incondicional hacia el aparataje político y el gobierno, poniendo todos los esfuerzos en un tipo movilización proselitista donde a nadie se le ocurra destapar las profundas contradicciones programáticas que serán parte consustancial del gobierno de Hugo Chávez. La capacidad de cooptación de la masa politizada que mantendrá en estos dos años el MVR impedirá el avance de cualquier controversia de fondo donde se abra el debate respecto al futuro del proceso revolucionario. Una dirigencia autonombrada intentará guardarse para sí los derechos de ese debate, mientras bajarán hacia la calle un mensaje maniqueo (nosotros que somos uno versus el enemigo otro y re-unido) que terminará por revivir la presencia políticamente activa de un enemigo histórico que había quedado completamente derrotado.

Sin embargo este es un proceso demasiado complejo para quedarse taponeado dentro de los moldes paralizantes de la relación caudillo-partido-masa. La fábrica de la rebelión sigue trabajando aunque a ritmos distintos, con o sin boina roja, impidiendo que se mantenga incólume la maquinaria de apropiación de la plusvalía política de este proceso revolucionario, construyendo escenarios de diálogo y de trabajo común que han servido para dar pasos enormes en cuanto a la cualificación del quehacer transformador, como es el caso de los escenarios que se han abierto a nivel de la educación pública y la comunicación alternativa, dentro y fuera de las fronteras de gobierno, y que más adelante comenzarán a tocar los costados de los movimientos comunitarios, el movimiento sindical y el movimiento campesino.

Refiriéndonos a este último, lo que comenzó a vivirse durante el año 99 como un empuje espontáneo hacia la toma de tierras, poco a poco ha venido transformándose en un movimiento social autónomo que tiende a producir desde su seno un programa revolucionario de la tierra (su uso, su tenencia, su significación cultural y vital) difícilmente mediatizable por los intereses que rodean en estos momentos los ministerios de gobierno. Siguiendo la misma lógica de construcción política que vimos nacer en el 89 (fenómenos de rebelión-prácticas de resistencia-desarrollo de los procesos constitutivos) aquello que todavía no había encontrado una expresión extensa dentro del campo, o muy localizada dentro de algunos estados (Bolívar, Yaracuy, Lara), primero comenzará por tomar la forma de un juego confuso de tendencias donde se saboreará perfectamente, por un lado, la presencia de las cúpulas burocratizadas interesadas en controlar el movimiento campesino mediante al apropiación de sus antiguos gremios venidos a menos, y por otro, la emergencia de nuevos liderazgos que vienen fomentando

la radicalización de los movimientos campesinos y la formación de nuevos espacios de organización que con el paso del tiempo tienden a ensanchar su hegemonía dentro de las comunidades agrarias. Por supuesto, como siempre pasa con movimientos donde intervienen problemas cruzados por el régimen de propiedad, hay mucha politiquería que contamina las dinámicas de masas y las reivindicaciones que surgen de ellas, sobretodo si el camino está cruzado por una densa agenda electoral como ha sido el caso hasta ahora. Pero en el fondo de todo nos encontraremos con una desigualdad estructural dentro del campo cuya respuesta exige una política a la altura de la problemática planteada. Un proceso de capitalización del espacio rural cada vez más intenso ha terminado por demoler por completo las conquistas sociales de la reforma agraria, dándole prioridad al monocultivo y al industrialismo monopólico, convirtiendo al campesino en un peón mal pagando o en último caso en un pequeño propietario sin ningún tipo de acceso a créditos y tecnologías. Mientras esto ocurre el estado sigue disponiendo de una enorme cantidad de tierras que o son usadas ilegalmente por terrófgos de oficio o sencillamente terminan siendo invadidas por movimientos de urbanización anárquica motivados por la misma descomposición de la realidad agraria, cuyo tiempo ya supera el medio siglo. Se necesita por tanto de un proyecto integral del campo que reivindique un modelo de desarrollo no asociado a la capitalización de la tierra sino a su uso democrático, racional y diverso, algo que hasta los momentos sólo se ha manejado en proyectos aislados asociados a algunas iniciativas vanguardistas de orden cooperativo o autogestionario como es el caso de los “Sarao”, pero que chocan con una política global por parte del gobierno de estricto signo neoliberal, donde nunca como ahora ha estado tan desprotegida la producción agraria de las consecuencias invasivas del mercado internacional. Mientras la nueva ley de tierras espera la ambigüedad en este terreno impera siendo cotejada por una controversia de intereses que tiende a ser resuelta positivamente por un movimiento agrario profundamente politizado y participativo capaz de guiar la “revolución agraria”.

4. EL PODER CONTRA EL PODER

En el discurso de inauguración de la “Asamblea Constituyente” Hugo Chávez formula una tesis que nos gustaría resaltar especialmente por la significación política que a nuestro parecer posee. Chávez se refiere a la necesidad de construir “un estado de justicia” cuyo lugar dentro del escalafón valorativo del nuevo estado sea superior y anterior a nuestra condición como “estado de derecho”. Después de dos siglos de hegemonía del modelo constitucionalista liberal que se impuso con la expansión de la concepción de estado que tiene su lugar de nacimiento particularmente con la instauración de la federación que dio nacimiento a los Estados Unidos, aparecen entre los verbos del poder nuevas rutas de fundación que nos permiten al menos empezar a romper con el racionalismo clásico que ha servido de instrumento legitimador del estado y de la debida obediencia social. El poder moldeado en la forma-estado revierte sus argumentos contra sí mismo situándose en una posición de depreciación de su legitimidad frente al deliberado engordamiento de la legitimidad del poder social y el quehacer justiciero que le es natural. Hugo Chávez se encontraba frente a una asamblea colmada por el constitucionalismo más conservador, y aún así, se podían respirar en sus paredes la presencia sugestiva del ideario revolucionario que se fue fabricando desde el interior de las luchas populares y que de hecho jugarán un importante papel a la hora de

redactar el texto definitivo de la “constitución bolivariana”. Frente a su persona se movía un típico dualismo que concluye en la asunción de una doble fuente de verdad: la verdad derivada de la materialidad de las prácticas sociales; de las relaciones de poder que en ellas se estructuran, y la verdad derivada del fetichismo propio del racionalismo jurídico. Presentes nuevamente las “dos almas de la rebelión” dentro de un escenario fundacional de estado, el ya para entonces presidente encuentra una salida genial y típicamente bolivariana para resolver el antagonismo sustancial: hace privar el sentido de justicia por encima de la razón vacía o meramente instrumental. Partiendo de estos argumentos primarios intentará recubrir de sentido la refundación de la república y a la “democracia participativa y protagónica” que debe imperar dentro de ella. Así, las primeras palabras del máximo líder de este proceso que servirán de referencia a la constitución de la V República, promoverán las relaciones de justicia en su sentido originario antes del imperio jurídico, y la fuerza y legitimidad del poder social por encima de la dominación de la razón de estado. Es en medio de este choque galáctico donde comienza a proceder la construcción formal de la nueva república.

Las resultantes de este encontronazo no se hacen esperar. La constituyente, presionada por el mismo Chávez, se convertirá en una ceremonia prepotente e inmediatista que algunos la visitaremos quedando totalmente decepcionados por la jugarreta que mantienen ante la presencia de una ciudadanía crítica que intentará hacerse oír pero que solo les servirá para inflar su propagandismo participacionista. Otros, más realistas, sencillamente se prepararán para movilizarse (esta vez sin boina o cualquier otro artificio sobre la piel que vaya a desintegrar o desarmar su identidad regional y social). Madres, obreros, campesinos, trabajadoras del hogar, pequeños productores, educadores, trabajadores de la salud, estudiantes, se decidirán a emprender sus respectivas movilizaciones tratando de torcer a su favor las decisiones constitucionales de la magna asamblea, y en algunos casos intentando generar un debate que alimente el idealismo que rodea a los que desean empujar todas estas discusiones hasta las fronteras de “un proyecto de país”. Vendrán masas provenientes de los rincones más apartados; indígenas apureños, andinos, tendrán un papel resaltante. Sin embargo, la asamblea no ha programado su propio tiempo a la medida de las necesidades que se expanden y los sujetos que aparecen. Ella se cree sinceramente representativa y la sobredosis de presencia chavista dentro de ella le permite organizar su ciclo general como sus momentos específicos de acuerdo a las necesidades políticas del gobierno de turno. Las “dos almas” no tendrán por lo tanto ninguna posibilidad de expresarse hacia fuera y entregarse a un debate público que “federalice” social y territorialmente la controversia constituyente, tal y como lo habíamos pedido una y otra vez en los años que sirvieron para madurar nuestra propia conceptualización del proceso constituyente. De manera que la esperada “lucha de clases” en que desembocaría el debate constitucional terminará recogándose sobre las paredes representativas de una asamblea partida entre dos flancos: el formalismo constitucionalista que encuadra y administra la lógica de sus argumentaciones junto a la presión visionaria del posicionamiento justiciero y libertario que Chávez inyectará sobre ella desde un primer momento y que dejará inscrito sobre la constitución ideal de la V República la formación de un nuevo poder anterior a todo criterio clásico de derecho, poniendo como elemento subliminal de todo este proceso la disolución de todas las relaciones de dominio que el estado tradicional ha tenido sobre la sociedad.

No queremos decir mucho sobre los resultados literarios de la Asamblea Constituyente y en general sobre la constitución bolivariana, además todavía no tenemos los elementos suficientes para desarrollar un análisis de este texto acorde a una visión ciertamente materialista. Sabemos que se trata de una constitución que surge en el medio de un recambio de las relaciones de poder a nivel internacional, de la consagración de una filigrana comunicacional que ha ayudado a fundir globalmente los procesos de acumulación mundial de capital, de una concentración inaudita de la riqueza a nivel corporativo, de un reordenamiento de los procesos productivos que han puesto en jaque el asociacionismo proletario, de un regreso a la prioridad del capitalismo mercantil sobre el capital industrial, y a la par, el surgimiento de nuevos escenarios de resistencia y confrontación que transgreden el tradicional dualismo entre las luchas de liberación nacional y los movimientos de liberación social anticapitalistas, confundiendo en una sola matriz de lucha centrada en la conquista del derecho de los pueblos. Toda esta tensión se lee perfectamente dentro del nuevo texto constitucional, pero además, hay una memoria particular y nacional que se cuele dentro de él al menos en lo que respecta a las relaciones transversales y atributos particulares de cada uno de los poderes de estado (incluyendo el militar) y las relaciones verticales que se establecen entre sociedad y estado. Viejo orden, utopía de nuevo orden, estarán igualmente reflejados dentro del texto constituyente. Pero además, el texto en sí navega sobre un alma "bolivariana"; ese posicionamiento justiciero, democrático y vagamente latinoamericanista, que le otorgará un lindo sabor, una especie de alfombra arábiga, útil a los vuelos lingüísticos libertadores, donde nuevamente se detecta una tensión material implícita aunque en este caso se tratará de una tensión de proyección, donde se balbucean ideales que nadie se da el permiso de aclarar totalmente; realidad barroca que tendrá que apelar a la magia para interpretarse, sumergida en el deseo de irrumpir sin saber a ciencia cierta que es lo que se desea; imaginario que no termina de asociarse a ningún cometido concreto. En fin, se trataría de analizar punto por punto el texto constitucional leyéndolo en relación a esos contextos externos e interiorizados dentro de sus palabras (cómo habla por y desde ellos), de constatar todas las tensiones y flagrantes antagonismos entre sus partes, fruto de la intromisión evidente de las relaciones de fuerza, de la presión de agentes globales y tradicionales de poder y los sujetos sociales emergentes (política: realidad, deseo, utopía) que operan alrededor de él. No estamos en posibilidades de hacerlo ni es objetivo de este escrito hacerlo con el detalle que amerita un trabajo así, aunque consideramos muy importante intentarlo por la centralidad política y simbólica que ha tomado el texto constitucional dentro del proceso político que se vive y sobretodo, la hegemonía que ha ganado la interpretación positivista y reaccionaria de este texto (el constitucionalismo que se metió hasta médula del proceso), incluyendo las interpretaciones que nos ofrecen personeros de alto rango revolucionario.

En todo caso, sólo por dejar algunas notas al respecto aunque pequemos por quedarnos en las meras generalidades, nos parece que el texto esta cruzado por dos fuerzas que se debaten en su interno y que no se equilibran nunca, mas bien juegan a una confrontación permanente sin resolver nada aunque la connotación procapitalista y el tradicionalismo en el diseño de la forma-estado, termine finalmente por imponerse, aclarándonos que los límites preestablecidos en la propia metodología de desarrollo del proceso constituyente no podía dejarnos nada mejor. Por un lado tenemos un diseño fastuoso de estado donde tratan de mezclarse los ajustes estructurales que se han venido

efectuándose dentro de las instituciones democrático-burguesas (la anexión formal de dos poderes más: ciudadano y electoral, la inclusión de la vicepresidencia ejecutiva, instancias de representación conjunta de los poderes regionales y locales) junto a las viejas estructuras heredadas del gomecismo: presidencialismo, fuero militar autónomo. Allí hay una tensión evidente entre nuestro desarrollo capitalista-dependiente y los vientos descentralizantes que nos traen las nuevas tendencias de reordenamiento de poderes, facilitando su anexión a la dinámica global y sobretodo su adaptación al modelo de “democracia americana” como paradigma mundial. Por otro lado, y en desafío abierto con este diseño estatal, se explaya toda una retahíla de derechos dentro de los capítulos sociales y algunos políticos de la constitución, que llegan a tratarse como “derechos colectivos o derechos del pueblo” superando la idiosincrasia individualista que se impone (en versión “americana”) los “derechos humanos”. En la nueva constitución el sentido de “derecho” convive en todo momento con el sentido de “igualdad”, o sociedad que desea la igualdad material de sus ciudadanos (economía social y cooperativa), y con el principio de “participación” (estado de todos los ciudadanos). Sociedad igualitaria entonces que ofrece respetar y promover los derechos colectivos pero además tensiona todo el aparato de estado en función de darle “todo el poder al pueblo” (democracia participativa y protagónica). Un verdadero elogio al esfuerzo luchador, guerrero e intelectual producido por las fuerzas fabricantes de esta rebelión, pero además a las fuerzas de confrontación al imperio que vienen reordenando sus propios idearios comunes en el mundo entero. Por último se ajusta la alfombra mágica del bolivarianismo como alma libertadora e identitaria que pareciera pretender reforzar este impulso antipoder y justiciero con un ser esencial o un alma de ahora en adelante eterna que nos hace pueblos llevaderos de un legado universal. Sin embargo, el impulso grandioso por la libertad y la soberanía plena queda minimizado cuando se reconocen los derechos de una minoría a la propiedad (vista como propiedad capitalista, como objeto mercadeable e intercambio; hecho sobre lo cual en varios lugares se hace mucho énfasis), situación que terminan por mediatizar su impulso igualitario y soberano, haciendo girar la onda revolucionaria que se palpa en múltiples artículos del texto hacia un posmodernismo constitucional de líneas que se proyectan hacia lugares completamente antagónicos pero que están forzadas a convivir dentro del espacio unitario de la “Constitución”.

¿Es realmente una Constitución, un clásico “Contrato Social” lo que produjo aquella asamblea? La verdad es que no estamos muy seguros de ello, más bien nos atreveríamos a pensar que lo que quedó allí escrito es una “anticonstitución”, un formato que antes de integrar un orden único de estado lo que hace es reconocer su despedazamiento, el conflicto insalvable que existe dentro y alrededor de él. No debe ser por acuerdo a estas ideas -si existe conciencia de esta posibilidad- pero en ese sentido la insistencia de parte de Chávez de asumir la “Constitución Bolivariana” como marco original del programa revolucionario y no como un texto integrador del todo social y del todo estado (una constitución “subversiva” entonces) al menos atestigua la intensidad de sus tensiones internas y la permanente fuga hacia la posibilidad de consagrar un “estado de justicia”. La Constitución de 1999, abre la gran paradoja sobre la cual se levanta el nuevo siglo: los poderes de siempre renacen y se imponen, los castillos del despotismo y la explotación perduran como nunca, pero quíeranlo o no tendrán que modular su existencia a la emergencia de un nuevo mundo que se hace materialmente y

culturalmente cada día más fuerte. Y en lo que respecta a nosotros, a nuestro “proceso”, a nuestra “revolución bolivariana”, ese dualismo se expresa en forma salvaje. El programa revolucionario que esconde la constitución bolivariana es la de un horroroso poder que ha jurado ante el soberano luchar contra sí mismo...

5. BLOQUE LIBERAL Y BLOQUE POPULAR

Avanzan los debates dentro de la asamblea, cada vez más cerrados y autistas, y a ese mismo ritmo ella se irá ganando el desprecio ya no sólo de una importante franja de las clases medias y pudientes que desde un primer momento demostraron el profundo conservadurismo que le da forma a sus manifestaciones ideológicas, sino de amplias capas proletarizadas y excluidas que comienzan a ver en ella la reproducción de las prácticas políticas que tanto se han repudiado. Termina la asamblea en una situación calamitosa; la derecha se da el lujo de convertirse por algunas semanas en la expresión de una conciencia nacional (no importa la inexactitud del término) que solo espera por las demostraciones concretas de una intención profunda de cambio por parte de las nuevas dirigencias del país, siendo en este caso la derecha quien lograra abrogarse ese papel jugando al democratismo discursivo: acusar al chavismo de autoritario y militarista; de movimiento protodictatorial o en todo caso de “más de lo mismo”. Arrogante e iluminaria, da a ver el nuevo texto constitucional como una biblia herética donde se combina el centralismo con el estatismo más periclicado. Se solidifican entonces los dos bloques de poder que desde entonces moldearán los movimientos de la opinión pública, momento que aprovechan los más audaces dentro de la derecha renaciente para lanzarse con todo parándose frente a frente al chavismo. La derecha llama a votar por el NO en el referéndum, formándose un bloque político aupado por la prensa, la televisión, los voceros de la autoproclamada “sociedad civil”(COFAVIC, Queremos Elegir, CESAP), partidos políticos de nueva y vieja cuña, empresariado organizado, iglesia (o Conferencia Episcopal), intelectuales comandados por la vieja tropa de renegados izquierdistas, y un oleaje conspirativo con una ascendencia creciente dentro de las fuerzas armadas, que aprovecharán en su conjunto para hacerse ver como la única alternativa ante una dictadura que ya es inminente. Nadie podrá confirmarlo con certeza pero es muy probable que si el referéndum se hubiese hecho en el transcurso de esas semanas que pusieron fin al debate del texto constitucional y donde se decidieron las medidas transitorias, el NO hubiese salido ganador, aplaudido históricamente por gruesas franjas de las clases medias y pudientes y de manera pasiva por los menos favorecidos dentro de esta república hermosa, acompañados en la lejanía por un movimiento popular desarmado y observando con resignación cómo se van perdiendo las esperanzas entre las manos de quienes del día a la mañana intentaron equilibrar los términos de un “proceso” solamente a su favor.

Sabemos de todas maneras que ese no fue el resultado. Ante la debacle de liderazgo de quienes representaron a la nueva república dentro de la constituyente, se alzó nuevamente el liderazgo unipersonal de Chávez, quien con audacia y poniendo a valer la vibración de su verbo guerrero finalmente logra torcer los hechos, garantizándole una contundente victoria al SI refrendario. Ahora bien, del final de esa constituyente quedan dos cosas que nos parece necesario resaltar. En primer lugar, comienza un proceso de reintegración de un bloque conservador formado por las

representaciones más típicas de la burguesía, la sociedad liberal, gran parte del generalato, los medios de comunicación más influyentes, la cúpula eclesial y una derecha política aún en formación tanto desde el punto de vista orgánico como de sus nuevos líderes. Es una derecha ajena a los viejos valores del populismo totalitario que detentó toda la hegemonía política en los últimos cuarenta años, con capacidad no obstante de absorber los restos partidarios y gremiales que aún le quedan a ese viejo populismo. Su cualidad particular no es sólo la de ser “conservadores” frente al voluntarismo revolucionario que intenta sostener Chávez y buena parte del mundo político que lo rodea, sino que por primera vez se nota entre los linderos políticos de nuestro país la ascendencia de una derecha lúcida, cohesionada programáticamente alrededor del utilitarismo que rodea el democratismo liberal y la propuesta neoliberal en general, pero que a su vez ha reconocido la necesidad de interactuar directamente con las clases subalternas, estableciendo proyectos que sirvan para su incorporación dentro de la dinámica mundial de mercado. Nace entonces una derecha no nacional, integrada al contexto político imperial que rige hoy en día toda regulación de las relaciones internacionales, intentando puentes eficaces que permitan subsumir el impulso creador y productivo expresado dentro de la dinámica asociativa de las clases subalternas dentro del gran proyecto mundial que liderizan las cúpulas institucionales del neoliberalismo. No es una derecha soberana, populista o nacionalista, es un bloque liberal que juega al salvacionismo de los que se decidan a seguirlos por medio de los mecanismos del control productivo impuestos por el poder constituido transnacional. Claro está, ella también vive su “proceso”, aún quedan en ella franjas muy importantes que siguen barajando la salida golpista, sostenida en una visión del poder restringida a su función impositiva y represiva sin más (lo más curioso de todo es ver al “chavista” Alfredo Peña jugando un papel de vanguardia en lo que respecta a la visión meramente represiva del poder), o lo más común: a la repetición ridícula de un macartismo primitivo que no ve en Chávez más que el aliado de los movimientos insurreccionales, del fidelismo, y a un comunista disfrazado que en cualquier momento dará el zarpazo hacia una dictadura de corte socialista. También perduran ciertas reminiscencias del sindicalismo adeco, de la presión dentro de los estamentos burocratizados dentro de las instituciones públicas y privadas donde aún conservan alguna influencia, y aún de quienes desean desempolvar los viejos planeamientos antiimperialistas descritos en el arqueológico “Programa de Barranquilla” (primer programa adeco hecho por Betancourt en los años treinta). Pero sólo en caso de darse una profunda convulsión social o se desmoronen las fuentes de gobernabilidad que detenta Chávez desde su llegada a la presidencia hasta hoy, estas alternativas de choque frontal y disfuncionales a la nueva derecha se harán valer en forma explícita y no sólo como mecanismos de presión y chantaje. Lo cierto es que desde ese final de la constituyente se viene estructurando este nuevo “bloque histórico” de la burguesía (burguesía que es mejor enunciar como símbolo histórico, como proyecto global de orden, más que reivindicar su clásica presencia como factor de dominio nacional) cuya estructura básica: élites político e intelectuales, factores materiales de poder (económico, militar, comunicacional), instituciones tradicionales de la sociedad, corporaciones de la sociedad civil, tienden a recomponer un programa total sustentado en la antigua relación entre moralidad-racionalidad-individualismo que supo articular el liberalismo clásico en su época de oro, redimensionado hoy en día a escala planetaria, y frente al cual si no aparece una alternativa clara y definitiva (cosa que está muy lejos de reducirse a un problema de gobierno) no sólo irá ganando fuerza y

ascendencia social, sino que terminarán partiendo en mil pedazos el “bloque popular” que hoy lideriza el chavismo, empezando por absorber directamente sus costados más reaccionarios, hasta llegar a “marear” muchos de sus sectores de base y sus devotos electorales.

Frente a este “bloque liberal” (una denominación provisional y nada más) la dinámica de la constituyente sirve igualmente para comenzar a darle una forma a este otro “bloque popular” anexado al liderazgo de Chávez y ordenado aparentemente alrededor de las instancias de organización que paulatinamente va consolidando el MVR. Pierde peso específico la alianza electoral original prochavista (Polo Patriótico) la cual intenta ser sustituida por el esquema clásico (líder-partido-masas) alimentado por otros sectores fundantes (MBR.200) y aliados provenientes básicamente de las Fuerzas Armadas, una suma importante de movimientos populares, sindicales y gremiales independientes, algunos sectores provenientes de las capas medias, un número considerable de intelectuales crecidos entre las capas universitarias, y los liderazgos nacionales y regionales de los partidos que seguirán manteniendo su alianza original con el chavismo. Pero esta noción de “bloque popular” que funciona muy bien en las mentes la verdad es que en la práctica es mucho más compleja, más efímera y menos hermosa de lo que se cree. Esos tres tiempos o dimensiones ya mencionados que cruzan el proceso desde la victoria del 3 de Diciembre (imperio, soberanía, autonomía) mantendrán en permanente tensión la dinámica interactiva que irá desprendiéndose de él hasta el punto de convertirse en un bloque cuya identidad, o su vivencia cotidiana para ser menos metafísicos, es la permanente crisis que se da en su interno. El juego electoral servirá en lo sucesivo como una pulsión unificadora (en última instancia) que mantendrá mínimamente cohesionados sus hilos articuladores. Pero más abajo, allí donde no se confunde la realidad con el espectáculo, estaremos presenciando una diatriba interminable de microconfrontaciones llevadas en su gran mayoría por el juego de apetencias personales y grupales que vuelven a aflorar intensamente en la medida en que se siguen reproduciendo las prácticas institucionales o seudoinstitucionales que sostuvieron las estructuras básicas del poder a lo largo del siglo XX, y en especial bajo la vigencia del “puntofijismo”. La corrupción nuevamente más que un problema moral o de descomposición personal es un problema de poder. Renace nuestra criollísima tragedia de que aquel que no esté presente dentro de las cofradías de la corrupción, poco a poco, con mayor o menor sutileza según los casos, sencillamente es retirado de los centros neurálgicos de decisión. La corrupción entre nosotros organiza y estratifica los estamentos del poder, e incluso le proporciona una importante cuota de sentido a sus discursos de legitimación. Hablar contra la corrupción y de la misión anticorrupción del nuevo gobierno es parte del folklor ideológico del estado delincuente.

Siendo este “bloque popular” no sólo el camión político dentro del cual se arrojan los sectores identificados con el nuevo gobierno sino la fuente primordial para el relleno de las plazas vacantes que va dejando la burocracia puntofijista, rápidamente este tendrá que vérselas con la tendencia reproductiva del “estado delincuente”. Emplazada a ejecutar con eficiencia los nuevos programas de gobierno, pero al mismo tiempo “obligada” a placer o a regañadientes a participar de las reglas silenciosas que rigen sobre el estado delincuente si se desea mantener las cuotas de poder que han sido alcanzadas, veremos, luego de finalizado el ciclo asambleario de la constituyente, como

comienzan a producirse una infinidad de arreglos entre tendencias internas del bloque que giran permanentemente alrededor de los acuerdos silenciosos de las cofradías delincuentes, la vocación y capacidad ejecutiva que demuestran, su nivel de lealtad y proximidad a la figura central del presidente o los distintos individuos que van posicionándose de los cargos más importantes, y por supuesto su proximidad a los grupos o sujetos que en un momento dado detentan el mayor grado de influencia dentro de las estructuras de mando primordialmente del MVR.

Esto no quiere decir en absoluto que dentro de la nueva república todo el mundo sea un “corrupto” o un futuro candidato a serlo, ni que las buenas intenciones manifestadas desde el presidente hasta muchos de los nuevos funcionarios en contra de la corrupción, hasta donde creemos y esperamos, no se corresponda a una intencionalidad cierta y sincera. El problema es que un estado que ha quedado prácticamente intacto en sus estructuras, ritos y prácticas esenciales, al ser posicionado por agentes no tradicionales donde privan en algunos de ellos notorias intenciones de transformación, inmediatamente le “demuestra” a todo el mundo que si quieren mantener sus respectivos espacios de poder, algo que supuestamente les permitiría concretar metas que en muchos casos están llenas del mayor altruismo social u utopismo político, pues tendrán que acoplarse a las reglas estructurales que los preceden como sujetos. Creyendo en la “razón de estado” como fuente exclusiva para el logro de propósitos teóricamente revolucionarios, pues en este caso tendrán que acoplarse a la práctica y las reglas tanto del estado “racional” -comandado por la lógica de la eficiencia- como del estado “irracional” y delincuente, y donde la mayoría de las veces (allí está nuestra especial particularidad) priva el segundo sobre el primero. No nos interesan en absoluto los que demuestran su vocación delincuencial; pillos de corbata o camisión, de la nueva o la vieja república, que siguen inundando los cargos de la república postconstituyente, engrasando los tradicionales mecanismos de ascenso social que funcionan tan bien dentro del estado petrolero y la sociedad buhonerizada. Lo interesante en este caso es ver como innumerables militantes y personas de buena voluntad dispuestas a colaborar con el “proceso”, que desde entonces participan ya sea de instancias centrales o regionales de estado, que han asumido algún curul de representación, o que son parte de la “burocracia civil” que se ha venido montando vía ONG’s, terminan sucumbiendo ante la presión externa que determina la relación poder-corrupción (y donde no faltará el que le agarre el gusto a su prueba de sumisión) o de lo contrario son desplazados de los lugares de decisión y de privilegio político o social a los cuales han accedido. No se trata de una condición absoluta o de una ley que rige sobre todos y cada uno de los rincones de estado en forma mecánica (la corrupción aún no es ecosistema...), más bien estamos ante una acostumbrada lógica de poder que tiende a reimponerse, especialmente después de quedar completamente inconclusa y tan autista la primera ofensiva constituyente. Su encerramiento, la exclusión de la multitud y de la inteligencia colectiva dentro de su dinámica, la ilusión de creer o de imponer la creencia de que los “proyectos de sociedad” nacen en el lugar donde se “escriben” los nuevos pactos políticos y no en el terreno de las relaciones de producción, finalmente permitirá que la relación entre delincuencia pública y “proceso” también en este caso imponga su detestable presencia.

Hemos hecho este paréntesis sobre el problema de la corrupción para introducir el análisis sobre el “bloque popular” para evitar los romanticismos que siempre giran alrededor de cualquier invocación populista. Ese “bloque popular” al no tener clara su identidad ideológica ni estar arraigado de manera hegemónica a un quehacer práctico que determine la construcción de nuevas relaciones sociales, nuevos pactos democráticos, nuevas formas de luchas, nuevas culturas políticas, su tendencia es a la de utilizar los mecanismos más corrientes de reproducción de la comunidad política, de concentración de riqueza -ergo de poder- para garantizar su sobrevivencia, creyendo en el mejor de los casos que sólo así se podrá mantener viva la “revolución”, y en particular la “revolución” que llevan en sus mentes. Si se asumen con disfrute o con culpabilidad semejantes realidades es lo menos importante -de todas maneras los confesionarios y los curas todavía existen- el lío es que se trata de un bloque que comienza a ser intoxicado por esta realidad, algo que se intensifica en la medida en que los mecanismos de cooptación partidocrática se van ensanchando y extendiendo sobre vastos territorios de dicho bloque hasta confundirse con él. Una singular impotencia será la que sentirán tantos individuos embrujados a lo largo de su vida por los ideales revolucionarios al darse cuenta de lo difícil de articular la razón burocrática de estado con el quehacer transformador, pero que en este caso se va a profundizar aún más al darse cuenta de la llave indisoluble que se van construyendo poco a poco entre prácticas de estado, partido y corrupción, donde aparentemente no existe nadie que le pueda poner el cascabel al gato.

Llueven por una infinidad de lados excelentes ideas, magníficos programas, políticas repletas de sentido transformador y que en muchos casos Chávez anuncia con orgullo; nos referimos a un movimiento popular que desde los días de la constituyente en adelante de manera directa o indirecta empieza a producir infinidad de puentes entre instituciones y bloque popular dando en muchos casos lo mejor de sí, sistematizando ideas que venían flotando (las almas del modo de resistencia) a lo largo de los años hasta traducirlas en políticas adaptadas a un lento proceso de transición revolucionaria, pero a la hora de la chiquita verán como en la mayoría de los casos esas ideas son reemplazadas o sencillamente masacradas en los hechos por la actitud conservadora de los poderes atados a una visión de estricta sobrevivencia, llenos de temor a todo cambio, acólitos en otros casos a las tendencias más autoritarias y reaccionarias que polulan dentro del universo chavista. Saboteadoras por naturaleza de toda producción transformadora, podemos constatar como tantas de esas ideas y proyectos se reducen a papelógrafos decorativos de oficinas donde no es precisamente la construcción de una “nueva sociedad” lo que se está discutiendo y acordando.

Semejante capacidad reproductiva de las viejas prácticas de estado que ha tenido la V República posconstituyente tendrá más adelante mucho que ver con la reinstalación de las prácticas represivas a nivel social (existe un campo de libertades dado a los movimientos populares, sociales e izquierdistas, sin duda muy importante que reflejan el respeto que en todo caso tendrán las nuevas dirigencias hacia quienes de una manera u otra hemos hecho parte de la construcción del proceso, sin embargo, la represión como práctica extensa y socialmente determinante sigue casi intacta y en algunos casos empeorada ante el correspondiente cuadro de deterioro de las condiciones de vida de la población y su directa relación con el incremento de la criminalidad y la delincuencia).

Pero así también le dará piso al reestrechamiento de relaciones parasitarias entre capital y burocracia de estado, al mismo tiempo que irá generando la fatal reducción de todo juicio respecto al quehacer institucional al parámetro exclusivo de la “eficiencia” y la producción de obras. Un ejemplo muy claro se presentará con la renuncia de la presidenta de CONAVI, quien trata de introducir elementos de transformación cualitativa dentro de los planes de construcción de vivienda (autoconstrucción, comunidad integral, modo de vida autogestionario y sustentable) siendo finalmente desplazada por la arrogancia del productivismo eficiente tan propia del militarismo, quienes probarán a lo último que no hay nada más ineficiente y despilfarrador que el bendito eficientismo a secas. Algo que por cierto se convertirá en el “hazme reír” de toda una derecha que sabe muy bien que el tal eficientismo no es más que la otra cara del privatismo que tanto reclaman, y si esta relación no está totalmente clara y convertida en criterio originario para la ejecución del gasto público, moviéndose por el contrario entre oscuras y lucrativas relaciones entre empresario y burócrata (ver Fundabarrios), los resultados no tardarán en reflejar el exacto contrario de las intenciones que dieron nacimiento a la planificación inicial. Terminaremos, luego de atravesar las consecuencias mencionadas, con el renacimiento del olvido cómplice, de la incapacidad endémica por parte del estado y su “justicia” de castigar la corrupción, ni siquiera la vieja, la que es obra del enemigo “puntofijista”. Sólo allí donde más duele y donde el estado tiene mucho que perder fiscalmente que son las aduanas, hasta los momentos se ha dado prueba de alguna disposición justiciera y vigilante; muy bien pero muy triste a la vez.

Desconectar la formación y cohesión del “bloque popular” que ha puesto su fe y en muchos casos su esfuerzo desinteresado a favor del nuevo gobierno, sobretodo en la realización de los objetivos con mayor carga transformadora, de esta cantidad de fuentes de intoxicación y parálisis, es una operación de idealización sospechosa muy utilizada desde el final de la constituyente pero que no ha tenido la más mínima capacidad de ocultar lo obvio. Acordémonos que desde hace más de una década se ha extendido entre la población la necesidad de leer críticamente las verdades que se ocultan tras los discursos de los agentes oficiales de la comunidad política; fenómeno que en este caso se manifestará, por un lado, no dejándose llevar, al menos mayoritariamente, por el histerismo reaccionario de la derecha en formación, repetido día a día en todos o casi todos los medios de comunicación, pero por otro, en no dejarse envolver por la discursiva feliz de la “revolución bolivariana”; actitud que tuvo su lugar de nacimiento precisamente con la multiplicación del sentimiento de profunda molestia que dejó la constituyente. Al interno del “bloque popular” se vive una suerte de desgarramiento permanente al presenciar -o en momentos participar sin saber exactamente cómo y por qué se llegó a ello- como se van sambuyendo los pequeños héroes de ayer dentro de los canales del estado delincuente, del burocratismo reafirmado, de la partidocracia más descarada, del eficientismo inútil y arrogante, de la burguesía contratante y de comisión en mano, respondiendo a un neoconservadurismo institucional que desde entonces se ha ido reafirmando sin pausa. Y lo peor, dentro de un silencio pasmoso, un miedo generalizado entre los más honestos y sensibles a sincerar aquellas angustias dentro de los escenarios oficiales de reunión. Miedo a ¡qué dirá el jefe! Pareciera que el cuerpo del caudillo, el mismo que hasta ahora me ha ayudado a liberarme, ahora también es capaz de castigarme si digo lo que pienso. Nuestra obra colectiva se voltea contra nosotros

advirtiéndonos entre los fantasmas del subconsciente colectivo (edipo caudillista) que la lealtad sólo se prueba con el silencio y la complicidad. ¿Estará Chávez de acuerdo con eso o es simplemente una ecuación cultural insuperable dentro de los escollos que nos depara cualquier revolución política?

Todo este ambiente de intoxicación, a la hora de tener que catapultarse al plano de lo ideológico, de los referentes ideales pero no por ello ausentes de consecuencias materiales en tanto lenguajes que permiten organizar y relacionar el mundo de la práctica, tendrá una conexión muy estrecha con aquello que hemos llamado el tiempo o la dinámica de soberanía. Tratándose de una dinámica mucho más ligada desde sus orígenes universales a la razón de estado, es decir, a la construcción del estado democrático y de soberanía popular, que los valores que giran alrededor de las dinámicas autónomas (o en su contrario antagónico, a los tiempos y valores del imperio) la “soberanía” y la voluntad participacionista que ha logrado desplegarse tanto quedarán atrapadas entre su nutriente utópico original y esta ensalada de tóxicos que han logrado mantener en crisis permanente el conjunto del “bloque popular”. En muchos casos la “participación” como discurso oficial comienza a sentirse como burla, y si las cosas siguen así pasará lo mismo que con el discurso democratista del puntofijismo: la “participación” se convertirá en sinónimo de corrupción, de mayor partidocracia y peor burocratismo. Las ideas y sus significantes inmediatos nunca han sido capaces de mantener encerrados sus significados originales, por lo general se fugan de allí hacia un mundo mucho más salvaje y descarado: el de los significados socialmente construidos, y en este caso -repetimos- estamos al borde de que la tan apreciada “participación” se descomponga y se fugue hacia su contrario ideal. Por todos lados oímos a nuevos alcaldes, a burócratas reencauchados provenientes de los viejos y nuevos partidos, a la “representación de la voluntad nacional”, repetir que hay que tener mucho cuidado con exacerbar las expectativas participacionistas, que “este pueblo todavía no está preparado para tanto” (argumento muy repetido, por ejemplo, cuando se discutió el modelo del “presupuesto participativo” iniciado por la alcaldía de Porto Alegre; un intento modesto que no pretende acabar con el imperio capitalista pero muy interesante en sus resultados ejecutivos). Desde la formación de las “asambleas parroquiales constituyentes” en el año 98, se oye repetidas veces sobretodo entre los salones de las boinas rojas, o en su ausencia de las azules y naranjas, que “el pueblo no ha sido educado para gobernar” (palabras textuales dichas en mi cara por parte de un hombre tan apreciado como Aristóbulo Isturiz), o simplemente se trata de un discurso de mampostería que no está soportado en ninguna intencionalidad concreta proveniente de los dirigentes de turno. Y por favor, su activación nada tiene que ver con la mucha o poca formación política de tal o cual dirigente; la participación, aún reduciendo las cosas al aspecto más subjetivo y voluntarista, es un compromiso individual y clasista que cualquiera guarda consigo si es el problema de la liberación de clase el referente principal para encauzar su vida social y política, independientemente de los grados académicos que haya cursado o los manuales revolucionarios que haya leído. Pero además, la “participación” es un componente central del ideario colectivo que se ha elevado desde las fábricas callejeras de la rebelión en los últimos años; es un referente que hace parte de la semántica política colectiva, y por tanto, un valor de arraigo social, considerado por ello un componente sustancial de nuestra propia victoria. Habrá mucha penuria de saberes metodológicos y definiciones estratégicas probablemente, habrá la duda por la inexperiencia práctica, pero el ejecútese

de la participación como acto de plena soberanía popular, así sea inventando y errando en nuestro caminar rodriguiano, es problema de la integralidad y compromiso de cada quien dentro de la comunidad política revolucionaria, y por encima de todo, del voluntarismo participativo que inspiren desde los hechos los que tienen los instrumentos de decisión política y ejecutiva a la mano (hablamos desde el punto de vista de la dinámica de soberanía). El no abordarla en toda su radicalidad no es más que la prueba de la intoxicación que se ha venido profundizando dentro del “bloque popular” y donde están muy comprometidos, por omisión o por plena conchupancia, desde el gobierno nacional hasta los liderazgos locales.

De todas formas ya a estas alturas, viendo las cosas en términos prospectivos más allá de los voluntarismos y la buena disposición de cada quien, la relación entre “bloque popular” y dinámica de soberanía sólo puede ser salvada a mediano plazo si efectivamente se constituyen los espacios institucionales alternativos y la dinámica de redes sociales que se han venido trabajando desde hace algunos años. Hacia el final de este capítulo nos referiremos con más atención a estos puntos, por los momentos vale la pena advertir que si bien hablar de “institucionalidad alternativa” entendida como modalidad para el encauzamiento final del proceso popular constituyente, y de la contribución que se pueda hacer en favor del desarrollo de los tejidos de redes sociales, aunque es una materia que logra expandirse a mediados de los años noventa dentro del contexto de la discusión “soberana”, de los debates centrados en la potencialidad política fruto de la “toma del poder”, de ninguna manera ella nace dentro de estos foros; su lugar de origen está centrado alrededor de esa curiosa “revolución ideológica” que comenzó a socializarse al generalizarse el tema de “la construcción del poder popular”, alimentada más adelante por los conceptos de “multitud”, “poder constituyente” y “nueva cultura política”. Por tales razones “originales”, y por otras más pueriles y políticas -es decir de fuerza- es imposible que la discusión como la estrategia que giran alrededor del principio de “soberanía” se basten a sí mismas.

La dinámica de soberanía como ya lo sugerimos, tendrá que contar con las dinámicas autónomas que no participan de la “razón de estado” para lograr cumplir sus propios objetivos. El estado omnipotente llegó a su fin como mito y como realidad. Pero lo más importante a acotar en este caso es que el “bloque popular” del cual hablamos, aunque hegemonizado desde aquellos tiempos en que la izquierda que llamamos “violentista”, “tradicional” o “reformista”, se impuso dentro del debate programático, no por ello haya dejando de estar presente dentro de él una cantidad muy importante de colectivos de base (algunos de ellos insertos dentro del mismo MVR), ciertamente muy disminuidos sobretodo en aquellos momentos en que finalizaba el ciclo de la asamblea constituyente, pero que de alguna manera han venido garantizando y reviviendo la condición de posibilidad de la dinámica y el tiempo de autonomía dentro del “bloque popular”. Quebrando en todos los puntos focales donde se ha podido la fatal pirámide del líder-partido-masas, y en su defensa del proceso transformador, muchos de estos colectivos de base han comenzado a desplegar un quehacer social dirigido a levantar los espacios alternativos de “soberanía” pero desde una lógica y una voluntad absolutamente autónoma, sin esperar siquiera de la buena pro ni del acompañamiento de los agentes de estado que en principio apoyan el desarrollo del enredamiento social y de la institucionalidad pública alternativa. La dinámica autónoma, y los tiempos sociales de

autonomía, son también procesuales, se constituyen en la medida en que va cobrando fuerza la materialidad de las prácticas emancipatorias hasta convertirse en espacios populares de organización, comunicación, investigación, formación, tal y como lo hemos suscrito al reivindicar la metodología “invedecoriana”. Cada vez más lejos de la clásica relación de fusión, integración y obediencia entre institucionalidad pública y agentes sociales, reivindicada en los mejores tiempos de constitución de los estados burgueses en el mundo, el problema fundamental que se ha venido planteando gira alrededor de la construcción de espacios societarios no absorbidos por la racionalidad del mercado, del instrumentalismo de la tecnocracia, ni sometidos a la obediencia de estado. En términos prácticos por supuesto que el problema es muy confuso y difícil por el control represivo, legislativo, burocrático financiero y cognitivo, que detentan ambos poderes, teniendo por tanto el monopolio de todos los medios de producción y reproducción social. Solamente la capacidad asociativa del trabajo y de la “multitud” excluida, la cualificación de las prácticas emancipatorias, y el desarrollo de la movilización independiente, son las armas con que se disponen hasta los momentos. Sin embargo, esto no evita ni garantiza la posibilidad de una regresión de estas prácticas hacia un marginalismo huidizo, o a tener que encerrarse nuevamente dentro de un vanguardismo de élites revolucionarias que replantee el problema de la confrontación abierta con el actual gobierno, sin que en el fondo se haya resuelto teóricamente nada, estando por seguro que los supuestos “triunfadores” de mañana volverán a repetir el mismo cuento de la relación dominante-dominando, explotador-explotado, y con peor arrogancia por tratarse de la llegada al cielo de los superverdaderos revolucionarios. Por ello, la única salida por los momentos, como ya lo hemos indicado, es la alianza con los factores progresistas de estado, la defensa del proceso transformador en toda su complejidad, la participación en la constitución de una nueva institucionalidad y nuevos tejidos sociales, la interacción con los saberes académicos y sectores profesionalizados que ayuden a enriquecer el diálogo de saberes, y la exigencia innegociable de un programa mínimo reivindicativo que nos ayude a salir de la miseria más grave y a superar nuestra condición de “sociedad buhonerizada”.

Todas estas alianzas tienen sus límites sólo que esta vez no sabemos donde están exactamente, la exigencia de definiciones es la que en todo caso nos aproxima a esos límites mientras las definiciones no se concreten y la tal “transición” se mantenga en el limbo. Nosotros u otros, arropados por otros deseos, otras necesidades materiales y nuevas utopías seguro que pondrán de nuevo a marchar la rueda de la rebelión, la constitución y la alternativa. Por los momentos lo más importante es la constancia de la sobrevivencia de esta dinámica dentro a la absorción que se produjo luego del triunfo del 3 de Diciembre, y sobretodo, después del autoencerramiento del primer gran ciclo del proceso constituyente. La verdad es que, hacia final del año 99, el panorama llegó a ser tétrico; ver como día a día unos accedían a puestos de gobierno y al otro una marejada de indigentes políticos comenzaban a rodearlos para sumarse a su “revolución” personal no faltando los que aspiraban a participar de la chequera pública que los nuevos funcionarios ahora tenían a su disposición. Tal realidad, sumada la cooptación burocrática, mató una cantidad de voluntades que históricamente habían hecho importantes contribuciones a las prácticas autónomas. De inmediato empezaron a repetirse los pronunciamientos públicos que acusaban en cualquier manifestación social de sabotadora, de conspiración contra la “revolución bolivariana”; seres que hasta ayer

estuvieron sembrando cualquier tipo de subversión social o de conspiración política. Sin embargo, al mismo tiempo que se quebraba el “Polo Patriótico” y nacían los primeros entornos del “bloque popular” en defensa de este proceso, la misma confrontación de clases, la tensión entre el nuevo funcionariado y los movimientos sociales, y la fuerza de una memoria valorativa y política que ahora accedía a convertirse en discurso oficial, sugeridas una y mil veces dentro de las largas cadenas de Chávez, fueron recomponiendo las bases de las dinámicas autónomas. Llegaron y probablemente siguen confundiéndose a ratos con las prácticas burocráticas y delincuentes, (este no es el mundo de “las almas puras” de la sociedad frente a las “almas contaminadas” del estado), no obstante su resistencia a fundirse en ellas, o no aceptar ningún argumento que las justifique, les fue permitiendo componer algún nivel de organización de fuerzas, y más que todo, ordenar los proyectos de construcción socio-política que permitan realizar programáticamente algunos de los grandes ideales por los que se ha luchado. Son proyectos disgregados en objetivos y prácticas sociales concretas, siguiendo las coordenadas universales del accionar autónomo, pero en la medida en que han podido al menos reafirmarse, peleándose o negociándose día a día con los funcionarios de turno, y en pocos pero importantes casos, ponerse en camino, ellas han empezado a integrar un discurso y una práctica de transformación (siempre dentro del cuadro limitante de la transición política) que empiezan a tensionar el conjunto de las relaciones de poder.

La más importante en el año 99 de estas iniciativas fue la de la “Constituyente Educativa”, comenzada como ya lo comentamos desde algunos de los frentes de educadores y el movimiento pedagógico organizado en la última década. Ella nos puede dar un modelo de lo que es una alianza correcta entre estado y poder constituyente, entre dinámicas de soberanía y dinámicas autónomas. Al comenzar a organizarse, fundiendo en ella voluntades institucionales y no institucionales, rápidamente aspiró a convertirse en la base social para el levantamiento de un “Proyecto Educativo Nacional” siguiendo las pautas de construcción estratégica planteadas en las tesis del “proceso popular constituyente”. Logrando las alianzas necesarias y la comunión de visiones con al menos un sector importante del ministerio de educación y posteriormente con Chávez, finalmente logra elaborarse, después de siete meses de trabajo donde se sumaron una cantidad muy importante de colectivos de maestros, un primer borrador del proyecto que es legitimado hacia finales del año 99 en asamblea general de la constituyente educativa. El gobierno asume el proyecto como suyo y queda como palabra-promesa para un proyecto de transformación educativa valedero para las próximas dos décadas.

Inmediatamente después, la misma fuerza argumentativa y ejemplar que fue sintetizando esta constituyente, sirve de base para levantar el “Proyecto de Redes Sociales”; un escenario programático que ha ofrecido un insumo muy sólido para articular conceptualmente el conjunto de la política social del gobierno. Proyecto Educativo Nacional y de Redes Sociales conjugan entre ellos un proyecto de sociedad que lleva hasta sus últimas consecuencias el viejo ideario democrático. En ese sentido podríamos afirmar, en lo que respecta al PEN, que su adscripción a lo que nos permitiríamos llamar “utopía soberana” se centra en la recuperación de la conducción del poder público democrático de su misión como “estado docente”, pero al mismo tiempo en promover la absorción del poder público docente por una sociedad civil que en este caso se manifestaría a través de la formación de las “comunidades educativas”, la desburocratización de la administración escolar, la democratización del magisterio y

la recuperación de las condiciones de vida del maestro. Mientras que por el lado de la “utopía autónoma” se trata de un proyecto que promueve la superación del conocimiento academicista por el diálogo de saberes y la construcción significativa de conocimiento, la confrontación a cualquier modalidad de instrumentalización del quehacer y el conocimiento humano, así como el rechazo a la explotación y la dominación cultural. Pero así también, de acuerdo a la dinámica de autonomía, dentro del PEN se resalta la importancia que debe tener el proceso de transformación educativo -su liderazgo- dentro de la constitución de un poder social autorregulado que desborde todos los límites entre comunidad y escuela, entre agentes sociales y poder, enfrentando la división social del trabajo y la exclusión social a través de la transversalización y cualificación de la práctica colectiva, desde la producción de bienes materiales hasta el desarrollo de los ecosistemas sociales y naturales dentro de la cotidianidad de la vida colectiva.

Es allí donde se produce el puente hacia la idea de “redes sociales” -”red de redes”-, primero como batalla a la “sociedad buhonerizada”, atacando su disgregación y su carga alienante promoviendo procesos de autoorganización de las prácticas colectivas en redes horizontales (ecológicas, culturales, educativas, juveniles, productivas, de salud, etc) que vayan adquiriendo un protagonismo cada vez mayor en la determinación, planificación y ejecución de las políticas públicas. Dentro de un tono más teórico estamos hablando de un proyecto que pulsa por reencontrar, siguiendo indirectamente la demanda que han hecho los grandes críticos de la modernidad no posmodernos, una nueva relación entre sistema (racionalidad social) y sujeto (el actor colectivo) que esté mediada no por la instrumentalización del individuo sino por la profundización de los impulsos colectivos de liberación. Las redes son una propuesta que apuesta en última instancia a la posibilidad de sustituir el mercado como racionalidad dominante y al estado como comando totalitario por niveles discontinuos de libre asociación que desde la práctica vayan obligando la desaparición de las relaciones típicas de la dominación capitalista: empleo (o en su defecto desempleo), trabajo asalariado, mercantilización social, representación pública, monopolio del conocimiento y la propiedad, dominación cultural.

La dupla que conforman el PEN y el Proyecto de Redes Sociales necesariamente nos llevan a la necesidad de desarrollar un nuevo concepto de estado, o sencillamente de participación y gestión del poder público, (hasta ahora conceptualizado como “nuevo modelo de gestión”) que permitiría el desmantelamiento de las primeras instancias municipales del viejo estado, siendo sustituido por una pluralidad de poderes locales que estarían sostenidos, en primer lugar, sobre la organización de las asambleas comunales o de ciudadanos desde donde comenzaría un proceso paulatino de organización de la participación directa de la ciudadanía (desarrollo de la “governabilidad popular”) dentro de instancias vinculantes de decisión . Hablamos de una ciudadanía que en principio ha tenido la ocasión de compenetrarse con el proceso de “redes sociales”, siendo por tanto un colectivo que participaría poniendo por delante los planes y exigencias nacidos de su dinámica. Dentro del desenvolvimiento permanente de tales “asambleas de ciudadanos” se ensamblarían y posteriormente ejecutarían los microplanes que puedan ayudar a concretar las pequeñas y grandes metas de desarrollo social y comunal planteadas en sus debates. Otra cosa muy importante en este caso es que, tratándose de nuevas estructuras institucionales, ellas manejarían directamente los presupuestos asignados para la

ejecución de dichos planes rompiendo toda intermediación entre estado y sociedad. Estas asambleas a su vez nombrarían los agentes que formarían parte de las “asambleas parroquiales”, y demás instancias de cogobernabilidad que vayan creándose dentro de los poderes parroquiales y municipales (Consejos Técnicos, Justicia local, Comités de derecho, Asambleas Parroquiales etc), que en su conjunto formaría parte de un poder cogestionado donde sea preeminente la autonomía del poder popular y el empuje y hegemonía de las dinámicas autónomas sobre los criterios tradicionales y meramente “ordenatorios” y represivos de gobernabilidad.

Las relación entre el PEN, el proyecto de Redes Sociales y el desarrollo de los nuevos modelos de gestión conforman una tríada estratégica que en los hechos se ha ido convirtiendo en una de las puntas de lanza más importantes para el avance de un proceso cierto de transformación dentro de los límites de la transición. Pero ya desde el año 99, al mismo tiempo que tomaba forma esta tríada, iban floreciendo otro conjunto de proyectos alternativos que parecían incrustarse dentro de los planes inmediatos de las distintas instituciones de estado (vivienda de autoconstrucción, desarrollo de la economía social, fortalecimiento del campo alternativo comunicacional, seguridad social solidaria, medicina integral, modelo democrático y ecológico de desarrollo agrario, proyecto “niños de la patria”, revolución cultural, etc) aunque, como decíamos, la mayoría de ellos se quedarán en condición de papelógrafos de oficinas de gobierno. Eran y son el imaginario de una gran subversión social y política que pudo traducir en objetivos materiales el deseo transformador que fue creciendo con los años. Proyectos cuyo centro siempre ronda alrededor del quebrantamiento de las relaciones de poder constituidas y la puesta en práctica de nuevos modos de producción y reproducción de lo social que faciliten el avance de los pequeños y grandes idearios revolucionarios. El voluntarismo de tiempos pasados ahora se disgrega en proyectos puntuales que viven dentro de su ámbito el mismo trauma de tener que luchar contra los atavismos de la tradición y del poder, teniendo que recurrir a toda una sabiduría de guerra acumulada (táctica y estrategia, guerra de posiciones, guerra de movimiento) para cumplir con las aspiraciones transformadoras que se han sembrado en el colectivo. Razón por la cual el “proceso” nos ha ido probando que no tiene ningún sentido esperar que las dinámicas autónomas y los proyectos alternativos que nazcan dentro del bloque popular, sean llevados a la práctica o facilitados por los agentes de una institucionalidad que se quedó atascada entre una y otra república, por más atraídos y comprometidos que se sientan muchos de sus principales agentes con estos grandes sueños. La posibilidad en última instancia de realización de todo este conjunto de aspiraciones está en la independencia que puedan ir ganando el desarrollo del “proceso” frente a cualquier instancia de orden gubernamental, convirtiéndose de esta manera en una matriz programática transitoria y de mediano plazo de una vasta vanguardia colectiva que pueda por sí sola congregarse el conjunto de las fuerzas transformadoras. Si el “sujeto” fundamental de este proceso logra reencontrarse de la fábrica de donde vino (la calle, la reunión de comunidades, los círculos de trabajadores, los colectivos estudiantiles, los grupos campesinos, los movimientos autónomos) abra victoria, pero si se queda en el umbral de los pasillos ministeriales y presidenciales, la derrota ya está escrita.

6. ENTRE MARCOS Y CHÁVEZ

Aquellos acontecimientos que en cierto modo permitieron “descubrirnos” en el año 89, no fueron acontecimientos aislados. Como la locura, como el sustrato más íntimo y aparentemente irracional de la psicología individual, esa explosión colectiva también tenía un encadenamiento directo con lo social; estaba asociada a un movimiento continental y mundial que florecía por todos los rincones del mundo con resultados muy dispares. Las sociedades civiles del este europeo se rebelaban contra las dictaduras burocráticas que por décadas habían expropiado la palabra y el protagonismo a los trabajadores. Por su lado, los jóvenes chinos intentaron emprender una segunda “revolución cultural” pero fueron aplastados en Tiananmen. En Sur Africa se desata la rebelión democrática contra el apartheid hasta concluir en la victoria de Mandela. En la Europa occidental la confrontación entre el inmigrante y el nacional, entre el nuevo estado privatista y la “sociedad pública” empieza a desencadenar movimientos sociales muy importantes. En Estados Unidos comienzan a irrumpir las macromanifestaciones por los derechos civiles poniendo fin a la regresión política de la era Reagan. Por acá, la Colombia guerrillera logra finalmente llenar el país de movilizaciones y huelgas poniendo muy de cerca la alternativa de una insurrección revolucionaria, aunque el precio por la intensidad de los sueños fue muy caro: más de tres mil militantes de izquierda fueron masacrados. La guerrilla salvadoreña llega a su máximo apogeo, desafortunadamente no supo entender el significado de la “crisis del socialismo”, se cree aislada y acepta un acuerdo de paz más que humillante. En Chile termina de caer Pinochet, en Ecuador comienza la formación de la CONAI, y en el Perú se desata la guerrilla senderista con saldos terribles desgraciadamente. Eran un mosaico de hechos completamente variables y heterogéneos motivados por conflictos internos irresueltos o de nuevo tipo, pero al mismo tiempo concluían la primera gran ola de confrontación al orden mundial dolarizado que logrará consolidarse definitivamente después de la caída del muro de Berlín y la invasión a Irak. Procesos de lucha aún encerrados dentro del espacio del estado nacional pero que de alguna manera prefiguraron el posterior encadenamiento global del las luchas populares que habrán de inaugurarse en Seattle diez años después.

Entre tanto dos personajes todavía incógnitos pero que hacen parte de la sensibilidad común que ha venido tejiéndose después de la derrota de los grandes movimientos de sesenta y setenta, se preparan para trepar la cresta de aquella ola y aprovechar su energía para cumplir sueños. Marcos y Chávez están por aquellos tiempos recogidos sobre sí mismos, rodeados de una pequeña camarilla de acompañantes que los siguen en sus intenciones revolucionarias y sus métodos conspirativos. El primero, siguiendo la línea trazada por el Che, intenta montar un foco guerrillero en Chiapas sin mucho éxito, sin embargo, pronto se dará cuenta que la voluntad de guerra no es propiedad de un círculo estrecho de revolucionarios de oficio; ella ha madurado dentro de las colectividades indígenas posibilitando la formación de una guerrilla indígena comandada por organizaciones creadas en las mismas comunidades. El segundo, siguiendo la herencia del militarismo patriótico, tratará de forzar la barra y emprender de inmediato la planificación del futuro golpe de estado, pero al igual que el primero se encontrará con la presión de un entorno socio-político que tratará de romper con los enfoques militaristas del mismo. A escondidas regresa con toda su fuerza el tradicional voluntarismo revolucionario latinoamericano conectado a dos hombres que liderizarán

en años futuros los dos movimientos revolucionarios más pujantes y envolventes socialmente de todo el continente. Nuevamente el caudillismo libertario e igualitario se siembra en el cuerpo de los nuevos líderes que lo reactivarán de manera muy distinta en sus modos, programas y lenguajes, pero esencialmente idéntico en lo que respecta a la significación última de sus respectivos liderazgos.

Ambos personajes se cubrirán en primer lugar con un manto guerrero que los conectará de inmediato con una fantasía revolucionaria inmensamente fuerte en estas tierras. Donde no hay guerra no hay revolución y donde no hay un guerrero que la emprenda no hay voluntad para hacerla; ella es una ecuación histórica que sigue estando completamente viva entre nosotros a pesar de la modernidad, las industrias, la televisión y el consumismo que nos han traspasado. Así mismo, y contrariamente a lo ocurrido desde los centros del capitalismo mundial, nuestros gritos de liberación nacen por lo general en los costados más arrimados de la sociedad: de los cerros campesinos, de las minas más apartadas, de los barrios más marginales, mientras que en Europa o en norteamérica han tendido a incubarse desde el seno de los aparatos de organización del poder: la escuela, la fábrica, la oficina, provocando el desarrollo de una subjetividad y una comprensión del hecho revolucionario totalmente distintas. En este caso el grito de los zapatistas retumba de las comunidades indígenas más marginadas de México, mientras que Chávez verá en la rebelión de los excluidos la razón misma para poner las armas que controla al servicio de aquellas masas insurrectas pero sin armamento y sin dirección. Testimonios clarísimos del fracaso absoluto de las estrategias de desarrollo capitalista en la América Latina y de la imposibilidad que tuvo y sigue teniendo este modelo de orden para integrar las distintas fuerzas sociales dentro de él. Tardíamente lo ha querido hacer a la fuerza y con el mismo tipo de fuerza se le ha respondido. Consecuencia directa de este fracaso histórico es que en ambos puntos vuelve a presentarse un hilo de continuidad dentro de las luchas populares que no deja de reproducirse: la primacía de lo nacional, de la identidad primaria de los pueblos, de los derechos a ser y existir, se imponen sobre las razones de clase. El discurso clasista se subsume dentro del gran anhelo de liberación “nacional”, algo que por cierto se ha entendido muy mal y en forma yuxtapuesta dentro de la izquierda tradicional. Para el caso, Marcos y los zapatistas pondrán en el centro de toda su lucha la autonomía de la nación originaria indígena, mientras que Chávez hará del bolivarianismo y el postulado de libertad americana que está implícito en él, el centro de su filosofía revolucionaria. Pueblos parcialmente integrados al todo capitalista (a la relación capital-trabajo) pero al mismo tiempo forzados a vivir únicamente bajo sus reglas de apropiación e intercambio, recogerán del ethos nacional y no de clase la bandera fundamental de su lucha, siendo sólo ella quien logrará absorber el conjunto de los deseos de liberación que se fraguan desde el seno de la opresión social y no la existencia empírica de quienes jugarán el papel de fuerza de trabajo dentro de las relaciones capitalistas. Hasta la más socialista de todas las revoluciones de Nuestra América -la cubana- llevará por delante el sentido emancipador de la liberación nacional. Esta situación de “subsunción sólo parcial del trabajo en el capital” (parafraseando a Marx) favorecerá la primacía de lo nacional sobre el argumento clasista lo que no quiere decir que se trate de una revolución “menor”, de una intensidad de menor grado y de menores propósitos desde el punto de vista de la nueva sociedad a construir. La yuxtaposición de la teleología de los discursos del marxismo positivista de la segunda o tercera internacional o del populismo temprano

(Betancourt, Haya de la Torre) sobre el dinamismo real de las luchas populares, lo quiso ver así, pero si a ver vamos las crónicas y los manifiestos que nos han dejado los grandes movimientos populares de Nuestra América, desde la misma independencia o antes quizás, nos permiten leer en ellas las reivindicaciones más universales, radicales y profundas que han enriquecido la imaginación utópica desde entonces.

Marcos y Chávez surgen a la escena política armados, milagrosos y periféricos, sin embargo, estarán cubiertos del más profundo sentido de lo nacional y de la liberación de todo-pueblo frente a las reglas de un imperio que no sólo ha explotado el esfuerzo físico y la creatividad intelectual del colectivo sino que además, ha venido aplastando toda posibilidad de desarrollo de relaciones constructivas socialmente y de todo derecho a generalizar la asociación productiva entre los individuos (tratándose de una misión que han adoptado históricamente tanto los movimientos liberales como socialistas), situación de se acrecienta en la medida en que la globalización se profundiza haciendo de la “exclusión” el nuevo “modo de vida” de las mayorías.

Por supuesto, entre Marcos y Chávez se notarán grandes diferencias a la hora de posicionarse políticamente ante los significados liberadores subyacentes a sus liderazgos. Marcos es un hombre cuyo guevarismo original lo emparenta con el marxismo y a la vez lo aleja de las ortodoxias más castrantes dentro de él, pero a su vez, parece haber detectado los límites que rodean el pensamiento del viejo filósofo alemán, saltando por encima de él hasta poder reconocer la razón por la cual una rebelión más local y periférica, dentro del capitalismo tardío, se convierte en la más universal y cosmopolita de las revoluciones. De esa forma el nuevo caudillo indígena tratará desde un primer momento de reventar al caudillo que late en su figura, imponiéndole un pasamontañas que lo obligará a mantener un anonimato innecesario desde el punto de vista de la seguridad, pero imprescindible a la hora de asumir el derecho a hablar por todos y jamás por él y por su “yo”; quien habla desde el pasamontañas es un ser impersonal que se confunde con todos los oprimidos de la tierra y “es” cualquier oprimido del mundo. Por consiguiente, el eventual triunfo de la lucha zapatista, en principio, les dará el derecho a la personalización, al vivir desesmasado y a recobrar la condición humana perdida desde hace cinco siglos, pero a la vez, significará de inmediato la muerte del caudillo y un triunfo de todos los pueblos oprimidos. Ese día (de acuerdo a las afirmaciones del “subcomandante”) “Marcos” dejará de existir; o quizás reaparezca en otro cuerpo incógnito en cualquier lugar del mundo bajo la figura de otro encapuchado que exige, armas en mano y en nombre de su pueblo y de todos los pueblos, el derecho a existir. El “nacionalismo” de Marcos en ese sentido rompe todos los cánones precedentes tratando de ofrecerse como una bandera de todos los oprimidos del mundo.

Mientras que por su lado Chávez seguirá atrapado dentro de un patriotismo antiguo: pueblos y naciones encerrados sobre sus fronteras exigiendo garantías de libertad y autodeterminación sin saber muy bien cuales son sus puentes con los demás pueblos del mundo. Un mensaje probablemente mas eficiente a la hora de fabricar un sustrato ideológico que facilite una relación clásica y armoniosa con la ideosincracia instalada en el sentido común de las mayorías, pero en definitiva menos “potente” y universal que el de Marcos (el primero es oído y admirado en todos los rincones del

planeta, el segundo tiene muchas dificultades para hacerse entender más allá de las fronteras ecuatorianas). Chávez a su vez siempre tratará de tomar la mayor distancia posible frente a cualquier cosa que lo acerque de manera concreta a los programas socialistas o a una comprensión materialista del mundo porque, como buen militar y amigo de la vieja izquierda, se ha enraizado en él el prejuicio del supuesto “atraso” de las masas. Es el miedo a promover un discurso demasiado “avanzado” que hubiese podido entorpecer su camino al poder y la identificación del colectivo con su liderazgo. Por otro lado tendría que asumir una lucha frontal con poderes que no está dentro de su proyecto confrontar ya que su visión de poder siempre estuvo limitada a la apropiación de la misma aterciopelada silla presidencial que uno tras otro presidente latinoamericano ha tenido el privilegio de detentar, siempre bajo condiciones muy bien descritas por los códigos de respeto a los sistemas de privilegio previos a la llegada del nuevo mandatario. Atrapado sobre esta visión de nación, de pueblo y de poder, desde luego, será imposible para Chávez al menos hacer un intento definitivo y radical para desembarazarse de la centralidad de la figura caudillesca. Tratará de alejarla y hasta de aborrecerla, pero le será imposible romper con la práctica autocrática del caudillo.

No obstante, el atrapamiento previo no le quita fortaleza por otros costados, sobretodo si entendemos que más allá de él existe un mundo y una sociedad en movimiento que desde muchas latitudes irán superponiendo sobre su figura significaciones que lo desbordan. El Chávez presidente tensiona con su exortación a la autodeterminación nacional los principios inflexibles del nuevo imperio mundial, emergiendo como una figura inédita sobre la cual recaen muchas preguntas y sospechas, pero que sin embargo también ha servido para fortalecer los ánimos de rebelión de los pueblos contra ese imperio. Ese es un Chávez que en cierta forma también dejó de pertenecerse al igual que Marcos, la diferencia es que el “subcomandante” ha ayudado a producir el efecto de manera deliberada mientras que el “comandante” se ha encontrado en el camino con esa curiosa vertiente del protagonismo significativo de las “masas”.

Siguiendo el camino de asociación de personajes por este último lado, nos encontraremos con dos líderes populares eminentemente mediáticos; fenómeno novedoso dentro de las luchas latinoamericanas pero que ha sido determinante en la consolidación político-social de ambos. Chávez irrumpe en forma sorpresiva el 4-F. La aparición televisiva del guerrero derrotado creó las condiciones para la reaparición de un nuevo caudillo revolucionario. Más adelante, su presencia detrás de las pantallas se mantuvo por un buen tiempo aunque sea en forma de señal o referencia continua hasta llegar a la casi desaparición después de un corto renacimiento luego de salir de la cárcel. Muy ignorado por el gran mundo mediático, su camino se forjó a escondidas entre mítines y visitas a los periódicos y las radios provincianas, siempre más abiertas y menos complicadas con los intereses de poder, hasta brotar definitivamente gracias a los mecanismos callejeros y carnales de la comunicación al menos hasta que fue imposible seguir marginándolo de los medios. Pero ha sido más bien su “ser presidencial” el que regresó a los canales mediáticos modernos imponiendo en forma casi vengativa su permanente presencia en la televisión y la radio. De todas formas es necesario observar que la relación Chávez-medios sigue siendo no sólo conflictiva sino además desgastante; Chávez, al vender la imagen de un caudillo tradicional (el conductor, el maestro, el

amenazador), en realidad no se acopla muy mal al modo y los modelos de producción simbólica de la actual industria mediática; su imagen por el contrario pareciera deteriorarse en ellos mientras que vuelve a resurgir a la hora de reencontrar los canales vivos e inmediatos de la comunicación cara a cara. Ella le da la oportunidad de restablecer lazos en forma espontánea contando con el uso del lenguaje coloquial pero a la vez cargado con la misma pasión que siempre lo ha destacado, independientemente que estas imágenes sean vividas únicamente por seres que están presentes en el lugar de los acontecimientos, o mejor, si son difundidas por algún medio. El problema de Chávez en definitiva es que él sigue siendo el objeto y el sujeto por medio del cual adquiere alguna dimensión comunicativa el mensaje bolivariano.

Mientras que en el caso de Marcos nos encontramos con una realidad muy distinta. El subcomandante no sólo lideriza una guerrilla indígena, también sirve de símbolo para sostener una guerrilla mediática en la cual han participado miles de personas en el mundo entero para formar sus focos principales, sus lugares de enconche y sus radios de influencia. La absoluta impersonalidad de los comandantes zapatistas y del líder más visible entre ellos (cosa que estuvo a punto de quebrarse en los días y meses posteriores a la toma de San Miguel -egolatría primaria del amigo que luego supo reprimir-), su negativa a radicarse en algún “yo” autocrático, la progresiva construcción de un personaje más virtual que real bajo la figura del encapuchado, el mensaje radicalmente propio, libertario y universalizante de su propuesta política zapatista, y las características tan particulares y atrayentes del componente socio-cultural de aquella guerrilla, de inmediato produjo un “atrapamiento” de los medios de comunicación que al menos en un primer momento compitieron entre ellos por retener el caso Chiapas entre sus noticias por muchos meses. Pero luego este atrapamiento se ha extendido hacia los medios alternativos que a su vez le han asegurado a los zapatistas un constante enriquecimiento simbólico e interpretativo donde han participado una cantidad enorme de escritores, pintores, fotógrafos, cineastas, etc. En ese sentido la lucha zapatista se ha convertido en un modelo paradigmático de los actuales procesos de liberación, teniendo en los medios su mejor aliado. Y no estamos hablando de los medios monopólicos y tradicionales solamente, en este caso habría que referirse sobre todo a la relación horizontal y directa que han establecido innumerables movimientos con esta guerrilla, lo que les ha permitido construir una red mundial de apoyo que a la hora de hacerse “realidad y fuerza” demuestra su pertinencia; la marcha última hacia la ciudad de México sobra como prueba.

De todas formas la condición mediática de los líderes de ambos movimientos y de los procesos que los acompañan (sobretudo en el caso de los zapatistas) los mete dentro de los canales de una industria que en definitiva ayudará a “mediatizar”, a disciplinar y probablemente a domesticar definitivamente no sólo a los “personajes” sino el proceso que los rodea, los envuelve y supera. Nada definitivo puede contarse aún, lo que si es cierto es que la vida televisiva de Chávez y la presencia en CNN de Marcos y los zapatistas no es simplemente un “estar allí”, paralelamente es una forma de “dejar de estar” alrededor de los mundos de lucha que les dieron vida y pasar a ser candidatos a sumar la lista de los vacíos personajes de comiquita que los reyes de la comunicación producen en series infinitas. Chávez cree ganar mucho con imponerle a los medios su presencia, pero en realidad pierde todos los días, impidiendo que exista un verdadero

protagonismo mediático de base, horizontal, descentrado, creativo, que lo haga, lo reconstruya y le permita una verdadera presencia a él y mucho más allá de él, la significación histórica del movimiento que lideriza. Más allá del apoyo personal que Chávez ha decidido darle a las iniciativas comunitarias en el área de comunicación -muy útiles sin duda pero totalmente inorgánicas dentro de las estrategias de gobierno- ni siquiera se ha podido formular una política comunicacional a nivel público que supere la propaganda burda y meramente publicitaria adentrándose en una búsqueda sin miedos de nuevas alternativas públicas de comunicación que alimenten permanentemente el ideario de transformación que se ha venido impulsando. Veamos solamente la inmensa pobreza de mensaje, de simbología, de imaginación, en que ha ido cayendo el movimiento bolivariano al creer ganar algo con presencias impuestas de personajes-líderes, obligados a confundirse con la imagen-estado. El tiempo pasa y mientras tanto los poderes nuevamente se van coagulando, las nuevas formas y aparatos de dominio restituyendo su jerarquía frente al proceso transformador. Pronto será demasiado tarde, si ya no lo es... Y respecto al subcomandante, a pesar de la presencia de todo un poder popular comunicacional alrededor de él, y de la impersonalidad de su figura como del resto de los comandantes zapatistas, ese “atrapamiento” que han podido lograr de los medios en cualquier momento puede revertirse contra ellos; los atrapantes pueden quedar atrapados allí, lo que los forzaría a desenmascarse por completo sin que ninguna lucha haya sido culminada, llevándolos por juego de presiones mediáticas hacia su conversión en un frente subordinado al orden donde los amigos se vean empujados a hablar en nombre de un movimiento que comienza a disolverse entre los mecanismos de la representación, de la apropiación de la “plusvalía política” producida por ese maravilloso movimiento que han sabido construir y del mensaje universal que han podido ensamblar junto a tantos militantes de las palabras, las imágenes y los sonidos que se cuelan por todos los rincones del mundo. Ojalá no sea así, pero en todo caso tomemos en cuenta que a estas alturas el problema de la presencia de los medios dentro de las realidades de lucha ya no se limita a la simple manipulación o tergiversación de informaciones; los medios son un agente activo de poder, un sujeto de primer orden dentro del juego de las correlaciones de fuerza que han terminado por hacerse imprescindibles, que en algún momento pueden estar obligados a ceder espacio ante la demanda informativa, pero cuya lógica nunca dejará de ser la de quebrar, marginar, descomponer y finalmente recuperar todo sujeto de lucha.

Una última anotación en el medio del puente que nos ha permitido asociar a Marcos con Chávez. Comenzando este punto decíamos que se trataban de dos luchas cruzadas por un derrotero esencialmente idéntico. Poniendo de lado la función y las características específicas de cada uno de los líderes, e independientemente de las estrategias e idearios internos de los movimientos que liderizan, de sus límites y fortalezas, ambos son la expresión de un fuertísimo resurgimiento al menos de dos corrientes histórico-sociales que han venido sosteniendo las luchas del pueblo latinoamericano: la corriente que hemos llamado bolivariana y la corriente indígena. Pero además, ellas surgen cubriendo el vacío que ha dejado la crisis de otras corrientes que entre los años sesenta y ochenta jugaron un papel primordial de vanguardia; nos referimos principalmente a las corrientes de liberación marxista y cristiana.

Ese es un punto, pero a la vez ellas no solamente han venido a tapar vacíos, también surgen colocándose frente a una necesidad histórica que las viejas corrientes marxistas ni las cristianas pudieron dar una respuesta cabal y definitiva. Con el quebrantamiento del orden mundial que giraba alrededor del enfrentamiento entre EEUU y la URSS efectivamente se impone un nuevo orden unipolar cuyas consecuencias desde el punto de vista del acrecentamiento de las desigualdades mundiales y el macroimperialismo condensado en los agentes militares, políticos y económicos de la “Comunidad Internacional” conocemos. Pero a la vez, brota con una intensidad creciente la necesidad entre los movimientos populares del mundo de romper con la hegemonía del modelo de dominio sostenido en el contrato jurídico de estado, el reino de la mercancía y la instrumentalización de los saberes y las personas. Esto produce un efecto curioso y es que como expresión de una “voluntad colectiva de poder” de más en más los movimientos revolucionarios se ven enfrentados a la paradoja de tener que reafirmar sin descanso y sin tregua esa voluntad de poder como condición de toda alternativa efectiva de liberación, pero a la vez obligados a deshacer cualquier mistificación que se haga respecto a la necesidad de la delegación de ese poder en instancias ajenas al movimiento creador de la multitud. La voluntad colectiva de poder ya no se puede estar regulada por el principio del contrato burgués sino por la expansión posible del poder constituyente que se forje desde el colectivo. Así, la emergencia de nuevos poderes, en la medida en que vayan alcanzando sus metas pero así mismo en la medida en que vayan tomando forma y creando dentro de sí una estructura determinada de relación y orden, tenderán a revertirse contra aquellos principios que han regulado las relaciones sociales de poder desde que comenzó la gran expansión del capitalismo, convertidos en los últimos tiempos en el “deber ser” de todas las sociedades del mundo. Tomar esa posición a la vez ha trascendido la simple discusión respecto a la “reglas” socio-políticas de la administración del poder en términos simplemente jurídicos o de derecho hasta suponer un cuestionamiento de orden “civilizatorio” al orden constituido, tan agudo de hecho que ya no hay práctica social que no se vea en algún momento atravesada por este antagonismo de valores. Pero a su vez, esto trae otro gran problema y es la pérdida de horizontes político-estratégicos que dibujen con claridad un modelo de superación del orden civilizatorio. Forjada esa voluntad colectiva de poder ella no tiene otro camino que avanzar sobre el antagonismo, experimentar las alternativas posibles y provocar la asociación de todas las voluntades antagónicas en función del logro de los saltos revolucionarios posibles en una determinada etapa. No hay meta ni programa final, la utopía se hizo camino como dirá Jorge Rivadeneira.

Precisamente al hablar de la identidad esencial entre los movimientos surgidos en México y Venezuela, es necesario observar como uno y otro proceso logran surgir no sólo porque llevan consigo las banderas de corrientes de liberación que están en posibilidad de llenar el vacío que otras han dejado, al menos parcialmente, sino que ambos están profundamente marcados por voluntades colectivas que en sus lenguajes, sus dinámicas de lucha, sus legados culturales, su condición de oprimidos, de una u otra manera han tensionado los movimientos en función de su colocación dentro de este centro antagónico al cual nos referimos. Los indígenas reconstruyendo una dignidad de vida, una herencia cultural, un acervo histórico de autonomía, un modo de producir, vivir y morir. Aquí entre nosotros más disgregados y quebrantados en identidad pero sin embargo desarrollando nuevos ambientes de debate, aprendizaje, comunicación,

rebelión y lucha. Uno y otro hemos querido hablar de autodeterminación, de autonomía, de participación y protagonismo, forjando distintas capas de un poder constituyente que desde lo más local y lo más inmediato a las vivencias cotidianas hasta la presencia en los grandes escenarios de lo nacional, vienen produciendo las bases de un movimiento que tiende a sumar multitudes ganadas a antagonizar el orden constituido y que puede convertirse en una ola gigantesca dentro de nuestro continente. No es Chávez, mucho menos sus rodeos más cercanos, tampoco el mismo Marcos y los comandantes zapatistas los que están en el centro de todo esto.

Más allá de toda “moral de lealtad” y de toda fascinación caudillesca, en el centro siguen estado los mismos individuos que un 27-F trataron de convertir esa rebelión en un engranaje de combate popular que pueda producir victoria, o aquellos que en el año 94 sorprendieron al mundo con la rebelión indígena de Chiapas. Los comandantes pasan pero allí queda esa voluntad colectiva viviendo la extraordinaria experiencia de constituir los poderes necesarios que nos garanticen victoria sobre las odiosas fuerzas que han aplastado nuestros pueblos. Por más difíciles y hasta decepcionantes que han sido muchas de estas historias, allí estamos Chiapas y Venezuela, pero también Ecuador, Colombia, Brasil, Argentina, como testimonios, como aprendizajes, de una rebelión nustramericana que al fin se atreve a hablar en términos de victoria. Pero ya no es una victoria pequeña, simplemente utópica, centrada en la gloria de sus autores, que con el paso de los años se verá sometida a la tragedia de la disgregación y la atomización de la luchas de los pueblos que giran sobre su entorno inmediato, y por tanto obligada a negarse como proyecto abierto y universal. Hoy por hoy, frente al monstruoso cuerpo que viene asomado el imperio global, igualmente se constituye un poderoso cuerpo de resistencias que avanzan con cautela utilizando una lógica de lucha muy distinta a la que recibimos en herencia. Cada eslabón colectivo de lucha, tal y como lo hicieron los rebeldes del 27-F, empezará a generar su propio campo de asociaciones y alianzas tácticas y estratégicas, emprendiendo su extensión social y su fuerza hegemónica, pero con la diferencia que esta vez no se sentirán emplazadas por la necesidad ineludible a derrocar y tomar los poderes que otros han utilizado para afinar la explotación y el dominio, cosa que de hecho es cada vez más difícil cuando constatamos la concentración de los verdaderos poderes en nubes cada vez más desterritorializadas y endemoniadamente abstractas. Pareciera que las culturas de lucha, las modalidades de resistencia y la forma de constitución de nuevos poderes, en respuesta a esta situación, se desplaza poco a poco hacia la puesta en práctica de una estrategia mucho más radical, segura de la autosuficiencia de la inteligencia colectiva que resumen las fuerzas que se han sumado a los distintos ejes de lucha, abriéndose sin imponerse fronteras de ningún tipo, y cuyo propósito se centra en todo momento en acumular las fuerzas, instrumentos y competencias necesarias para obligar a la disolución de los coágulos de poder que tiene enfrente (la no autonomía de la comunidad indígena en Méjico o la presencia del viejo estado en el sistema educativo y los poderes locales en Venezuela, por ejemplo), ofreciendo alternativas constitutivas, pero sobretodo, buscando atascar por todos los medios (legales o fácticos) los mecanismos de reproducción del orden. Una estrategia que en la medida en que prueba su eficiencia y suma o se suma a nuevas comunidades de lucha, al mismo tiempo va probando sus capacidades para hacer explotar un conjunto cada vez mayor de mecanismos reproductores del orden de opresión.

El horizonte ya no tiene límites en términos de proyecto, de espacios y razones de liberación, aunque sepamos calcular quizás mejor que antes los límites coyunturales de toda lucha, sin despreciar nunca el advenimiento de esos milagros que sin cálculo ni previo aviso nos hacen saltar en forma intempestiva hacia nuevos mundos y nuevas realidades. Constamos en nuestra tierra la emergencia en los últimos meses de nuevos movimientos comunitarios, campesinos, estudiantiles, de trabajadores, cada vez más cercanos y concientes de esta lógica de lucha que parece universalizarse. Son bastiones de la movilización y la resistencia que antes de “enfrentar a Chávez”, hacen algo mucho más importante al menos en lo que respecta a nuestra situación concreta y la memoria que nos han dejado los años noventa: se desprenden poco a poco del cuerpo del caudillo, del cuerpo burocrático del expropiador político, del atrapamiento de la autonomía del quehacer colectivo en sus embrujos y sus mecanismos de mistificación, reinstalando en sus postulados el sentido de clase y un sentido de pueblo, la acción movilizadora desde donde se engrandecen cada vez más sus deseos de liberación. Inmenso ha sido el aprendizaje y el esfuerzo de estos años, el nuestro y el de muchos pueblos latinoamericanos, un aprendizaje que continua escarbando entre sus realidades y experiencias más auténticas. Si hay algo que tenemos que agradecerles a hombres como Chávez o como Marcos, es el haber instalado entre su genio político algunas de las palabras y las acciones básicas para que rebrote de nuevo la ilusión revolucionaria que había aplastada entre dictaduras y horrores. Nuevamente la historia se puso a correr a favor de nuestros pueblos y ellos son un símbolo muy importante para que esto fuese posible. Pero lo más grandioso y lo que no podemos dejar perder son los objetivos, los espacios ganados, los derechos conquistados, las fuerzas sumadas, y sobretodo, la emergencia de un proyecto revolucionario continental que empieza a cruzarnos sin capitanes ni mandarines, producto de una fabricación colectiva que ojalá no se pierda en el camino y sepa valorar la inmensa revolución ética y cultural que se está produciendo entre nosotros.